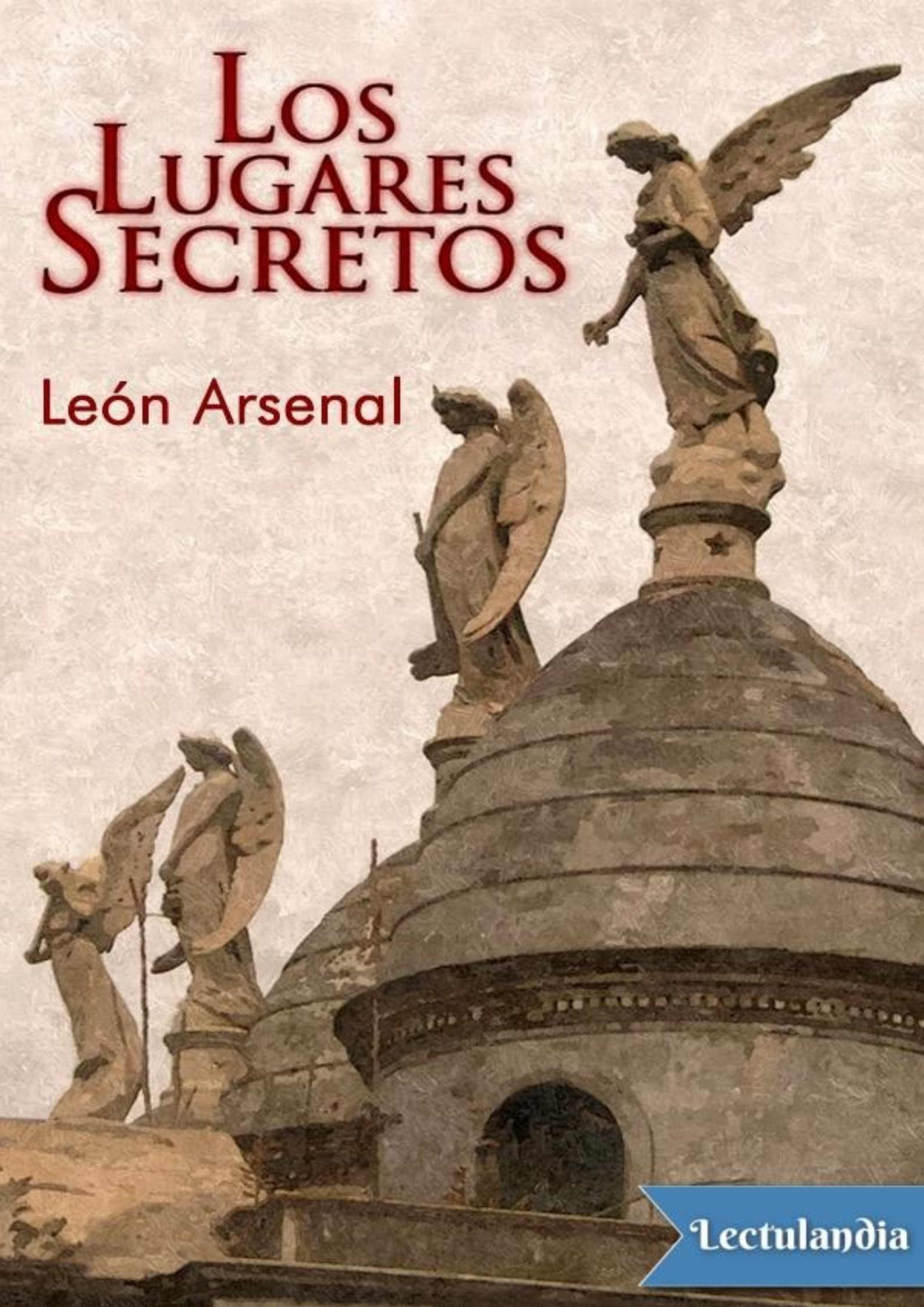


LOS LUGARES SECRETOS

León Arsenal



Lectulandia

Claudia Ugarte comienza a sospechar que la larga ausencia de su ex pareja, Jacobo, que se marchó dos años atrás a un largo viaje de estudios y placer, no sólo no es coherente con su carácter, sino que resulta extraña y presenta múltiples lagunas. Preocupada por la suerte de su antiguo amante, empieza a interesarse por el trabajo que éste dejó inconcluso por su supuesta partida; un estudio sobre la simbología presente en diferentes edificios de Madrid, y que pareció centrarse al final en las huellas dejadas por una sociedad filosófica, Los Elegidos, que se inspiraban en una secta gnóstica de la Antigüedad, los agápetos, y que llegaron a tener ramificaciones en Italia y Sudamérica.

Tras una exhaustiva investigación que pone en peligro su propia vida y en la que se ven implicados varios amigos y, también, algún que otro personaje indeseable, Claudia se convencerá de que los Elegidos no sólo existieron en realidad, sino que consiguieron mantener sus creencias y sus prácticas sangrientas hasta nuestros días. También de que la sociedad está formada por personajes poderosos, con proyección social, económica y política, que no dudarán en matar a todos cuantos amenacen el secreto de su existencia.

El escritor León Arsenal aprovecha, en esta nueva novela, el potencial oculto de Madrid, de sus monumentos, de su historia, para ofrecernos una visión diferente y descubrirnos una ciudad distinta, secreta, mágica y literaria.

Lectulandia

León Arsenal

Los lugares secretos

ePub r1.0
fenikz 29.04.16

León Arsenal, 2009

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



3er. Aniversario



más libros, más libres

Para Ana María di Cesare, con la que he compartido amigos inmejorables,
a la vez que momentos muy malos.

1434, anno Domini

El 22 de octubre de 1434, el cielo sobre Madrid se cubrió de nubes negras. Fue cerca del ocaso y las gentes de la villa, a las puertas de tabernas e iglesias, se pronosticaban unos a otros grandes lluvias de nuevo para los próximos días. Esa misma noche, muchos de se despertaron con el aguacero sobre tejas, muros y contraventanas. Chaparrón que fue amainando a llovizna y que aún caía cuando un alba tan gris como desangelada abrió el nuevo día. Los optimistas, al ver llover ya tan fino, supusieron que no tardaría en cesar del todo y que quizás aquellos cielos tan negros se abrirían antes de la noche.

Pero la lluvia continuó todo ese día y el siguiente, y el siguiente. Era como si un temporal inagotable se hubiese instalado sobre la villa, primero para pasmo y luego para pavor de los madrileños, que veían cómo transcurrían las jornadas sin que la lluvia dejase de caer un instante. Unas veces en forma de chaparrón y otras de agua ligera, pero sin cesar nunca del todo.

Según fue avanzando el otoño, a veces el llover se volvía pedrisco grande que bombardeaba calles y tejados, destrozaba follajes, hería a hombres y bestias, causaba daños en las moradas y sembraba las calles de bolas de hielo que se disolvían cuando las precipitaciones se tornaban de nuevo agua.

Con el paso de las semanas bajo esa tormenta interminable, la tierra se fue empapando hasta que ya no sólo no pudo absorber más agua sino que la expulsaba. Los suelos rezumaban, bajaban torrenteras desde lo alto de la Almudena, las fuentes lanzaban surtidores que espumaban con fuerza tremenda e incluso brotaban manantiales nuevos por doquier. Las cavas defensivas de la zona oriental estaban a rebosar. Se habían formado balsas y charcas por todas partes, y la gente chapoteaba en barro dentro de sus propias casas. Las ropas nunca estaban del todo secas, los vecinos enfermaban por culpa de tanta humedad y muchos morían escupiendo flemas. Las telas se pudrían, los hierros se oxidaban por más que los aceitasen, los alimentos estaban cubiertos de mohos.

La corte castellana, a la sazón en el alcázar de Madrid, asistía acobardada a aquel diluvio antinatural que arrasaba la villa. El rey Juan II, timorato como siempre, en vez de tomar medidas para drenar las calles, optó por refugiarse en sus confesores, por

pedir consejo a astrólogos y cabalistas, y por tratar de remediarlo todo con misas mayores y rogativas.

A la postre, las cavas defensivas del este acabaron por desbordarse, de forma que el barrio de San Pedro se inundó y toda la zona oriental de la villa sufrió grandes daños. Hubo corrimientos de tierras y muchas viviendas, con los cimientos socavados por el agua, se derrumbaban sepultando a familias enteras. Bajo aquel martilleo constante poco se hacía aparte de desescombrar lo justo para dejar las calles expeditas, de forma que la población entera estaba llena de ruinas, charcos fangosos y cadáveres a medio sepultar por el barro.

Días antes de Navidad, cuando ya llevaban casi dos meses bajo aquella lluvia incesante, se produjo uno de esos hundimientos catastróficos de casas, no lejos de la muralla, entre la puerta Cerrada y la de Moros, en un barrio muy castigado por el diluvio. Los alcaldes de la villa enviaron a un puñado de obreros para retirar escombros y abrir calle, y con ellos a Ruy de Escobar, alguacil, con la orden de custodiar esas ruinas. Fue Escobar, muchos años después, quien habría de narrar algunos pormenores sobre aquel suceso a don Francisco de Vargas, secretario de los Reyes Católicos, al que todos llamaban «Vargas el Averiguador».

Si le tocó a Escobar la custodia de aquel montón de ruinas fue porque era muy joven y casi recién ingresado en los alguaciles. A las puertas del invierno, caía nevisca o aguanieve, de forma que todo estaba cubierto de blanco, lo que suavizaba aquel panorama de catástrofe urbana. También las montañas de Guadarrama estaban ya cubiertas de nieve, claro, y el viento norte, al bajar desde aquellas laderas, soplabá gélido, haciendo tiritar a las gentes en las calles y acrecentando los enfriamientos y la mortandad. No era pues de extrañar que los alguaciles veteranos hubiesen preferido quedarse a resguardo junto a sus braseros, bebiendo y jugando, y hubiesen enviado al más novato a la casa derrumbada.

Nevaba con fuerza cuando Ruy de Escobar, que se arrimaba contra una tapia envuelto en su capa de cuero engrasado, vio llegar a Pedro Cuello y Santiago Gómez, también cubiertos con capas y capuchones, hollando con sus botas la nieve blanca recién caída. El hatajo de ganapanes que con azadas despejaban el paso se volvió a mirarles mientras Escobar, de mala gana, se apartaba de la tapia para llegarse a ellos.

Aquellos dos eran hombres de la cámara del rey, gandules, codiciosos, malos consejeros y amigos de pependencias, como muchos de los parásitos que pululaban junto a la mesa de Juan II de Castilla. No le sorprendía su presencia justo allí, como no lo había hecho que le mandasen a custodiar aquellas ruinas, sabiendo de quién había sido la vivienda. Fue Cuello, al que el alma ruin le asomaba al cuerpo, porque era reseco, cargado de hombros y de rasgos rapaces, el que se dirigió a él con brusquedad.

—¿Cuándo se vino abajo la casa?

—Esta noche, cerca de la tercera vela según los vecinos.

—¿Y qué ha sido de sus moradores?

—El edificio se derrumbó de golpe. Estaban dentro durmiendo y deben haber muerto todos.

Cuello paseó la mirada por las ruinas, ya cubiertas de nieve. Se volvió a su compañero Gómez.

—El famoso sótano estaba en la habitación del fondo. ¿No?

«Acabáramos», se dijo para sus adentros el joven Escobar, reafirmando en lo que ya sabía. Porque aquella era la casa de un tal Pedro Gutiérrez, famoso en la villa por explotar a las mujeres de su casa: esposa, hijas, la criada, a todas las prostituía para embolsarse buenos dineros. Era o, mejor dicho, había sido hombre huraño que apenas se mezclaba con nadie y con fama de avaro. «El famoso sótano» mencionado por Cuello era una especie de pequeña leyenda en la villa, puesto que algunos visitantes a la casa hablaban de una trampilla situada en la propia alcoba del dueño de la casa y que sin duda llevaba a un sótano o bodega, donde la hablilla popular creía que Gutiérrez guardaba todo el dinero amasado en esos años de proxenetismo y ahorro.

Por eso le habían mandado a él allí apenas se supo del derrumbe: para impedir que nadie saquease las ruinas y mucho menos accediese al sótano. Y por eso habían bajado desde el alcázar aquel par de vividores —seguro que por cuenta de terceros más importantes— con ánimo de invadir el subterráneo y hacerse con las supuestas riquezas que allí hubiese, dado que Gutiérrez y todos los suyos habían muerto sepultados. Cuello, que era el que llevaba la voz cantante, se golpeó las manos enguantadas.

—Que desescombren por esa zona.

Así que allí se quedaron los dos hombres de la cámara del rey y el alguacil, las capas ceñidas y las cabezas gachas contra las ráfagas de nieve, mientras un par de ganapanes encapuchados y con las manos envueltas en trapos apartaban adobes, trozos de vigas de madera y nieve, tratando de encontrar esa trampilla de la que también ellos habían oído hablar tanto.

Cuando por fin quedó al descubierto, resultó ser un cuadro bien sólido de madera de encina, con una simple argolla de sogas a modo de tirador. A un gesto de Cuello, los dos pecheros la abrieron, halando entre gruñidos. El propio Cuello, secundado por su compinche Gómez, se asomó a la boca sin conseguir ver otra cosa que un tramo de escalones que bajaba hacia la oscuridad. Viendo cómo titubeaban, Escobar suspiró para sus adentros.

—Id a por lámparas, candiles o lo que sea —mandó a los obreros.

Y así fue cómo los dos cortesanos, el alguacil y uno de los ganapanes, que los primeros mandaron que bajase con ellos por si hubiese que mover algo, descendieron, llenos de codicia unos y de curiosidad otros, a la bodega de Pedro Gutiérrez, el cornudo consentido. Pero para su gran chasco, el titilar de las llamas de los candiles no les mostró nada del otro mundo. Sólo una bodega de mediano tamaño, afirmada mediante un par de puntales de madera que habían resistido el derrumbe de arriba y

que no contenía otra cosa que algunos pellejos de vino y enseres viejos. Cuello iba a estallar ya en maldiciones cuando Santiago Gómez le tomó con fuerza por el brazo para señalarle una de las esquinas.

Allí había otra trampilla, idéntica a la anterior. Y de nuevo, esta vez solo, el ganapán la abrió gruñendo con esfuerzo. Cuello se introdujo el primero, candil ardiente en mano, ansioso por llegar a las riquezas del alcahuete. Pero, sin llegar a bajar del todo las escaleras, se detuvo perplejo, de forma tan brusca que Gómez, que le seguía, estuvo a punto de chocar con él y hacerle caer rodando.

Aquello no era bodega inferior, ni tampoco escondrijo de riquezas. Al parpadeo amarillento de los candiles, se encontraron con que habían descendido hasta un segundo sótano, más grande que el anterior y bien afirmado por vigas de madera en el techo. El suelo era de tierra, sin ni siquiera esteras. En cambio, las paredes estaban revocadas y cubiertas de frescos tan hermosos como extraños. Al alzar los candiles, los intrusos pudieron observar atónitos aquellas pinturas de inspiración religiosa. Los colores eran ricos y las imágenes sostenían espadas, cruces o alzaban las manos en gesto de bendición. Alrededor de las cabezas había grandes aureolas doradas. Ni los dos cortesanos ni el alguacil habían visto jamás anda parecido. Sólo años después, el segundo, tras hablar con viajeros llegados de Oriente, sabría que aquellos frescos eran de un estilo semejante al de Bizancio. Semejante pero no igual.

Sin embargo, en aquel momento, lo único que sacó en claro fue que alguien se había gastado una fortuna en aquel sótano, y no sólo por las pinturas. Allí no olía a humedad y sin duda había sido bien construido. En todo caso, allí tampoco estaban los dineros del mestre Gutiérrez. Toda la longitud de esa estancia subterránea estaba ocupada por una mesa corrida de tableros sobre caballetes, como las de los banquetes. No había allí ni manteles ni platos ni jarras, pero sí asientos de madera y cuero a ambos lados. Escobar contó exactamente trece, extrañado por esa disposición, ya que así no había espacio para que pudiesen atenderles los sirvientes. Si de verdad celebraban allí festines, los asistentes debían servirse ellos mismos como en las casas pobres.

Fue el pechero quien descubrió la siguiente trampilla, exacta a las anteriores. Quizá porque a él las pinturas le llamaron bastante menos la atención y, por tanto, andaba menos embobado con ellas. No en vano era uno de esos desocupados sin oficio, míseros y sin luces, que se ganaban la vida como podían, hoy acarreado espuestas, mañana descargando carros, y para él esos frescos nada significaban.

La nueva trampilla estaba también en una esquina. Se plantaron junto a ella candiles en mano, ahora casi inquietos, preguntándose cuántos sótanos habría, cada vez más profundos, en la casa. A la cabeza de Escobar acudió lo que se contaba de la casa de Samuel Leví, el que fuese tesorero del rey Pedro el Cruel, que tenía una casa en Toledo con siete sótanos superpuestos; casa que después fue adquirida por el marqués de Villena, otro famoso alquimista y brujo.

—Abre —ordenó él mismo, viendo a los cortesanos titubear.

De nuevo descendieron los escalones, ésta vez el joven Escobar delante, candil en alto y la diestra cerca de las armas, no porque temiese un ataque, sino por costumbre. El resplandor de la llamita le mostró otro sótano rectangular, más pequeño que el anterior y con el techo sustentado por dos columnas de madera. Había una mesa a un lado, una de tablero de roble grueso y sólido. Al acercarse los intrusos, sus luces les mostraron que ese tablero estaba manchado y que había un surco ancho en uno de los lados, como el que de las mesas de carnicero, para hacer correr la sangre. En una de las paredes había un vasar de madera y sobre éste media docena de grandes cuencos semicirculares, botes de cerámica, almireces y un par de cuchillos de hojas anchas y afiladas. Cuello había paseado su luz por encima, haciendo destellar los aceros.

—Esto es negocio de brujos —gruñó al fijarse en esos botes, que debían contener sustancias.

—Aquí han matado a gente —murmuró a su vez Escobar, que había visto las manchas del tablero y notado cierto tufillo que flotaba en aquella atmósfera subterránea.

El obrero, que lo miraba todo ahora acobardado, fue sin embargo el que de nuevo advirtió la existencia de otra tapa de madera, ésta redonda, que parecía más brocal de pozo que trampilla de descenso. Esta vez tuvieron que tirar de la cuerda entre él, Escobar y Gómez, así de pesado y grueso resultó el brocal, mientras Cuello los alumbraba con su candil.

No había acabado de destapar cuando recibieron tal golpe de fetidez que les hizo irse para atrás, y eso que eran hombres acostumbrados a los hedores. Aquel olor no sólo era espantoso sino también inconfundible. La pestilencia de los cadáveres. El ganapán retrocedió santiguándose y los cortesanos recularon acobardados. Escobar echó mano al candil y se acercó al mismo borde conteniendo las arcadas. El pozo debía ser muy profundo, porque no logró alumbrar nada. Pero allí olía a muertos, y no precisamente a pocos. El dueño de la casa debía haber estado deshaciéndose de cadáveres en aquel agujero, sabía Dios el número o desde hacía cuanto tiempo. El alguacil, plantado ante esa boca oscura y hedionda, no pudo por menos que recordar cuentos de viejas acerca de prostíbulos con pozos como el que ahora veían sus ojos, donde acababan los forasteros solitarios, los borrachos pendencieros y los recién nacidos no deseados.

Volvió a pasear la llama sobre el pozo, sin conseguir alumbrar otra cosa que oscuridad. Retrocedió ante los vapores fétidos, preguntándose si habían construido aquel pozo tan hondo o si se habían topado con él cuando abrían los sótanos.

—Vámonos, alguacil —le instó Cuello con voz áspera—. Este lugar está embrujado y aquí se han cometido crímenes terribles, sin duda. Hemos de dar cuenta al Justicia Mayor del rey.

—Hay que avisar también a los alcaldes de la villa.

—Eso como gustes o sea tu obligación. Pero salgamos sin demora. Huele a muerte y a magia negra. Coloquemos la tapa y vayámonos.

Subieron a toda prisa para emerger a aquel día gris, entre torbellinos de nieve. Cuello mandó a los obreros que echasen de nuevo escombros pesados sobre la trampilla, y Escobar, tras llevarse aparte al que les había acompañado en aquel viaje subterráneo, le conminó a tener la boca cerrada, so pena de castigos.

El despeje había acabado, por lo que despidieron a los obreros. Los dos cortesanos se fueron calle arriba, en dirección al alcázar, en tanto que Escobar acudía ligero a informar al concejo. Aunque se dio prisa, más debieron de darse Cuello y Gómez, ya que cuando los alcaldes, asombrados por lo que les contó, acudieron acompañados de otros oficiales de la villa y algunos alguaciles, se encontraron con que había ya allí algunos guardas personales del rey con órdenes de no dejar pasar a nadie.

Qué pensaban hacer el monarca y sus oficiales con aquel asunto quedó siempre en el misterio. Dos días después, debido al peso de los escombros y la nevada, y quizá porque la viguería subterránea ya había quedado dañada con el primer derrumbe, aquel sistema de sótanos superpuestos cedió con tremendo estruendo y succión de tierras y nieve. El pequeño cataclismo no atrapó a ninguno de los que guardaban el lugar y no faltaron quienes atribuyesen el suceso a la mano de Dios. La historia de esos subterráneos de brujas circuló algún tiempo por Madrid pero, como aún siguió cayendo agua hasta el 7 de enero, hubo más derrumbamientos y más muertos, y algunos meses después, por culpa de tantos cadáveres insepultos entre las ruinas, se desató la peste en la villa, aquello no tardó en borrarse de la memoria de casi todos.

El espejismo de un verano suave se esfumó en Madrid a finales de julio, cuando las temperaturas subieron de golpe a casi cuarenta grados. A rebufo de ese bandazo, las conversaciones viraron hacia lo tornadizo del clima. Más de uno señaló con sarcasmo que los meteorólogos habían pronosticado que esos meses serían los más calurosos en años, cuando en realidad bandeaban entre el fresco y el calor. La misma Claudia Ugarte recordaría tiempo después haber cruzado alguna frase al respecto con Eduardo Regalado aquella noche, para ella luego memorable, en la que tomaron café en una terraza de la plaza de Santa Ana.

Semanas más tarde, Claudia se asombraría al recordar lo extraño del encuentro y no dejaría de preguntarse cómo era posible que eso no la hubiera puesto sobre aviso de lo que iba a suceder. Encuentro extraño por la conversación. También por cómo tuvo lugar: entre comentarios banales, como para quitar hierro a lo hablado. Extraño incluso porque llevaban dos años sin saber el uno del otro.

Y luego de esos dos años Eduardo la había llamado al móvil, explicándose tan mal como de costumbre. Quería comentar con ella un asunto que creía delicado, uno que sería mejor hablar en persona. Claudia, desconcertada, accedió a quedar ese mismo día, movida tanto por la curiosidad como por que no tenía nada que hacer en aquella tarde-noche cálida de julio.

Llegó a la plaza algo pasadas las diez. Tarde aunque no mucho, y sin embargo la primera, algo que nunca le había hecho mucha gracia. Lo hizo caminando por la calle del Príncipe, ojeando al pasar los escaparates de tiendas de mobiliario exótico —muebles de Tailandia, Birmania, Laos, Vietnam— que habían ido instalándose en los dos últimos años, en ambas aceras. Hacía tiempo que no visitaba ese barrio e iba examinándolo todo con ojos de forastera, casi como viese las tiendas y garitos por primera vez.

Cruzó en diagonal la plaza de Santa Ana: un rectángulo con el hotel Reina Victoria arriba, el Teatro Español abajo y cervecerías siempre llenas de gente a ambos lados. Frente al hotel y sobre pedestal con relieves de bronce un Calderón de la Barca

en piedra blanca de ropas talaras y gesto solemne, con los antebrazos encima de un libro de canto. Como para darle simetría, delante del teatro otra estatua más reciente. Esta de Lorca y en bronce, algo inclinado, con la paloma alzando vuelo desde sus manos abiertas.

Esa última siempre le había parecido a Claudia algo cursi. Tenía la impresión de estar no delante una estatua sino de uno de esos actores callejeros que se congelan en posturas para sacar monedas a los viandantes. Esa vez además vio que le habían pintado la cara de rojo. Habían tratado de limpiarlo pero quedaban restos y eso aumentaba el parecido con los mimos.

Santa Ana hervía de público y en las terrazas no cabía un alfiler. Lo de que Madrid se vacía en verano es un mito desde hace años. El centro soporta en esos meses más presión humana si cabe por la suma de nativos, turistas nacionales y extranjeros. Y en Santa Ana sobre todo de los terceros. A ciertas horas lo difícil es oír hablar en español.

La cita era en la terraza de la cervecería Santa Ana, una de las más grandes y concurridas. No encontró a Eduardo pero sí una mesa libre. Apartó las copas de cerveza vacías para dejar encima de la mesa el bolso, bien a la vista. No dejó de advertir las miradas de cuatro hombres jóvenes de una mesa próxima. Por el soniquete de sus voces supuso que eran italianos y los ignoró de forma ostentosa, aunque no por eso dejó de preguntarse qué imagen les llegaría de ella.

Verían a una mujer cerca de los treinta de cabello rubio oscuro, en esos momentos muy morena por el sol y la playa, y para su propio gusto un poco delgada. Para ese café con Eduardo, se había puesto vaqueros, top de gasa, sandalias de tacón. Estaba acostumbrada a las miradas y no la incomodó que esos la estudiaran como tratantes de ganado. Uno de ellos incluso buscaba sus ojos con sonrisita zafia. Pero ella miró a través de él como si no existiera mientras buscaba a algún camarero. Sacó el móvil del bolso para asegurarse de que Eduardo no había mandado mensaje.

Llegó un camarero de mandil largo y negro para retirar las copas. Y mientras Claudia se decidía entre café o cerveza apareció Eduardo. Le costó un momento reconocerlo. Estaba más flaco, se había dejado barba silvestre y vestía de modo informal. Lejos del treintañón medio calvo, afeitado y con tripita, casi siempre de traje y corbata, que había conocido dos años atrás.

Cuando le llamó la atención con agitar de la mano, él se acercó a paso vivo. Claudia se decidió por el café con hielo y Eduardo pidió un doble de cerveza, antes de cruzar con ella dos besos y dejarse caer de forma desmañada en la silla.

Hay muchas maneras de abordar un asunto, sobre todo si los interlocutores no se ven desde hace años. Pero a Eduardo no le sobraban las habilidades sociales como bien recordaba Claudia. Solía ser brusco, por despiste o simple torpeza. A menudo tenía la cabeza en otros temas, prestaba poca atención a los detalles, se expresaba de forma confusa y era dado a rodeos que no llevaban a nada. Por eso Claudia, para ahorrarse una conversación embarullada, se adelantó a lo que pudiera decirle.

—Tienes buen aspecto, Eduardo. Lo digo en serio.

—Gracias. —Sonrió pillado a trasmano—. Será porque he cambiado de trabajo, que es casi como cambiar de vida.

—¿Cómo que has cambiado? Pero si Jacobo decía siempre que te encantaba lo tuyo.

—Y me encanta. Estaba bien considerado en la empresa anterior. Cuando decidí irme, iban a ascenderme.

—¿Entonces?

—El ascenso implicaba un traslado a Inglaterra. Y no me apetecía nada. Además, ese trabajo me quitaba todo mi tiempo. Yo necesitaba un poco de espacio para mí mismo y cuando me plantearon lo de Inglaterra me decidí a buscarme otro empleo.

Claudia no pudo evitar sonreírse. Eduardo sufría la misma maldición —o bendición— que su amigo Jacobo Artola, aunque en un grado menos virulento. Esa tendencia cíclica a pensar que están malgastando la vida. Ese impulso de dejarlo todo para buscarse a ellos mismos y dar rienda suelta a inquietudes personales.

—¿Pero sigues en lo mismo?

—Sí. Pero en esta empresa tengo más libertad. —Eduardo era químico y siempre había trabajado en el sector farmacéutico—. ¿Y tú qué? ¿Qué es de tu vida?

—Yo como siempre. Más o menos —mintió, sobre todo para no tener que exhibirse sobre los cambios dramáticos vividos en los últimos meses.

Eduardo asintió al tiempo que se acariciaba esa barba salvaje. Luego planteó de golpe la cuestión.

—¿Conservas los *emails* de Jacobo? —Al ver la expresión de Claudia, añadió atropellado—. Jacobo Artola.

—¿Qué otro Jacobo iba a ser? —Replicó ella casi turbada. Cruzó y descruzó las piernas al tiempo que asentía—. Claro que sí. Aún tengo el mismo ordenador y no suelo borrar los correos que recibo. ¿Por qué?

—Me gustaría que me dejases leerlos.

Claudia, atónita, a punto estuvo de soltarle una réplica ácida. Por suerte en ese momento llegó el camarero con las bebidas, lo que supuso un intermedio. Después se entretuvo en agitar el sobre del azúcar, verter éste en la taza y remover, antes de volcar de golpe el café negro en el vaso con hielo. Sólo entonces contestó.

—Eduardo. Algunos de esos correos son muy personales.

—Ya supongo. —Asintió. No parecía darse cuenta de lo violenta que se sentía Claudia ante semejante petición, lo que no era de extrañar en él—. Imagino que no necesitaría leerlos todos. No hace falta que me envíes los que sean demasiado íntimos.

Claudia tocó el vaso y al sentir el cristal ya frío dio un primer sorbo de café.

—¿Para qué los quieres? Supongo que no es capricho.

—¿Capricho? ¡No! —Frunció el ceño como molesto de que ella pensase que esa petición era una frivolidad.

Días después, al narrar esa conversación a su amiga Alejandra en otra terraza, ésta en la plaza de San Andrés y ya de madrugada, Claudia intentó explicar lo violento de la situación.

—Fue un momento más bien tenso. Eduardo tiene poco tacto.

—Ya veo, ya. —Alejandra, morena, ojos brillantes, espectacular melena rizada de color chocolate, había encendido un cigarrillo. Ella sólo conocía a Jacobo por las confidencias de Claudia, hechas hacía dos años, cuando las dos compartían largas jornadas de trabajo en una productora de televisión—. Pero tú no estabas lo que se dice enamorada de Jacobo.

—No estaba loca por él, pero eso no quiere decir que me fuese indiferente. —Se permitió una sonrisa al tiempo que se apartaba del rostro un mechón de cabellos—. Teníamos una relación más bien libre. Cada uno iba por su lado y procurábamos pasarlo bien. Pero tú sabes que le tenía afecto. Era muy fácil encariñarse con Jacobo. Y, justo por eso, me dejó muy mal sabor de boca. Fue un final absurdo. Yo no me lo merecía.

—Ya pasó, Claudia. —Alejandra soltó una bocanada de humo y se quedó mirando cómo subía en el aire cálido de la noche—. Fue una relación de unos pocos meses. Se acabó y a otra cosa. Nunca volviste a mencionar a Jacobo.

—Ya le había olvidado, es verdad. Fue algo pasajero como dices y desde entonces la vida me ha dado suficientes complicaciones. Pero Jacobo terminó la relación de una forma que... No voy a negar que me hizo pupa. Una herida pequeñita pero herida. Estaba cerrada y sin embargo, el otro día, Eduardo la abrió al pedirme esos correos.

—¿Duele?

—Escuece.

—Entonces no es grave.

—Depende. Yo soporto mejor el dolor que los picores. —Claudia meneó la cabeza, casi asombrada consigo misma por la mezcla que frialdad y comezón que sentía al pensar en un Jacobo que había surgido en una forma tan extraña desde las profundidades de su memoria.

—¿Qué pretende ese Eduardo exactamente? ¿Y quién es? No recuerdo que me hablastes nunca de él.

—Lo más seguro es que no lo hiciese. Es el mejor amigo de Jacobo. Crecieron juntos, fueron al mismo colegio. Ya sabes. Inseparables desde la más tierna infancia. En unas cosas son como gotas de agua, y en otras distintos como la noche del día.

Sonrió de nuevo, ahora distraída, antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Esos dos tienen una inteligencia superior a la media. Dos geniecillos. Y los dos igual de raritos. Yo conocí a Eduardo gracias a Jacobo y tampoco coincidimos tanto. Es un buen tío, sin malicia. Es fácil llevarse con él. Pero ya sabes: terminas con un hombre y dejas de tener contacto con sus amigos...

—Normal. ¿Y para qué quiere a estas alturas esos *emails*?

Claudia, la copa de cerveza en la mano, hizo un mohín.

—Es un poco difícil de explicar.

Esas fueron justo las palabras que usó Eduardo cuando ella le preguntó lo mismo. Es un poco difícil *de explicar*, había respondido.

—Inténtalo, que soy todo oídos —le había replicado Claudia, a la defensiva.

—Por eso quise quedar contigo en persona. Es mejor hablarlo con calma, cara a cara. El teléfono es un lío, a lo mejor no nos entendíamos y...

Hubiera seguido así hasta el infinito, de no cortarle ella con un gesto con el que daba a entender que comprendía y le instaba a centrarse.

—Verás. Ahora, estoy estudiando Literatura. Fue mi vocación frustrada y, cuando cambié de empresa, tuve por fin tiempo para hacerlo. El sueldo es menor, pero al menos dispongo de fines de semana para mí y pensé que...

—Sí —zanjó ella con escasa diplomacia.

De nuevo se le ocurrió cuán iguales podían ser a veces Jacobo y Eduardo, aunque el segundo fuese menos extremo. Si el primero cambió de forma radical de vida, el segundo lo había hecho de empresa. Pero, en lo básico, habían actuado igual. No le sorprendía que Eduardo, a sus treinta y tantos, con una vida profesional encarrilada, comenzase a estudiar Literatura por simple gusto. Pero eso parecía tener nula relación con los *emails* de Jacobo. Así que Claudia, con los labios fruncidos, aguardó a que entrase en materia.

—Estudié Químicas porque mi padre se negó a que hiciese Literatura. Decía que eso no tiene futuro. Pero ahora me he decidido y, desde que he comenzado a estudiarla, no he dejado de ampliar conocimientos por mi cuenta. Leo cuanto cae en mis manos, sobre los temas más diversos filología, lingüística...

Se interrumpió, desalentado quizá por la expresión de Claudia, y fue al grano.

—¿Sabes lo que son los patrones lingüísticos?

—No.

Claudia se daba cuenta de que estaba siendo demasiado seca, porque aquella petición, fuera o no razonable, la tenía de uñas. Pero Eduardo, que no se había percatado de eso, prosiguió tan tranquilo.

—Te hablo de lingüística. Voy a simplificar mucho. Los patrones lingüísticos son las formas, las pautas con las que alguien se expresa; también las palabras concretas que usa.

—Ah, ya.

—Un ejemplo. Unos dicen «quizás», otros «tal vez», otros que «puede»... son tres expresiones distintas que vienen a decir lo mismo. Es algo válido para vocablos, frases, estructuras completas...

—Te he entendido, Eduardo.

—Ah, bien. —Se llevó la cerveza a los labios—. El caso es que es posible establecer pautas para cada autor. Son casi como huellas dactilares aplicadas a lo literario o a lo lingüístico. Tanto es así que todo eso se usa hasta para determinar

quién pueda ser el verdadero autor de obras anónimas, apócrifas, discutidas...

Se echó atrás al ver la expresión de Claudia.

—Perdona. Todo esto me fascina. He leído cuantas monografías he podido conseguir: en español, en inglés, en francés... me cuesta no entusiasmarme.

—Ya veo. Pero sigo sin saber qué es lo que pasa con los correos de Jacobo.

—Me he metido tanto en estas cuestiones de significantes, patrones lingüísticos, análisis del discurso, que no puedo dejar de observar desde esa óptica todo texto que cae en mis manos. Sea un libro o un informe de mi empresa, al poco de empezar a leer me descubro buscando sin querer patrones lingüísticos. Un poco obsesivo, sí. Pero lo soy en todo. Quizá me está pasando lo que a esos estudiantes de medicina, que creen detectar síntomas de enfermedad en cuantos les rodean...

Sonrió un instante, antes de ponerse de golpe serio.

—En fin. Eso nos lleva a los correos de Jacobo. En estos dos últimos años, él y yo hemos cambiado algunos *mails*. Muy pocos. No sé si tú...

—Me mandó uno al principio, y al segundo ni contesté. Desde entonces, nada.

—Claro. Yo mantuve cierto contacto por correo electrónico con él mientras estuvo en Tailandia. Cuando se fue a Myanmar, hasta eso se acabó. Es toda una hazaña conectarse a Internet en ese país.

—¿Y?

—Me llegó un correo suyo el mes pasado, el primero en más de medio año. Y sus patrones lingüísticos me chocaron. Tanto que me imprimí todos los mensajes de Jacobo. Los revisé. Comparé los que me había enviado antes y después de que se marchase. Y ahora estoy pidiendo a sus antiguos amigos los que puedan tener.

—¿Por qué?

—Porque tengo mis dudas de que los correos que ha estado enviando desde el extranjero sean suyos. Dudas razonables.

Tiempo después, a Claudia le hubiera gustado recordar que el corazón le había dado un vuelco ante tales palabras. Que le había faltado casi el aire. Pero lo cierto es que lo único que sintió fue perplejidad. Se quedó observando a Eduardo antes de coger el vaso de café con hielo y hacer tintinear los restos de cubitos contra el cristal, para luego dar otro sorbo.

—¿Qué quieres decir con que no son suyos?

—Que no es Jacobo quien ha estado enviando esos *emails* desde Tailandia y Myanmar, en los dos últimos años.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—No. Si tuviera la certeza absoluta ya habría ido a la policía aunque me tomasen por loco. —Se paseó la mano por la barba castaña—. Pero tengo sospechas fundadas y desde que las tengo no descanso tranquilo. Jacobo es mi mejor amigo desde que éramos niños...

—Lo sé, Eduardo.

—Por eso ando recopilando correos suyos, enviados en distintas épocas y a

diferentes personas. Por eso necesito los tuyos. Sobre todo los tuyos porque, siendo tan personales, pueden servirme mejor para comprobar si lo que sospecho es cierto o sólo una tontería de estudiante tardío de Literatura. Por favor, no te equivoques conmigo. Sé que dejármelos leer te supone un sacrificio y no te lo pediría si no lo necesitase de verdad.

Claudia se tomó un par segundos antes de agitar la cabeza, no para negar sino desconcertada. Luego, al reparar en la expresión ahora agobiada de su interlocutor, se suavizó un tanto.

—Te sienta bien esa barba, Eduardo.

El otro sonrió sorprendido y ella, con mueca ahora amable, accedió.

—Seguro que es como dices: que te pasa lo que a los estudiantes de medicina. Pero yo tampoco soy insensible. Sé lo amigos que erais y entiendo que, una vez sembrada la duda, necesites aclarar esto. Así que de acuerdo. Te voy a mandar esos correos. —Alzó una mano para impedir que Eduardo contestase—. Espera. No todos. Los revisaré y me guardaré los que sean demasiado íntimos. ¿Vale?

—Claro. No sabes cuánto te lo agradezco.

Ella movió la cabeza, para quitar así importancia al asunto. Cambiaron de tema, como de común acuerdo, para charlar sobre minucias, tópicos, conocidos comunes. Después, Eduardo apuró la cerveza y manifestó de repente que tenía que irse. Claudia no se extrañó de ese final tan brusco de conversación, porque le había visto marcharse más de una vez así.

—Pago yo, ¿eh? —Eduardo buscaba con los ojos a algún camarero.

—Pues si tienes prisa, va a ser mejor que te levantes a pagar.

—Sí. Será lo mejor. —Se puso en pie pero, al ver que ella no le imitaba, titubeó—. ¿Te quedas?

Claudia asintió. Le costaba salir de casa en los últimos tiempos y, ya puestos, le irritaba haberlo hecho para veinte minutos escasos de conversación. No tenía muchas ganas de pasear, pero esa noche no le dolía la espalda, allí se estaba a gusto y siempre podía tomar otro café.

—Sí. Me voy a quedar un ratito más.

Claudia remitió aquellos correos a Eduardo y quiso luego olvidarse del asunto. No fue capaz. Con el tiempo, se reconocería a sí misma que lo había enviado a lo más hondo de su cerebro justo con esa intención. Pero lo que allí hizo fue fermentar y salir a flote a los pocos días. Y eso la llevó a su vez, un poco a su pesar, a visitar el estudio de Jacobo en la calle del Ángel, en el barrio de La Latina.

Nunca supo muy bien por qué lo hizo. Tal vez porque los dolores de espalda habían sido muy fuertes esa noche y porque al alba ya estaba en pie, aunque fuese sábado. Y, no queriendo quedarse vegetando en casa dopada a golpe de calmantes, rebuscó por los cajones hasta encontrar las llaves del estudio y se echó a la calle.

Eran las nueve de la mañana cuando salió por la boca del metro frente al teatro, para bajar luego andando hasta la calle del Ángel. El barrio, de noche rebosante de público y bullicio, estaba ahora vacío hasta el punto de que no se cruzó casi con nadie. Llegó hasta el portal y timbró reticente varias veces, sin que nadie contestase por el telefonillo. Probó las llaves del portal. Casi para su decepción, abrían. En parte casi deseaba que, en esos dos años, la comunidad hubiese cambiado las cerraduras. De ser así hubiera podido guardarse las llaves y, chasqueada pero libre, irse calle abajo hasta Bailén y olvidarse para siempre del tema. Pero abrían.

Franqueó el portón de hierro negro y cristales oscuros. Ahí seguía ese vestíbulo feo de mármoles claros, con estética de mortuorio. La finca era antigua, con fachada propia del barrio. Pero lo habían demolido por dentro unos años atrás para convertirlo en bloque de apartamentos. Algo que al menos le dotó de ascensor, además de ese vestíbulo espantoso.

El pasillo de la última planta no tenía ventanas y sí luces activadas por el movimiento. Los arquitectos apuraron la obra al máximo y arriba habían construido estudios abuhardillados. Claudia cayó en la cuenta de que jamás se había cruzado ahí arriba con persona alguna. Esas buhardillas no se diseñaron para viviendas, pero tampoco era imposible que algún excéntrico habilitase una para ese fin. Las buhardillas gozan de un prestigio inmerecido en Madrid, pero Claudia era de las que

veía absurdo pagar una fortuna por vivir en uno de esos habitáculos, en los que hay que andar cabizbajo para no golpearse con los planos inclinados.

El timbre no sonaba. Golpeó con los nudillos en la puerta. Sólo una vez, no fuese que más llamasen la atención de algún vecino, si es que los había. Abrió la puerta blindada y buscó a tientas el cuadro de luces.

Cuando logró dar luz, fue como saltar atrás en el tiempo. Todo estaba como antes. Por el desorden, bien pudiera ser que nadie hubiese entrado desde aquel día de junio del 2005 en el que Jacobo se fue al aeropuerto de Barajas para un viaje a Italia del que nunca regresó.

Techo en declive hacia el muro exterior, con claraboya. Paredes color salmón, suelo de tarima clara. A la derecha un escritorio con papeles y libros. A la izquierda una librería de pared a pared que bajaba escalonada para ajustarse al techo inclinado. Al fondo sofá verde y mesa. Otra mesita, ésta triangular, en la esquina izquierda del fondo, con un Buda de piedra y un disco con orificios en los que aún estaban insertos los muñones quemados de varias varillas de incienso.

Claudia casi sufrió el espejismo de oler aquellos inciensos que Jacobo compraba los domingos abajo en el Rastro. Se quedó a la puerta observando. Trató de evocar los sentimientos que le hicieron compartir un lapso de su vida con Jacobo. Lo único que asomó fue la sombra de un afecto olvidado.

Sacudió la cabeza, se llegó al centro. Cuando abrió la cortina de la claraboya entró una riada de luz que cambió por completo el aspecto de la estancia. Apagó las luces. No había ordenador. Jacobo debía haberse llevado su portátil a Italia. Sobre una de las baldas de la librería, las luces de una minicadena parpadeaban. Jacobo debía haberla dejado conectada y ahora, al dar la corriente, los pilotos se habían encendido. Pulsó reproducir. El lector de CDs arrancó con un zumbido, como si despegase, y comenzó a sonar una canción de los Panchos.

Se quedó unos segundos oyendo el guitarreo con una sonrisa. Jacobo era un devoto de los boleros. Los ponía a todas horas. Tanto que algún roce tuvo con Claudia, a la que crispaba oír una y otra vez las mismas canciones. En su momento le había parecido un gusto algo extraño para alguien de treinta años, aunque más tarde descubrió que los incondicionales de los boleros eran legión, de toda edad y condición social.

Reloj no marques las horas, cantaban en los altavoces. Claudia dejó el bolso de lona sobre la mesa del sofá, antes de recorrer pensativa la sala. Casi no había polvo. Paseó los dedos por el borde del escritorio para constatarlo. Era difícil que alguien hubiese entrado a limpiar en esos dos años. En alguna parte había leído que el 90% del polvo que se acumula en las casas está formado por escamas de piel muerta, desprendidas de los cuerpos de sus propios moradores. Pudiera ser ésa la razón de la limpieza, ya que, con esa puerta blindada y esa claraboya hermética, poco polvo podía llegar de fuera.

Abrió el tragaluz para que dejar pasar el aire y que se llevase los olores rancios.

Había libros, cuadernos, papeles sueltos por todas partes. Quizá era cierto que no había entrado nadie en esos dos años. Claudia sabía que el estudio no era de Jacobo, que vivía con dos amigos en un piso compartido por la zona de Moncloa. Ignoraba quién le había cedido ese espacio, aunque creía recordar que un pariente lejano. Pero, fuera quien fuese, no se había preocupado gran cosa del lugar, luego de la marcha brusca de su ocupante.

Si había estado alguna vez allí, no había tocado nada. Sobre el sofá aún reposaba, abierto boca abajo, un libro llamado *El mito de la educación*. En la mesa, sobre posavasos de paja, una taza grande de colores vivos, con un poso seco de café en el fondo.

Jacobo bebía café en ella y la llenaba de un termo que le cargaban en un bar de abajo. No le costó nada imaginarle en ese sofá, apurando el café y leyendo unas páginas del libro para aprovechar el tiempo mientras le llegaba la hora de salir hacia el aeropuerto. Debió dejarlo bocabajo para proseguir la lectura a una vuelta que nunca se produjo.

Además de libros, había también papeles en la librería, porque Jacobo había usado varias baldas como repisas para documentos. Recorrió los lomos de los libros con uñas pintadas de rojo. Ensayos y libros técnicos sobre diversas materias. No había allí una sola novela. Se llegó al escritorio cubierto de papeles. Ahí estaba el termo junto al flexo, y una pinza para el pelo en una esquina. La recogió con otra sonrisa de nostalgia. Debió olvidarla ella misma allí y él la dejó en esa esquina para dársela en una visita posterior que jamás tuvo lugar.

Dejó aletear los dedos sobre los folios y esas libretas de tapas de colores que tanto gustaban a Jacobo. En ellas daba gusto a su afición por la caligrafía, una arte casi extinto en occidente. Algunas contenían anotaciones de tipo personal y los escrúpulos impidieron a Claudia husmear en ellas. Pero luego, casi tapado por folios y carpetas, descubrió el cuaderno de viajes de Jacobo. *Cuaderno de viajes*, así llamaba él a uno de hojas Dina4 color hueso, con tapas blandas imitación cuero castaño.

En ese volumen hacía sus anotaciones y comentarios más privados. Claudia apartó fotocopias y hojas impresas para rescatarlo desconcertada. Jacobo mimaba a ese cuaderno que era casi una extensión de él mismo y le costaba creer que se lo hubiese dejado atrás. Aunque bien pudo deberse a un despiste, ya que estaba casi oculto bajo folios. Acarició las tapas, ese tacto rugoso de la imitación cuero. Y ahí de pie, con el cuaderno entre las manos, arropada por el son de los boleros, con sus voces melodiosas y guitarras, le asaltó de repente una gran sensación de irrealidad.

«¿Pero qué estoy haciendo aquí?», no pudo evitar preguntarse. ¿Para qué bucear en un pasado que no había significado mucho ni siquiera en su momento? Tal vez era una forma de evadirse de un presente bastante negro y de un futuro que no quería plantearse.

Aunque aquellos meses eran también parte de su vida. Y por más que se dijera que el tema estaba cerrado, sabía que no se iba a quedar del todo tranquila hasta saber

si Eduardo tenía o no razón.

Suspiró con el cuaderno entre las manos. No se decidía a abrirlo. Vencida por el pudor, o tal vez por la apatía que la devoraba desde hacía meses, lo dejó en la mesa con extremo cuidado, como si temiese dañarlo. Cerró la claraboya y, tras cortar la luz, abandonó el estudio casi de puntillas, cuidando de dar todas las vueltas a la llave.

* * *

—Tienes la espina clavada y es comprensible. Pero no sé si debes perder tu tiempo con un asunto tan confuso.

El comentario se lo hizo Alejandra Espinosa la noche en que, sentadas las dos en la plaza de San Andrés, Claudia le contó su conversación con Eduardo y la visita posterior al estudio.

—Eduardo ha sembrado en mí la duda y no puedo quedarme cruzada de brazos.

—Han pasado dos años, Claudia. Esto tiene pinta de ser la típica ida de olla.

—Eduardo es un tipo muy inteligente. No es ningún chalado. Seguro que tiene razones de peso.

—Seguro. Pero ni tú acabas de creértelo del todo. Y se te nota. —La había mirado con el ceño casi fruncido—. Y no te escapes por la tangente. Hablo de que Jacobo fue un asunto pasajero. Se fue. Se acabó.

Claudia cruzó las piernas y observó la cadenita de plata que esa noche llevaba en el tobillo izquierdo. Volvió a recordar lo que sintió en el estudio de la calle del Ángel, mientras revisaba las cosas de Jacobo. Espasmos de afecto perdido, poco más. Quizá Alejandra tenía razón y no era más que una forma de esconderse. Sin embargo...

—No estaba loca por él —admitió—. Pero recuerda que ninguna mujer se acuesta varias veces con un hombre por el que no siente nada. Creo que la frase es tuya.

—No lo es. Pero seguro que me la has oído pronunciar unas cuantas veces.

Claudia había conocido a Jacobo en las Navidades de 2004-2005, una noche yendo de vinos con amigos comunes por ese mismo Madrid de los Austrias en el que ahora estaban las dos sentadas. Volvieron a verse al par de días. Le dio su número de móvil y quedó luego con él no sabía muy bien por qué. No era de los de su tipo, ni por físico ni por forma de ser. Pero lo cierto era que habían estado saliendo juntos durante casi medio año.

Él era uno de esos talentos naturales, poderosos pero erráticos, que surgen con relativa frecuencia. Una mente brillante cuya brújula mental nunca apuntaba mucho tiempo al mismo norte. Alumno destacado en la escuela de Arquitectura de la Complutense, se había licenciado con notas sobresalientes para luego, ante el asombro de todos, ni molestarse en hacer el proyecto. En vez de eso se apuntó a unos cursillos y a los pocos meses ya estaba trabajando de informático.

Destacó también en eso, como al parecer ocurría con cuanto despertaba su interés. De la primera empresa saltó con rapidez a otra mayor y de ahí a los Estados Unidos.

Allí vivió casi siete años, en la costa oeste. Cambió un par de veces de compañía, siempre para mejor, y decían sus amigos que ganó reputación y mucho dinero. Pero luego su compás mental volvió a girar y lo dejó todo para regresar a España casi de un día para otro.

Había quien sospechaba que tras esa vuelta debía esconderse algún tropiezo profesional o sentimental. Pero Claudia estaba segura de que no era así, pese a que nunca le preguntó de forma directa al respecto. Por comentarios sueltos, intuía que el final de la etapa americana de Jacobo se debió a que se cansó o a que sus intereses vitales cambiaron, lo que en él venía a ser lo mismo. Y, fiel a su forma de ser, no dudó en comenzar de nuevo de cero.

Vendió su casa en los Estados Unidos, la que había comprado hacía poco más de un año. No se había casado ni establecido lazos sólidos, por lo que sólo tuvo que liquidar cuestiones materiales, antes de volverse a Madrid con un buen colchón de dinero, ya que siempre había sido de gustos sobrios. Aterrizó en la capital sin saber qué le pedía a la vida y, a juicio de Claudia, se entregó a algo que se parecía mucho a una temporada sabática, aunque ella se cuidó siempre de no decírselo a la cara.

Jacobo era lo que algunos llaman un multidisciplinar y lo había demostrado con sus cambios drásticos de profesión. Se interesaba por temas muy distintos y casi todos los dominaba con profundidad pasmosa. Era por ejemplo aficionado a la filatelia y, aunque su colección era mediocre —buen reflejo de lo inconstante de su carácter—, sus conocimientos sobre sellos, tiradas, precios y anécdotas resultaban más que envidiables.

Cuando Claudia le conoció, dedicaba su tiempo a temas más o menos místicos —al menos a ojos de ella— y, en cuanto al trabajo, había conseguido una beca para participar en un estudio sobre arquitectura simbólica en el Madrid Contemporáneo, financiado por la Comunidad de Madrid. En esencia, el proyecto trataba de catalogar las muestras que distintas ideologías y filosofías habían ido dejando en fachadas, decoración e incluso en la estructura de edificios de la capital.

Claudia reconocía que el proyecto era sin duda interesante, pero le sacaba de quicio el papel que Jacobo jugaba en él. Lo dirigía un experto en Historia del Arte, que era el que coordinaba a titulados y estudiantes de distintos campos, todos ellos con estatus y sueldo de becario. Y eso era lo que ella no podía entender. Que alguien que había ocupado cargos altos y responsabilidades en multinacionales aceptase tan tranquilo un trabajo de poco más de seiscientos euros mensuales, máxime cuando todo el mérito iba a ser para otro.

Comprendía que a alguien como Jacobo, si se apasionaba por un tema, tales detalles le resultasen irrelevantes, sobre todo cuando no tenía de momento problemas de dinero. Pero a ella le llevaban los demonios sólo de pensarlo. Él casi perdía dinero con todo ese asunto, pues le dedicaba horas, se compraba libros e incluso se había pagado de su bolsillo más de una escapada a otros puntos del país, unas veces para visitar archivos y otras para conocer edificios *in situ*. Todo por amor al arte y nunca

mejor dicho.

Eso ya lo había comentado en su día con Alejandra Espinosa, casi bufando de indignación. Mantenían ellas una amistad de años, cimentada cuando trabajaban juntas en televisión. Claudia, tras estudiar Imagen en la facultad de Ciencias de la Información, había pasado por varias productoras de televisión y en una de ellas había conocido a Alejandra que, aunque licenciada en Historia, se ganaba la vida en esos momentos como guionista de programas de corazón. Alejandra acabó perdiendo su empleo para, por uno de esos golpes de suerte, encontrar al poco trabajo como historiadora. Y Claudia había saltado de la televisión a la publicidad. Siguieron sin embargo viéndose y mantuvieron una relación que se basaba más en la confianza que en el trato, ya que se veían poco, aunque hablaban a menudo por teléfono.

Así que Claudia había recurrido a su amiga tanto para desahogarse como para pedirle consejo. Le había contado su historia en aquella plaza pequeñita y concurrida, a la sombra de la gran cúpula de la iglesia de San Andrés. Alejandra la había oído atenta. Luego había encendido un cigarrillo para observarla entre el humo. Todo aquello le sonaba a disparate, fruto de una preocupación de amigo, que había encontrado terreno abonado en Claudia gracias a la especial situación anímica por la que pasaba ésta.

—¿Quién podría hacer desaparecer a Jacobo? ¿Quién querría hacerlo? ¿Y por qué?

—No lo sé. Estoy confundida.

—Claudia. Que nos conocemos. Seguro que le has estado dando vueltas al asunto. Vamos a pensar. —Puso a un lado el mechero, como para marcar un punto de inflexión—. ¿Algo relacionado con su pasado?

—Me parece improbable. Su trabajo en Estados Unidos se relacionaba con la seguridad informática. Pero, por lo que contaba, no tenía nada de emocionante ni que ver con temas militares ni nada por el estilo.

—A no ser que hubiese algo que nunca te contase. Pero eso no podemos saberlo. —Puso al otro lado el paquete de tabaco—. ¿Y la vida que llevaba en España?

—De lo más tranquila, la verdad. Al menos en apariencia.

—¿Cómo que en apariencia?

—Mira. —Claudia echó una mirada de soslayo a su amiga, como si no supiese cómo expresarlo o le diese cierto pudor—. La verdad es que Jacobo estaba metido en rollos bastante místicos.

Alejandra no dijo nada y, con el cigarrillo humeante entre índice y medio, se llevó la copa de cerveza a los labios, lo que obligó a la otra a proseguir.

—Acudía a retiros de yoga, cursos de meditación, técnicas orientales. Todo eso.

—Pero Claudia. —Alejandra a punto estuvo de echarse a reír—. Eso no tiene nada de peligroso, mujer.

—Ya lo sé. —Cerca estuvo la otra de enfadarse—. Jacobo practicaba yoga desde pequeño. Tenía un nivel muy alto en eso. Pero es que además frecuentaba grupos que,

por lo poco que yo le oí hablar de ellos, eran bastante raritos, al menos alguno de ellos. Y luego toda la historia esa de las drogas.

—¿Drogas?

—Era parte del lado místico de Jacobo. Estaba muy interesado en alucinógenos exóticos, desde un punto de vista práctico. Sustancias que por lo visto se usan para aumentar la percepción y el campo de conciencia...

—Ah. —Ahora Alejandra la miró con un nuevo interés—. ¿La ayahuasca y todo eso?

—Sí. Ayahuasca por ejemplo. Ésa recuerdo habérsela oído mencionar. Sé que, cuando estaba en Estados Unidos, hizo algún viaje a Sudamérica para visitar a chamanes, probar alguna de esas drogas y cosas así. Era más curioso que un gato.

—Ya veo, ya. ¿Pero qué podría tener que ver todo eso con su posible desaparición?

—¿No se enredaría con algún tipo de secta peligrosa?

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza? Suéltalo, mujer.

Claudia bebió un poco de cerveza, antes de responder, porque se sentía un poco estúpida dejando salir esos temores.

—¿Y si alguien, aprovechándose de su interés por todos esos temas, le tendió una trampa, convenció para que fuese a Italia y luego a Tailandia, y le hizo desaparecer? Además de curioso, Jacobo era en ocasiones demasiado inocente. —Suspiró—. A veces, parecía mentira que lo fuese tanto, habiendo rodado tanto por la vida.

Alejandra ahora había dejado reposar el índice sobre los labios, algo que en ella indicaba reflexión.

—¿Quién sabe? Habría que revisar sus cuentas bancarias. Porque Jacobo tenía bastante dinero. ¿No?

—Más que bastante. Ganó mucho en los Estados Unidos.

—Habría que descubrir qué ha pasado con eso. Y tratar de localizarle en Myanmar a través de la embajada.

—E investigar un poco sobre con quién se juntaba aquí, en España, para ciertos temas.

—También. —Alejandra la miró con sus ojos oscuros, a través del humo de cigarrillo—. Pero hazme un favor: tú no. Mantente al margen. ¿Quieres? Dile lo que sepas a Eduardo y tú no hagas nada.

—Poquito puedo contarle. Jacobo no hablaba mucho de todo eso.

—¿Por qué? Erais pareja... o al menos salíais más o menos juntos.

—Se daba cuenta de que todo eso de los grupitos místicos, los gurús y las drogas no me hacía demasiada gracia. Así que evitábamos el tema. Sabía que para mí todo eso, cuanto más lejos, mejor.

—Pues déjalo así. Lejos.

—Por supuesto.

—Nada de por supuesto, que te conozco. Ya no estás en periodismo de

investigación. ¿Vale? No te metas en berenjenales.

Claudia ahora sonrió, al tiempo que cruzaba sus ojos verdosos con los oscuros de Alejandra, algo azarada. Tiempo atrás había sido eso que decía su amiga: reportera de investigación, destapando negocios turbios con cámara oculta, y se había llevado más de un susto.

—Descuida. No tengo el cuerpo para sobresaltos. Pero me gustaría saber si Eduardo tiene razón.

—Que se ocupe Eduardo y, si descubre algo, que acuda a la policía. Seguro que estamos haciendo una montaña de un grano de arena. Estamos suponiendo sobre lo que ya son de por sí suposiciones. Seguro que Jacobo está en un templo remoto de Myanmar, lejos del mundanal ruido, meditando, y todo este misterio es humo.

—Ojalá.

Hubo un silencio entre ellas. Claudia, sonriendo, tabaleó con sus uñas rojas sobre el tablero metálico de la mesa.

—¿Sabes algo gracioso? Tenía pensado dejar a Jacobo en cuanto volviese de Italia.

—¿En serio? —La otra la miró entre estupefacta y al borde de la risa.

—Te lo juro. Llevaba dándole vueltas ya un par de semanas. Era una relación que no avanzaba. —Volvió a golpetear sobre la mesa—. No es que buscase con él algo serio. No. Pero estábamos dando vueltas en círculo y lo nuestro ya no me aportaba nada.

—Si le ibas a dejar, ¿por qué te trae de cabeza ahora qué pasó con él?

—Porque soy un saco de contradicciones. —Se echó a reír—. No, en serio. Una cosa no quita la otra. Cuando se despidió de mí con un cochino *email*, me sentí fatal. Sentí que me trataba como a basura. No sabes cómo me sentó que ni siquiera me telefonease.

—No llamó a nadie. ¿No?

—No. Mandó correos a todo el mundo. Pero eso no me hizo sentir mejor. Mal de muchos, consuelo de tontos. Es cierto que le tenía ya olvidado, pero también que tengo esa espina clavada, como tú dices. Le olvidé pero ahí seguía clavada. Eduardo me ha hecho recordarlo y a lo mejor ahora es tiempo de sacar la espina.

Algo iba a replicar Alejandra, pero justo entonces llegó una camarera para cambiar el cenicero. En el intervalo, mudó de opinión. Paseó los ojos por el gentío de las mesas, los llevó luego a lo alto, a la cúpula de la iglesia y, con un suspiro que no llegó a dejar escapar, se dijo que quizá fuese mejor así. Que tal vez el ocuparse de ese asunto le ayudase a sacudirse la abulia que la atenazaba. Tal vez le devolviese el nervio que tuvo en otros tiempos.

—¿Y tu espalda?

—Ahí anda. Unos días mal y otros peor.

—¿Los dolores?

—Igual. Controlados a golpe de pastilla. —Bebió más té—. Te parece del género

tonto que pierda mi tiempo en esto, claro.

—No. Si te vas a quedar más tranquila, adelante. Yo haría lo mismo, supongo. Lo que te pido es que tengas cuidado. Aunque, lo dicho: seguro que, al final, todo esto se queda en nada.

Claudia no volvió al estudio de la calle del Ángel hasta finales de agosto. Lo hizo uno de esos días extraños que marcaron a aquel verano, cuando el otoño asomaba de repente para cubrir Madrid con cielos oscuros, chaparrones y vientos. Tras otra madrugada en vela por culpa del dolor de espalda, la primera claridad le sorprendió asomada a las ventanas de su casa, con los ojos puestos en las torres de viviendas del barrio de Vallecas contra un cielo nublado y dando vueltas en la cabeza a qué iba a ser de su vida. Y de nuevo, reacia a quedarse en casa vegetando entre pensamientos negros y calmantes, tomó el metro muy temprano, rumbo a la estación de La Latina.

Lo hizo caminando aprisa, como si así pudiese dejar atrás las molestias de columna y sólo ya a la altura de la estación de Sol se le ocurrió comprobar si llevaba encima las llaves del estudio. Sí, ahí estaban. Las había guardado en ese mismo bolso, el que llevaba el día de su primera visita, y ahí las había dejado, fuese por olvido o intención inconsciente.

Caían gotas sueltas cuando salió del metro, ésta vez a una calle de Toledo abarrotada de vehículos y gente que se apuraba en todas direcciones. Muchos echaban ojeadas inquietas al cielo, temerosos de que el chaparrón les pillase en plena calle. Claudia se apresuró por aquellas calles antiguas, recelando lo mismo. Trasteaba ya en la cerradura del portal cuando se desató la tormenta. El aguacero comenzó a azotar aceras y asfalto con rugido sordo mientras ella entraba a toda prisa, salvada de calarse por los pelos.

Por segunda vez invadió el estudio casi de puntillas, a sabiendas de que no tenía derecho a estar en aquel lugar ajeno. Y otra vez volvió a atraparla esa sensación falsa de algo familiar y recuperado. Abrió la cortina de la claraboya, pero la luz en esa ocasión fue la plomiza de los días de lluvia, acompañada por el tamborileo de gotas sobre el cristal.

Se sentó en el sofá, vencida un instante por el dolor de columna. El resonar del agua sobre las tejas convertía al estudio en algo aún más cotidiano, quizá porque su relación con Jacobo tuvo lugar durante el invierno y la primavera. Y sus encuentros

allí estuvieron acompañados con frecuencia por el frío exterior, la calefacción encendida, el silbido del viento en los aleros y un golpeteo de lluvia como el que ahora escuchaba.

Cuando el dolor remitió en parte, se puso en pie y encendió la música. De nuevo los boleros de los Panchos llenaron esa estancia de paredes color salmón. Se sentó en el sillón de oficina ante el escritorio, para comenzar a revolver entre aquella balumba de folios, carpetas, libretas que cubría el tablero. Dejó a un lado el cuaderno de viaje, ese de tapas imitación cuero, para centrarse en los papeles. Había tacos de fotocopias, hojas impresas, folios manuscritos, fotos, bocetos a lápiz del propio Jacobo.

Fue ojeando al azar, al tiempo que se preguntaba cómo conseguía Jacobo organizarse entre tanto desorden. No consiguió encontrar ningún documento sobre alcaloides exóticos ni experiencias místicas inducidas. Casi todo era sobre arquitectura y simbolismo, material sin duda del proyecto en el que participaba. También había documentos sobre algunos otros temas y unos pocos manuscritos de carácter personal. Y Claudia no pudo evitar centrarse en esos últimos.

Eran textos de longitud variable, tal vez fruto de impulsos súbitos. Al leerlos, casi daba la impresión de que Jacobo se había sentado de repente a volcar en papel lo que le pasaba por la cabeza en esos momentos. Buena parte le resultaron a Claudia poco menos que ininteligibles. Reflexiones sobre la meditación, la trascendencia, la compasión. Ninguna referencia concreta a grupos místicos. Había una larga disquisición casi filosófica sobre qué debía entenderse por simbólico, y sus diferencias con lo figurativo y lo decorativo. Aquello último lo había escrito, según indicaba el propio Jacobo, tras una conversación con un tal Carlos Bassano, un nombre que a ella le sonaba de algo.

De entre el mar de hojas rescató un boceto. Una cruz de brazos iguales, en cuyo centro había un disco del que partían ocho rayos triangulares, como un solo o una estrella esquemáticos. Debajo, Jacobo había escrito: «estoy seguro de que la iconografía de los agápetos tardíos nada debe a los nestorianos. Pese a la coincidencia temporal y geográfica, las similitudes han de achacarse al contacto de ambos grupos con la cultura y la religión persas, y no a un préstamo entre ellos. Por eso cabe preguntarse si esos mismos agápetos tardíos no tomarían de los mazdeístas la ceremonia del Haoma, adaptándola a sus creencias».

Claudia, tras leer dos veces aquella nota incomprensible, sacó una libreta de su bolso para anotar palabras clave: *agápetos tardíos*, *nestorianos*, *mazdeístas*, *Haoma*. Luego la dejó de lado para seguir revolviendo. No sabía muy bien qué buscaba y estar sentada en ese asiento de oficina hacía que cada vez le doliese más la espalda. Así que acabó por desistir y, con el cuaderno de viaje en la mano, fue a instalarse en el sillón verde.

Arrullada por el son de la lluvia sobre el tejado, fue curioseando entre las páginas, dejando aletear la mirada sobre esa maraña de anotaciones y bocetos que tan bien reflejaban la estructura mental de Jacobo. Recordó los temores de Eduardo. Con

cierto desasosiego, volvió a preguntarse si de verdad Jacobo dejaría atrás, de forma voluntaria, algo tan íntimo como ese cuaderno que era su compañero inseparable.

Unas anotaciones eran unas pocas líneas, como ideas al vuelo. Otras llegaban a las dos páginas. Muchas estaban fechadas. Todas eran de tipo personal: reflexiones, recuerdos, anécdotas.

Cuando las entradas eran más largas de una cara, comenzaban siempre en página par. Era como si Jacobo hubiera querido tenerlo todo en el futuro a un golpe de vista. Pasar los ojos por esos escritos era un placer, dado el amor de Jacobo por la caligrafía. Claudia le había visto escribir tan absorto como un pintor en su lienzo. Enlazaba las letras de las palabras, creaba párrafos como todos; casi obras de arte diminutas en sí mismos. Y otro tanto ocurría con sus dibujos. Porque Jacobo, además de su formación como arquitecto, gozaba de un talento que asomaba en cada boceto.

Y había no pocos bocetos. Desde edificios a detalles. Algunos ocupaban una esquina de una hoja y otros una cara entera. Al pasar las hojas se topó con un rostro de mujer a lápiz, en página completa. Se recostó en el sillón para examinarlo. El retrato lo era de una mujer hermosa y en sí era buen reflejo de cómo era Jacobo. Porque si el lado derecho del rostro mostraba minucia y sombras, el izquierdo era poco más que bosquejo. Como si el dibujante, tras trabajar con ahínco en el retrato, hubiese perdido el interés de golpe y hubiera abandonado sin terminarlo. Buena metáfora de lo que había sido la vida del propio Jacobo.

Fuera quien fuese, la mujer del retrato frisaría los treinta. Rasgos finos, fríos, ojos oscuros, cabellos lisos y negros a juzgar por la intensidad del trazo. No había pie de página ni pistas sobre su identidad. Un rostro sin nombre flotando entre notas personales. Por fechas contiguas, Jacobo debió dibujarlo a comienzos del 2005. Claudia pasó página con los labios fruncidos, molesta al darse cuenta de que había sentido comezón, ya que por esa época ellos dos salían juntos.

Algo más adelante, había dibujado un edificio imponente, en escorzo desde abajo. «Pasaje Barolo, Buenos Aires» decía. Lo estudió con la mano sobre el cuaderno abierto, como para impedir que un viento imaginario pasase las páginas. Ese edificio no le decía nada. Pero la anotación le había hecho recordar cuándo había oído aquel nombre, Carlos Bassano, mencionado en el texto sobre simbolismo que leyó un rato antes.

En abril del 2005, Jacobo hizo un viaje de dos semanas al cono Sur. Nunca fue muy explícito sobre sus motivos y Claudia no quiso preguntar mucho, suponiendo que podía tener que ver con sus experiencias con alcaloides. Y sí. Aquel Bassano era un argentino radicado en España que algo había tenido que ver con ese viaje.

Trató de hacer memoria con la mano aún sobre esa página, con la música de fondo. No pudo recordar detalles. Dejó de lado el cuaderno de viaje para buscar en el cajón superior derecho del escritorio. Allí estaba: la agenda. Y dentro ese nombre: Carlos Bassano, con un número de móvil pero sin dirección alguna.

Antes de que pudiera arrepentirse, Claudia llamó con su propio móvil.

Arrepentirse de remover aguas pasadas, no de llamar a un desconocido. Dos años como reportera la habían curtido y dado soltura en ese campo. El número estaba operativo. Contestaron a la tercera llamada.

—¿Señor Carlos Bassano? Me llamo Claudia Ugarte. Era amiga de Jacobo Artola, al que supongo que recordará...

—Claudia. Pero sí. Jacobo me habló en alguna ocasión de vos. —Tenía voz de barítono, cultivada, más agradable aún gracias a un deje argentino suavizado por tal vez décadas lejos de su patria—. ¿Qué se le ofrece?

—Hace dos años, ayudó a Jacobo en un viaje que hizo a Argentina.

—Ayudar, ayudar... digamos que le di una mano.

—Me gustaría hablar con usted sobre eso. Supongo que le sorprenderá, pero...

—Con gusto. Conversamos cuando quiera. —Se le escuchaba mal, ya que había mucho ruido de fondo. Debía estar en la calle o en lugar concurrido.

Resultó que se encontraba de viaje en Barcelona, aunque no tardaría en regresar a Madrid. Acordaron verse el viernes 31 en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, a sugerencia del propio Bassano, a las once y media de la mañana. Cuando Claudia preguntó cómo se podrían reconocer, él se permitió cierta ironía.

—No se preocupe. Sólo busque a alguien con más de sesenta años y barba blanca, sentado solo, si es posible junto a los ventanales. Tomo café con leche y acostumbro a leer *El País* y *El Mundo* para cotejar noticias. Si hubiese en la cafetería del Círculo más de una persona que encaje con esa descripción vamos a estar en un pequeño apuro. Pero lo dudo mucho.

2007 anno Domine (1853 anno Magistri)

Aquél a quien los suyos llamaban *el Ángel* acompañó al Maestro en su visita a lo que para él no era más que otra vetusta iglesia del centro. Pudieron deambular por ella a solas y a sus anchas, pues los contactos del segundo habían hecho posible el acceso a ese lugar cerrado al público. Aquellas viejas piedras, toda esa imaginería religiosa, nada despertaban en el Ángel. Pero el Maestro lo había recorrido todo con suma lentitud y expresión solemne, atento a cada detalle, envuelto en esa aura que para el Ángel resultaba casi tangible.

El Maestro se había detenido ante el gran retablo dorado, antes de pasar a examinar dos grupos escultóricos en sendas tumbas, a ambos lados del presbiterio. Particular atención pareció prestar a la sepultura de la derecha. A la estatua de un varón barbado en actitud orante, de rodillas y con las manos juntas, con una cofia de soldado sobre la cabeza y ropas talaras de aire medieval. El Maestro estuvo largo rato

con los ojos puestos en ese rostro de piedra que a su vez, al estar a medias vuelto, parecía devolverle el escrutinio, igual de meditabundo.

Más tarde, tras cambiar el silencio y la penumbra del templo por la luz y el bullicio de la plaza de la Paja, el Maestro se había parado a observar la fachada. Hacía ya calor y la plaza estaba llena de turistas y ociosos sentados en las terrazas. El Maestro recorría con la mirada las viejas piedras como si buscara algo en ellas, mientras el Ángel aguardaba inmutable. Cuando habló, lo hizo con esa voz grave y modulada que tanto cautivaba a sus oyentes.

—Ésta es la capilla de San Juan de Letrán, aunque todos la llaman la capilla del Obispo. La mandó construir Francisco de Vargas. —Sonrió de forma enigmática—. Vargas el Averiguador, así le llamaban. Él es el hombre representado en esa tumba que hemos estado viendo.

El Ángel —un hombre de físico escultural que frisaba los treinta, con el pelo muy negro y unos ojos claros, entre azules, verdes y grises que más que atraer inquietaban — asintió sin palabras.

—Ya sé que a ti no te interesa la historia, ni el arte, ni nada mundano. Pero ese Vargas fue alguien digno de ser recordado.

—¿Uno de los nuestros?

—No. Todo lo contrario. Fue un azote para los nuestros, peor que una plaga bíblica, en tiempos de los Reyes Católicos. A punto estuvo de borrarlos de la faz de la Tierra.

—¿Y a alguien así debemos rendir homenaje?

—Hablo de recordar, no de celebrar. Fue un hombre notable.

—Un verdugo de los nuestros...

—¿Acaso no cumplían los verdugos de Jesucristo su papel, asignado por Alguien más alto que ellos?

Dio por fin la espalda a la fachada de la capilla para echar a andar cuesta abajo, muy cerca de los árboles plantados en el centro de la plaza.

—He venido aquí en busca de una señal, de una clave del futuro. —Hablaban despacio, con los ojos puestos por algún motivo en una fachada ocre de balcones estrechos, al otro lado de la plaza—. Busco el futuro en el pasado, ya que éste vuelve una y otra vez para condicionar el futuro. La existencia es como un libro y, aunque lo leamos hacia delante, a veces parece como si una mano más fuerte quisiera volver páginas hacia atrás, para hacernos revivir letras ya pasadas.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Malo. Revivimos viejas vicisitudes. Nuestro pasado regresa para perturbar al presente y amenazar al futuro. —Volvió la vista a la derecha, a la fachada del palacio de los Vargas con su pórtico de medio punto, portón de madera y balcones de hierro—. Ese pasado cerrado en falso se llama esta vez Jacobo Artola. Le recuerdas, supongo. Un amigo suyo le anda buscando.

—No le encontrará.

—No. Pero si lo busca es porque algo sospecha.

—¿Quién es él?

—Alguien sin importancia por sí mismo. Un hombre del Segundo Pueblo. Pero es inteligente, se está haciendo preguntas y, si comienza a ver todo este asunto con otros ojos, acabará por intuir nuestra existencia.

Se detuvo a la sombra de un árbol de gran copa verde para sacar un papel doblado.

—Aquí está cuanto necesitas saber de ese hombre. Estate atento y si llega el caso obra en consecuencia. —Le observó con ojos de profeta—. Actúa como creas más correcto aunque te ruego que no hagas nada a la ligera.

El 31 de agosto, Claudia llegó a la cafetería del Círculo a la hora convenida y ya desde la puerta localizó a un hombre que encajaba con la descripción dada. Alto, delgado, más cerca de los setenta y que de los sesenta. Barba blanca, corta y cuidada. Camisa de rayas azules finas. Sentado junto a los ventanales, con una taza de café con leche y periódicos abiertos sobre la mesa, unas gafas de ver en la diestra y los ojos en esos instantes puestos en la calle.

Claudia se acercó por entre las mesas y él, como si hubiese sentido su llegada, giró la cabeza para mirarla. La observó con los ojos del que anda perdido en sus pensamientos, antes de enfocarla y ponerse en pie.

—¿Claudia?

Ella asintió al tiempo que se fijaba en sus ojos, muy verdes. Se mantenía en forma, como cada vez más hombres a sus años. Debió de ser muy guapo. Aún lo era y, como a muchos de su edad, la barba corta y blanca le ennoblecía el rostro. Él la invitó a sentarse con un gesto y con otro llamó a un camarero. Claudia pidió café con leche y él otro solo.

—¿Ve qué poco nos costó reconocernos?

Sonreía al cerrar con cuidado el periódico, a la vez que apartaba discreto las gafas.

Claudia le devolvió la sonrisa, mientras trataba de calibrarlo. Estaba muy moreno de playa, lo que resaltaba aún más la barba. Parecía hombre de dinero, sin estridencias: la camisa Ralph Laurent de rayas azules, el reloj Tag Heuer auténtico, todo caro, nada ostentoso.

—¿Le parece que nos tuteemos?

—Pero sí. Con gusto. Creo que querías vos que hablásemos de Jacobo.

Ella debiera haberse sentido violenta por la brusquedad con que Bassano entró en materia. Pero el tono de voz y las maneras que desplegaba su interlocutor lo impidieron, así que fue casi con gusto al grano.

—Eras amigo de Jacobo.

—Conocido. —Otra vez contundencia suavizada mediante voz y gestos—. Teníamos buena relación, pero yo no diría amigos. Acá en España usan a veces la palabra amistad con demasiada ligereza.

—Ah. —Ahora Claudia se quedó un poco a trasmano—. Entonces, no sé si te enteraste de que Jacobo se marchó de España hará dos años, de forma bastante inesperada.

—Claro. Recibí un *mail* general en el que informaba a todos sus conocidos de ello.

—¿Te llegó luego alguno más? ¿Tuviste alguna noticia de él?

—Ninguna. Nos llevábamos bien pero no éramos íntimos.

—¿No te sorprendió que lo dejase todo de golpe?

—No es algo común, desde luego. Pero no me pareció algo increíble.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba lleno de inquietudes espirituales. Iba a cursos y retiros de yoga, eso lo sabrás vos mejor que yo. Que se fuese tan de repente a Tailandia, en busca de metas más elevadas, me pareció una decisión drástica. Radical. Pero nada más que eso. De joven conocí a más de uno que hizo lo mismo.

—¿En serio?

—Sí. —Sonreía casi nostálgico, a la manera del que recuerda otros tiempos—. La gente sufría crisis espirituales, se buscaba a sí misma, se iba a oriente. Era allá por los setenta. Claro que, en esa época, el destino favorito era la India.

Hizo mutis al llegar un camarero de chaqué negro y pajarita con las consumiciones. Una discreción que Claudia supo apreciar, pues aborrecía ésos que se comportan como si los camareros no existiesen. No prosiguió hasta que se hubo marchado.

—Yo también me interesaba por esos temas y nunca perdí del todo la afición. En los setenta Oriente hacía furor, era una moda entre los jóvenes y Occidente se llenó de gurús reales o supuestos, venidos de Asia. *Creéme*: no es tan difícil que ciertas personas, en las circunstancias adecuadas lo dejen todo y se vayan, sea por deseo de trascendencia, hastío de lo cotidiano o simple intención de empezar de cero.

—Jacobó era de ésos, desde luego.

—Lo sé. Recuerdo haber tenido con él conversaciones jugosas sobre los más diversos temas. Era un hombre de inteligencia muy despierta, aunque se entusiasmaba demasiado. La gente como él puede volverse con facilidad obsesiva.

—Cuando algo le interesaba se absorbía. A cambio podía perder el interés de un día para otro.

—Le gustaban los cambios drásticos. De eso no cabe duda. Emigrar a Estados Unidos y al cabo de años liquidarlo todo en dos semanas y volverse a España con poco más que una valija... —Se detuvo al reparar en la expresión del rostro de Claudia—. ¿No lo sabías?

—Eso de la maleta no. —Como Bassano la estaba observando con curiosidad,

creyó llegado el momento de dar alguna explicación—. Te sorprenderá que quiera hablar de Jacobo.

—¿Por qué me iba a sorprender? —Se llevó la taza a los labios, sin apartar esos ojos verdes suyos de los de ella—. Ustedes dos eran pareja.

—Pareja suena demasiado a formal.

—Hablaba de vos con mucho afecto.

—No lo dudo. Pero estaba tan a lo suyo... daba la impresión de que para él lo sentimental era secundario.

—O no. No hay que confundir a un hombre poco efusivo con uno frío. —Sonreía de nuevo—. En fin. No me parece un disparate que vos te preguntes por su destino. Sobre todo si hablaste con Eduardo Regalado.

—¿Eduardo? ¿Le conoces? —No pudo ocultar su sorpresa.

—Estuvimos conversando sobre esto mismo justo antes de mi viaje a Barcelona. Me localizó gracias a las viejas agendas de Jacobo. Hablamos largo y tendido, y me confió sus temores, como lo hizo con vos. Cuando vos me llamaste, yo lo llamé a él para informarme. Te lo digo para evitar malentendidos.

—Eso es ser prudente. Nada tengo que objetar. —Jugueteó con la taza para ocultar sus titubeos, porque la entrevista no estaba yendo por donde ella pensaba—. ¿Qué opinas sobre su teoría de que Jacobo no desapareció por voluntad propia?

—No sé qué pensar.

—Yo tampoco. Pero, desde que hablé con Eduardo, no dejo de preguntarme...

—Es comprensible. ¿Era sobre esto sobre lo que querías hablar? ¿Sobre si pudiera tener razón Eduardo?

—No exactamente. En realidad era sobre el viaje que hizo Jacobo a Argentina. Él también me habló en alguna ocasión de ti...

—Espero que bien. —Sonrió.

—Sí. Muy bien. —Le devolvió la sonrisa—. De lo contrario, puedes jurar que no te habría telefoneado. Sé que le ayudaste en ese viaje a Sudamérica.

—No tanto. Le facilité algunos trámites, gracias a los familiares de allá.

Claudia bebió de su taza, buscando cómo explicarse. Su interlocutor hizo lo propio, observando. Se decidió a ser sincera.

—No me quito de la cabeza la idea de que Jacobo pudo meterse en algún lío. Tengo miedo de que se enredase con alguna secta o algo así.

Bassano no dijo nada. Con un gesto de la taza la animó a proseguir.

—Jacobó estaba muy interesado en las experiencias con drogas místicas. Ayahuasca y cosas así. Sé que cuando vivía en Estados Unidos hizo algún viaje al sur para visitar a chamanes...

—¿Y vos *pensás* que eso tuvo algo que ver con su viaje a la Argentina? —Se echó a reír—. Pero no. Qué tontería. Viajó hasta allá por temas muy distintos y yo desde luego no iba a dar una mano a nadie que fuese a mi país en busca de drogas... entre otras cosas porque en la Argentina no hay drogas místicas, como vos las *llamás*.

Como mucho coca, algún *yuyo*, en el noroeste.

—¿Yuyo?

—Alguna plantita alucinógena.

—Entiendo. ¿Pero no viajó a otros países de la zona durante esa visita?

—Y sí. Pero sólo a Uruguay, donde tampoco hay nada de eso. Drogas, chamanes, etc., todo eso está más al Norte. Te digo a vos lo que le dije hace días a Eduardo. Jacobo viajó a la Argentina para visitar algunos edificios más bien pintorescos.

—¿Tuvo ese viaje algo que ver con el proyecto en el que participaba?

—Algo no. Todo. Pero se fue por su cuenta. *Mirá* que le dije más de una vez que un hombre como él no tenía que meterse en eso. Que debía dejárselo a gente más joven que estuviese empezando. Le advertí de que no ganaría dinero ni prestigio. Que todo se lo llevaría el jefe del proyecto y que él ya estaba grande para algo así.

—Completamente de acuerdo. —Casi bufó Claudia—. Pero no lo acabo de entender. Creí que el proyecto sobre arquitectura simbólica se ceñía a Madrid y a la Edad Contemporánea.

—Sí. Pero a Jacobo le dio por investigar un poco por su cuenta, a espaldas del director del proyecto. No sé si sabías eso.

—La verdad es que no.

—Jacobó era un hombre muy inteligente, vos lo *sabés*. Yo también estudié arquitectura en mis tiempos y era un placer conversar con él sobre esos temas. A raíz de ese proyecto, desarrolló una teoría muy sugerente. España en cuestiones simbólicas no es como otros países europeos. La historia española es la de regímenes férreos que no consentían más religión o ideología que la oficial. En el norte de Europa *podés* ver antiguas iglesias de distintas confesiones cristianas, sinagogas del siglo XVIII, templos masónicos del XIX. Pero acá no tienen nada de eso.

»Puesto que no se permitía más doctrina que la oficial, la disidencia procuraba no delatarse exhibiendo sus símbolos. Pero Jacobo pensaba que, de todas formas, esos disidentes sí dejaron huellas en la arquitectura. Improntas sutiles, camufladas entre la imaginería ortodoxa. No es una idea novedosa, pero él sostenía que debe existir en España toda una arquitectura simbólica encubierta.

—Una teoría arriesgada. ¿No? —Claudia ladeó la cabeza. La discusión anotada por Jacobo iba justo sobre eso.

—Pero sugestiva. Y a veces ponía sobre la mesa datos fascinantes.

—¿Y por qué investigar a escondidas?

—Porque sólo era una teoría suya. Se la planteó a su director de proyecto, que no se mostró receptivo en absoluto. De hecho, se hubiera enfurecido al ver que dedicaba su tiempo, así como recursos del proyecto, a algo a lo que no daba valor alguno.

—A Jacobo le sobraba el dinero. Podía haber pasado de él e investigado por su cuenta.

—No era cuestión de dinero. Estar en ese proyecto le abría las puertas de archivos por otra parte de acceso difícil. Por eso seguía en él.

—Ya.

—Yo estudié arquitectura, al igual que Jacobo, como te he dicho, aunque yo ni llegué a terminar la carrera. Creo que es una de las razones por las que congeniamos. También teníamos otros puntos en común.

—¿Cómo por ejemplo?

—El desarraigo. El interés por las filosofías orientales. —Toqueteó su taza, miró alrededor—. ¿*Fumás*? Yo sí. Es una pena que hayan prohibido fumar aquí. Tomo en este lugar el café desde hace décadas, muchas mañanas. Me siento a leer el diario, a ver pasar a la gente por Alcalá y solía fumar uno o dos cigarrillos. Los primeros del día. Tenían gusto a gloria.

—Las leyes...

—Sí. Las malditas leyes. Pero, para no divagar: nos presentó un conocido común, profesor de Arte en la Complutense. Yo le suministré ciertos datos, le presenté a un par de personas que podían serle útiles. También le di una mano cuando viajó a mi país.

—¿Pero entonces a qué fue?

—A consultar archivos. A visitar algunos edificios de arquitectos que también trabajaron en España a finales del XIX y principios del XX. Yo le ayudé a que se le abriesen unas cuantas puertas. Me fui hace mucho de la República Argentina, pero aún conservo contacto con parientes y antiguos amigos.

—¿Sabes si viajó por el mismo motivo a Italia?

—Eso no lo sé. No me comentó nada al respecto. Recibí un día un *email* bastante escueto en el que me avisaba de que se iba unos días a Italia y recuerdo que me picó la curiosidad. Tenía intención de preguntarle a su vuelta, recuerdo. Es obvio que me quedé con las ganas.

* * *

Bassano se quedó en la cafetería del Círculo y Claudia, al salir, decidió de repente llegarse hasta la calle del Ángel. Subió por Alcalá y, al cruzar delante de los ventanales, él, que de nuevo estaba mirando a la gente pasar, con el periódico abierto y las gafas en la mano, la saludó con un cabeceo al que ella respondió con sonrisa fugaz.

Según subía costeano por la acera derecha de Alcalá, al pasar junto a la mole del edificio Banesto, reparó en la balconada del primer piso y en cómo se sustentaba en cabezas de elefantes a intervalos. A punto estuvo de sonreírse porque ¿cuántas veces habría pasado por allí, sin fijarse nunca en eso? Sin duda, si ahora lo había hecho, era por tanto revolver entre papeles que hablaban de simbolismo, decoración, fachadas. La atención tiende a dirigirse a lo que ocupa la cabeza, y a ignorar lo que no le interesa.

Llegando a la Puerta del Sol torció a la derecha, aunque eso le obligase a

atravesar Alcalá para luego contornear las vallas metálicas de una obra interminable que tenía levantada la plaza desde hacía más de dos años. Aún no era la una de la tarde según el reloj de la sede de la Comunidad de Madrid. Las aceras hervían de público y el calor era sofocante. En la bocacalle de Preciados, se había instalado un puñado de sujetos cetrinos, con trajes oscuros que les daban aire de narcos de película y a los que supuso centroamericanos. Uno blandía una Biblia mientras vociferaba acerca de la Palabra, el Pecado y la Salvación. Sus secuaces asentían y uno enarbolaba un estandarte blanco, con citas bíblicas estampadas en azul celeste. Imaginó que serían evangelistas a la pesca de incautos. Nadie les prestaba atención, a no ser algún turista japonés, y los únicos congregados alrededor de aquel predicador estrafalario eran los suyos, sin que eso menguase un ápice su ardor apostólico.

Varios pasos más allá, otra muestra del circo perpetuo que es el centro de Madrid: un hombre sin brazos, con camiseta de tirantes blanca para mostrar bien los muñones, sujetando con los dientes un gran vaso de plástico con monedas dentro. Sacudía la cabeza para hacer sonar las monedas y animar a los viandantes a echar alguna dentro. Rondaría los treinta, rubio, de ojos increíblemente azules. Un mutilado de las guerras de los Balcanes o de las repúblicas ex soviéticas. Esa visión heló la sonrisa que había despertado en Claudia la carnavalada evangelista. Apartó la mirada y apretó el paso para llegar pronto al hormiguero que era a esas horas la calle Mayor.

Su decisión de ir al estudio era fruto de la conversación con Bassano. Aunque no había encontrado nada sobre el escritorio, aún tenía esperanzas de que en alguna parte Jacobo hubiese dejado anotaciones sobre sus incursiones en el mundo de los alcaloides y la mística. Nada más lógico que alguien como él, tan dado a ponerlo todo por escrito, dejase registradas sus experiencias en ese campo.

Pero, tras mucho revolver por todas partes, se convenció de que no había nada, por lo menos en aquel estudio. Y eso que allí había mucho más material de lo que parecía a simple vista; no sólo en los cajones, sino también en las baldas de la estantería. En ésta última encontró algunos libros sobre la ayahuasca, chamanes mexicanos y brasileños, un volumen en inglés sobre la sociedad africana del Bweti, un par de libros del inevitable Carlos Castaneda. Pruebas todas del interés de Jacobo por esos temas. Pero nada de su puño y letra. Tal vez lo dejó encriptado en su ordenador y no en papel, habida cuenta de que parte de esas experiencias las tuvo mientras aún vivía en los Estados Unidos. En algunas partes de ese país, las penas por consumo de sustancias prohibidas pueden ser muy severas.

Pero, dejando de lado aquel puñado de libros, casi todo lo demás versaba sobre arquitectura, simbolismo, historia, arte. Descubrió una carpeta rotulada con el título de *Uruguay, abril de 2005* y, harta de buscar en vano, la espalda ardiéndole de nuevo, se sentó en el sillón para revisarla. Había folios impresos y fotos tomadas por el propio Jacobo. Tras trabajar durante años como informático, había desarrollado una desconfianza casi patológica contra los sistemas digitales de almacenamiento, por lo que guardaba siempre respaldos en CD y a menudo copias en papel. Aunque no de

todo, por lo que se veía.

Como Claudia había abierto la claraboya, la luz del sol formaba un rombo dorado sobre la tarima clara. El resplandor del verano inundaba el estudio y se oía cantar a un pájaro posado en algún tejado próximo. Ojeó las fotos. Tres eran de una fachada estrambótica, en una gran avenida. Tenía forma de proa de barco que se proyectaba a la calle y, sobre la cubierta de esa nave de piedra, una Victoria de Samotracia que parecía dirigirla. El resto del edificio, a juzgar por las torres y los colores de los muros que se veían más atrás, debía ser igual de fabuloso. En el reverso de todas esas fotos, había escrito: *Castillo Pittamiglio*.

El resto de fotos mostraban una construcción con forma de águila —cabeza, hombros— a pie de playa. Un ave de hormigón parecía surgir de la misma tierra, con pico agresivo y tronera de cristales oscuros a modo de ojos, como avizorando el mar. En el envés de las fotos decía: *La Quimera de Atlántida*.

Había también resguardos de algo llamado buquebús y, por las fechas de esos billetes, Jacobo habría viajado de Buenos Aires a Montevideo el 14 de abril, para regresar a la noche siguiente. Los folios eran notas de viaje y, de ellas, se colegía que ese viaje relámpago fue de capricho. Una escapada para visitar esos edificios curiosos de las fotos.

El Palacio Pittamiglio, el de fachada con forma de proa y Victoria alada, era obra de un arquitecto tan adinerado como excéntrico, Humberto Pittamiglio. La levantó en Montevideo a comienzos del xx, en la Rambla —el paseo marítimo—, la vía más larga de la ciudad. El interior del palacio es laberíntico y parece responder a claves alquímicas, arte arcana de la que el arquitecto Pittamiglio, prohombre del Uruguay de su época, era gran estudioso.

En cuanto al Águila, llamada en origen la Quimera, fue encargo de otro millonario extravagante, Natalio Michellezzi, y se encuentra en la localidad de Atlántida, al este de Montevideo, ya en la costa atlántica. Allí se refugiaba a leer y meditar. Lo curioso del caso era que, aunque edificada en los cuarenta, el edificio concitó en seguida toda clase de leyendas fabulosas. Unos decían que fue cubil de contrabandistas, otros que los nazis la construyeron durante la II Guerra Mundial, algunos que era obra de los supervivientes del crucero *Admiral graf Spee*, hundido por la flota inglesa en el Río de la Plata, en diciembre de 1941.

En sus notas, Jacobo reflexionaba sobre la facilidad con la que se urden mitos a partir de cualquier cosa que se salga de lo común. Mitos fruto de la imaginación y no basados en nada real, como bien demostraba el caso de la Quimera de Atlántida.

Otros textos dentro de esa carpeta eran más personales. Como el que hablaba de cómo el Río de la Plata, a la altura de Montevideo, es un mar marrón, oscurecido por el arrastre de tierras a lo largo de miles de kilómetros, desde el corazón del continente. Lo comparaba con el Atlántico frente a la argentina Mar del Plata, que es allí un océano azul y agitado, batido por vientos y con olas coronadas de espuma.

Leer eso llenó de nostalgia a Claudia, sin saber ella muy bien por qué. Alguna

fibra debió tocarle. Tal vez fue la evocación de lugares tan lejanos o puede que entre esas líneas asomase demasiado bien el recuerdo del propio Jacobo. Algo tenían esas palabras. Él a veces lograba calar bien hondo, pese a que otras no conseguía conectar con sus interlocutores. Eso era algo que también le había atraído de él, en aquella relación de pocos meses.

Se obligó a dejar que esas emociones se disiparan. Echó una ojeada al cuadrilátero de sol sobre el suelo de madera e inspiró hondo. Devolvió fotos y folios a la carpeta y ésta al estante, al preciso lugar en que la había encontrado. Y se fue casi de puntillas, desvanecido ya, por ese día, cualquier deseo de seguir removiendo en aquel pasado que también la tocaba a ella, aunque fuese de refilón.

Claudia recurrió a Internet, la gran enciclopedia global de comienzos del XXI, en busca de información sobre aquellas palabras clave que anotase en el estudio: agápetos, nestorianos, haoma. No encontró referencia alguna a los primeros. Sí a los agapetas, una antigua secta gnóstica citada por diversas autoridades en la materia. Menéndez Pelayo, por ejemplo, les dedicaba unas líneas *en su Historia de los heterodoxos españoles*. Pero éstos tomaban su nombre de Agape, matrona protectora del culto, que había llegado a Hispania desde Egipto, y no parecía tener nada que ver con los agápetos de Jacobo que, por la nota de éste, debían haber estado instalados en Oriente.

Obtuvo información en Red y bibliotecas sobre los nestorianos, una rama del cristianismo en tiempos muy importante. Su origen estaba en la iglesia cristiana de Mesopotamia, muy antigua y fundada, según sus mitos, por el apóstol Tomás. En el siglo III contaban ya con rito propio y, aunque al principio dependía de Antioquía, uno de sus obispos reunió a todas las diócesis persas bajo su autoridad en el siglo IV y a comienzos del V se declararon autónomos. La brecha se ahondó cuando adoptaron la doctrina de Nestorio, condenada por la iglesia de Roma en el concilio de Nicea. Una ruptura nada casual, fruto del deseo de los cristianos del imperio persa de librarse de la tutela de los del imperio romano.

Los cristianos orientales prosperaron en los primeros siglos, mientras sus correligionarios de Occidente eran perseguidos. Paradójico fue que durante el siglo IV, mientras en Roma el cristianismo se alzaba como religión de estado, las cosas se ponían feas en Persia. Los sasánidas, alarmados ante el auge de religiones foráneas y de nuevo cuño, reforzaron la posición del mazdeísmo como religión oficial, al tiempo que prohibían el resto de cultos.

Los cristianos de Persia sufrieron menos que otros credos, como el maniqueísmo, que fue reprimido sin piedad, y la conquista musulmana posterior no les supuso merma al principio. Gozaron de la protección de los califas e incluso se lanzaron a la

expansión mediante misioneros. Los nestorianos llegaron a arraigar así en tierras tan remotas como el Asia Central, Mongolia, la India, China o el Tíbet. En ese último lugar dejaron su huella de forma harto curiosa, porque resabios de su doctrina influirían en lo que luego sería el lamaísmo.

Los nestorianos, mediante distintas ramas, estuvieron presentes en toda Asia y llegaron a contar con decenas de millones de fieles. Pero el paso de los siglos, con el auge de la intolerancia islámica por un lado y el giro nacionalista en países como China por otro, se conjugó contra el nestorianismo, ya que, pese a su gran difusión, no logró convertirse en religión de estado en lugar alguno.

Tamerlán destruyó a las comunidades nestorianas de Asia Central en el siglo XIV y las persas hubieron de huir en el XV a las montañas kurdas y, de ahí, a lo que ahora es Azerbaiyán. Vivieron siglos de zozobras, matanzas y penurias. Durante la I Guerra Mundial, parte de los nestorianos de Mesopotamia, que se hacían llamar ya cristianos asirios, temiendo sufrir el mismo destino que los armenios de Turquía, se hicieron católicos y adoptaron el nombre de cristianos caldeos, para diferenciarse de sus antiguos hermanos.

Se sucedieron los éxodos y, tras la Guerra Mundial, el gobierno turco impidió el regreso de asirios y caldeos a sus antiguos hogares, por lo que aquel pueblo castigado hubo de emigrar al Kurdistán iraquí, entonces protectorado británico. Pero la paz fue efímera y, con la independencia, las tropas musulmanas del nuevo estado cayeron sobre los campos de refugiados y los mataron por millares. Muchos supervivientes huyeron a Siria y Líbano, todavía protectorado francés, y no pocos embarcaron rumbo a América. De hecho los iraquíes, no atreviéndose a matar al patriarca asirio, optaron por expulsarlo a Chipre y él también se exilió a los Estados Unidos, a Chicago, lugar donde está la sede actual.

La historia de esa iglesia antiquísima que aún sobrevive en Irak, entre bombas y matanzas, conmovió a Claudia, que era alma curiosa, pero no le aclaró nada. Más jugosa podía ser la referencia al *haoma*, ya que resultó ser una droga o bebedizo usado por los antiguos persas en sus ceremonias. Parecía haber dudas sobre cuál era su composición base, pero todos estaban de acuerdo en que se hacía con algún tipo de planta alucinógena. Y eso ya cuadraba más con lo que estaba buscando.

Si no llegó a indagar más a fondo sobre ese último tema fue porque se apartó de todo ello durante unos días, de forma bastante radical. Alejandra Espinosa le propuso de repente hacer una escapada juntas. Aprovechar una de esas ofertas de última hora, de las agencias de viajes, e irse a Malta una semana. Claudia no se lo pensó dos veces. Adoraba el viajar, conocer lugares nuevos, y esa isla del Mediterráneo Central podía ser un buen destino para liberarse de rutinas y paisajes de todos los días.

Fue un paréntesis agradable. Un asueto tranquilo que les permitió hablar sobre sus vidas y amigos comunes, compartir chismes, proyectos, inquietudes. Jacobo salió a colación, claro. Pero allí, tan lejos de Madrid, en aquellas playas llenas de historia, aspirando aromas salinos y viendo espejear al mar, las sospechas de Eduardo se

convertían en fantasmas. Castillos de naipes levantados por un amigo que se preocupaba de más, que se agarraba a nimiedades para armar una tramoya de temores.

Era, además, la primera vez que Claudia salía de viaje con una amiga, tras su accidente de coche. Había temido que esa circunstancia la hiciese sentir peor pero, para su asombro, fue como quitarse un peso de encima. Hasta sus dolores de columna, a los que ya se iba resignando a sufrir como crónicos, disminuyeron de forma notable. Allí, en Malta, fue donde por primera vez tomó en consideración lo que más de un médico le había insinuado: que el sufrimiento no era producto de secuelas físicas, sino psíquicas del accidente.

En las últimas Navidades, Claudia aún trabajaba en publicidad; campo que, aunque le gustaba, le consumía mucho tiempo y le agotaba en lo físico y lo mental. Habían estado filmando en Pamplona y, cuando regresaba a Madrid con una compañera, tuvieron la mala suerte de verse involucradas en un accidente múltiple. Un autocar con peregrinos portugueses, de regreso de Lourdes, volcó —puede que por despiste del conductor— y recorrió de lado un buen trecho de autovía entre rechinar de metales y nubes de chispas, arrollando a varios vehículos, entre ellos a su Ford K. Claudia se despertó al cabo de varios días en la Clínica Universitaria de Pamplona sin recordar nada de lo ocurrido. Su compañera había muerto antes de que los servicios de emergencia llegaran al lugar del siniestro.

Fueron semanas muy largas de convalecencia, recuperándose de fracturas que incluían la de un par de vértebras, aunque la médula no resultó afectada. Al desconcierto inicial, el dolor atroz, el pánico ante la idea de quedarse en silla de ruedas, no importaba lo que dijese los médicos, les siguieron meses de rehabilitación, sufrimiento, cirugía reparadora para eliminar las cicatrices de la espalda. Y, tras el alta, aún le quedaron esos dolores y un cuadro depresivo —común en tales casos, según los especialistas— que hizo necesaria la medicación durante una temporada.

Hablar de todo eso con Alejandra le hizo tanto daño como había temido, porque supuso revivirlo. Pero a la vez fue como abrir una jaula y dejar volar a pájaros de plomo que le habían estado pesando en el alma durante todos esos meses. Se aventaron muchos fantasmas en aquellos días. De hecho, Claudia se sorprendió un día mientras paseaba por los viejos bastiones junto al mar, con las cúpulas y torres de la Valeta a la vista, con el calor del sol en la espalda desnuda. Llevar la espalda así, al descubierto, no era en ella casual. Aún tenía que obligarse a ello, para tratar de quitarse el temor absurdo de que se notasen en su espalda cicatrices eliminadas mediante cirugía.

Mientras deambulaba perezosa, poniendo a veces los ojos en el agua, por alguna razón cayó en la cuenta de que ni siquiera recordaba muy bien el rostro de Jacobo. Sus rasgos se habían perdido en buena medida en el fondo de su memoria. Perpleja, trató de reconstruirlos con la imaginación, apenas pudo. Sólo grandes trazos: el

cabello negro, la nariz fina. Desde ahí, de forma inevitable, su cabeza saltó a las incógnitas planteadas por Eduardo, que cada vez le parecían más inconsistentes. Hizo un nuevo esfuerzo por recordar la cara de Jacobo y falló de nuevo. «Estás persiguiendo fantasmas, Claudia», no pudo evitar reprocharse casi con amabilidad.

Cuando aterrizaron en Madrid, lo hizo aligerada, como si hubiese mudado de piel. Llegó dispuesta a normalizar su vida e ir dejando atrás esa etapa negra que había seguido al accidente. Quizá por eso telefoneó a Eduardo ese mismo día, para cerrar ese tema y dedicarse a reorganizar su vida.

Tras un par de intentos fallidos, lograron verse a mediados de septiembre. Y por segunda vez en poco tiempo Claudia tuvo motivos para pensar en lo selectivo de la atención. En cómo podemos pasar durante años o décadas por delante de algo y no reparar en que existe.

Se topó con un Eduardo rejuvenecido. Uno de barba inculta, ropa informal y mochila al hombro que la aguardaba recostado contra un muro, leyendo un libro. Ni siquiera se percató de que Claudia llegó tarde. Cruzó con ella dos besos y al ver su mirada curiosa, le mostró la portada del libro. Una guía de arquitectura.

—Sigo los pasos de Jacobo.

Y no exageraba, como en seguida constató Claudia. Guía en mano, la llevó por la calle de la Princesa hasta una gran finca cerrada por un muro de rejos negros y puntas doradas. Tras esa verja había una pared vegetal que ocultaba el edificio de atrás. Pero a Eduardo no le interesaba el palacio y sí la figuras que coronaban las pilastras del muro. Seis esfinges de piedra blanca, enfrentadas por parejas.

—Jacobo dejó escrito sobre ellas. Por eso me he acercado a verlas.

—¿Crees que esto pueda tener algo que ver con su desaparición?

Estudió desconcertada a esas esfinges blancas. No había dos iguales pero todas tenían rostro de mujer y un aire egipcio más o menos acusado.

—No lo sé. Parecía interesado por las esfinges que se encuentran en Madrid. Y dejó un apunte sobre éstas. Éste es el palacio de Liria, del siglo XVIII, y estas esfinges son decorativas...

—Ya, ya. —Claudia recordaba las disquisiciones escritas de Jacobo sobre lo simbólico y lo figurativo.

—Jacobo dejó muchos escritos pero inconexos. Es imposible saber qué visitó por su investigación y qué por simple curiosidad. Es un glotón intelectual.

—Eduardo. Cuantas más vueltas le doy a todo esto, más me pregunto si sus escauceos con los alucinógenos y los rollos místicos no tendrán algo que ver con su desaparición.

—No me he olvidado de eso y no lo descarto. De hecho, desde aquí me voy a visitar un centro de meditación que frecuentaba. Uno que está ahí arriba, detrás de la Gran Vía.

—Vamos en esa dirección y me cuentas.

Echaron a andar a la sombra de los castaños de indias, porque caía sol a plomo.

—¿Te sirvieron los correos que te mandé?

—Sí. Mucho.

—¿Aún crees que no fue Jacobo el que envió los últimos?

—Cada vez estoy más seguro.

—¿Y por qué no vas a la policía?

—Cuando tenga algo más concreto. Si me presento con un puñado de correos y sospechas me mandarán a paseo.

Reparó ella en una estatua en mitad de un poco de verde. Otra efigie ante la que había pasado infinidad de veces sin darse cuenta. Una mujer grande de piedra blanca, recostada y con un libro en las manos.

Allí, parada ante la estatua de Emilia Pardo Bazán, la vio por primera vez el Ángel, que iba siguiendo a Eduardo. Claudia por su parte nunca vio a ese hombre de belleza fría y ojos claros que les observaba a distancia sin perder detalle.

—¿Qué pasa con los parientes de Jacobo?

Claudia sabía que los padres de él habían muerto y que no tenía hermanos, pero ignoraba cualquier otra circunstancia familiar.

—No los tenía cercanos. Los otros no me harían ni caso.

—O sí. Está el tema de la herencia, Eduardo. No sé si tenía propiedades pero sí dinero ahorrado. Por cierto: habría que averiguar si alguien ha tocado sus cuentas bancarias en estos dos últimos años.

—Tienes razón. Tengo que ver cómo se puede saber eso.

—Difícil. El secreto bancario y todo eso... —Tenía ahora Claudia la cabeza puesta en lo que Jacobo le había contado en su día sobre su familia. Bien poco. Que su madre había muerto joven, poco antes de que él se fuese a los Estados Unidos. Dos hechos que bien pudieran estar relacionados.

—Le he mostrado esos correos a algunas personas. Lingüistas. Expertos de verdad y no como yo, que soy un diletante...

—¿Y?

—Opinan que es muy posible que tenga razón.

—Entonces ya está. A la policía.

—Posible no quiere decir seguro. Los expertos, sobre todo los del mundo académico, tienen siempre miedo de pillarse los dedos. Una cosa es que me den una opinión privada. Otra que estén por la labor de respaldarme en público con su autoridad en la materia. Ninguno lo hará.

—Entonces esas opiniones no valen para nada.

—Para reafirmarme en mi idea. Para seguir investigando. Pero necesito pruebas sólidas.

—¿Qué tipo de pruebas?

—No lo sé. Los antiguos compañeros de piso de Jacobo me han dado sus agendas y sus papeles. Estoy hablando con cualquiera que pueda darme algún dato. Me he tomado unas semanas sin sueldo para tener más tiempo y dedicarme a ello.

—Eduardo... —Claudia no pudo por menos que menear la cabeza.

—Estoy buscando hasta debajo de las piedras. He hablado también con Félix y me está ayudando. Ha puesto a gente de su programa a investigar. Así que a lo mejor encontramos algo más concluyente.

—¿Qué Félix? ¿Félix Alcalá? Ojo con ése.

Claudia conocía de sobra al sujeto. Otro miembro de la antigua pandilla de Jacobo. Un presentador de televisión con el que se había cruzado más de una vez y sobre el que no tenía buena opinión.

—¿Por qué?

—Félix no hace nada que no sea por interés. Estará pensando en sacar provecho.

—Claro. Mejor. Si descubrimos algo, me ha asegurado que lo sacará en su programa. Es una forma de destapar las cosas a lo grande.

—Como tú veas. Pero yo tendría cuidado.

—Claro. Por cierto. ¿De qué estuviste hablando con Carlos Bassano?

Claudia, en vez de responder, se detuvo ante unas escalinatas que iban de la calle de la Princesa a otra más arriba y cuyo nombre no recordaba. Observó la fuente con el dragón de piedra que escupía agua, las balaustradas curvas, las dos estatuas femeninas en lo alto. Reparó en que la de la derecha tenía la espalda desnuda y una mano en la cadera, en una postura muy propia de las majas clásicas.

—¿De qué época es esta escalera?

Eduardo ojeó su guía sin encontrar nada. Claudia se reacomodó el bolso sobre el hombro y, tras una última ojeada a la fuente del dragón y las dos mujeres de piedra, volvió a la pregunta que le habían hecho.

—¿Y si el viaje de Jacobo a Sudamérica tuviese algo que ver con todo ese rollo de chamanes y drogas en el que estaba metido? Por eso llamé a Bassano.

—Ese viaje fue por una investigación sobre arquitectura simbólica que llevaba por su cuenta.

—Lo sé, me lo contó Bassano.

—A mí también. Yo nada sabía de esa investigación paralela. Es extraño que no me comentase nada.

—Conmigo casi no sacaba el tema. Sabía de sobra lo que yo pensaba de todo eso.

—Sí. —Eduardo se acarició la barba—. Que sepas que tu actitud le dolía.

—No era mi intención herirle, Eduardo. —Meneó la cabeza azarada—. Pero me sacaba de quicio verle en ese proyecto por cuatro perras, con lo que él valía.

—No estaba en eso por dinero. Tú lo sabes.

—Háblame de esa investigación paralela. —Se zafó de aquel tema tan incómodo.

—Jacobó tenía una hipótesis...

—Eso lo sé. Bassano me lo contó.

—Te diría también que su director de proyecto no le hizo ni caso. ¿No? Es un experto en Historia del Arte o algo así. Por lo que contaba Jacobo de él, sabía mucho, pero era uno de esos déspotas que no admiten más opinión que la suya y que además

se quedan con todos los méritos del trabajo.

—¿Y qué esperaba? Mira que se lo advertí veces.

—Ya. El caso es que Jacobo, tras un par de roces con él, decidió hacer las cosas a su manera y por su cuenta. Investigaba a su aire y no decía nada. Si su director se hubiese enterado, habría podido montarle una bronca muy seria o incluso haberle echado.

—O robarle la idea, si para entonces había encontrado algo interesante.

—Eso a Jacobo le tenía sin cuidado.

—¿Cómo se llama esa joya de hombre?

—No recuerdo. En las agendas de Jacobo está anotado. Quiero hablar con él, pero a ver cómo planteo la entrevista. Si es tan difícil como dicen...

—No te preocupes por eso. La gente así sólo enseña su mala cara a los subordinados. Con los demás suelen ser encantadores, sobre todo si se huelen que pueden sacar algo.

Soplaba a ráfagas una brisa cálida. Estremecía las copas de los castaños y los juegos de luz y sombra sobre las aceras temblaban. Eduardo se acarició la barba.

—Me pregunto si esa investigación paralela no tuvo que ver con la desaparición de Jacobo.

—¿De qué forma?

—No lo sé. Pero lo cierto es que, justo antes de desaparecer, dedicaba muchas energías al proyecto.

—Jacobo echaba los restos en todo lo que hacía. Eso lo sabes mejor que yo.

Estaban llegando a la plaza de España. Eduardo, con aire ahora de fatiga, guardó la guía en la mochila.

—Tienes toda la razón. Pero no quiero descartar nada. Hago lo que puedo. Estoy tratando de reunir cuanto Jacobo dejó atrás. Debía tener cosas en su portátil, pero ése se fue con él a Italia. Quedan papeles, cuadernos. Sus compañeros de piso me dieron lo que tenían a mano. El resto está en un trastero y tienen que buscarlo.

Guardó silencio durante unos pasos.

—¿No tendrás tú documentos de Jacobo?

—¿Yo?

—Salíais juntos y la gente suele dejarse cosas en casa de su pareja. Y Jacobo escribía mucho. Estuviera donde estuviese, sacaba una libreta y boli, y tomaba notas.

Claudia se apartó el cabello rubio del rostro, agradecida de que el carácter digresivo de su interlocutor le diese un instante para ordenar ideas. Jacobo había ocultado a todos la existencia del estudio de la calle del Ángel. Lo consideraba su refugio secreto. El nido en el que aislarse a meditar o trabajar sin estorbos. Era de éstos que necesitan tiempo para el retiro y la soledad y, cuando se iba al estudio, era como si se borrara de la faz de la Tierra. Ni siquiera Eduardo sabía del estudio, porque era de los que revelaban secretos ante terceros por simple despiste.

—Algunos papeles suyos tengo en casa, sí —admitió con desgana.

—¿Sobre qué?

—No los he leído. —Y en cierta forma no mentía.

—¿Te importa dármelos para que los revise?

Ahora fue Claudia la que anduvo unos pasos en silencio, aprovechando que cruzaban hacia la plaza. Sabía que no tenía derecho a escamotear documentos a Eduardo. Si lo hacía, quizá le estuviese hurtando pistas valiosas para saber qué había sido de Jacobo. Otra cosa era que le ocultase la existencia del estudio.

—Claro. Cuenta con ello. ¿Qué planes tienes?

—Estoy revisando las agendas de Jacobo, ya te he dicho. Voy a hablar con varios expertos, profesores de Arte, arquitectos, un par de especialistas en Historia de las Religiones, con los que se entrevistó más de una vez.

—¿Historia de las Religiones? —A Claudia de inmediato se le vinieron a la cabeza los nestorianos, aquellos misteriosos agápetos y, de nuevo de vuelta a su vieja suposición, aquella droga mística, el *haoma*—. ¿Crees que pueden contarte algo interesante?

—¡Qué sé yo! Voy dando palos de ciego.

Claudia se colocó entre los dientes la uña del pulgar, pintada de rojo, antes de formular la pregunta que tenía en la cabeza.

—Supongamos que alguien quisiese quitar de en medio a Jacobo. ¿No sería un método demasiado retorcido?

—No. Si lo hubiesen matado o hecho desaparecer, hubiera intervenido la policía. Así, en cambio... —Meneó la cabeza, sombrío—. Cambiemos de tema. Perdona pero prefiero no seguir por ahí. Sólo de pensar que Jacobo pueda estar muerto me parte el alma.

Hubo entre ellos un silencio incómodo. Claudia, buscando ocultar su azaramiento, paseó los ojos por la plaza. Reparó los verdes que estaban las copas de los árboles. «Otro año que se retrasa el otoño», se dijo. Puso los ojos en el monumento a Cervantes al fondo de la plaza, antes de pasarlos a la gran fuente a unos pocos pasos. Nunca antes se había fijado en ella ni en sus dos ninfas de bronce que sujetaban cántaros o en las dos conchas desde las que caía el agua. Ahora, al observar todo eso, advirtió también el rumor del agua corriente, tan sedante, por entre el runrún de los coches.

—En fin. —Eduardo la sacó de todo eso—. Yo me voy ya hacia arriba, a visitar el centro ése. ¿Quieres acompañarme?

—No. Tengo cosas que hacer, la verdad. Pero descuida, que no se me va a olvidar el tema de los papeles de Jacobo.

—¿Cuándo?

—Dame tiempo para buscarlos y reunirlos. Yo te llamo.

* * *

—Ese proyecto sobre arquitectura simbólica concluyó hace más de un año, en la fecha prevista. Lo he estado comprobando. Lo financiaba la Comunidad de Madrid y lo editó hace pocos meses su servicio de publicaciones. Estoy tratando de conseguir un ejemplar, para echarle un ojo.

El comentario se lo hizo Alejandra mientras paseaban por la calle Fuencarral en la última tarde de verano, que resultó fresca y pasada por agua. Llovía a intervalos, pero como ellas se habían citado en el Colby, tomaban café viendo cómo la gente se apresuraba bajo el chaparrón. Cuando remitió, bajaron sin prisas por Fuencarral. Iban de escaparate en escaparate, de tienda en tienda, más por echar un vistazo a la ropa de otoño que para comprar nada. Un paseo en zigzag, lleno de escalas para mirar y remirar, superponerse prendas, comentar.

El cielo se estaba abriendo. Entre nubarrones negros asomaba ese azul tan famoso de Madrid.

—¿Por qué no le has dado todavía los papeles a Eduardo?

—Antes quiero seleccionar un poco. Hay documentos personales entre ellos. Quiero sacar lo que sea demasiado íntimo.

—Tienes razón. —Se atusó la melena con una mano—. Esta noche te mando al correo electrónico todo lo que he podido encontrar.

—Pero cuéntame algo.

—No ha sido fácil, ¿eh? Los agápetos eran una secta menor de los primeros siglos cristianos. Una de tantas.

—¿Y por qué se interesaba Jacobo por ellos?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Siria, Palestina, Egipto, estaban llenos de grupúsculos cristianos, gnósticos, neoplatónicos, paganos, sincretistas... Desaparecieron casi todos en el siglo IV o antes. Y eso les ocurrió a los agápetos, que nunca fueron muy numerosos ni muy populares.

—¿Usaban en sus ceremonias algún tipo de droga?

—¿Crees que pudieran ir por ahí los tiros? ¿Que por eso estuviese documentándose Jacobo sobre ellos?

—Es lo único que se me ocurre.

—Pues yo creo que más bien hay alguna conexión con las investigaciones sobre arquitectura simbólica. Los agápetos eran una secta cristiana gnóstica y, aunque desaparecieron en el siglo IV como te he dicho, se produjo en Europa un *revival* gnóstico bastante importante a finales del siglo XIX.

—¿Y?

—Un tal Doinel fundó en Francia la Iglesia Gnóstica, allá por el 1890, y la moda se extendió a más países. Surgieron por toda Europa grupos que se proclamaban herederos de las tradiciones de aquellos gnósticos de los primeros siglos. Me pregunto si no habría alguno en España, y si no dejarían rastros en la arquitectura o la decoración de algún edificio.

—Esa relación me parece un poco cogida de los pelos.

—No tenemos otra mejor. Y antecedentes hay. Los teósofos españoles dejaron unos cuantos edificios diseñados según su filosofía, y eso ocurrió más o menos en esa misma época. En España, a pesar de la hostilidad oficial, operaban a finales del XIX círculos teosóficos, espiritistas, gnósticos, orientalistas. Bien es verdad que casi todos tuvieron una existencia efímera.

—¿Y si fuese una pista falsa?

—¿Cómo falsa?

—Que no tenga nada que ver con la desaparición de Jacobo.

—Pudiera ser. De todas formas, seguiré trabajando en ello. Es un tema que no deja de interesarme.

Claudia asintió, ahora distraída. Sus ojos habían topado con un hueco enorme. Habían demolido todo un edificio, dejando al descubierto la viguería de madera de los contiguos. Alejandra siguió su mirada y, al reparar en ese solar, como el hueco de una muela, comentó de pasada:

—Hablando de edificios antiguos y secretos olvidados, esta calle guarda unos cuantos. Antiguamente había por aquí conventos y casas señoriales. Siempre se ha dicho que existían túneles que conectaban los primeros y daban salidas escondidas a las segundas.

—¿Y qué ha sido de todos esos túneles, si es que alguna vez existieron?

—Con las demoliciones, a lo largo de las décadas, han ido quedando sepultados. Por eso se me ha venido a la cabeza, al ver que han demolido esa casa.

—Tiene que haber mucha leyenda.

—Sin duda. Pero también parte de verdad. —Sonrió—. Un amigo mío me contó una historia al respecto...

»Cuando era él muy joven, a finales de los setenta, estuvo trabajando un verano como peón de electricista para sacarse algo de dinero. Según cuenta, estuvieron cambiando los cables de una zapatería. De la tienda se pasaba a la trastienda y de ésta a un patio que a su vez daba a unos túneles. Los propios dependientes le contaron que, según la leyenda, esos túneles llevaban a una red de galerías antiguas que en tiempos conectaban un convento de frailes con otro de monjas. Y que, en algún punto de esos subterráneos, en su día, en la época de las desamortizaciones, los frailes habían enterrado un caldero lleno de monedas de oro y objetos de valor.

—Lo dicho. Leyendas.

—Los subterráneos estaban ahí. Y es curioso cómo se había mantenido entre esa gente de extracción popular el recuerdo de las desamortizaciones y los tesoros desaparecidos de las congregaciones religiosas.

—¿Y no exploró tu amigo esos túneles? La oportunidad de encontrar un caldero de oro debe de ser sin duda tentadora.

—No tenían muy buena fama. Él dice que se adentró un poco, no mucho, aunque creo que no me aclaró por qué no siguió más adelante. Creo recordar que algo dijo sobre que estaban en un estado de lo más ruinoso. En fin. —Sacudió la cabeza—.

Claudia, no sé si hago bien ayudándote.

—¿Por qué?

—Porque si de verdad le pasó algo a Jacobo, no me gustaría que a ti te ocurriese lo mismo por andar metiendo la nariz donde no debes.

—Ya he estado en líos antes, Alejandra. Y siempre logré salir de ellos.

Aludía a su época de reportera de investigación, cuando adoptaba a veces identidades falsas para destapar con cámara oculta negocios turbios. Luego, al ver que Alejandra iba a darle una réplica poco amable, se apresuró a conciliar.

—No busco problemas. ¿Vale? Que Eduardo siga husmeando. Y que vaya a la policía si encuentra algo concreto. Yo me limitaré a estar al tanto.

—Es lo sensato.

—Y lo único que puedo hacer ahora. —Sonrió de golpe como una niña—. Estaba esperando para contártelo. Verás, he estado dando la lata a mis contactos. He conseguido trabajo en un documental.

—¡Pero eso es estupendo!

—No es gran cosa ¿eh? —Se puso a la defensiva casi—. Es un documental sobre fauna pirenaica y se necesita una segunda unidad para estar al acecho y filmar a animales difíciles de pillar. Será sobre todo estar a la espera horas y más horas, a ver si el bicho de turno se anima a asomar el hocico. Yo me voy con esa segunda unidad de productora.

—Muy bien. ¿Estás contenta?

—Mucho. No es demasiado dinero, pero sí trabajar en lo que más me gusta. Pasado mañana salgo en tren para Huesca capital y de ahí a Pirineos. Estaremos rodando unas cuatro semanas.

—Y no tendrás tiempo para el tema Jacobo.

—Ni para eso ni para nada. Es igual, ya me contará Eduardo las novedades a mi regreso.

Había apostillado a la ligera, con la cabeza puesta en el nuevo trabajo. Muy lejos de suponer que ya no iba a poder hablar de nuevo con Eduardo Regalado.

1498 a. D.

Mientras avanzaban en plena noche por entre los árboles, al resplandor de una luna grande y llena, don Francisco de Vargas, al que todos llamaban *el Averiguador*, no podía dejar de recordar la cara de Alfonso Mejía cuando lo encontraron muerto y desvalijado en el camino de Toledo, a menos de una legua de la villa de Madrid. Mostraba una expresión de sorpresa, como si nunca hubiera esperado que le ocurriera

algo así, y contemplarla había dado motivos de reflexión a Vargas.

Consideraba aquel hombre famoso, vástago de una de las más nobles familias de Madrid, miembro del Consejo de Castilla y secretario de los Reyes Católicos, que ante un misterio, a falta de evidencias, hay que confiar en la intuición y en las casualidades. Y casualidad fue que justo él hubiese oído al viejo Ruy de Escobar contar más de una vez la historia del Pequeño Diluvio y los sótanos de Pedro Gutiérrez. Porque, de no ser por eso, hubiera prestado la misma atención que todos a las historias de Mejía. Es decir: ninguna.

No estaba muy bien de la cabeza aquel Mejía, pero había que perdonárselo. Se le había ablandado durante los largos años de esclavitud entre los turcos. Tenía rarezas, costumbres extrañas y aún su acento era exótico, por lo que algunos recelaban de él y la Inquisición le tenía puesto el ojo encima.

El ojo que no la mano, pues los Reyes Católicos habían indicado a los inquisidores que cuidado con molestarle. El rey don Fernando en concreto tenía en gran estima a ese hombre quebrado que en su día fue de los valientes que acompañaron a Francisco Álvarez de Toledo a la última defensa de Constantinopla. Aquel Álvarez de Toledo fue sin duda otro personaje singular. Un hombre de familia muy noble que, ya muy anciano, partió hacia la capital bizantina cuando ésta ya estaba sitiada por el sultán Mohamed II y un ejército inmenso. Y todo porque la leyenda familiar decía que los Álvarez de Toledo descendían de emperadores bizantinos y el viejo se creía obligado a auxiliar a la casa madre de sus antepasados.

Constantinopla había caído y don Francisco murió en el asalto final, luchando junto al emperador Constantino. Con él perecieron casi todos los suyos y el que no fue preso de los turcos. Tal aconteció con el pobre Mejía, que entonces era muy joven. Pasó décadas como esclavo de los turcos, por lo que no era extraño que su lengua nativa le resultase casi ajena. Sabiendo leer y escribir, siendo despierto y cultivado, no tardó en ganarse la estima de sus amos. Decían que sirvió al sultán y que ganó cargos y honores, lo que era más que posible, puesto que la corte turca estaba llena de serbios, armenios, griegos, húngaros que ocupaban oficios cortesanos sin renegar de su fe.

Pero Mejía no olvidó nunca a su tierra natal y al cabo de muchos años dejó la corte otomana —si ganó su libertad o huyó, no lo sabía nadie— para regresar a Castilla, descalzo como un mendigo. En Madrid llevó una vida dura. No tenía amigos ni nadie le hacía caso. Contaba historias fabulosas y era de costumbres excéntricas. A nadie le extrañó que un día le matasen en el camino de Toledo. Había mucho bandidaje por los alrededores de Madrid y el pobre Mejía tenía costumbre de salir extramuros en solitario, a rezar a una ermita próxima. No fue pues sorprendente que apareciese acuchillado y desnudo a la vera del camino.

Pero Vargas el Averiguador, que vio el cadáver, recordó caviloso cómo poco antes de que lo matasen Mejía iba diciendo que el demonio se había aposentado en Madrid sin que sus vecinos se diesen cuenta. En sus viajes al servicio del sultán, había

visitado lejanos kanatos turcos de Asia, reinos vasallos y montañas muy a Oriente. En esas tierras lejanas conoció a paganos, extrañas iglesias cristianas e incluso a adoradores del diablo. También oyó hablar de una secta de vampiros humanos, tan temidos que muchos evitaban hasta mencionarlos en público. Asaltaban a los viajeros y se comían a la gente. Creían en Jesucristo, pero no eran ni cristianos ni sarracenos. Tenían sus propios profetas y su culto era sacrílego, remedo de la eucaristía, porque se reunían como los cristianos antiguos, pero no para compartir el pan y el vino, sino para devorar a sus víctimas y beberse su sangre. Aquellos demonios, que formaban comunidades, vivían unos en aldeas remotas, en tanto que otros lo hacían camuflados en las ciudades.

Mejía se había olvidado ya de ellos, hasta que el recuerdo volvió a él de la peor de las maneras posibles. Decía a quien quisiera escucharle —es decir, nadie—, que los símbolos que esos diablos usaban en oriente los había visto de nuevo en Madrid, en los bordados de las ropas de algunos notables. Símbolos como por ejemplo una cruz con un sol en su centro.

Había sido esa mención al sol en la cruz lo que dio que pensar a Francisco de Vargas, puesto que eso mismo contaba el viejo Escobar que vio en los sótanos de Gutiérrez. Y Vargas, al revés que sus vecinos, creía que la historia de Escobar era cierta en lo básico, aunque con el paso de los años, la repetición y el declive mental del narrador se hubiese ido adornado cada vez más. Decía también Escobar que esos sótanos estaban malditos, porque todos los que bajaron a ellos murieron luego antes de un año. El peón desapareció al poco, aunque bien pudo mudarse en busca de mejor fortuna. A Gómez le dieron de cuchilladas en un callejón y Cuello enfermó y murió tras un banquete, sostenía Escobar que envenenado. De sí mismo, decía Escobar que se había salvado de un mal fin sólo porque partió al poco a la frontera con Granada, donde pasó muchos años guerreando contra el moro.

Lamentaba Vargas que Escobar hubiese muerto de puro viejo y no poder ya preguntarle al respecto. Pero, en todo caso, no se olvidó del infeliz Mejía cuando lo bajaron a la tierra, como hicieron los pocos que por simple caridad cristiana acudieron a su entierro de pobre. Según su costumbre, Vargas guardó silencio, observó, escuchó y fue atando cabos. Y al cabo de unos meses, una noche ventosa de otoño, a la cabeza de un grupo de hombres armados, se internó en un bosque al norte de la villa, no lejos del camino de Segovia.

Tenía la aprobación de los Reyes Católicos, a los que había convencido de que era mejor hacer las cosas con discreción y no poner el asunto en manos de los inquisidores, pues temía que personajes importantes estuviesen implicados. Por eso la partida estaba compuesta por guardas suyos y hombres de confianza de los reyes, además de algunos alguaciles y monteros reales, de lealtad probada.

Los monteros reales, los mejores en esos menesteres, habían hecho una avanzada por entre los árboles. Todos además habían tomado precauciones para evitar el entorchocar de metales, de forma que avanzaban como fantasmas por el bosque en

sombras, entre el revuelo de hojas al caer, con los hierros desnudos destellando a veces al claro lunar. Pero las cautelas no fueron suficientes o tal vez los que estaban reunidos en ese bosque eran muy desconfiados, porque de golpe un cuerno resonó entre los árboles, para advertir de la presencia de intrusos.

Vargas enarboló su martillo de armas entre las sombras y lanzó una gran voz, mandando ir adelante ya sin precaución alguna. Y, entre gritos belicosos, armas en puño, los suyos se echaron a correr por el bosque, al resplandor fantasmal de la luna de otoño. Pero por más prisa que se dieron, cuando llegaron a su meta los allí congregados ya huían en todas direcciones, buscando el amparo de los árboles y la noche. Vargas dio orden de disparar y sus ballesteros tiraron contra las sombras fugitivas. Alguna cayó, pero la mayor parte de las saetas se perdieron entre los árboles. A otra voz de Vargas, los hombres de armas y los monteros corrieron en pos de los fugitivos.

El Averiguador no se unió a la persecución nocturna. Escoltado por tres guardas, se llegó hasta la cueva que había sido su objetivo último. Se detuvo adusto a la entrada, ya que su plan había sido atrapar a los reunidos allí dentro, como en ratonera, y Vargas no era hombre al que le gustase fracasar. Entró con Juan Gato, uno de sus hombres de confianza, dejando a los otros dos de guardia ante la boca. Veterano en emboscadas, conocía a más de uno que había muerto por confiado y no deseaba verse atrapado allí dentro, mientras los suyos andaban dispersos por el bosque. Además, tampoco quería que accediesen muchos a esa cueva, por si las viejas historias de Escobar y Mejía tenían algo de cierto.

Nunca Vargas había pisado en aquella gruta, aunque sí Gato, que había ido en una ocasión a rezar ante la Virgen allí venerada. La entrada de la cueva ermita era angosta, pero llevaba a una caverna amplia de casi diez pasos de diámetro, ahora alumbrada por unos cuantos velones de sebo. Gracias a Gato, sabía ya Vargas que ahí dentro no había sino humedad y ecos, que no se había hecho obra alguna, y que al fondo, sobre una gran roca esférica, se encontraba una Virgen de madera pintada, descubierta de forma milagrosa medio siglo atrás.

Pero cuando los dos entraron, pudieron ver que habían retirado a la Virgen para situarla en una esquina, y que habían hecho rodar la esfera de piedra que le servía de peana. A la luz temblona de las velas, advirtieron que el desplazamiento había descubierto una abertura cuya existencia ignoraban los cristianos devotos.

Vargas se acercó con paso lento para apoyar la mano en esa piedra esférica. Sonrió con severidad ante lo ingenioso de la artimaña. Se hacía girar la roca y se ponía la Virgen encima para ocultar la entrada. Así de simple. ¿Quién iba a osar tocar a esa imagen santa? Pero ahora, por la hendidura en la roca viva se filtraba un resplandor latiente, muestra de que allí también había luces encendidas.

Vargas fue a entrar, pero Gato le contuvo y pasó delante, cuchillo en diestra, por si había que pelear en lugar estrecho. Vargas le siguió pensativo. Del otro lado encontraron otra cueva amplia, en la que tampoco habían hecho grandes trabajos,

aunque sí al menos nivelado el suelo. También habían abierto repisas en la roca y sobre ellas ardían velas que llenaban la gruta de penumbras oscilantes. Y, al igual que en los sótanos del relato de Escobar, había allí una mesa larga, como para una veintena de comensales, aunque ésta cubierta y guarnida.

Mesa corrida de manteles finos, blancos y bordados en oro, en contraste con aquellas paredes de roca. Habían sorprendido a los reunidos, a juzgar por las sillas apartadas de cualquier manera o incluso caídas. Vargas fue recorriendo esa mesa. Reparó en que había asientos a ambos lados, por lo que los asistentes debían servirse ellos mismos, pese a ser gente acomodada. Había fuentes de comida aún humeantes, así como jarras de vino. Vargas echó una mirada aprensiva a las primeras, recordando lo que contaba Mejía, pero no eran más que guisos de verduras y legumbres. Tomó una jarra entre las manos, olisqueó el contenido, vertió unas gotas. Vino corriente, rebajado con agua.

Al fondo se abría otra hendidura en la roca, como si ahí se repitiese en cuevas lo que Escobar encontró en sótanos bajo la casa de Gutiérrez. Sobre esa brecha, un gran crucifijo de madera polícroma, con un sol en el centro. Vargas lo observó adusto, mientras se decía que quizá todo aquello fuese un asunto de herejes, sin relación alguna con los cuentos de vampiros de Mejía.

Una esperanza que se desvaneció apenas cruzó la boca porque más allá había una tercera cueva mucho más pequeña, con el suelo también nivelado y vasares tallados en la roca viva. Pero nada de eso llamó la atención de Vargas y sí una roca tallada en forma rectangular. Ardía un único velón allí dentro y al resplandor escaso, sobre esa especie de altar, yacía el cadáver de un hombre joven, bocabajo, desnudo y con las manos atadas a la espalda.

Vargas se acercó con el vello de los antebrazos erizados, oyendo la respiración de Juan Gato a sus espaldas. Habían degollado al pobre muchacho como a un cochino. Tenía el cuello cortado de oreja a oreja y al parecer habían hecho correr la sangre por un canalón trabajado en la piedra de ese altar. A la luz del velón, examinó las repisas en la roca. Contenían recipientes grandes que sin duda habían servido para recoger la sangre. De hecho, en el fondo de algunas quedaba un resto oscuro y pegajoso. Vasijas de bocas anchas, adornadas con soles, palomas y dos tipos de cruces, unas griegas y otras de brazos curvos. Había además morteros, almireces y recipientes de barro con tapa, de los usados para guardar hojas, raíces o drogas.

—Viene alguien —le avisó Gato.

—Serán los nuestros —supuso Vargas, sin volverse—. Sal fuera y detenlos. Que no entre nadie aquí.

Abrió un par de tarros. Contenían polvos: plantas u hongos pulverizados. A juzgar por los residuos en el fondo de los morteros, habían mezclado esas drogas con la sangre del asesinado para crear alguna pócima de hechiceros.

Sombrío, paseó una última mirada por esa gruta. Detuvo los ojos unos instantes sobre el cadáver, preguntándose quién habría sido y en qué circunstancias habría

caído en poder de aquellos brujos. Luego salió a las otras cuevas y de ahí al exterior. Fuera, soplaban ahora un viento tremendo que hacía rugir a las copas de los árboles alborotadas y arrojaba sobre ellos lluvias de hojas muertas. Corrían nubes negras por el cielo, velando la luna y oscureciéndolo todo de repente. Sus hombres, de vuelta ya casi todos, habían encendido hachones y, a las llamas agitadas, el Averiguador pudo comprobar que la persecución no había sido estéril, ya que tenían de rodillas a dos hombres maniatados, ambos heridos por tiros de ballesta.

—Debimos alcanzar a unos cuantos más. —Se explicó un balletero—. Pero casi todos se han escapado. Hubo uno que, al verse preso, se quitó la vida. Atrapamos a estos dos, a los que les debió faltar coraje para hacer lo mismo.

Vargas asintió sin despegar los ojos de los prisioneros, ya que los conocía a ambos.

—Vaya, amigos. —Les saludó con una amabilidad que más bien helaba la sangre—. ¿Qué horas son estas de andar por los bosques?

Ninguno de ellos respondió. El más joven de los dos había comenzado a musitar algo muy por lo bajo. A una señal de Vargas, uno de los guardas lo hizo callar de un bofetón en los labios.

—No sé si eso es un ensalmo o una oración de brujas. Sea lo que sea, cesa en ella. Os vamos a llevar a una de mis casas, y allí vosotros y yo vamos a tener una conversación muy larga.

Claudia no llegó a hablar de nuevo con Eduardo. Un par de días después de su paseo con Alejandra, se fue en tren a Huesca y de ahí a Sobrarbe. Las siguientes cuatro semanas las pasó apartada del mundo. Treinta días de rodaje en plena montaña. Horas y más horas de espera para filmar unos minutos de la fauna local más esquiva en su hábitat natural. Estaban al acecho hasta que se iba la luz, volvían al albergue ya de noche cerrada y antes del alba estaban cargando equipos en el 4x4, por lo que poco tiempo había para nada que no fuese dormir y el trabajo.

Se movían a menudo por zonas sin cobertura de móvil. Móvil que además tenía que estar siempre apagado, no fuera que una llamada inoportuna arruinase una espera de muchas horas. Así que todo el contacto que tuvo Claudia con el asunto Jacobo se redujo a examinar alguna documentación que le había preparado Alejandra antes de salir, y que fue leyendo a ratos por las noches, antes de caer rendida en cama.

Alejandra tampoco había conseguido tanto, como ella misma reconocía en una nota. Los agápetos fueron una secta cristiana gnóstica surgida en Siria a finales del siglo II, en una zona y época de fervores religiosos desatados. Un grupúsculo de tantos, los agápetos no fueron numerosos ni importantes, y lo poco que se sabía de ellos era gracias a menciones sueltas de Padres de la Iglesia, desde luego nada favorables.

Como muchos gnósticos, los agápetos habían cristalizado alrededor de una figura carismática; en su caso, un tal Eugenio, que vivió en Siria en la segunda mitad del siglo II. Sus seguidores le consideraban un profeta, continuador de una larga línea que se iniciaba en Abraham y de la que Jesucristo no era sino un eslabón más. El mismo nombre del fundador, Eugenio —el buen nacido— era significativo por lo simbólico.

El culto era de tipo iniciático. Celebraban banquetes sagrados, los ágapes, de los que tomaron el nombre. Cónclaves secretos que dieron pie a sus detractores para acusarles de orgías y costumbres abominables, tal y como ocurrió con otros muchos grupos gnósticos y cristianos de la época. Formaban comunidades muy cerradas, lo que daba más fuerza a los rumores contra ellos. Cada una estaba dirigida por una

especie de sacerdote. *Maestro* lo llamaban y alcanzaba su dignidad al ser consagrado por otro Maestro que, a través de sucesivas iniciaciones, podía remontarse hasta el propio Eugenio, que había ungido a tres de sus discípulos.

Los agápetos de hecho llamaban a Eugenio *El Maestro*, lo que enfurecía a los cristianos, puesto que aquellos le otorgaban a él y a sus sucesores un título que éstos creían reservado para Jesucristo. La consagración de un Maestro por otro tenía gran importancia, ya que implicaba la transmisión de la esencia divina que en su día animó a Eugenio; algo atacado con saña por los cristianos ortodoxos que les mencionaban en sus escritos. Parecían compartir la complicadísima teología de los gnósticos pero, fuera de eso, de la existencia de líderes sagrados y de que creían en la comunión de los fieles, poco más se sabía de ellos.

En el año 380, el emperador Teodosio, tras proclamar al cristianismo religión oficial del Imperio Romano, se erigió en campeón de la ortodoxia. Mandó clausurar los templos paganos y comenzó la persecución de las religiones rivales. Falto de unidad y coherencia, y ahora perseguido, el gnosticismo decayó con rapidez. No había datos concretos sobre los agápetos, pero se suponía que, como otros muchos gnósticos, debieron desaparecer a finales del siglo IV o principios del V.

Alejandra había añadido una apostilla. Algún estudioso especulaba con que los agápetos pudieran haberse refugiado en el Imperio Persa, al igual que otras religiones menores como los mandeos, que aún existen en lo que ahora es Irak. Ese apunte final fue un calambrazo para Claudia, ya que podía dar sentido a la nota de Jacobo sobre la evolución simbólica paralela de agápetos y cristianos nestorianos.

Interesante parecía la referencia al *Haoma*, pero no añadía mucho a lo que Claudia ya sabía. Era una droga antiquísima y sagrada de los indoiranios, que la usaban en su primitivo solar de Asia Central. Cuando se escindieron en iraníes de Irán y arios de la India, ambos grupos siguieron empleando un bebedizo a base de alucinógenos al que consideraban el licor de la inmortalidad divina. Algo que entroncaba con una tradición indoeuropea común, ya que los dioses griegos tenían su propio bebedizo de la inmortalidad, el néctar.

Añadía Claudia una nota sobre que no le parecía disparatado que un grupo gnóstico-cristiano como los agápetos pudieran haber incorporado una pócima alucinógena a sus banquetes.

Esa vez, pese a lo lejos y ocupada que estaba, Claudia no logró despegarse emocionalmente del asunto, como ocurrió en Malta. Quizá se debía a que leía durante las noches y a que le daba vueltas en la cama. O tal vez fue culpa del aislamiento del rodaje. Aislamiento que explica el retraso con que se enteró de que Eduardo Regalado, siguiendo en más de un sentido los pasos de Jacobo, había viajado a Italia y desaparecido sin dejar ni rastro.

Antes que Claudia lo supo Félix Alcalá, al que le faltó tiempo para telefonar a su socio Carlos del Arce. Pero éste, tras escuchar unos instantes sus palabras atropelladas, le cortó porque estaba en una reunión. Acordaron verse en casa de Félix

al día siguiente y colgó.

Así fue cómo Arce se presentó el sábado en el piso de Félix sobre las doce y media —más tarde de lo acordado— con la esperanza de que estuviese en pie y lúcido. Pero ni una cosa ni otra, porque seguía durmiendo la juerga del viernes noche.

Sólo respondió al telefonillo tras muchos timbrazos y recibió arriba a su invitado en bata, con el aspecto del que está para el arrastre. Arce entró y sin un comentario se fue al salón mientras el otro farfullaba que se tomara algo, que iba a darse una ducha.

Arce tiró la chaqueta de cuero sobre una silla. Echó un vistazo hosco alrededor. Félix había redecorado el salón sin reparar en gastos. Ahora, tres de las paredes estaban pintadas de gris y la cuarta cubierta de papel pintado con flores negras y grises, muy en la línea del pop años 60. Puertas blancas, suelo negro, alfombras de pelo, un espejo veneciano, lámparas art decó. Y una mesita prismática de espejo. Todo a la última. Todo muy caro.

Félix vivía en ese piso de Chueca desde hacía un año y era la tercera vez que lo decoraba. El gasto de dinero se respiraba en ese salón, deslucido en esos momentos por el desorden de la juerga nocturna. Fiestas *petit comité*, las llamaba Félix. Vasos sucios, dos botellas de malta escocés y una de vodka, las tres vacías, el espejo de la mesa nublado por los restos de coca.

Arce se llegó a la cocina, de diseño industrial, con muebles blancos y electrodomésticos de acero. La nevera era enorme, mucho más grande de lo que necesitaba un soltero que vivía y comía casi siempre fuera. Abrió la puerta de la izquierda, sabiendo que ahí estaban las cervezas. Nadie podía decir que Félix escatimase, aunque eso fuera más por vanidad y deseos de lucirse que por generosidad innata. Pero en todo caso andaba siempre bien surtido de cervezas: Bowman, Schneider, Te Deum, Quack. Arce se decidió por una Adlerscott y, tras conseguir una copa en la alacena, regresó al salón sin prisas, sabiendo que tenía para rato.

Olía mal allí dentro. Apartó a patadas un cojín caído y corrió las cortinas de caídas de organdí gris y terciopelo negro, para abrir de golpe el ventanal. Luz y aire fresco inundaron ese salón hasta entonces umbrío. Y Arce no pudo resistirse a salir al balcón estrecho de hierro negro con la copa y la botella en las manos.

Escanció con esmero, para evitar que la cerveza se convirtiese en una nube de espuma dentro de la copa. Mientras la dejaba reposar un instante, observó la plaza, agradeciendo la brisa que hacía temblar los cortinajes. Declinaba ya septiembre, pero el calor no quería remitir, por más de que a veces se desatasen tormentas que no eran sino mal tiempo pasajero.

Echó la mirada por encima de aquel mar de tejados de tejas rojas, azoteas a distintas alturas, balcones de hierro forjado. Bajó luego los ojos para contemplar casi nostálgico los empedrados de la plaza y las fachadas de los locales. Arce tenía 38 años y recordaba cómo era aquel barrio antes de que los gays madrileños se nucleasen allí para abrir garitos y comercios. Entonces era una de las zonas paria de

la ciudad, en decadencia total, con la plaza tomada por yonkis y camellos, locales cerrados, paredes cubiertas de carteles viejos, mugre, olor a meados en las esquinas, navajazos todos los días, atracos a punta de jeringuilla y cuchillo. Y ahora era una de las áreas más caras de todo Madrid.

Reposada la cerveza ya lo suficiente, Arce dio un primer sorbo. Chascó los labios disgustado, porque estaba demasiado fría. Un vicio muy español, sobre todo al tratar con cervezas norteamericanas.

Volvió Félix, duchado y bien despierto, quizá demasiado. Arce frunció el ceño, recelando que se hubiese despabilado a golpe de píldoras. Su socio estaba en una espiral cada vez más cerrada de alcohol, coca, pastillas, todo. De momento lo compensaba con dieta estricta y horas de gimnasio, porque el físico era básico en su trabajo. Siempre insistía en que no iba a dejar que nada estropease su aspecto, a lo que Arce respondía siempre que la apariencia no lo es todo y que la salud también cuenta.

Arce era de planta musculosa, trabajada con constancia en el gimnasio, y vestía de forma sobria: vaqueros y camiseta negra ceñida, que no llegaba a pegarse al cuerpo. Félix en cambio era delgado y bello como un ángel malo. En la intimidad se permitía algunas extravagancias, como la bata con la que ahora se cubría, de seda azul con dragones rojos.

—Cerveza. Buena idea. Siéntate. Me abro una y te cuento.

—¿Vas a desayunar con cerveza?

—¿No te estás tomando tú una?

—Yo llevo en pie desde las nueve. Pero tú mismo, colega.

Se instaló en el sofá, que era de los de mucho fondo. Félix volvió en seguida con una Budweiser, bebiendo a gollete. Ocupó una de las sillas y su invitado echó una ojeada al reloj.

—He quedado a comer en casa de mis padres, a las tres.

—Salúdalos de mi parte.

—Lo haré. Pero quiero decir que es mejor que vayamos al grano. No tengo mucho tiempo.

—De acuerdo. Eduardo Regalado ha desaparecido.

Arce, copa de cerveza en mano, echó una mirada cauta a su socio.

—Eso me dijiste ayer. Pero ¿qué quiere decir *desaparecido*?

—Que se fue hace unos días a Italia, supongo que para investigar sobre el paradero de Jacobo, y se ha volatilizado. Nadie sabe qué ha sido de él.

Arce dio un trago a su copa y, como no decía nada, Félix prosiguió:

—Cogió un vuelo a Roma el miércoles 12. Ayer la familia, al ver que no daba señales de vida, avisó a la policía.

—Ayer fue 14. Me parece muy poco tiempo para alarmarse tanto.

—Creen que le ha pasado algo y yo pienso lo mismo. Fue a Roma en un vuelo de Iberia. Pero no llegó ni a alojarse en el hotel que tenía reservado. Tenía otro vuelo

para Palermo el 13. No embarcó. La familia, al ver que el móvil daba apagado, llamó primero al hotel de Roma y luego al de Palermo. Al saber que no se había presentado en ninguno de los dos, se puso en movimiento.

Arce dejó la copa sobre la mesa de espejo, para evitar que la cerveza se calentase con el calor de la mano.

—¿No podría haber cambiado de planes?

—No sin avisar. Eduardo no es de éstos. —Félix se pasó los dedos por los cabellos húmedos—. Le conozco. Tiene que haberle pasado algo.

Carlos del Arce guardó silencio, porque era poco amigo de gastar palabras en vano. Félix pertenecía al mismo grupo de amigos que Eduardo y Jacobo, aunque hacía ya tiempo que no salía con ellos de vinos. Había tramado cierta amistad con el primero y por eso éste había recurrido a él, en busca de ayuda para encontrar al segundo.

Félix era presentador en televisión y, pese a haber empezado tarde en el medio, había progresado con rapidez. El éxito le había animado a intentarlo por su cuenta y se había asociado con Carlos del Arce para explotar una idea propia. El objetivo último era apoyarse en eso para, con el dinero ganado, montar una productora que moviese programas por las distintas cadenas nacionales y hacerse un hueco en el mercado.

Carlos del Arce era más de trabajar en las sombras y quizá por eso hacía buen equipo con Félix. Era un veterano del medio que había sido redactor, productor, guionista e incluso dirigió un programa durante un verano. De esa experiencia solía comentar con acidez que haberlo hecho bien le había supuesto una ruina, porque lo primero que hizo la directora titular al volver de vacaciones fue intrigar hasta que le echaron... por si acaso.

Se conocían de tiempo, habían trabajado juntos y congeniaban. Félix era ambicioso y Arce estaba harto de dar tumbos, de programa en programa, sin saber si habría otro cuando se acabase el que tenía entre manos. Félix puso la idea, Arce el sentido práctico y ambos sus contactos. Así colocaron en una de las cadenas nacionales *La Huella*, un programa al que Arce definía, no sin sarcasmo, como de fusión, mezcla de crónicas rosa y negra.

La Huella repasaba en 50 minutos los sucesos truculentos de la semana, desde violencia de género a ajustes de cuentas. Cuanto más escabroso, mejor. La desaparición de Madeleine McCann, la excarcelación del Violador del Hebrón. Entrevistaban a víctimas, testigos, especialistas. Pero el truco estaba en añadir famoseo. Cuando alguien del circo mediático sufría un robo, altercado, un percance siquiera, allí estaban los reporteros de *La Huella*. También para hablar con caras conocidas, sobre delitos sufridos en el pasado.

El anfitrión dejó su botella ya vacía sobre la mesa y el golpe contra el espejo devolvió al visitante al presente. Contempló al otro allí sentado, con su bata de dragones rojos y las piernas desnudas cruzadas, una chancla bailando al borde de los

dedos.

—Félix. ¿Sigues pensando que se puede sacar de eso un buen reportaje?

—Sí. Pero no ahora mismo. Ahora daría para dos minutos. Un tipo que se marcha de repente hace dos años. Un amigo que sospecha que en realidad le hicieron desaparecer. Empieza a hacer preguntas y desaparece también. Intrigante pero no de impacto. Nada que dispare audiencias.

—Eso mismo pienso yo.

—Pero a lo mejor, tirando del hilo, podemos encontrar un bombazo.

—¿Cómo? ¿Hay algo que yo no sepa?

—Ahora te cuento. —Se levantó de golpe—. Voy a por otra cerveza. ¿Quieres?

—No. Y aligera, que ya te he dicho que me esperan mis padres para comer.

—Tranquilo que, desde aquí, en metro no tardas nada —replicó el otro, camino ya de la cocina.

—Pero tampoco nos sobra el tiempo. —Alzó la voz para que Félix le oyese—. No sé cómo puedes ponerte de cervezas, recién levantado.

—Me arreglan después de una noche de acción —contestó el otro, también casi a voces.

Regresó para asomarse al balcón, antes de girarse con la botella en la mano. El aire al correr le agitaba la bata azul de dragones rojo sangre.

—Eduardo no llegó a contarme todo lo que había averiguado. Ya te comenté que era un tipo un poco confuso, de los que se van por las ramas, se embarullan y lían a sus oyentes. Además, creo que me estaba ocultando cosas. Estas últimas semanas estuvo hablando con mucha gente sobre el tema, tratando de sacar algo en claro, y mencionó que alguien se había puesto en contacto con él, a condición de que su identidad no saliese a la luz.

—¿Quién?

—¿No te digo que pedía que se mantuviese su anonimato? No lo sé.

—¿No pudiste tirarle de la lengua?

—No en eso. Se cerraba en banda. En cuestión de palabra dada, amistad y cosas así, Eduardo estaba chapado a la vieja usanza. Mira el empeño que puso en averiguar el paradero de Jacobo.

—Esperemos que eso no le haya costado caro. ¿Pero a dónde nos lleva todo esto?

—Eduardo seguía varias pistas. Una de ellas era la de que pudiera ser que la desaparición de Jacobo tuviese algo que ver con unos estudios que hacía sobre simbolismo y arquitectura. Parece que encontró evidencias de un grupo que practicaba una especie de variante poco ortodoxa de cristianismo...

—¿Una secta?

—No exactamente. Un círculo filosófico; parece que así lo llamaba Jacobo.

Arce echó otra ojeada a su reloj.

—Y ese grupo...

—Pudo estar activo, al menos en Madrid, entre finales del siglo XIX y mediados

del xx. En esa época hubo muchos grupitos místicos y esotéricos en toda Europa. Eso decía al menos Eduardo.

—¿Y? Sigo sin ver nada vendible ahí.

—Tú nunca has creído en este reportaje.

—No. Me parece una historia bastante rara. Además, ya te lo dije una vez: no me parece correcto tirar de la lengua a los amigos.

Félix, con la bata aleteando al soplo de la brisa ahí, apoyado contra el balcón de hierro negro, evitó los ojos de su visitante.

—Nunca quise perjudicar a Eduardo. Sacar a la luz ese asunto en nuestro programa le hubiese ayudado...

—No me vengas con ésas, hombre. —Arce, al ver cómo se arrugaba el otro, trató de suavizar el tono—. Mira, Félix. Yo no soy juez de nadie. Te di en su día mi opinión, como te la doy ahora. Eso es todo.

Félix, los ojos gachos, jugueteó con su botella, ya mediada.

—El programa no va bien. Nada bien.

—¿A mí me lo dices? Tengo los índices de audiencia encima de mi mesa. Los veo cada vez que me siento a trabajar y puta la gracia que me hace.

—He hablado con Pablo.

Arce observó de hito en hito a su socio. No preguntó nada. No era preciso. El Pablo al que se refería no podía ser sino el jefe de contenidos de la cadena. El contacto que hizo posible no sólo emitir el programa, sino colocarlo en *prime time*, la franja de máxima audiencia. Su mayor valedor. Félix, tras un momento, prosiguió:

—Fue muy claro. Si esto sigue así, no sabe cuánto tiempo podrá mantener el programa en su horario. No sabe tampoco si seguirá en antena.

—Lógico.

La Huella, tras un buen arranque, con audiencias aceptables para el día y la hora, gracias a la novedad de la amalgama rosa y negra, había entrado en un declive lento pero constante. No drástico pero sí sostenido y, para colmo, ninguno de los programas creados por su productora durante esos meses de bonanza había llegado a funcionar, con la consiguiente pérdida de dinero.

Al observar a Félix tan cabizbajo, Arce sintió mal sabor de boca. Si la productora había quemado sus fondos en proyectos fallidos, Félix había dilapidado cuanto ganó en caprichos de rico. Aquel piso en Chueca, reformado y tres veces decorado. Un Aston Martin, nada menos. La Yamaha Virago. Juergas casi continuas, siempre con una corte de gorriones alrededor. Y las malditas partidas de póker; partidas a las que siempre fue aficionado y en las que, en los últimos tiempos, con dinero fresco en el bolsillo, se había metido hasta las cejas. Arce no conocía detalles, pero sí sospechaba por alusiones sueltas que había perdido sumas más que considerables.

Así que Félix Alcalá estaba en posición delicada. Si *La Huella* se caía de la parrilla, su productora, sin fondos ni más programas en antena, tendría que cerrar. Y él, tras esa aventura, no podía llamar a las puertas de otras productoras en busca de

trabajo. Carlos del Arce se había procurado unos buenos ahorros durante esos meses de bonanza, mientras su socio se cargaba de deudas y más deudas: hipoteca, letras y puede que incluso cuentas pendientes de juego.

—Con esta historia de las desapariciones podemos remontar —aventuró Félix en voz baja.

—No lo veo claro.

—Ese grupo filosófico pudo estar activo hasta poco antes de la Guerra Civil. Puede que continuase sus actividades después de la misma. Era una especie de congregación que agrupaba a gente alguna muy poderosa. Podría haber ahí apellidos conocidos.

Arce valoró con los labios fruncidos esa última afirmación. Aquello sí que podía entrar de lleno en su programa.

—¿Es eso seguro?

—No. Pero es muy posible.

—Ya. ¿Y tendría algo que ver con la desaparición de Jacobo?

—Con la de Jacobo y ahora la de Eduardo.

—¿Por qué?

—Eso hay aún que averiguarlo. Pero piensa en lo que podría suponer. Sectas y nombres conocidos. Subiría audiencias...

—Sería una remontada temporal, en todo caso.

—A mí, si nos ayuda a aguantar un par de meses más, me vale. Eso es dinero.

—Vamos a estudiarlo. —Arce meneó prudente la cabeza, no queriendo contradecir al otro—. Sólo tenemos conjeturas.

—No lo sabes todo. Lo que te he contado es a grandes rasgos.

Arce echó una última mirada al reloj, antes de incorporarse.

—Tengo que irme, Félix, que se me hace tarde. ¿Te parece que comamos juntos mañana? Me lo cuentas todo, con pelos y señales, y lo discutimos. Me alegra que hayas sacado el tema, porque es cierto que el programa va de mal en peor y tenemos que decidir cómo lo encaramos.

—De acuerdo.

—Esta tarde te llamo y concretamos para mañana. Y me voy ya, volando.

* * *

El 4 de octubre, Claudia tuvo uno de los encuentros más peculiares de su vida. Todos los años por esa fecha se acercaba al cementerio de Carabanchel, a visitar la tumba de sus padres, y ése no fue la excepción. Como amaneció gris y nublado, se había calzado botas y cogido paraguas; no uno plegable, sino uno grande y de mango curvo, porque odiaba mojarse y eso es lo que ocurriría, caso de que le sorprendiese un chaparrón en mitad del cementerio.

Acababa casi de regresar de los Pirineos. Mal que bien, se había mantenido al

tanto de la actualidad gracias a periódicos y telediarios nocturnos, y así sabía de la revuelta de los bonzos de Myanmar y de la represión desatada por el régimen militar. Al ver los tumultos callejeros en los telediarios nocturnos, a soldados de uniformes anticuados apaleando a monjes calvos de túnicas azafrán, no había dejado de preguntarse si todo eso no haría aún más difícil averiguar algo sobre el posible paradero de Jacobo.

Luego supo de la desaparición de Eduardo gracias a la llamada de una amiga común. Dejaba siempre el móvil en el albergue o en la casa rural de turno y al acabar la jornada revisaba llamadas recibidas y mensajes. Así, a través de esa amiga, se enteró de que Eduardo se había volatilizado en Roma. La otra nada sabía del asunto Jacobo ni de las pesquisas de Eduardo y, de hecho, su llamada atendía en realidad a otro asunto.

La noticia turbó sobremanera a Claudia y esa misma noche telefoneó a varios amigos comunes, tratando de recabar detalles. Pero nadie sabía gran cosa. Eduardo había embarcado en un vuelo a Roma el 12 de septiembre y de ahí tenía pensado volar a Palermo, pero nunca llegó a subir al segundo avión. No pudieron contarle más. Casi todos esos amigos ignoraban incluso que Eduardo estaba indagando sobre la desaparición de Jacobo y creían que su viaje era de vacaciones.

De regreso a Madrid, Claudia siguió con sus pesquisas sin que nadie se extrañase por ello. Jugaba a su favor el tópico, común entre sus conocidos, de que era una preguntona compulsiva, quizá por los años vividos como reportera. Pero poco más pudo averiguar. Todo estaba en el aire. Tanto la policía española como la italiana investigaban. Eso era todo. Y para colmo Alejandra Espinosa la echó un buen rapapolvo, por andar metiendo las narices en asuntos como ése.

—¿Quién te manda hociquear en ese asunto? Por Dios, Claudia. Si alguien ha hecho desaparecer a Eduardo, lo mismo le da por fijarse en ti. A ver si vamos a tener un disgusto.

Claudia encajó la reprimenda casi encogiéndose de hombros. Eduardo había desaparecido en Italia y no en España, lo que consolidaba la posibilidad de que Jacobo no se hubiera marchado en realidad nunca a Tailandia. Pero por otra parte parecía apuntar también a que el meollo del asunto, y por tanto el peligro, estaban lejos de Madrid.

Tras muchas dudas, optó por no acudir a la policía. Tampoco ellos la interrogaron, para su sorpresa. Aunque, si Eduardo había sido tan reservado, tal vez no le había contado a nadie que Claudia también estaba interesada en el paradero de Jacobo. Y, pese a las advertencias de Alejandra, decidió seguir husmeando. Trabajar en el documental había sido para ella un soplo de aire fresco, una inyección de ánimos, después de un año negro en todos los sentidos. Era la primera vez en mucho tiempo que se ocupaba en aquello que de veras adoraba: el cine. Con ese estímulo y el respaldo del dinero de la indemnización por el accidente, se lanzó a buscar más trabajo en documentales.

De todo eso le había hablado a la tumba de sus padres cuando visitó el cementerio de Carabanchel. Sentada en una sepultura contigua, el paraguas entre las manos, les contó cómo volvía a ir de productora en productora, como ya hiciese antaño. Para ella era casi un rito: hablarles en voz alta a sus padres, como si estuviesen allí presentes. Una costumbre que tienen más personas de las que uno podría creer. Claudia al menos procuraba ser discreta y callar si pasaba alguien. No como algunos ancianos, a los que en el fondo casi envidiaba, que son capaces de conversar con sus muertos sin importarles si les miran o qué puedan pensar de ellos.

En esa ocasión se quedó largo tiempo junto a la sepultura, porque era mucho lo que tenía que contar a sus padres. Tanto que, al mirar el reloj, se sorprendió de cuánto rato había pasado.

—En fin. Ha sido un año malo, muy malo. —No pudo evitar resumir, con un suspiro—. Pero parece que empiezo a levantar cabeza.

Lanzó una ojeada al cielo y, al verlo cada vez más negro, se incorporó despacio. Se echó el bolso al hombro y, con el paraguas en la diestra, se dispuso ya a despedirse de los suyos. Volvió a repasar con la mirada aquella lápida de granito pulido en la que figuraban los nombres de sus padres, con las fechas de nacimiento y óbito, una cruz y un sobrio D. E. P. Al pie de la tumba había un ramo de flores frescas. Ella jamás llevaba flores a sus padres. Aborrecía la visión de manojos marchitos junto a las sepulturas. Ese ramo debía haberlo dejado allí su hermano Fernando o, lo más seguro, la mujer de éste. Debían haber estado allí algo antes que ella, lo que le suponía más alivio que otra cosa. Ambos evitaban hacer de esa fecha una especie de celebración familiar y jamás acudían juntos a la tumba.

En los cinco años transcurridos desde la muerte de sus padres, Claudia siempre se las había ingeniado para hacerse hueco y visitarles. Iba, les hablaba y, cuando sentía que debía marcharse, lo hacía. Eso era todo. Esta vez se sentía entumecida, de tanto tiempo pasado sentada sobre la lápida vecina. Siempre la usaba de asiento sin sentir que hacía algo malo, ya que era lisa, sin nombre alguno. Quizá la sepultura era propiedad de una familia feliz que aún no había tenido que bajar a ninguno de los suyos a la tierra.

Cuando se apartaba ya, con una última mirada atravesada a esas flores que pronto estarían secas y feas, advirtió de reojo que se acercaba una mujer. La buscaba a ella, sin duda, ya que nadie va hacia nadie mirando de frente, buscando los ojos, a no ser que tenga intención de contacto, y menos en un cementerio. Claudia, paraguas en mano, se detuvo entre perpleja e intrigada, al tiempo que tomaba nota mental de los detalles.

Parecía algo más joven de lejos pero, a pocos pasos, la calculó en torno a treinta y cinco muy cuidados. Delgada, buen tipo, se desplazaba con andares incluso demasiado medidos, casi como una modelo en la pasarela. Cabello liso, muy negro, cortado a lo paje. Facciones bellas, ojos oscuros, piel blanca. Maquillada con sumo esmero. Vestida de negro, con chaquetilla liviana de cuero marrón por encima.

—¿Claudia Ugarte? —Era una de esas preguntas que más bien son afirmación. La voz era bien modulada, con un toque afectado acorde a su aspecto algo relamido.

—Sí. —Claudia la observaba llena de curiosidad, porque acababa de reconocer en ella a la mujer cuyo rostro estaba esbozado en el cuaderno de viaje de Jacobo. Si no se había percatado al primer vistazo fue porque el peinado era distinto.

—Me llamo Carmen Silva. —Le tendió la mano—. Soy amiga de Jacobo.

Claudia se la estrechó. Era una mano blanca, de dedos largos y uñas pintadas de oscuro, con varios anillos y una cadenita de oro en la muñeca.

—Necesito hablar contigo. Por eso me he permitido molestarte aquí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Jacobo me habló bastante de ti. Tengo buena memoria y recordé algo que dijo sobre que siempre visitabas la tumba de tus padres, justo en esta fecha.

—Memoria de elefante, más bien. Ese comentario debió hacértelo hace años.

—La fecha coincide con el cumpleaños de alguien muy querido. Sabía también que tus padres estaban en este cementerio y conocía tu primer apellido. No me costó tanto encontrar la tumba y lo demás fue esperar. —Hizo un gesto con la mano, al tiempo que la observaba con aquellos ojos suyos tan oscuros—. Eres difícil de localizar.

—Es algo voluntario. —Claudia sonrió casi con dureza. Estaba un poco desconcertada por las maneras de la desconocida, por la distancia que marcaba con los gestos—. ¿Recordabas también mi apellido al cabo de dos años?

—No. Pero Jacobo, como desapareció tan de golpe, se dejó algunas cosas en mi casa, lo mismo que en la tuya, creo. Y entre esas cosas, una de sus agendas. Tú figuras en ella.

—¿Había alguna relación entre vosotros dos? —Claudia la observó ahora pensativa.

La otra la dedicó una sonrisa lánguida antes de responder.

—Jacobo y yo nos conocimos en Estados Unidos, hará unos seis años. Luego nos encontramos de nuevo aquí, en Madrid. La primera vez sí hubo algo entre nosotros. La segunda no. No nos buscamos ni tratamos de contactar. De hecho, ninguno de los dos sabía que el otro estaba en Madrid. Un día nos topamos de frente en plena calle Serrano y así volvimos a tratarnos.

Claudia asentía educada, al tiempo que se decía para sus adentros que bien difícil era que un hombre —incluso uno tan peculiar como Jacobo— se dejase *algunas cosas* en casa de una mujer si no había nada entre ellos. Pero su pregunta había sido mera curiosidad porque, a esas alturas, que Jacobo hubiese estado o no con otras, al tiempo que con ella, era algo que la tenía bastante sin cuidado.

Comenzó a llover. Gotas sueltas que se convirtieron con rapidez en chaparrón. Claudia abrió su gran paraguas e invitó a Carmen Silva, que tenía uno transparente en la mano, a refugiarse con ella. En seguida estuvo lloviendo con fuerza. El agua rugía, salpicaba lápidas y cruces, y daba al cementerio un aire desolado.

—Tengo ahí el coche. —Carmen Silva hizo otro gesto lánguido de mano y a Claudia no le sorprendió ver entre las sepulturas, a dos calles de distancia, un Nissan de gama alta, porque aquella mujer tenía aspecto de no faltarle el dinero—. Podemos buscar un sitio donde tomar algo.

—No conozco la zona, la verdad.

—Entonces, si no te molesta la lluvia, podemos caminar y te cuento.

Y así echaron a andar las dos, cobijadas bajo el paraguas blanco y verde de Claudia, envueltas en el soniquete del agua contra granitos y mármoles. Se estaban formando por todas partes charcos que ellas se veían obligadas a sortear.

—Estás investigando qué sucedió con Jacobo. —Carmen Silva fue directa.

—Investigar no. Estoy interesada... ¿cómo sabes eso?

—A través de Eduardo Regalado.

—Entonces Eduardo contactó también contigo.

—Sí. Encontró mi nombre en las agendas de Jacobo. ¿Descubriste algo de interés en sus papeles?

Claudia la miró perpleja, por lo que la otra añadió.

—Eduardo creía que podía haber información de interés en los papeles de Jacobo. Y que al menos parte de esos papeles debían de estar en tu poder.

—Eduardo suponía a veces mucho. —Claudia se encogió de hombros. Estaba claro que, fuera cual fuese la relación que mantuvieron en tiempos, Jacobo tampoco había hablado a Carmen Silva del estudio de la calle del Ángel.

—¿Llegaste a entregar algo a Eduardo?

—No. Quedamos en que buscaría. Tuve que ausentarme de Madrid por motivos de trabajo. Estuve fuera un mes y, cuando volví, me encontré con que él también había desaparecido.

La otra la miró de nuevo. Ponía gran intensidad en la mirada, no del todo espontánea, a sabiendas quizá del efecto que esos ojos casi negros debían causar en muchos interlocutores.

—Eres periodista. ¿No?

—No. Pero hice trabajos periodísticos durante algún tiempo.

—Ah. —La otra encajó el regate con elegancia, ya que Claudia había obviado decirle su profesión—. Pensé que tendrías algún interés profesional en el asunto.

—Ninguno. —Claudia agitó la cabeza, deseando haberse recogido los cabellos rubios en coleta, por la humedad—. Es algo personal. Cuando Eduardo me contó sus sospechas, fue como si removiera un hormiguero con un palo. Mi hormiguero. Yo salía con Jacobo cuando desapareció.

Se desviaron para evitar un charco grande. Arreciaba la lluvia y se apretujaron aún más bajo el paraguas. Por suerte no soplaba aire, porque entonces les hubiera echado encima las ráfagas y hubieran quedado empapadas en instantes.

—Siento no poder darte información útil —añadió Claudia al cabo de un instante.

—En realidad he venido a darte yo información. —Otra de esas sonrisas

lánguidas—. Si es que estás interesada.

—Sí, claro.

Carmen Silva se paró, forzando a Claudia a hacer lo propio. Abrió su bolso Kelly negro para sacar una carpeta de plástico blando y se quedó con ella en la mano.

—Hay una condición: que no le hables a nadie de mí. Eso es todo. Que, pase lo que pase, no menciones mi nombre o siquiera mi existencia. No es un capricho.

—De acuerdo.

Carmen Silva, la carpeta aún en la mano, pareció reflexionar un momento. Como de común acuerdo, reanudaron el paseo lento bajo el diluvio.

—Voy a ser breve o acabaremos empapadas. Quisiera explicarte algo. Entre Jacobo y yo había una conexión espiritual. Puedes creer en esos temas o no. Desde el momento en que nos conocimos hubo entre nosotros una gran confianza, como si nuestra relación viniese de muy atrás y de alguna forma se hubiese reanudado. Compartíamos muchos gustos, las mismas inquietudes.

Claudia a punto estuvo de encogerse de hombros, porque a ella todo eso le sonaba casi a mística nueva era. Pero la otra seguía.

—Eduardo temía que Jacobo se hubiese mezclado con algún grupo raro, con alguna secta, o que hubiese tenido algún problema relacionado con alucinógenos. Y parece que esa idea la tomó en buena parte de ti.

—Así es.

—Estáis equivocados. Así se lo dije a Eduardo. Cuando vivíamos en Estados Unidos, yo le acompañé a México y a Brasil a visitar a chamanes. Juntos probamos drogas iniciáticas. En esos temas, yo lo sabía todo sobre Jacobo. Aquí en España no tenía relación con ningún grupo que pudiera considerarse peligroso. Los tiros van por otro lado.

—¿Entonces?

—Ya sabes que Jacobo participaba en un proyecto sobre arquitectura simbólica en el Madrid contemporáneo. Siendo como es, se metió a fondo en el tema y... En fin, para ser breves: encontró lo que él creía eran pruebas, justo en la arquitectura y la decoración, de que debió existir un círculo filosófico activo entre finales del XIX y mediados del XX, y de que uno de sus núcleos principales debió de estar en Madrid.

—Y se interesó más y más por ese círculo, claro.

—Al principio no demasiado. Pero después fueron sumándose hechos que aumentaron poco a poco su interés, hasta llevarle a centrarse en ese asunto en concreto. Ese círculo mantenía su existencia en secreto y al parecer inspiraba su filosofía en la de una secta gnóstica de la antigüedad. Usaban sus símbolos, así que podemos suponer que adoptaron también sus creencias.

«Los agápetos», pensó Claudia. Pero se limitó a asentir sin decir nada. Carmen Silva proseguía.

—Según iba investigando, Jacobo fue encontrando esos mismos símbolos en otros lugares y en otras épocas, lo que le intrigó sobremanera. Ya le conoces. Se puso

a indagar por todos lados. Yo le ayudé en esa investigación. Tengo buenos contactos dentro del mundo del Arte. Coleccionistas, expertos, galeristas. Parte del material está en esta carpeta.

Siguieron unos pasos en silencio, entre el murmullo de la lluvia.

—A partir de esas evidencias, Jacobo empezó a especular con la idea de que ese círculo podía tener antecedentes previos al siglo XIX. Quizá por eso fue a Italia. Recuerdo que una vez mencionó que en algún edificio de Nápoles había motivos decorativos semejantes a la iconografía del círculo.

—¿Y crees que alguien le haría desaparecer por esas investigaciones?

—No lo sé. No lo sabemos todo, de eso estoy segura. Faltan datos. Jacobo no me lo contó todo sobre este tema. No es que no contestase a mis preguntas, pero sí noté que a veces evitaba tratar el tema.

—¿No sería una impresión tuya?

—Una se da cuenta de cuándo la ocultan algo. Y de cuándo la mienten. —De nuevo esa sonrisa, esta vez entre la languidez y la suficiencia—. Al menos yo suelo hacerlo.

Claudia, paraguas en mano y a disgusto con la humedad ambiente, optó por no molestarse ante esa pose de suficiencia. Carmen Silva hizo un gesto con la carpeta.

—Eso es lo que le conté a Eduardo. Y hay algo más. Había un factor que hizo que Jacobo se tomase esa investigación con especial interés, más allá de su curiosidad intelectual innata.

—¿Qué factor?

—Esos símbolos de los que te he hablado estaban presentes en un cuadro del siglo XVIII. Un retrato de época que Jacobo conocía ya de antes.

—¿Y?

—Ese retrato es el de un antepasado lejano del propio Jacobo.

Claudia volvió el rostro hacia su interlocutora, pero ésta no le dio tiempo a preguntar nada.

—Supongo que conoces la historia familiar de Jacobo. Que era hijo de madre soltera y que su padre nunca quiso saber nada de él. —Se cercioró de que la otra asentía—. Jacobo, aunque aparentase indiferencia, sentía en el fondo una gran curiosidad por su familia paterna.

—Nunca le oí una palabra sobre ese tema.

—Es lógico. De puertas afuera, mostraba hacia su padre el mismo interés que éste en su día mostró por él: ninguno. Y es verdad que su padre en sí le interesaba muy poco. Pero se tomó bastantes molestias para conocer la historia de sus antepasados paternos... una búsqueda de raíces, por así llamarlo.

Caminaron de nuevo unos pasos en silencio, porque Claudia no dijo nada.

—Y así fue como se encontró con que, en el retrato de un ancestro de hace dos siglos, aparecen algunos de los símbolos que usaba ese círculo filosófico de finales del XIX, tomados a su vez de una secta cristiano-gnóstica del siglo III.

—Y su curiosidad se disparó.

—Puedes imaginártelo.

—¿Qué símbolos...?

—Está todo en esta carpeta, incluida una reproducción de ese cuadro. Le di una igual a Eduardo en su momento y ésta es para ti.

Habían estado caminando más o menos en círculo, de forma que el paseo les había llevado de vuelta a las inmediaciones del Nissan de Carmen Silva. Esta última desplazó la mirada por aquel paisaje de cruces y tumbas de piedra, agrisado por la lluvia, antes de tender a Claudia la carpeta.

—Aquí hay copias del material reunido por Jacobo. A partir de eso, Eduardo comenzó a indagar en otra dirección. Algo debió encontrar, ya que le ha ocurrido lo que a Jacobo. Tal vez pagó caro su interés. No me remuerde haber hablado con él: le presté ayuda de buena fe y él obró como creía más conveniente.

—Es una postura lógica. Aquí somos todos mayorcitos.

—Lo digo para que lo tengas en cuenta. Esto parece peligroso.

—Soy muy consciente.

—Eduardo se dedicó a preguntar, a hablar con unos y otros, creo que con demasiada ligereza. Tal vez alguna persona que no debía se enteró de que estaba investigando y tomó medidas.

Claudia asintió y la otra sacó de su bolso una tarjeta. Sobria, sin logo, con tan sólo un nombre y primer apellido —pero no el segundo—, así como un número de móvil y una dirección electrónica: carmensylva@hotmail.com.

—La dirección Carmen Silva no estaba disponible, así que abrí una cuenta Hotmail con y griega. Ese móvil suelo tenerlo apagado, pero puedes dejarme mensaje y tarde o temprano yo devolveré la llamada.

—Lo mismo pasa con mi móvil. —Claudia le estaba tendiendo su propia tarjeta—. Y no se me encuentra en la dirección que figura aquí. Pero ahí es donde recibo cartas.

Cambiaron las dos una sonrisa pensativa. Carmen Silva guardó la tarjeta de Claudia en su bolso.

—Si decides seguir indagando y encuentras algo, te ruego que me tengas al tanto. Jacobo y yo éramos almas gemelas, aunque ahora eso sea una expresión tan trivial y esté en boca de tantos. No espero que la gente crea de verdad en esas cosas; pero para nosotros era algo muy real. Y yo deseo también saber qué ocurrió. No sabes cuánto.

—Te avisaré. Descuida.

—Me voy ya. ¿Te dejo en algún sitio?

—No, gracias. Saldré caminando. Me gusta pasear bajo la lluvia. Me ayuda a pensar.

—Espero noticias tuyas. No te olvides, por favor.

Abrió su paraguas transparente y se fue a su automóvil, avanzando un pie por delante del otro al caminar. Claudia observó cómo se alejaba contoneándose hasta

que entró en el Nissan. Sólo entonces se giró ella y, paraguas bien en alto, echó a andar sin prisa hacia la salida del cementerio, entre el susurro de la lluvia y el gotear de agua.

Consciente de no estar obrando muy bien, Claudia regresó al estudio de la calle del Ángel. Otra vez temprano, una mañana de sábado, y esta vez no por insomnio, ya que la espalda casi no la molestaba, y sí por el cálculo frío de que así sería más difícil toparse con algún vecino. Remataba septiembre. El día era de otoño, nublado y lluvioso, y ella, al salir del metro, puede que por haber vuelto al mundo del cine, se detuvo un instante según bajaba por la plaza de la Cebada a observar la gran cúpula de San Andrés que descollaba sobre los tejados viejos, recortada contra aquel cielo hirviente de nubes.

Hacía frío en el estudio. Claudia, cubierta sólo con una chaqueta caqui ligera, imitación militar, no pudo evitar un escalofrío. Se consoló con que al menos estaba ausente esa sensación a humedad tan desagradable que suele reinar en las buhardillas viejas tras varios días de lluvia.

Dejó el bolso encima de la mesa, pero no se quitó la chaqueta. Tampoco se sentó un rato ni conectó la música. El frío interior y el repicar de la lluvia sobre tragaluz y tejas le habían devuelto a aquellos días gélidos de dos inviernos atrás, cuando llegaba con Jacobo al estudio. Cuando él estaba ausente varios días, como no era de los de dejar la calefacción puesta, aquello era una nevera. Y ahora había recordado aquellos días: estar casi tiritando mientras esperaban que se caldease un poco la estancia, la luz gris, el sonido de la lluvia.

Se recogió el cabello rubio en coleta y, tras sacar la carpeta de plástico de Carmen Silva, desparramó el contenido por encima de la mesa. ¿Cuántas veces había revisado todo aquello en los últimos días? Había fotos sacadas de catálogos, exposiciones, museos de diversas partes del mundo, casi todas de cerámicas, joyas, detalles arquitectónicos. En todas los mismos símbolos: soles mazdeos, solos o inscritos en cruces —griegas o latinas—, ángeles, palomas, corderos, cruces girantes de tres, cuatro y cinco brazos. Las piezas procedían de excavaciones realizadas en Irak, Siria, Armenia, Azerbaián, y estaban fechadas entre los siglos v y xv.

No había textos ni pies de foto pero, por la gran cantidad de piezas que parecían

proceder de colecciones privadas, supuso Claudia que ésa era la ayuda a la que se había referido Carmen Silva, prestada gracias a sus contactos dentro del mundo del arte.

Claudia había dado no pocas vueltas a su encuentro con esa mujer tan extraña. Hasta buscó en Internet, con la esperanza de que fuese una ejecutiva cultural, organizase exposiciones o algo así, y hubiera por tanto referencias a ella en la Red. Pero nada. Descubrió, eso sí, que Carmen Sylva era el pseudónimo con el que firmaba sus poemas Isabel de Rumanía, dama de origen alemán que ocupó el trono rumano durante el siglo XIX.

Carmensylva era el nombre elegido para la dirección de correo electrónico y aunque su dueña hubiese aludido a que *carmensilva* estaba ya ocupado, Claudia no podía por menos que preguntarse si la cuestión no sería más enrevesada. Si Carmen Silva no sería también un nombre falso, inspirado en el de la poetisa del XIX. Porque esa mujer, que se presentaba en un cementerio con un bolso de 3000 euros, no sólo olía a dinero sino que también insinuaba una cultura amplia.

Algunos detalles, la reflexión y cierto olfato hacían sospechar a Claudia que Carmen Silva bien pudiera ser una prostituta de postín; *scort de alto standing*, según las jergas eufemísticas al uso. Aunque también podían mediar equívocos. La ausencia de segundo apellido podía indicar un nombre falso, sí. Pero también que, pese a la ausencia de acento, fuese estadounidense. Al fin y al cabo, había sido en Estados Unidos donde la conoció Jacobo.

En todo caso, poco podía aclarar sin más datos, y no era en ese estudio donde los iba a encontrar. Así que, apartando a Carmen Silva de su cabeza, Claudia tomó entre sus manos la última de las fotografías de la carpeta. Ésta era distinta: un retrato que no podía ser sino el de aquel antepasado suyo. Mostraba a un caballero del siglo XVIII, con casaca azul, peluca blanca y gesto severo. En la pechera, una venera —una medalla con cinta— con la forma de aquel mismo sol mazdeo estilizado que aparecía en tantas fotos. Y, entre las manos, como un hombre devoto, un crucifijo que, sin embargo, lucía un sol en su centro.

Estaba aún sentada, estudiando pensativa esas facciones severas que ningún parecido guardaban con las de Jacobo, cuando la sobresaltó un timbrazo. Tan absorta había estado en el retrato que, desorientada, tardó algún tiempo en darse cuenta de que estaban llamando a la puerta. Se quedó muy quieta, con la foto entre las manos. Como en la mayor parte de las viviendas, el timbre de la puerta tenía un sonido distinto al del portal. Y el que habían tocado era el primero. Sonó de nuevo a los pocos segundos, seguido de un repicar de nudillos sobre la puerta blindada.

Por la mirilla panorámica, comprobó que había una sola persona en el pasillo. Un desconocido que, mientras ella le espiaba, volvió a golpetear en la puerta. Así que, con un suspiro, resignada a lo inevitable, abrió.

El visitante era un hombre grande, no sólo por ser alto y de hombros anchos, sino también por esa cualidad que tienen algunos de parecer llenarlo todo. Más cerca de

los cuarenta que de los treinta. Cabello castaño muy oscuro, ojos marrones, barba cerrada y tan corta que Claudia no supo si era que la llevaba cortada al dos o que hacía unos días que no se afeitaba. El otro, tras examinarla a su vez con idéntica curiosidad, habló el primero, ahorrándola a ella el mal trago.

—Buenos días —se presentó con amabilidad algo socarrona—. Disculpe la molestia pero, verá, soy, para que nos entendamos, el propietario de este estudio.

Otra que no fuese Claudia quizá se hubiera sentido de lo más violenta y quizá se hubiese deshecho en explicaciones. Pero no ella. En su época de reportera de investigación se las había visto en más de un apuro y había desarrollado lo que algunos llamarían una cara más que dura, gracias a la que había salido de situaciones difíciles. Y aún le quedaba bastante de aquel aplomo. Así que se limitó a responder con idéntica amabilidad:

—No molesta. Pase, por favor. Después de todo, está usted en su casa.

* * *

Casi una hora después, Claudia y su inesperado visitante caminaban calle de Segovia abajo, tras haber estado deambulando al azar por las callejas del barrio de los Austrias. Primero habían bajado a uno de los bares de la misma calle del Ángel, a tomar un café y conversar con calma. Gustavo Ungría se llamaba él y, como había explicado con esa serenidad que, con el tiempo, ella comprobaría que le acompañaba casi siempre, llevaba tiempo buscando una ocasión de encontrarse con ella.

—El estudio es de una tía mía. —Había dicho—. Es una mujer muy mayor. Hace años había ahí una finca antigua, de pisos muy grandes. Cuando la tiraron por dentro para remodelarla, ella recibió uno de los pisos nuevos y el estudio. El piso está alquilado y el estudio se lo presté yo mismo a Jacobo. Soy yo quien lleva las cuentas de mi tía. Como te digo, es ya muy viejita.

—Muy loable de tu parte. Esas cosas son un engorro.

—Lo hago con gusto. —Sonrió con rudeza—. Mi tía siempre me quiso mucho y, ahora que a la pobre se le va la cabeza, es lo menos que puedo hacer. Me gustan los números y la verdad es que tampoco me fío mucho de algunos de mis primos. Estoy más tranquilo si tengo a la vista la cartilla de mi tía... y así nos ahorramos disgustos.

Claudia no pudo por menos que asentir, porque en casi todas las familias hay muertos en el armario y líos de herencias. Y Ungría transmitía una sensación de aplomo, de hombre en el que se podía confiar. Claudia se había sentido a gusto con él en seguida, pasado el primer instante de azaramiento, fruto de la forma en la que se habían conocido. Cuando se lo contó a Alejandra, un par de días después, ésta no había podido por menos que menear casi hastiada la cabeza, antes de recriminarle que hubiese abierto así a un desconocido, en una casa que no era la suya. Claudia no podía, en eso, por menos que darle la razón y atribuirlo a un arranque que incluso en ella no era muy normal.

En cuanto a lo que vino después, a ese confiarse a él, era de las que se fiaban o no casi a la primera ojeada. «Cuestión de instinto», solía decir. Ya se lo había explicado un par de días después a Alejandra, al narrarle ese encuentro tan atípico. «Tiene pinta de bruto, sí. En el buen sentido de la palabra», había sonreído. «Es de los grandotes, como a mí me gustan. Tiene aspecto de fuerte, manos bonitas, es guapo y no es un niño. Tiene una nariz como de boxeador o de vasco. Se le ve hombre, pero no burro».

No había gran misterio en cómo Gustavo se enteró de sus idas y venidas por el estudio. Como llevaba las cuentas, había descubierto un consumo de electricidad en el estudio durante los meses de agosto y septiembre. Mínimo, pero consumo. Acudió a la finca y, tras comprobar que todo estaba en su sitio, habló con un par de vecinos. En esos pisos, como en tantos construidos durante la burbuja inmobiliaria de los últimos años, era más la apariencia que la calidad y los vecinos de abajo escuchaban cuando alguien entraba y salía del estudio. Así que, la siguiente vez que oyeron la puerta, llamaron al móvil de Gustavo y éste se presentó de inmediato. Eso era todo.

—La madre de Jacobo era prima de mi madre. Yo a ella ni la conocí, la verdad. Pero mi madre decía siempre que la familia se había portado muy mal con ella. Cuando Jacobo volvió a España, entramos en contacto por casualidad. Me pareció buena persona, y muy inteligente. Se quejaba del jaleo que había en el piso que compartía con sus amigos, así que le presté el estudio. A él le venía bien para aislarse, trabajar y hacer yoga. Y yo estaba más tranquilo si el estudio lo ocupaba alguien de confianza. No hay nada que atraiga más a los ladrones que un piso vacío.

Había caído un chaparrón mientras tomaban el café, de forma que el agua resbalaba en regatos por la luna del bar. Claudia no quiso preguntar en qué sentido se había portado mal la familia con la madre de Jacobo, intuyendo que no era el momento propicio. Sabía cómo hacer que la gente confiase en ella; era una cualidad innata que había ido además cultivando con el paso del tiempo. Puede que, gracias a eso, aunque era Gustavo quien la sorprendió a ella en casa ajena, fuese él quien acabó dando más explicaciones. Aunque eso no quita, claro, que quisiese saber el motivo de sus visitas al estudio.

Ella procuró explicarse con tacto, ya que nunca es fácil comunicarle a alguien que un pariente suyo pudiera estar muerto. Y así fue cómo, dado que había dejado de llover, salieron a callejear por el barrio sin destino fijo, porque caminando parece que se descargan mejor los nervios que sentados. Gustavo la había escuchado cariacontecido y a veces se acariciaba esa barba tan corta suya. Sólo cuando ella terminó, justo mientras bajaban por las escalinatas de la calle del Nuncio para desembocar en la de Segovia, despegó él los labios.

—No tenía ni idea. —Meneó la cabeza—. Es la primera noticia que tengo de todo esto.

—Veo que Eduardo no llegó a hablar contigo —apuntó Claudia con cautela.

—Creo que Jacobo mencionó alguna vez ese nombre. Pero, si usaba el estudio

como refugio secreto, ese Eduardo no debía saber ni que yo existía.

—Tienes razón. Pero no sé por qué la policía no te ha llamado. A raíz de la desaparición de Eduardo, están investigando también la de Jacobo.

—Somos parientes lejanos. La policía no interroga a los primos segundos, a no ser que tenga un motivo para ello.

Caminaban calle abajo, chapoteando sobre la acera mojada. Claudia paraguas en mano, algo turbada, y Gustavo rumiando la noticia, como si no acabase de digerirla. Al alzar la mirada, los ojos de Claudia se toparon con los arcos tremendos del Viaducto sobre la calle Segovia y por unos momentos todo lo demás se esfumó de su cabeza, barrido por la visión de esa obra de ingeniería que cierra el barranco entre Bailén y las Vistillas. Días más tarde, se lo habría de explicar a Alejandra: «es como si, con el rodaje en los Pirineos, hubiera saltado un interruptor en mi cabeza. Ahora, de nuevo, pienso en términos de cine. Veo algo interesante y pienso en encuadres, planos, enfoques. Hace años que no me ocurría».

Y ahora observaba el Viaducto, allá en la distancia, como si sus ojos fueran una cámara de cine. Las grandes bóvedas de nervios, las sensaciones de masivo, de gigantesco, de altura tremenda que, por contraste, hacía parecer a la calle una especie de desfiladero.

—Me has dejado de piedra —dijo, por fin, Gustavo.

—Lo siento. —Regresó con cierto esfuerzo.

—Está bien. Es mejor saberlo. ¿Ha descubierto algo la policía sobre Jacobo?

—Ni idea. Pero han pasado dos años y la situación en Myanmar está justo ahora poniéndose cada vez más difícil.

—Tengo amigos en el cuerpo diplomático. Voy a llamarlos. Si Jacobo entró en Myanmar, tuvo que presentarse a las autoridades consulares españolas. Puede que para algunos temas tuviese pájaros en la cabeza, pero para otros tenía los pies bien en la tierra.

—¿Vas a ir a la policía?

—No tengo nada que contarles.

—¿Y el estudio?

Gustavo la observó un instante, los labios un poco fruncidos.

—¿Crees que pueda haber algo interesante ahí? ¿Alguna pista?

—No lo sé. Jacobo escribía mucho. Pero supongo que lo más importante lo tendría en el portátil. Encriptado, claro; en eso era un paranoico.

—Y el portátil se fue con él a Italia.

—Supongo.

Ahora fue Gustavo el que puso los ojos en las enormes pilastras y los nervios de las bóvedas del Viaducto, como si hasta ese momento no hubiese reparado en su presencia. Habló pensativo.

—Yo conocía al padre de Jacobo. Fuimos socios hace años.

—¿Ah, sí? —Claudia volvió el rostro, con nuevo interés.

—Murió ya. En fin, es una larga historia. El caso es que yo ayudé a Jacobo a entrar en contacto con su abuelo paterno. Estaba más que interesado en la historia de sus antepasados. No sé si tendría algo que ver con esa investigación de la que me hablas o que, como les ocurre a muchos, de repente le entró la necesidad de conocer sus raíces.

—Creo que lo primero. —Claudia estaba pensando en aquel cuadro del siglo XVIII—. Sería interesante hablar con el abuelo de Jacobo, para aclarar ese tema.

—Veré que puede hacerse. Es un tipo peculiar, por decirlo de alguna forma. En cuanto al estudio... supongo que habría que revisar con calma todos esos papeles.

—Sí. Se necesitaría su tiempo.

—Entonces es mejor que de momento conserves tus llaves, para que puedas hacerlo tranquila. Si es que sigues interesada.

Ahora fue Claudia la que le observó, pillada a trasmano.

—¿Por qué me ibas a dejar las llaves así, a la ligera? No me conoces de nada.

—No es a la ligera. Has tenido esas llaves en tu poder dos años y no las has usado hasta que necesitaste revisar los documentos. ¿No es así? Eso para mí es una garantía. Tú necesitas entrar y a mí no me cuesta nada dejarte las llaves.

Levantó la cabeza hacia las alturas del Viaducto, pues habían llegado ya casi a los arcos.

—A mí también me gustaría saber qué le ocurrió a Jacobo. A cambio del acceso al estudio, te pido que me mantengas al tanto.

—Trato hecho.

—Y yo trataré de hablar con el abuelo de Jacobo.

Y ahí quedó la cosa. Gustavo se despidió de ella allí mismo, para subir por las escalinatas hacia la calle Bailén. Ella desanduvo el camino por la calle Segovia. Más tarde, habría de reconocerse que fue un chasco que él no buscara alguna excusa para volver a verla. «O no le gustas o te has mostrado difícil. O sencillamente pasa. Lo que tenías que haber hecho era decirle directamente de quedar a tomar algo. Pero ya es tarde». Así que, con un resoplido que era más que nada contra sí misma, se fue calle arriba y ahí quedó todo, aunque anduvo el resto del día un poco mustia, sin querer reconocerse por qué.

* * *

Claudia regresó al estudio a la semana siguiente, a buscar con más calma. Hasta se llevó un CD con *rock* de los 80. Y, arropada por la música, anduvo de un lado a otro revolviendo, antes de obligarse a ser más sistemática, con un objetivo de búsqueda ahora distinto.

Comenzó por la estantería, de izquierda a derecha, y, como el escritorio estaba lleno de papeles, decidió ir depositando cuanto pareciese interesante sobre la mesa del fondo, para estudiarlo luego con detalle. Había en las baldas mucho más material

de lo que parecía a simple vista: fotocopias, hojas impresas, muchas de ellas subrayadas y anotadas en los márgenes, fotos, folios manuscritos. Estaba claro que Jacobo había dedicado a su investigación sobre arquitectura y simbolismo muchos más esfuerzos de lo que Claudia había llegado a creer en su día.

Reinaba el desorden y todo estaba revuelto. Aun el contenido de algunas carpetas no era a veces sino un revoltijo, como si Jacobo las hubiese usado a manera de cajón de sastre. Tanta era la confusión que, pese al cuidado que puso, Claudia estuvo a punto de saltarse lo que luego le pareció la carpeta más interesante. Estaba de canto, entre los libros, y si dio con ella fue porque también iba apartando algunos volúmenes, para documentarse un poco, recordando el manual de arquitectura madrileña que tenía Eduardo entre las manos el último día que se encontró con él. Y, al sacar uno sobre construcciones modernistas, se topó con la carpeta. Era de suponer que, si Jacobo la había colocado ahí, era para mejor recordar dónde estaba, y no por deseo de esconderla.

Dentro había varias imágenes: grabados, fotos antiguas en blanco y negro, otras más recientes en color, también el retrato de aquel antepasado del XVIII. Tras una primera ojeada rápida, se instaló en el sillón, a estudiarlo todo.

Los grabados eran de distintos edificios, tal vez ya desaparecidos. El que más le llamó la atención fue uno que mostraba una especie de capilla de ladrillo con una gran entrada, cerrada con cancela, de forma que su interior se veía desde la calle. La técnica del grabado había hecho posible que se entreviera una efigie dentro, puede que la estatua de un ángel. Y, sobre el tejado de cuatro aguas, se alzaba una cruz con un sol en su centro. De puño y letra de Jacobo, había anotado detrás: «Humilladero que hubo en la calle Fuencarral hacia 1840, a la entrada de la finca de Serafín Cabezas».

En cuanto a las fotos antiguas, algunas ampliadas y borrosas, eran de distintas edificaciones, era de suponer que de la capital. Sólo uno tenía anotación detrás. Una residencia con un jardín tan frondoso que poco se distinguía de la fachada. Había, a la entrada, dos esfinges de piedra blanca. Y en el envés decía: «Palacete de los Santos. Ciudad Lineal de Madrid. Propiedad de la familia Santos. Fotografía tomada a comienzos de los años 20».

Luego estaba el óleo; aquel hombre de casaca azul, peluca, venera en pecho y, entre las manos, cruz con el sol inscrito. Y tres fotos recientes, tomadas sin duda por el mismo Jacobo. Las tres de una tumba, desde distintos ángulos, para mostrar una lápida comida de líquenes, a la sombra de un ciprés y, a su vera, un ángel que alzaba una copa entre sus manos. Atrás se leía: «Sepulcro de Natalio Santos. 1912. Cementerio de San Justo. Madrid».

Claudia se quedó allí largo rato sentada, oyendo aquella música ya antigua y estudiando esas últimas fotos. El ángel de expresión serena, el rostro churreteado de humedad, como lágrimas mohosas. La composición que formaban tumba, ángel y ciprés, suponía ella que buscada. Se propuso indagar sobre todo eso más a fondo.

Buscar a partir de la iconografía de los agápetos y el hecho de que Jacobo hubiese agrupado todo aquello en una misma carpeta.

Volvió a revisar la estantería, seleccionó un par de libros más, pero comenzaba a resentírsele la espalda y, harta, se dijo que ya seguiría otro día. Así que se sentó de nuevo y, tras sopesar la idea de tomarse un analgésico, echó mano del cuaderno de viaje de Jacobo. Al pasar páginas, se topó de nuevo con aquel boceto de rostro femenino. Era el de la mujer que se hacía llamar Carmen Silva, sin duda. Por un momento, volvió a preguntarse cuál habría sido su relación con Jacobo, antes de pasar páginas hacia atrás, con la esperanza de encontrar pasajes significativos.

Pero los meses que le interesaban contenían pocas entradas. Aquello no era un diario, sino una suma de notas y bocetos. No había ni un solo apunte en julio del 2005, que era el último mes, y hacia atrás no encontró más que un puñado de escritos cortos y el boceto de una vidriera. No decía de dónde estaba tomado, los motivos eran religiosos y Claudia supuso que tendría relación con el proyecto. Otra cosa era que tuviese algo que ver con lo que andaba ella buscando.

Con fecha de mayo, había dibujado un edificio imponente. Un rascacielos en perspectiva, alto, masivo, con fachada muy ornada. «Pasaje Barolo, Buenos Aires, 17 de Mayo de 2005», decía. Justo enfrente, en página par, había un texto referente también al viaje a Argentina, fechado sólo dos días antes, el 15. Decía:

«Cuando acaba la temporada veraniega, Mar del Plata es de verdad impresionante. Es una ciudad extensa, de avenidas inmensas, muy largas y muy anchas. Y se queda de repente medio vacía. Me ha impactado mucho pasear por esas enormes avenidas casi desiertas. La ciudad está abierta al océano y, en esta época y latitud, el Atlántico sur es azul y tempestuoso. O así lo he conocido yo en esta visita de pocos días. Si echas a andar por el Paseo Marítimo, puedes recorrer grandes distancias sin cruzarte casi con nadie. Y si miras hacia el mar ves un ir y venir de buques de carga. Mar del Plata tiene un puerto muy activo. Aún más al sur está Bahía Blanca, una ciudad industrial con la mayor área portuaria de estas costas. Me pregunto cómo será el país al sur de Bahía Blanca. Me imagino una costa interminable que se extiende aún durante miles de kilómetros buscando el Polo Sur, cada vez más despoblada, cara a un Atlántico también desierto, por el que apenas deben navegar barcos, porque cuanto más al sur menos puertos hay a los que arribar».

Claudia releyó ese texto un par de veces y le inundó la melancolía al pensar que la persona que había escrito eso bien pudiera estar muerta. Cerró el cuaderno, lo dejó de nuevo sobre el escritorio y, casi de puntillas, abandonó el estudio.

Buscando, Claudia no tardó en descubrir que el «Pasaje Barolo» abocetado por Jacobo en su cuaderno de viaje, es un edificio famoso que ha hecho correr ríos de tinta. Se levanta en la Avenida de Mayo de Buenos Aires y fue proyectado por el arquitecto italiano Mario Palanti para el magnate argentino Luis Barolo. Inaugurado en 1923, tiene un mellizo de mayor altura en Montevideo, el Palacio Salvo, que fue durante un lustro el edificio más alto de Sudamérica.

Lo que debió llamar la atención de Jacobo fue que el Pasaje Barolo está considerado una metáfora en piedra de La Divina Comedia, de Dante. Arquitectura simbólica en estado puro. El poema volcado a proporciones, simetría y decoración. El Barolo mide 100 metros de altura y tiene 22 plantas —14 de base, 7 de torre y un faro que lo corona—, porque 100 cantos tiene la Divina Comedia, con versos de 11 y 22 estrofas. No hay dos plantas iguales y las tres partes en la que está dividido —base, torre y faro— se corresponden con el Infierno, el Purgatorio y el Cielo.

Por todo el Barolo se descubren correspondencias numéricas y atribuciones simbólicas, y las hipótesis sobre qué intención última animaba a sus constructores son casi infinitas. Hay quien atribuye incluso su edificación a los designios de una sociedad secreta que estaría detrás de Barolo y Palanti. Sociedad secreta que, según algunos, tendría una antigüedad notable, ya que se remontaría a la época del propio Dante.

Lo que sí parecía probado era que, al construir el Pasaje Barolo, su promotor buscaba que el gobierno italiano cediese a la argentina los restos de Dante para que fuesen sepultados en el mismo edificio, que se convertiría así en un panteón altísimo. El sepulcro habría estado en la planta baja, justo en el pasaje que atraviesa de lado a lado el rascacielos y visible, por tanto, desde la calle a través de la arcada de la puerta.

Claudia se preguntaba si esa construcción enigmática tendría algo que ver con la investigación de Jacobo o era sólo una digresión intelectual, producto de su curiosidad insaciable. Se planteó incluso telefonar a Carlos Bassano para preguntarle

y si se contuvo fue porque era consciente de que, si el argentino no quería soltar prenda, ella no tenía forma de hacerle cambiar de opinión. En ese dilema estaba cuando la suerte acudió en su ayuda de forma inesperada, como tantas veces ocurre.

Había asistido a una de las últimas funciones de *Play Strindberg* en el teatro de la Abadía y mientras abandonaba el lugar, para su gran asombro, descubrió al mismísimo Bassano entre la marejada de público, a sólo un par de pasos de distancia. Iba él solo también, absorto en sus pensamientos, y la había adelantado sin reparar en su presencia, atento sobre todo a no chocar con nadie. Vestía de chaqueta, suficiente para esas noches frescas de primeros de otoño, y llevaba el programa de la función en la mano. Claudia apretó el paso para ponerse a su altura y el otro —alto, delgado, con esa barba corta que tanto le ennoblecía— giró la cabeza sorprendido, antes de detenerse a saludarla con esa cortesía contradictoria, entre zalamera y distante, que muchos españoles suelen atribuir a los argentinos.

—Pero qué sorpresa. ¿Estuviste en la función? ¿Y viniste sola? —Echaba una mirada alrededor como si esperase ver a un acompañante a pocos pasos, aguardando entre paciente y aburrido a que la otra acabase de saludar.

—Sí. Sola. —Claudia sonrió—. Adoro el teatro y, para venir mal acompañada, prefiero hacerlo sola.

—Bien dicho. Así que una amante del teatro.

—Desde siempre.

—Tengo luego una cita, pero dispongo de cierto margen de tiempo. ¿Tomamos un café? ¿O es demasiado tarde para vos?

—No es tarde. Encantada de tomar ese café y, ¿sabes?, estaba pensando en llamarte.

—¿Sí? —El otro la miró, ahora inquisitivo.

—Lo comentamos tomando ese café, si te parece.

—Mejor. ¿Vamos al centro? Me he citado por allí cerca y detesto la impuntualidad. Además, soy un poco maniático sobre dónde bebo café.

Les costó conseguir taxi, habida cuenta de la cantidad de gente que salía del teatro, mucha de ella buscando también uno. La espera, así como el trayecto hasta el centro, la dedicaron a comentar sobre la obra, sobre la versión de Dürrenmatt de la Danza Macabra de Strindberg y del trabajo de Nuria Espert. Claudia notó con cuánto agrado Bassano la escuchaba hablar con conocimiento de causa sobre teatro, y se dio cuenta de que acababa de ganar muchos puntos con ese hombre.

El taxi les dejó junto al Café de la Ópera.

—Respecto al café, tengo mis manías. Es una de las cosas que menos me gustan de Madrid, que a la gente le vale cualquier sitio. Me gusta tomarlo sentado, en un local de estética que me sea agradable y donde le atiendan a uno más o menos bien.

—Y que el café sea bueno.

—También es importante.

Así que se sumergieron a esa hora tardía en la atmósfera con regusto a decadente

del café de la Ópera, con sus maderas nobles, su decoración neoclásica con toques modernistas y sus luces de resplandores ámbar. Bassano insistió en que Claudia se sentase contra la pared, en lo mullido, mientras él se conformaba con una silla. Ya con dos cafés con leche sobre el tablero de cristal de la mesa, Claudia se decidió a explicarle lo ocurrido en las últimas semanas. La noticia de que Eduardo había desaparecido impresionó a Bassano, que abandonó esa actitud entre casual y distante para escuchar atento, la cabeza ladeada, como si quisiera atrapar cada palabra.

Cuando por fin despegó los labios, fue para hacer un comentario que nada tenía que ver con lo que acababa de contarle Claudia. Ella, con el tiempo, se daría cuenta de que ésa era una costumbre suya: charlar sobre algo por completo distinto cuando necesitaba digerir nuevos hechos.

—Así que devota del teatro.

—Mucho. —Ella ocultó su desconcierto con soltura—. Ya antes de estudiar cine, me volvía loca el teatro.

—¡Cine! Pero si yo creía que eras periodista.

—No. —Sonrió—. Trabajé algún tiempo como reportera de investigación en la tele, que poco tiene que ver con el periodismo normal. Supongo que Jacobo te mencionó el tema y de ahí la confusión.

—Fue Eduardo. Tal vez se explicó mal o yo me hice una idea equivocada.

—Conociendo a Eduardo, más bien sería lo primero.

—Periodista de investigación... Llevar una cámara oculta y sacar trapos sucios. ¿No?

—Más o menos. Fue un trabajo temporal, como casi todo lo que he hecho en la vida. Estudié cine en la facultad de Ciencias de la Información. Siempre he querido trabajar en eso. Otra cosa son los empleos que he tenido que tener. No me arrepiento, pero eran para comer, no por vocación.

Bassano bebió café con leche. De golpe entró en materia, como si aquel sorbo marcara un cambio de ritmo.

—Me has dejado de piedra con lo de la desaparición de Eduardo. Parecía un buen tipo.

—Creo que lo es. O lo era.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

—Supongo que encontró alguna pista sobre por qué fue Jacobo a Italia. La siguió y corrió la misma suerte que él.

—Pudiera ser.

—Veo que la policía no se ha puesto en contacto contigo.

—No. No debió comentar que había hablado conmigo, o nadie le ha dado importancia. ¿Te interrogó a vos la policía?

—Tampoco. Pero puede que lo hagan más adelante.

—Veremos. —Bassano fijó ahora en ella esos ojos verdes suyos—. ¿Por qué estabas pensando en telefonearme? ¿Para contarme lo de Eduardo?

—En parte sí. Pero, además, tengo en mi poder algunos papeles de Jacobo... —
Se interrumpió al advertir la luz que había asomado de golpe a la mirada del otro—.
¿Ocurre algo?

—Nada. *Disculpá*. Me sorprendí porque Eduardo estaba seguro de que Jacobo
había dejado atrás documentos de importancia. Creía que tenían que estar en su
antiguo piso o en tu poder. Sus deducciones me parecieron bastante forzadas: clavos
ardiendo a los que agarrarse, y no les di gran importancia. Pero ahora me has hecho
acordarme.

—Yo también creo que Eduardo fantaseaba de más sobre supuestos documentos
que le darían la clave de lo que buscaba Jacobo en concreto. Por desgracia, no tengo
en mi poder más que unos cuantos papeles sueltos que no sé cómo interpretar.
Algunos escritos, unas cuantas fotos, poco más.

—Lo guardaría todo en el portátil.

—Eso creo yo. —Se permitió una pausa—. Pero yo pensaba llamarte por algo
distinto.

—¿Qué?

—Me gustaría saber algo más de ese viaje a Argentina y Uruguay. Verás. Jacobo
escribía por simple placer. De repente se sentaba y anotaba algo que se le había
venido a la cabeza. Dejó notas de ese estilo en mi casa, sí, y bocetos de edificios que
vio en Sudamérica: en Buenos Aires, Montevideo...

—¿Te extraña? En cuestiones de arquitectura simbólica y figurativa, se podrían
llenar varios tomos con lo que hay en Buenos Aires. Eso es una verdad, no lo digo
por orgullo local. —Sonrió con un punto de nostalgia—. Jacobo, que tan interesado
estaba en el tema, no podía por menos que visitar edificios como el Pasaje Barolo,
por poner un ejemplo.

—Es comprensible. Pero no todas sus visitas se debieron a la curiosidad. Jacobo
no era así. No viajó tan lejos por simple turismo intelectual. Lo hizo por algo que
debía estar relacionado con su investigación.

Hizo una pausa, para permitir que Bassano dijese algo. Pero él no despegó los
labios. La observaba con expresión cortés y Claudia se dijo para sus adentros que,
desde luego, sabía componer bien el gesto. Optó por ser más explícita.

—Jacobo hizo una escapada a Mar del Plata.

—Lógico. Si vos conocieses Mar del Plata, sabrías que no hay mejor escaparate
de extravagancias arquitectónicas que esa ciudad. No ya en Argentina, sino en todo
América quizás.

—Lo sé. Algo he estado leyendo al respecto.

—¿Qué te extraña entonces?

—Pues justo eso. Jacobo no menciona ni un edificio de Mar del Plata. No sacó ni
un boceto, no escribió ni una nota al respecto.

—¿Y a dónde nos lleva eso?

—Algo llegué a conocer a Jacobo, o eso creo. Si, durante el tiempo que pasó en

Mar del Plata, no sacó bocetos de las mansiones que hay ahí, es porque no las visitó. Y si no las visitó es porque estaba ocupado en otro tema. Jacobo rayaba en la obsesión cuando se centraba en algo. Así que supongo que es ahí, en Mar del Plata, donde está lo que fue a buscar a Sudamérica.

Carlos Bassano se llevó con parsimonia la taza a los labios.

—Y vos *suponés* que yo sé que es.

—Tú le echaste una mano en ese viaje.

—El que le dio una mano fue más bien mi primo Horacio. —Sonreía ahora, tanto con la boca como con los ojos—. No pensé que pudieras ser tan perspicaz. Y no te ofendas por ello. Sí, *tenés* razón. Jacobo me contó la razón que le llevó a viajar a mi país y por eso le ayudé.

—¿Y me la contarás ahora a mí?

—Vos *tenés* que entender mis razones. Le di mi palabra a Jacobo de no mencionárselo a nadie. Creía tener entre manos un descubrimiento de cierto valor académico, aparte de que había tenido sus diferencias con el director del proyecto. No quería que se destapase todo y que algún carroñero le robase los méritos.

Contempló un instante el fondo de su taza, en el que quedaba apenas un resto de líquido.

—Pero Jacobo ya no está. Las circunstancias son distintas ahora e imagino que es casi una obligación contártelo.

—¿Por qué obligación?

—Eduardo estaba emperrado en que vos tenías documentos importantes. ¿*Te acordás*? Y eso te pone a vos en situación de riesgo.

—¿Por qué dices eso? —Claudia le observó de hito en hito, porque aquel no parecía hombre que hablase a la ligera.

—Por dos motivos. El primero es que quien hizo desaparecer a Eduardo puede haberse enterado de esa creencia y pensar que sí, que vos *tenés* material comprometedor. Eso es peligroso.

—Tienes razón. —Claudia se echó atrás, contra el respaldo mullido y oscuro.

—El segundo motivo... Ocurrió algo hace unos días que sólo ahora veo desde una óptica distinta. La semana pasada, alguien se coló en mi estudio y lo registró a fondo.

—¿Cómo!

—Aunque vivo desde hace décadas acá, conservo algunas costumbres de mi país. En Buenos Aires, la gente procura no trabajar en casa. Tengo un estudio en la calle Lagasca. Es mío, de mi propiedad. Lo compré allá por los años ochenta. Alguien entró y, fuera quien fuese, lo hizo bien. No forzó la puerta, que es acorazada. Un trabajo de guante blanco.

—¿Qué se llevaron?

—Nada.

—¿Se limitaron a revolver?

—Ni eso. Otro no se hubiera dado cuenta. Pero yo soy un fanático del orden. Cada una de mis cosas ha de estar en su sitio. Es lógico que la mujer de la limpieza mueva algo lo que está sobre el escritorio. Pero si alguien me revuelve los cajones, yo me doy cuenta. Y alguien lo hizo.

—¿Y cómo pasaron la puerta blindada?

—Hay formas de atravesarla. La culpa podría ser mía. En mi estudio guardo papeles privados, recuerdos reunidos a lo largo de viajes y años. Algunos tienen gran valor sentimental para mí. Por eso instalé hace mucho la puerta acorazada, cuando eso era un lujo y una rareza acá. Pero, en más de veinte años, las llaves han pasado por las manos de unas cuantas limpiadoras y porteros. Y, como no todo el mundo es honrado, tal vez alguien se guardó una copia y pudo suministrarla al asaltante, a cambio de algo de dinero.

Miró su reloj.

—Es sólo una suposición. En todo caso, me ha hecho decidirme a poner un sistema más moderno, de teclado. Si *despedís* a la limpiadora, *cambiás* la clave y listo. Pero, por ir al grano, creo que debo contarte lo que sé, porque quizá vos estés en peligro.

—Te lo agradezco.

Bassano quitó importancia con un ademán señorial. Reclamó la cuenta con otro gesto.

—Ahora debo irme. Mi cita espera y no tengo tiempo para contarlo todo. Tampoco lo haría aquí. Me molesta esa mala costumbre de discutirlo todo en cafés y bares, sin fijarse en quién pueda estar escuchando. ¿Cuándo podemos charlar con calma?

—Cuando quieras. Por mí, lo antes posible.

—Te llamo entonces y concretamos.

Mar del Plata es una ciudad singular por su génesis, por su desarrollo y por los edificios que en tiempos albergó, muchos ya perdidos. Casi todas las poblaciones de la Pampa Húmeda, al sur de Buenos Aires, nacieron a la sombra de los fuertes contra indios, en cruces de caminos o en nudos ferroviarios. Pero Mar del Plata lo hizo de la decisión de empresarios que apostaron por una gran urbe en las costas del Atlántico Sur. Durante buena parte del XIX, no fue sino un saladero de pescado. Incluso su nombre era entonces otro. Pero con la llegada del tren inició un despegue fabuloso, propio de esas latitudes y épocas, donde la opulencia se codeaba con la miseria y se cumplía el mito de hombres enriquecidos de la nada.

A orillas del océano, brotaron como hongos hoteles de lujo para magnates, artistas y políticos de Buenos Aires. Los ingleses tenían zona propia, los obreros vivían segregados de los veraneantes y la historia de esa ciudad fue el retrato de un mundo ya pretérito de fortunas fabulosas y abismos sociales. Los veraneantes incluso se alojaban en áreas y hoteles distintos, según posición y fortuna. Paradigma de esa ciudad desaforada fue un hotel que era en realidad dos: la mitad del edificio estaba pintado de rosa, se llamaba Victoria y era para millonarios; la otra mitad era blanca, la conocían como Progreso y estaba destinada a clases menos opulentas.

Surgió una arquitectura fantástica, escaparate de la riqueza de sus constructores. *Pintoresquismo marplatense* se llamó, y llenó la urbe de mansiones de estilo suizo, alemán, inglés, normando. Una fiebre que llegó a las obras públicas, como atestigua la Torre del Agua, un depósito de agua levantado en 1943, en estilo Tudor y ahora un icono de la ciudad. Y todo codeándose con arquitecturas propias de comienzos del XX, como el neoclásico, eclecticismo, neogótico o Art Decó. Al parecer, alguna de esas construcciones fantásticas había llamado por algún motivo la atención de Jacobo.

Pertrechada con esos datos, Claudia fue al encuentro de Carlos Bassano, que la había citado a las puertas del Museo Arqueológico a media tarde. A las seis en punto estaba ella llegando, pues había tomado buena nota de aquel comentario que él le

hiciese, acerca de la puntualidad. Pero aun así Bassano ya le aguardaba a la entrada, junto a la barrera, observando cómo los gatos jugaban en el parque.

El argentino le lanzó una mirada apreciativa exenta empero de deseo, lo que hizo que ella se sintiese halagada por partida doble. Como hacía calor, iba él en mangas de camisa, remangadas hasta el codo. Claudia reparó en sus antebrazos, grandes para un hombre de su edad, lo que la hizo suponer que acudiría al gimnasio, cosa que cuadraba con el esmero de su imagen.

Justo tras saludarle, la mirada de Claudia fue a reparar en las grandes esfinges de bronce que flanquean las puertas del Arqueológico, quizás por el recuerdo de aquellas otras apostadas a las puertas tanto del palacio de Liria como del Palacete de los Santos, el de las fotos antiguas de la carpeta. Bassano, que lo advirtió, señaló en dirección a las estatuas con un folleto que empuñaba enrollado en la diestra.

—Todo el mundo las llama esfinges. —Comentó como si le hubiese leído el pensamiento—. Pero yo juraría que son más bien querubines.

—¿Querubines? —Claudia torció el gesto mientras observaba aquellas imágenes poderosas de cuerpo de toro, alas de águila y rostros de mujer, inquietantes de puro serenas de rasgos.

—La gente se imagina a los querubines como bebés con alitas. Pero eso es sólo una representación que impusieron los pintores católicos. Los cristianos tomaron a los querubines de la mitología hebrea y ésta a su vez de la babilónica. Y para los babilonios los querubines eran genios protectores muy poderosos, semejantes a los que están aquí a las puertas. No sé si quien los puso en este lugar lo hizo por razones estéticas, como homenaje a los antiguos templos de Mesopotamia o de verdad para que protegiesen al Museo.

—Eso es algo que habría dado mucho que pensar a Jacobo —apuntó ella, recordando su último encuentro con Eduardo, ante las esfinges del palacio de Liria.

—Sin duda. ¿Dónde acaba lo decorativo y comienza lo simbólico? Un tema que le tenía fascinado, sí, y que nos dio mucho para conversar. —Sonrió—. Es por eso que te cité aquí. Espero que a vos no te importe caminar mientras conversamos.

—En absoluto.

Echaron a caminar por la calle Serrano, costeano las verjas del Arqueológico. Bassano, según costumbre en él, no entró en materia sino que se arrancó con un tema bien distinto.

—¿Has visitado la exposición que han puesto en el Arqueológico sobre los etruscos? —Señaló con el folleto a uno de los grandes carteles que la anunciaban—. ¿No? Yo acabo de hacerlo. Merece la pena. *Creéme*. Los etruscos son una de los pueblos más fascinantes de la Italia antigua. No se conoce ni su origen pero desde luego su cultura material era muy superior a la de sus vecinos latinos. Eran sofisticados, amigos de refinamientos. —Todo lo contrario que los romanos arcaicos.

—Procuraré visitarla. ¿Te interesa la historia?

—En mis tiempos leí mucho sobre la antigua Italia, aunque la verdad es que

llegué al tema de rebote. Como les ocurrió a muchos de mis compatriotas hace no tantos años, me dediqué a indagar sobre mis antepasados. Volver a las raíces y todo eso. Y una cosa llevó a la otra. Como tuve la suerte de nacer en familia de dinero, viajé a Italia, que es de donde procede mi familia paterna, como habrás supuesto por el apellido. Y en ese viaje me encontré con las ruinas del mundo clásico. Fue como si me golpease un rayo. Puede que yo fuese aún muy joven. Pero no es lo mismo ver ciertas cosas a través de fotos y películas que caminar entre las ruinas y las estatuas de los antiguos. ¿No has estado nunca en Italia?

—No, nunca.

—Es un viaje que no puedes dejar de hacer. Lo disfrutarás.

—Estoy segura. Puede que vaya algún día. —Claudia se permitió una sonrisa oscura—. Pero, en estos momentos, lo último que haría sería acercarme a menos de mil kilómetros de Italia, no sea que descubra de primera mano lo que les ocurrió a Jacobo y a Eduardo. El *tour* italiano tendrá que esperar.

Bassano sonrió a su vez ante esa salida de humor negro. Luego se detuvo de golpe para mirar al otro lado de la calle y, sin transición, mostrar a Claudia un edificio. Una finca de fachada de piedra, típica del barrio. Le señaló los detalles. A sus indicaciones ella observaba, algo estorbada por los árboles. El portal en arco, las columnas en algunas ventanas, los balcones estrechos, los torreones cuadrados que coronaban el edificio.

Reanudaron el paseo. Bassano, como si esa fachada le hubiese hecho recordar, se puso a hablar de Mar del Plata. Dejaron así a mano derecha las moles del monumento del Descubrimiento, mientras él se explayaba acerca de la *Biarritz Argentina*, sus mansiones, sus palacetes, el Bulevar de estilo francés, los derroches de dinero y los excesos arquitectónicos.

—Una verdadera era de lujos asiáticos que se acabó en el 48 —apostilló mientras cruzaban la calle Goya—. Perón, enfrentado a las oligarquías argentinas, compró dos hoteles famosos, el Riviera y el Hurlingham, para alojar a trabajadores del sindicato del comercio. Lo llamó turismo obrero. —Sonrió con acidez—. Los ricos vieron llenos de horror como hordas de proletarios invadían sus sacrosantas playas. Indignados por la profanación de su Paraíso Terrenal, comenzaron el éxodo hacia otros lugares, como Punta del Este, en Uruguay. Y eso fue el final de toda una época.

Luego, la llevó a cruzar la calle Serrano para que pudiese observar desde la otra acera una fachada de estilo ecléctico, pletórica de detalles decorativos y tapada de nuevo en parte por las frondas de los árboles. Pasaba la gente y soplaba una brisa templada que mecía las copas. La tarde se había quedado muy hermosa, tibia, y el sol de la tarde, ya en declive, lo llenaba todo de resplandores cálidos. Claudia seguía las explicaciones de Bassano con atención sincera. Con el interés despierto por cuanto había estado leyendo, mientras sus ojos imaginaban planos y tomas.

—Te estarás preguntando por qué te he citado aquí —dijo él de repente.

—Sí, la verdad.

—Quise comenzar en el Arqueológico, mostrarte esas esfinges o querubines, y luego que diésemos un paseo por acá. Supuse que así sería más fácil hablar de ciertos asuntos, aceptar ciertas cuestiones.

Reanudaron la caminata y Claudia aguardó llena de curiosidad. No cabía duda de que Bassano era hombre de teatro y, como tal, no podía renunciar a la tensión dramática.

—Este barrio de Salamanca es sorprendente, todo un mundo en sí mismo. Los propios madrileños lo consideran como una zona cara, pija, llena de tiendas de marca y poco más. Pero no te *hacés* idea de la cantidad de elementos sorprendentes que hay en él. Si recorrieras atenta estas calles, encontrarías casi de todo. Te podría mostrar fachadas en las que se mezclan motivos orientales con escudos heráldicos españoles. Fincas comunicadas por puertas casi secretas y pasadizos. Muchos túneles, sí. Dicen que hay bastantes por aquí.

—Eso dicen de todo el viejo Madrid.

—Y de parte del no tan viejo. Los subterráneos gozan ahora de fama entre siniestra y romántica, pero en siglos pasados se construían de forma habitual, como una forma más de comunicar lugares cercanos. *Mirá*. A poca distancia de aquí está el colegio del Pilar. Ése también tiene en su subsuelo un pasadizo que le conecta con otro colegio próximo. Ese túnel fue considerado una leyenda durante mucho tiempo, pero existe. Creo que ahora está tapiado.

»Quise venir por acá, aparte de porque pasear por estas calles es siempre un placer, para ilustrar cómo lo evidente puede enmascarar detalles menos obvios. Cómo lo moderno se suma a lo antiguo. Cómo bajo las apariencias pueden existir otras realidades. Porque de igual manera, junto a nuestra cultura occidental y materialista, pueden sobrevivir formas distintas de concebir la existencia.

Se paró ante un escaparate a mirar camisetas. Un gesto que debiera haber chocado a Claudia, habida cuenta lo que estaba contando. Pero ya se iba acostumbrando a la forma de ser de aquel hombre.

—Me hablaste de una carpeta.

—En realidad son dos. Una con fotos de piezas arqueológicas, de varios museos del mundo. La otra contiene grabados, la reproducción de un cuadro...

—No es necesario que describas la segunda. La tuve en su día en mis manos, y discutí largo y tendido con Jacobo acerca de su contenido. Quizá si me *contás* lo que *sabés*, o lo que *suponés*, ahorremos tiempo y explicaciones innecesarias.

—Puede que sea lo mejor —asintió Claudia.

Inspiró hondo y, mientras caminaban entre el ir y venir de gente, alcanzados a veces por alguna ráfaga de brisa, fue relatando cuanto había descubierto. Cuando se confesó perpleja ante el hecho de que ciertos símbolos se repitiesen en piezas de tiempos y lugares distantes, Bassano meneó tolerante la cabeza.

—¡Cuánto discutimos sobre eso! —Suspiró pensativo—. Símbolos parecidos al sol mazdeo, esvásticas, gamadas, etc., están en la iconografía de distintos pueblos.

Como ya habrás supuesto, Jacobo creía que los agápetos, aunque desaparecieron de Mesopotamia, sobrevivieron emigrando a otros puntos de Asia. Era una teoría loca. Pero desde luego que las evidencias que reunió dan motivos para pensar...

Cerró la boca porque, mientras caminaban, una pareja se había puesto a su altura y parecían escuchar con tanto disimulo como interés, como si algo hubiesen captado al vuelo. Sólo prosiguió cuando la diferencia de paso abrió distancia con ellos.

—Daré la razón a Jacobo en una cosa. Esvásticas y soles semejantes al mazdeo son comunes, pero no lo es encontrarlos juntos. Y, cuando me demostró que estuvieron y en ciertos casos están presentes en algunos edificios de la España Contemporánea, ya no supe muy bien qué pensar.

—¿Por qué se interesaba tanto Jacobo por todo esto?

—Al principio fue curiosidad intelectual, creo. Era de esos hombres inquietos que, puestos ante un misterio, se lanzan a desentrañarlo. Así avanza el conocimiento, sin duda. Pero luego intervino el hecho de que, al parecer, un antepasado de Jacobo estaba mezclado de alguna forma con el misterio. No sé si vos estás al tanto de eso.

—Lo estoy.

—No era sólo cuestión de que un puñado de símbolos se repitieran juntos. Al examinar los edificios de los grabados y las fotos, encontró proporciones concretas y similares que no pueden ser casualidad.

—¿Proporciones?

—La relación entre las distintas dimensiones de un edificio. Para advertir algo así hay que saber de arquitectura y además estar buscando. Las proporciones han estado siempre en la arquitectura, desde la más remota antigüedad. Los templos griegos tenían unas muy concretas. ¿Y qué decir de las catedrales? Eso ha hecho correr mares de tinta. El interés por el tema de la proporción cobró fuerza y generó no pocas polémicas en la primera mitad del xx gracias a Le Corbusier y su revalorización del número áureo.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo y él aprovechó para, con aire ausente, sacar un paquete de cigarrillos, colocarse uno entre los labios y encenderlo.

—Jacobo encontró además joyas. Unas pocas piezas en poder de anticuarios y coleccionistas. Cruces con soles mazdeos, veneras, anillos, que no hicieron sino reafirmarlo en su teoría de que entre los siglos xix y xx existió un círculo filosófico de inspiración cristiana que adoptó los símbolos y tal vez los principios de los antiguos agápetos de Persia. Ese círculo debió reclutar adeptos entre las clases altas y pudientes españolas, y funcionar de forma discreta o secreta.

—¿Por qué?

—No era necesaria ninguna razón siniestra. A partir de la revolución del 1868, hubo en España libertad de culto. Pero eso era a nivel oficial y no de calle. No ser católico ortodoxo era arriesgarse al repudio social.

»Pero vamos a centrarnos en cuestiones concretas. Los edificios de los grabados no existen, sólo nos quedan esas imágenes. En concreto, el humilladero estaba a las

puertas de una finca en lo que entonces era la calle Alta de Fuencarral. Esos terrenos eran propiedad de Serafín Cabezas, un aragonés que se instaló en Madrid durante la Guerra de Independencia. Ya te daré datos más concretos. La finca desapareció a mediados del xx y con ella el humilladero.

—No sé qué es un humilladero —admitió Claudia a disgusto.

—¡Ah! Eran capillas, oratorios situados junto a los caminos o dando a la calle, con grandes puertas y ventanales, para que los transeúntes pudiesen ver la cruz o la imagen que se veneraba en su interior. Eran muy comunes en la España antigua. Si te *fijás*, vas a ver que queda uno en la misma calle Fuencarral.

—¿En Fuencarral? No lo he visto.

—Sí lo has visto, pero no te has fijado. Está en la esquina de Fuencarral con Augusto Figueroa. Has tenido que pasar cientos de veces por delante. La próxima vez, *paráte* a comprobar que, a través de las rejas, es posible ver a un Cristo y a una Virgen de la Soledad. O al menos era. Ahora es más difícil porque, además de los barrotes, hay cristales tintados.

»En cuanto al Palacete de los Santos, era la residencia de una familia de industriales que hicieron mucho dinero con la Restauración. Santos era el apellido. Esa mansión la mandó edificar Justo Aníbal Santos, y no se conoce quién es el arquitecto...

—¿Cómo es posible?

—Me temo que la falta de datos es algo común en España. Subiendo —y señaló en dirección a la derecha, de forma vaga— llegaríamos al Palacio de la Trinidad, en Francisco Silvela. Lo *conocés*, ¿no? Ahora es sede del Instituto Cervantes. Ese edificio es una joya de la arquitectura nacionalista. Se construyó ya en los años 20 y sin embargo no se sabe ni quién fue el arquitecto, ni su primer dueño. Ya ves qué lagunas tan grandes existen a veces sobre hechos recientes.

»Había muchos palacetes y mansiones en la zona de Ciudad Lineal. Los ricos se hacían sus villas ahí en tiempos. Recuerdo que cuando yo llegué a Madrid, allá por los setenta, todo eso estaba aún lleno de descampados, pinares y quedaban bastantes caserones. Quién lo diría ahora.

—Ese palacete también desapareció, ¿no?

—Sí. Lo demolieron hace muchos años.

—Hay fotos de una tumba. Justo de alguien apellidado Santos.

—Natalio Santos. Un primo de Justo Aníbal. Voy a conseguirte todos los datos que me sean posibles. Siento no haberlo hecho ya, pero unos negocios me tienen ocupado.

—Cuando puedas. Me pregunto por qué no te robaron ese material cuando entraron en tu estudio.

—¿Para qué? Podría volver a reunirlos con facilidad. Me basta con acudir a archivos públicos y hemerotecas.

—¿Entonces?

—Creo que lo que pretendían era saber qué sé y qué no de todo esto. Y eso sí que resulta inquietante.

Se encogió luego de hombros.

—Pero íbamos a hablar de lo de Mar del Plata. —Sonrió—. Muy observadora al darte cuenta de que Jacobo no dejó comentarios sobre la arquitectura marplatense. Me agrada la gente despierta. Seguro que Jacobo estuvo tan ocupado investigando sobre lo que había ido a buscar que no tuvo tiempo de nada más durante su estancia.

—¿Y qué había ido a buscar?

—Estuvo indagando en el Archivo Municipal y en algunos otros privados sobre una mansión llamada Villa Jordán. Pudo acceder a todos esos fondos gracias a la mediación de mi primo Horacio, que es profesor de historia en la Universidad de Buenos Aires. Ésa es la ayuda que le presté.

—¿La mansión aún existe?

—Tampoco. Cuando los ricos comenzaron a emigrar, muchas de las villas fueron demolidas. Quedaban alrededor de 300 cuando la intendencia marplatense decidió declararlas edificios protegidos de interés cultural. Villa Jordán fue derribada en algún momento de los años sesenta.

—¿Y qué tenía ésa en concreto?

—La construyó un español que llegó a la Argentina allá por 1895, con una mano delante y otra detrás. Hizo mucho dinero en el Chaco, al norte. Convertido en un hombre muy rico, se instaló en Buenos Aires y se edificó esa villa en Mar del Plata. De alguna forma, Jacobo encontró referencias sobre ella, no me preguntes cómo. Tenía un olfato prodigioso. Se encontró de nuevo con esas proporciones arquitectónicas de las que te hablaba, así como con elementos decorativos que ya *podés* suponer cuáles eran.

—Soles mazdeos. Esvásticas.

—Y también ángeles con cálices y esfinges o más bien querubines. De todas formas, Jacobo no pudo conseguir más que alguna foto y una descripción que hizo un arquitecto de la época. Uno que se dio el capricho de describir desde un punto de vista técnico lo que era una de tantas extravagancias edificadas en esos años en Mar del Plata.

»Todo eso fue para él una prueba más, otro grano para hacer montón en su idea de que ese círculo existió. Creía que ese grupo oculto, como tantos, no pudo resistirse a dejar huellas en la arquitectura y la decoración de algunos edificios.

»Por cierto que, según investigaba, fue variando su teoría sobre ese grupo. Al principio pensaba que debieron crearlo tras la revolución del 68. Después comenzó a jugar con la idea de que fuese más antiguo.

—¿Por qué?

—Por las propias evidencias. El humilladero de Fuencarral y el retrato son anteriores a esa época.

Claudia agitó la cabeza.

—Todo esto me suena tan extraño...

—Porque lo es. Pero lo importante de verdad es que también pudiera resultar peligroso. ¿Por qué? No lo sé. Pero *pensá* en lo que le ha ocurrido a Eduardo y decide si merece la pena seguir revolviendo.

—Ya he pasado apuros otras veces. Más me preocupa que por mi culpa te veas comprometido. No me gustaría que por ayudarme te pusieras en peligro.

—Yo voy ya para viejo y sé cuidarme. —Sonrió de esa manera tan cautivadora suya—. Pero lo dicho: necesito algo de tiempo para reunir datos concretos.

—No hay prisa. Pasado mañana me voy a Perú, por motivos de trabajo.

—¿Perú?

—Me voy de productora con un equipo de rodaje. Vamos a rodar un documental sobre Pisco y las zonas que han quedado destruidas por el terremoto.

—Mis felicitaciones. Es una gran cosa poder trabajar en lo que uno desea.

—Estaremos fuera unas cuatro semanas. Por eso digo que no hace falta apurarse.

—Te mandaré al correo electrónico todo, por si puedes ir revisándolo. Aunque supongo que desde Pisco será imposible acceder a Internet. Ha quedado arrasado todo. Pobre gente.

Habían llegado a la altura del Corte Inglés de Serrano. Él le mostró con la mano los grandes escaparates.

—*Fijáte*. Otra muestra de lo que te hablaba. Aquí levantaron hace ya décadas unos grandes almacenes. Pero antes de eso había una mansión con jardines. En esos jardines había estatuas de animales y el dueño, por algún motivo, tenía abierto al público. La gente podía entrar libremente y pasear entre las plantas y las estatuas. Debía ser una especie de filántropo.

—Un hombre de otro tiempo.

—Sin duda. Luego ese tiempo pasó y llegó la piqueta para borrar del mapa mansión, jardines y estatuas. Así se hace la historia pequeña.

Al primer vistazo, Félix Alcalá colgó a Andrés Noriega el cartel de cantamañanas. Y no fue porque dudase de los conocimientos académicos de aquel hombre, sino porque olía a malas artes a la legua. Noriega —el director de aquel proyecto en el que participó Jacobo— rondaba los cuarenta y era alto y grande, pero con kilos de más y aspecto de blando. Le raleaba el cabello y como para compensar lucía una barba que no le favorecía gran cosa. En cuanto al carácter, Félix se lo describiría más tarde a Carlos del Arce como el típico fantasma pagado de sí mismo.

A Félix le había costado poco llegar hasta él. Los de su equipo le consiguieron su teléfono y, en cuanto le llamó, aceptó quedar a comer. La palabra televisión seguía siendo ese «ábrete, sésamo» que franqueaba toda clase de puertas. Aunque también podía cerrarlas a cal y canto si uno no se andaba con cuidado. Sobre todo en días como éstos, en los que el asesinato de una invitada de un magazine de media tarde, a manos de su pareja despechada, había reabierto el debate sobre los *reality shows*.

Pero el cebo de la televisión era demasiado goloso para alguien como Andrés Noriega. Doctor en Historia del Arte, profesor de esa asignatura en una universidad privada madrileña, conferenciante, asesor de distintas instituciones. Félix le invitó a comer en el Asador Donostiarra y con eso hizo diana, ya que el otro se relajó ante ese dispendio para él gratuito.

El olfato de Félix le dijo en seguida que ahí había tajada. Jugador de póker como era, sabía que había que jugar las cartas que la suerte daba. Animó a Noriega a hablar sobre su trabajo, entre chuletones y una botella de Abadía de San Quirce. Y bien que le gustaba al otro hablar de sí mismo. De creerle, llevaba sus investigaciones en persona y al detalle, de forma que los de su equipo eran meros asistentes que cubrían las rutinas.

Félix le escuchó atento. Preguntaba, alentaba. Tipos como ése eran para él moneda corriente. Sólo hacía falta darles coba, encauzarles con maña. A los postres, entre copas de pacharán, destapó algunas cartas. La situación se invirtió. Félix se convirtió en el orador y Noriega en el oyente. Oyente que se tornó algo hosco cuando

supo que Jacobo investigaba por su cuenta y que llegó a ocultarle datos.

La tarde antes, Félix había discutido la estrategia a seguir con Carlos del Arce. Al productor no le parecía prudente dar demasiada información a un sujeto así, con fama de ladrón académico. Pero Félix estaba seguro de ser capaz de torearle. Noriega no era más que otro buscavidas. Buscavidas intelectual, pero buscavidas. Y con éstos casi siempre se puede negociar.

Félix, seguro ya de haber despertado su interés, le mostró aquellas fotos que le diera Eduardo. Noriega se puso gafas para estudiarlas con detenimiento. Las pasó despacio, con el ceño fruncido. Y Félix ya sólo tuvo que ir tirando del sedal.

—Jacobo era un chico brillante. —Concedió Noriega, con los ojos todavía puestos en los grabados—. Pero le faltaba disciplina. Era anárquico y obsesivo. Si algo le llamaba la atención, era capaz de dejarlo todo. Y así no se puede trabajar.

Se quitó las gafas para pasear la mirada por el comedor revestido de maderas, con ventanas en ojo de buey, vigas vistas de madera, mobiliario rústico, manteles muy blancos.

—Tuve que llamarle la atención más de una vez. Hasta discutimos.

—¿Discusiones fuertes?

—Bastante. No era de los que dan su brazo a torcer. No le eché del equipo porque tenía mucho talento y un olfato prodigioso.

Se rascó la mejilla barbuda, entre el runrún de conversaciones y el tintineo de cubiertos. Volvió a observar las fotos desparramadas sobre el mantel.

—Cuando me llegó un *email* general de Jacobo desde Italia, en el que comunicaba tan tranquilo que lo dejaba todo para irse a Tailandia a estudiar meditación, creí que reventaba del cabreo. Hasta me planteé demandarle y pedir daños y perjuicios. Con eso te digo todo.

—Visto lo visto, parece que Jacobo no se fue por propia voluntad.

—Es sorprendente. Pero ¿en qué puedo ayudarte? Poco te puedo contar, habida cuenta de que Jacobo investigaba a mis espaldas.

Llegó un camarero con otras dos copas de pacharán. Félix, relajado, hizo girar la suya para que los hielos enfriasen con más rapidez el licor rosado, y aún se permitió un sorbo antes de hablar. Luego, lanzó lo que en parte era un farol.

Afirmó estar interesado en el paradero de Jacobo así como en sus investigaciones. Noriega podía ayudarle y beneficiarse. Poner su erudición, en tanto que Félix aportaría sus contactos y los recursos de su productora. De destapar alguna trama, Félix sacaría provecho de la parte escabrosa, sobre todo si había nombres conocidos entre los implicados. Y Noriega se apuntaría un tanto académico.

El otro le escuchó en silencio. Volvió a calarse las gafas para, de nuevo, examinar las fotos de piezas y edificios. Como parecía dudar, Félix mostró otra de sus cartas.

—Estoy dispuesto a garantizar que no pierdas, aunque no consigamos nada.

—¿Cómo?

—Mi productora te pagará por tu tiempo. Gastos de asesoría. Por contrato,

firmado y con un anticipo en metálico.

—Siendo así... —Gafas en mano, él también jugueteó con su copa—. ¿Qué se supone que tendría que hacer?

—Buscar. Eso es todo. —Se decidió a darle un poco de coba—. Lo que un aficionado como Jacobo pudo encontrar, puede hacerlo sin duda también un experto. Sobre todo uno con tanto bagaje como tú.

—Yo lo archivo todo. Revisaré el material que reunimos para aquel estudio sobre arquitectura simbólica, sobre todo lo que aportó Jacobo. Se puede empezar por ahí. Sí. —Bebió de su copa—. ¿Pero no será esto peligroso? Ya han desaparecido dos personas.

—No. Tú te limitarás a investigar en lo académico. Si hubiera que hacer trabajo de campo, por así llamarlo, ya tengo yo gente que se ocupará de ello.

—¿Detectives?

—Algo por el estilo. Para husmear no se necesita licencia alguna. Basta con tener los contactos precisos y saber moverse.

Como el otro todavía dudaba, remachó.

—Tanto Jacobo como Eduardo Regalado desaparecieron en Italia. No en España. Si alguna pista nos lleva a Roma o Nápoles descuida. No irás tú, ni yo tampoco. Mandaríamos a alguien.

Eso acabó por decidir a Noriega. La sobremesa se alargó cerrando flecos con una tercera ronda de pacharán. Al salir en cambio se despidieron con brevedad. Había caído una ola de frío sobre Madrid. Tras un apretón de manos, cada cual se fue por su lado.

A los pocos pasos, Félix sacó el móvil para llamar a Arce. Ahora sólo le faltaba encontrar a Claudia Ugarte y averiguar si como decía Eduardo tenía en su poder papeles de Jacobo.

* * *

Félix pecaba de optimista al creer que localizar a Claudia iba a ser tan fácil. No le costó nada conseguir su número, cierto. Pero ése era el que daba a todo el mundo. Estaba siempre apagado y, aunque dejó varios mensajes, ella nunca devolvió la llamada.

La buscó entonces a través de conocidos de la tele y las productoras. Pero nadie pudo darle razón de ella. Claudia se había distanciado de todo ese mundo a raíz del accidente. Era como si se le hubiera tragado la tierra.

Eso era en parte cierto, porque estaba ahora rodando en Pisco, en el corazón del terremoto. Se sentía como en otro planeta. Uno de polvo y cascotes en el que gente que lo había perdido todo vagaba entre ruinas sin agua potable, comida o siquiera un techo bajo el que cobijarse, esperando una ayuda que no llegaba. A veces lograba comunicar con España. Oyó los mensajes de Félix, sí, pero ni pensó en contestarle. Sí

llamó a Alejandra, con la que tuvo conversaciones largas por teléfono fijo.

Alejandra había seguido el camino inverso a Félix. Si éste acudió al antiguo director del trabajo, ella buscó a los becarios del proyecto. No le costó localizarlos y hablar con ellos fue fácil. Todos eran jóvenes, licenciados, brillantes. Jacobo les había dejado buen recuerdo y Alejandra sabía tratar a la gente. Además trabajaba en una fundación dedicada a investigaciones históricas, por lo que todos procuraron quedar bien con ella. Una incluso la entregó un currículum que ella se guardó sin pestañear, pues sabía lo duro que puede ser en España trabajar en la especialidad propia.

Su excusa para hablar con ellos fue que Jacobo había abierto líneas de investigación que tal vez interesasen a la fundación.

—Jacobó no fue claro con sus compañeros —había dicho por teléfono. Alzaba la voz porque la conexión era pésima—. Pero podemos dar por cierto que Jacobo creía que los agápetos sobrevivieron al siglo IV. Por los documentos que les pidió a sus compañeros, debía pensar que tal vez subsistieron en Asia hasta los siglos XIV o XV... no hay duda de que le gustaban las hipótesis de riesgo.

Claudia se sintió casi obligada a defenderlo.

—Era un hombre muy inteligente. La teoría sonará rara, pero si reunió pruebas...

—Eso no lo niego. La verdad es que recolectó un material impresionante. Pero eso no basta. Ningún investigador serio, y menos si le importa algo su reputación, defendería una teoría así con una base tan escasa.

—A Jacobo eso le tendría sin cuidado. A él no le importaban los aplausos ni las medallas.

—Ya. Yo te digo lo que hay. Por un lado que debía creer en esa supervivencia hasta finales de la Edad Media. Y por el otro que pensaba que ese círculo filosófico español, inspirado en los agápetos, no surgió en el XIX sino en el XVIII o antes. Por cierto: dos de sus compañeros recuerdan haberle oído referirse a ellos como *Los Elegidos*.

—¿Los elegidos? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero desde luego es un nombre muy acorde a los que usaban algunas sociedades secretas dieciochescas.

Hubo un silencio en la línea, antes de que Claudia se animase a preguntar.

—Alejandra. ¿Tú qué opinas de todo esto?

—Con sinceridad, no lo sé. No es imposible que alguna sociedad secreta del XVIII adoptase símbolos agápetos. En ese siglo, la masonería regular se llenó de ritos escoceses, suecos, egipcios, templarios. Y luego estaban las logias irregulares, las sociedades paramasónicas... El XVIII y la primera mitad del XIX fueron la gran época de las sociedades secretas. Nacían como setas.

—Entonces es posible.

—Imposible no es. Pero hay que preguntarse si en una época tan temprana pudo llegar a rescatarse el recuerdo de una secta gnóstica-cristiana de los primeros siglos. Por una parte sí, porque en esa época había un gran interés por Oriente. Pero por otra,

no se habían realizado aún excavaciones arqueológicas ni estudios sistemáticos sobre los movimientos religiosos de los primeros siglos. Y no sé yo si Jacobo no iría aún más allá.

—¿En qué?

—Me da que acabó por considerar la posibilidad de que esos Elegidos no fuesen una sociedad secreta que adoptó los símbolos agápetos, sino sus sucesores. Que los agápetos no se extinguieron en la Edad Media sino que, a través de eslabones desconocidos, salvaron esa brecha de casi cuatro siglos y miles de kilómetros. Que lograron pasar del Asia del XIV a la España del XVIII para perpetuarse en el círculo de los Elegidos.

Hubo un silencio al teléfono. Luego, meneando la cabeza, aunque su amiga no podía verla, claro, Claudia aceptó:

—Esa sí que es una teoría arriesgada.

—¿Y qué vengo diciéndote desde que empezamos esta conversación?

—De todas formas, me reafirmo en lo dicho. Jacobo no era de los que hablan a la ligera.

Alejandra a punto estuvo de resoplar, recordando cómo esa misma Claudia despotricaba dos años atrás de Jacobo, al que acusaba de tener la cabeza llena de pájaros. Pero prefirió no decir nada al respecto.

—Una cosa más, Claudia, que te puede interesar. Uno de los compañeros de Jacobo recuerda haberle oído mencionar al haoma, pero no recuerda en qué circunstancias concretas.

—Una pena.

Así que ahí estaba de nuevo aquella antigua droga sagrada de los arios. Claudia, teléfono en mano, se preguntó por enésima vez si no estaría desviándose de lo que interesaba con toda esa historia de los agápetos y el círculo filosófico. Si la clave no estaría después de todo, dijera lo que dijese Carmen Silva, en aquel interés de Jacobo por los alcaloides y las experiencias que podían proporcionar. «Qué lío, qué lío, qué lío», se dijo, no sabiendo ya muy bien qué pensar.

—Seguiré indagando, Claudia, y te tendré al tanto. Hablando de otra cosa: ¿Qué tal por ahí?

—Terrible. No te haces ni idea. Esto es una catástrofe tremenda.

—Tú cuídate. Ya me contarás a la vuelta... y procura al menos beber agua embotellada, si es posible conseguirla. ¿Vale?

* * *

Dicho y hecho. Alejandra se aplicó a indagar sobre Serafín Cabeza, aquel aragonés dueño de la finca y el humilladero de la calle Fuencarral. Poca información había sobre él, pero gracias a una tesis doctoral sobre comerciantes aragoneses en la Villa y Corte de la primera mitad del XIX averiguó al menos que había nacido en Zaragoza,

en 1790. En 1808 llegó a Madrid con algún dinero e hizo buenos negocios con el régimen del francés José I Bonaparte. Fue lo bastante avisado como para no acercarse tanto a la corte como para ser tildado de afrancesado y, cuando los napoleónicos evacuaron la capital, no sólo se quedó sin ser molestado, sino que fue de los que se lucraron especulando con productos básicos. Cuando el Conde de España, nombrado por Wellington gobernador militar de Madrid, puso freno a los abusos por el método de fusilar a cuanto acaparador, especulador o comerciante de pesas falsas pudo echar el guante, Cabezas ya había multiplicado su fortuna.

Instalado en Madrid, vivió el retorno de Fernando VII y la revolución liberal de 1820. Cuando los Cien Mil Hijos de San Luis invadieron España para restaurar al Absolutismo, Cabezas abandonó la corte para asentarse en unas tierras adquiridas años antes cerca de Calatayud, aunque siguió manteniendo casa y volviendo de forma periódica para atender sus negocios. Pero, a partir de esa época, se ocupó más de asuntos agrícolas.

En sus tierras estaba al estallar la I Guerra Carlista y en ellas se quedó, sin tomar partido, como hicieron casi todos los terratenientes aragoneses. Pese a esa neutralidad, una partida de carlistas del Maestrazgo le asesinó durante una incursión, en el verano de 1837. A él, a sus parientes y a sus criados. Los atacantes no respetaron ni a mujeres ni a niños, y sólo se salvaron aquellos que pudieron escapar. La casa fue incendiada. La finca de la calle Fuencarral fue a parar a manos de unos parientes lejanos, que la vendieron en 1940. Las antiguas edificaciones fueron demolidas para dar paso a comercios y viviendas. Así que, por las fechas, el grabado llegó por los pelos a retratar el humilladero, justo antes de que actuasen las piquetas.

En lo tocante al haoma, era en efecto una pócima sagrada, parte de las viejas ceremonias religiosas iraníes. Siglos después, se convertiría en fuente de especulaciones y controversias entre eruditos. La *sauma* se usaba ya en los ritos indoiranianos que, al emigrar desde sus antiguos territorios en Asia Central, se desgajaron en dos grandes ramas: los arios y los iránicos. Hubo polémica sobre ese bebedizo durante gran parte del siglo xx, ya que unos eruditos sostenían que se elaboraba a partir de una planta alucinógena, otros que de la mezcla de varias y algunos que de una sola y concreta, ya extinta. La disputa se zanjó gracias a las excavaciones de Victor Sarianidis en el desierto de Kara Kum, en los años 80. Allí, el arqueólogo ruso desenterró, junto con las ruinas de una civilización milenaria, las pruebas de que el haoma o soma (como lo llamaban los hindúes) eran una mezcla de efedra con opio o cannabis, respectivamente.

En cuanto a lo doctrinal, lo más interesante estaba en que el haoma era, según las tradiciones de los indoiranios, el licor sacro mediante el que los propios dioses conservaban su inmortalidad. Sus devotos no sólo se lo ofrecían en sus ceremonias sino que también bebían del mismo para alcanzar de forma transitoria esa misma inmortalidad, rozando así la divinidad. Y todo eso podía reforzar la teoría primera de Claudia, sobre cuáles podían haber sido los motivos, al menos iniciales, que habían

animado a Jacobo a investigar sobre los agápetos.

Ése fue el material que en esencia envió Alejandra a Claudia por correo electrónico. Pero, antes de hacerlo, quiso consultar todo aquel asunto con su amiga Ana Marfil. La llamó y la otra la citó en el Moe, un local de música en vivo de la calle Alberto Alcocer. Y así fue cómo Alejandra llegó cerca de la medianoche, unos minutos antes de lo acordado, para encontrarse con que Marfil ya estaba allí, en uno de los fondos de barra en U, bebiendo ron con cola en vaso de sidra.

Ocupó un taburete a su lado. Pidió lo mismo. Aunque hacía meses que no se veían, Alejandra no advirtió cambio alguno en Marfil. Seguía siendo esa rubia de treinta y tantos, talle más bien delgado y expresión algo sarcástica que echaba atrás a no pocos. En cuanto al garito, nunca antes había pisado Alejandra ese local de paredes de ladrillo visto, con luces de neón y focos rojos y ámbares. Habría ahora medio aforo, aunque toda la clientela estaba vuelta al escenario, absorta en el concierto de *jazz*.

Alejandra, tras dar un sorbo a la copa, encendió un cigarrillo para ir luego con rapidez al grano, sin saber muy bien si recurría a Marfil como amiga, historiadora o policía. Porque todo eso era Marfil. Habían sido compañeras de facultad, nunca habían perdido el contacto del todo y de hecho no era la primera vez que la primera acudía a la segunda —que, tras licenciarse, había entrado en la policía nacional y era inspectora en la Unidad Central de Información— en busca de consejo.

Marfil la dejó hablar, haciendo las preguntas justas. Y así fue cómo, arropadas por la música de un cuarteto de *jazz*, el humo y las luces cálidas, rodaron sobre esa barra de bar, en voz baja, las historias de Jacobo, Eduardo y sobre todo la de Claudia, que era la que de verdad preocupaba a Alejandra. Cuando acabó, Marfil bebió con parsimonia.

—La verdad es que es una historia muy rara —murmuró.

—Y tanto.

—Podríamos pensar que es una ida de olla, pero hay dos personas desaparecidas de por medio. Y eso es un hecho inapelable, sin duda. —Se quedó un momento con los ojos puestos en la banda que tocaba, por encima de las cabezas del público, que iba en aumento—. Voy a informarme sobre todo esto.

—Creí que debía contártelo.

—Has hecho bien, aunque vaya historia. Sectas cristianas de la antigüedad, sociedades secretas, gente que desaparece... —Sonreía con un punto de sarcasmo—. Me pregunto qué cara pondrá el comisario si tengo que contarle todo esto en algún momento.

—Necesito además tu consejo de amiga. Porque no sé si enviar a Claudia el material que he reunido.

—¿Por qué no?

—Cuanto más destapa, ella sola o con la ayuda de alguien, más de cabeza se está metiendo en el tema. Y tengo miedo de que sea peligroso para ella.

—¿Cuándo vuelve del Perú?

—No lo sé muy bien. Pero recuerdo haberla oído decir que los documentales normales se ruedan como máximo en cuatro semanas, o no resultan rentables.

De nuevo Marfil bebió un sorbo. Se encendió luego un cigarrillo, dándose así tiempo no sólo a reflexionar, sino a medir también sus palabras. El músico del saxo se había lanzado a un solo interminable y ella, entre las espirales de humo de tabaco, meneó la cabeza.

—Tal como lo cuentas, está claro que meter las narices en ese asunto es peligroso. A saber por qué, pero lo cierto es que dos personas han desaparecido. —Se encogió de hombros—. Pero, por lo que cuentas de ella, no conseguirás que desista ocultándole información. Todo lo más, lograrás que ande aún más a ciegas. Y eso sólo hará que aumente el peligro.

—No sé qué necesidad tiene de todo esto. Jacobo sólo fue un rollo pasajero y de eso hace más de dos años.

—Cada uno tenemos nuestros fantasmas, Alejandra. —Sonrió, ahora pensativa—. Y contra eso no se puede luchar.

Esta vez fue Alejandra la que se quedó con los ojos puestos en los músicos.

—Tienes razón. —Suspiró—. Se lo mandaré y seguiré ayudándola en lo que pueda. Y espero no tener que lamentarlo.

Los hermanos Buenaventura y Salvador Jordán llegaron a la República Argentina en 1895, en alguno de los vapores que zarpaban en esas fechas de puertos españoles, atestados de emigrantes, rumbo a las Américas. Desembarcaron en el puerto de Buenos Aires, fueron inscritos en la aduana y tras eso su rastro se perdía durante más de dos años. La siguiente prueba documental de sus actividades era la concesión de tierras que obtuvo Buenaventura Jordán en 1898 en el Chaco argentino, una región selvática del norte en esas fechas aún casi sin explorar. Salvador constaba en 1899 como propietario de una estancia en la Pampa Húmeda, al sur de Buenos Aires.

El primero prosperó con la explotación de maderas y tanino, y el segundo con la de ganado. Buenaventura fundó incluso una población cerca de la frontera con Paraguay, en unos territorios llenos todavía de indios. Pozos Jordán, que así se llamó, llegó a tener algo más de un centenar de habitantes, pero su existencia fue efímera. El clima era húmedo e insalubre, y las enfermedades tropicales mataron a muchos de los vecinos de esa ciudad en embrión. El propio Buenaventura perdió allí a su esposa y dos hijos, y tuvo que ser evacuado al sur, muy enfermo. Antes de 1910, Pozos Jordán había sido abandonado a las malezas.

Tras ese fracaso y con la salud quebrantada, Buenaventura se radicó en Buenos Aires y dirigió desde allí sus negocios en el norte. En 1910 se construyó en Mar del Plata la villa que tanto interés había despertado en Jacobo, ya que pasaba largas temporadas en la costa, por prescripción médica. Murió en 1921, sin recuperar su antigua fortaleza física ni engendrar más hijos. Casi toda la herencia fue a manos de su hermano Salvador, aunque la villa quedó en usufructo de una peña, un grupo de amigos que durante años se habían reunido allí, alrededor de Buenaventura.

Salvador acrecentó en grado sumo su fortuna durante la I Guerra Mundial, como muchos ganaderos argentinos, gracias a la exportación de carne y cuero a los contendientes. Pero no se tenían más noticias sobre él, excepto que murió en 1949. Su dinero y negocios pasaron a su único hijo, que falleció a su vez en 1972 sin descendencia. La villa fue vendida y demolida no mucho después de la primera de

esas fechas. Para entonces, hacía tiempo que la antigua peña de Buenaventura ya no se reunía allí, quizá porque se había disuelto.

Eso fue, a grandes rasgos, lo que le pudo aportar Carlos Bassano a Claudia, a la vuelta de ésta del Perú. Fue casi un cruzarse, porque él estaba en vísperas de viajar a Argentina, donde tenía pensado pasar la Navidades, por primera vez desde hacía diez años. Así que, puestos ante la disyuntiva de tener que esperar a después de Año Nuevo, hicieron un hueco para verse.

Bassano invitó a Claudia a acompañarle el 22 de noviembre por la tarde al Teatro Español, aunque no a ninguna función. Acababa de fallecer el gran actor Fernando Fernán-Gómez, habían organizado en ese recinto el velatorio y el argentino, tan amante de la escena, no podía por menos que pasarse por allí a rendirle homenaje. Quedaron pues en las inmediaciones del teatro y, juntos, desfilaron como otros muchos por delante del escenario, sobre el que ahora había veladores de café, de mármol blanco y hierro negro, así como sillas tapizadas de rojo oscuro. Había gran número de coronas de flores y como telón de fondo una foto gigantesca del actor, tomada un día de sol en alguna terraza. Le habían retratado con gorra, gafas y barba blanca, con un periódico abierto entre las manos y los ojos puestos en una paloma que había ido a posarse en su mesa.

Había también en el escenario un atril para los espontáneos que quisiesen leer o recitar. Justo al pasar ellos, alguien estaba cantando una versión del tango *Caminito*, una de las muchas que, como más tarde sabría Claudia, se interpretaron a lo largo de todo el velatorio, ya que al parecer era la canción favorita del difunto.

—Algo de porteño tenía —comentó Bassano cuando salían del teatro—. Después de todo, nació oficialmente en Buenos Aires.

—¿Buenos Aires? Pero si leí que fue en Perú.

—Sí, allí le dio a luz su madre. Pero, por algún motivo, no le inscribió hasta pasados unos días, ya en Buenos Aires. Ambos lugares son pura circunstancia. Su madre estaba de gira en esos momentos por América y por eso nació allí.

Se ciñó el abrigo, porque hacía frío en la calle.

—No puedo dejar de acordarme ahora del Teatro Cervantes de Buenos Aires. Es bellissimo, pero se está cayendo a pedazos. Una pena. Se me vino ahora a la cabeza porque lo construyó María Guerrero, que dicen que era abuela de Fernán-Gómez.

—Algo leí al respecto... —Claudia ladeó la cabeza, tratando de hacer memoria.

—Sale hoy en todos los diarios, aunque ya había aparecido en algún libro. Por eso me he acordado. Parece que el gobierno español va a dar algo de dinero para restaurarlo.

Caminaron unos pasos en silencio por la plaza de Santa Ana, mucho más diáfana que en verano, ya que habían desmantelado las terrazas de las cervecería. Una ráfaga de aire frío agitó los faldones del abrigo de Bassano y los cabellos rubios sueltos de Claudia, obligando a ésta a arrebujarse en su cazadora. Nubes pesadas corrían por el cielo, de forma que la plaza tan pronto se inundaba de luz como quedaba en sombras.

Él cambió de golpe de tema.

—Hay muchas incógnitas en la historia de los hermanos Jordán.

—¿Como cuáles?

—Se amasaron fortunas inmensas en Argentina, en aquellos años. Pero no hasta el punto de que alguien pudiera desembarcar en Buenos Aires con lo puesto y, sólo dos años más tarde, obtener una concesión en el Chaco.

—Si le fue bien...

—No es sólo cuestión de dinero, aunque dudo que lograra reunir el suficiente en un periodo tan corto de tiempo. No sé si nos estamos enredando con el significado de las palabras. —Bassano sonrió de una forma muy suya—. Cuando hablo de concesión no me estoy refiriendo a un ranchito. Hablo de extensiones grandes. Grandes de verdad. Por aquellas fechas otro español, Carlos Casado, obtuvo, también en el Chaco, una concesión de unos 90 000 km². Eso, para que te hagas una idea, es más o menos el doble de lo que ocupan Cataluña o Galicia. La concesión de Jordán era mucho más modesta, claro, pero aun así inmensa para los parámetros europeos. Para lograr una explotación de esa clase hacía falta tener no sólo mucha plata, sino también excelentes contactos políticos. ¿Cómo iba a reunir todo eso alguien que era un desarrapado dos años antes?

—¿Y qué explicación le das?

—Ninguna. Aprovecharé la estancia en mi país para *chusmear* un poco por mi cuenta. Mi primo Horacio está ya buscando información.

—Ten cuidado —le advirtió Claudia, de repente inquieta.

—Eso mismo podría decirte a vos. Que tengas cuidado. —Volvió a sonreír—. Pero no te preocupes, que sé guardarme las espaldas. Ya te tendré informada de cuanto descubra, si es que averiguo algo.

* * *

A partir de las notas dispersas de Jacobo, Claudia comenzó a reconstruir sus vagabundeos arquitectónicos. En los días siguientes y provista de un par de guías básicas, fue de un lado a otro por Madrid para visitar aquellas fachadas, detalles, estatuas que en su día llamaron la atención de Jacobo. Recorrió la obra de distintos arquitectos y circuitos de diversos estilos —ecléctico, nacionalista, modernista, racionalista, Art Decó— a lo largo y ancho de toda la ciudad. No tardó en darse cuenta de que las pesquisas de Jacobo se habían estructurado según sus propios patrones mentales, amalgamando investigación con mera curiosidad. Así por ejemplo, cierto día su deambular a partir de una nota le llevó desde la fachada y las vitrinas del Banco de España a la esquina de Mayor con Milanese para contemplar, en una azotea, la estatua de un ángel cayendo en picado con las alas extendidas. Una efigie de factura muy moderna, que Jacobo había visitado y fotografiado por simple gusto.

Tal mescolanza no le importó en absoluto. Descubrió que disfrutaba de esos recorridos que la llevaban por una ciudad muy distinta, hecha de detalles que siempre habían estado ahí y junto a los que había pasado toda su vida sin reparar siquiera en su existencia. Y de hecho, en esos días, fue cuajando cada vez más en ella la idea de hacer un documental sobre ese Madrid visible y sin embargo oculto a fuerza de tenerlo ante los ojos todos los días.

Ya con esa intención en la cabeza, se llegó un domingo hasta el Parque del Capricho, en la zona norte de la capital. Jacobo había visitado aquellos jardines al menos en dos ocasiones, a juzgar por sus escritos, sin que en ellos aclarase cuál era el motivo. Acudió a la tarde y, como había estado diluviando en las horas previas, el parque estaba casi desierto, aunque en esos momentos se habían apaciguado tanto el agua como el aire. Pudo así pasear en soledad, abrigo negro y paraguas largo, a través de un pequeño universo otoñal de árboles altos, setos, estatuas románticas. En el aire quieto de la atardecida, llovían mansas las hojas muertas y ella, sin prisa alguna, fue deambulando por paseos y vericuetos, observando con ojos de cámara los detalles que surgían a cada revuelta del parque.

Se entretuvo en la Plaza de los Emperadores, circundada por bustos romanos, para, paraguas en mano, contemplar largo rato la exedra; un templete circular sobre plataforma de gradas, rodeada de esfinges protectoras. Otra vez las esfinges. Paseó la mirada, cavilosa, por ese templete de gusto grecorromano y aquellas figuras mitológicas que tanto habían interesado en su día a Jacobo, antes de reanudar la caminata por paseos cubiertos de hojarasca.

El Capricho, paradigma de parque romántico, se construyó por orden de una duquesa de Osuna a finales del XVIII, que lo convirtió en una fantasía de fuentes, canales, estatuas clásicas, puentes, edificaciones, arboledas. Claudia fue por los vericuetos, tomando nota mental de todo y, al tiempo, abandonándose poco a poco a la belleza del sitio, tan ajena a los tiempos que le habían tocado vivir. Se detuvo a contemplar el Laberinto, formado por setos de laurel. La hojarasca ocre, roja, marrón, seguía cayendo en la atmósfera sin viento, entre susurros muy quedos. Se llegó hasta el fondo del parque, al palacio de los duques, de pórtico columnado, antes de girar para remontar las cuestecillas e ir visitando lugares como el Casino de Baile o la Casa de las Cañas, construido en su día con bambús, en un estilo anglo-chino muy en boga a finales del XVIII.

Llegó a una rotonda, confluencia de varias sendas, con una columna muy alta en el centro. Había un hombre sentado en uno de los bancos laterales, con anorak y con un libro entre las manos. Ni siquiera levantó la vista y Claudia, tras valorar de un vistazo la buena imagen que sacaría en cámara de él ahí, en el banco de piedra, leyendo entre el caer de hojas muertas, volvió toda su atención a la columna. En lo más alto, había una estatua de Saturno devorando a uno de sus hijos. Estudió más que fascinada esa figura de piedra. Goya había frecuentado El Capricho durante casi treinta años y, ante el obvio parentesco entre la efigie de piedra y la famosa Pintura

Negra, era inevitable preguntarse cuál habría inspirado a cuál.

Se levantó de repente viento. Una ráfaga llegó silbando por las sendas, arrastrando hojarasca, de forma que la columna se vio envuelta en un tornado de hojas. Claudia, tras una mirada aprensiva a aquel cielo de otoño, muy azul y cargado de nubes de tormenta, reanudó su paseo, porque no podía quedar mucho para el oscurecer y, por tanto, para que cerrasen el parque.

Observó a lo lejos el Templo de Baco, en un cerrillo de laderas suaves. Un templete de piedras blancas sobre césped muy verde; más aún en esos instantes, tras las lluvias y sembrado de hojas muertas. Jacobo había mencionado en sus papeles a aquella construcción y, aunque su comentario había sido sobre arquitectura —sobre lo singular que era, a caballo entre el barroco final y el neoclásico—, a Claudia no le costó nada imaginárselo allí parado, contemplando absorto todo aquello. El templete de planta ovalada a cielo abierto, con sus columnas de estilo jónico. La estatua blanca del dios, representado como un joven desnudo, con racimos en ambas manos y hojas de parra en cabellos y sobre el sexo, con un perro a los mismos pies.

Se llegó hasta allí para circundar muy despacio el templo, lamentando no tener una cámara porque, aunque el templete se alzaba bajo pinos altos, la ventolera arrojaba lluvias de hojas muertas que revoloteaban entre las columnas jónicas y la efigie del dios. Acarició distraída las estrías de una de esas columnas. Observó atenta el rostro de Baco, al tiempo que recordaba el gran interés de Jacobo por el paso de lo simbólico a lo decorativo. Porque era de suponer que aquellos españoles dieciochescos no habían levantado ese templo para rendir culto a una antigua deidad pagana y sí por motivos estéticos.

De tal reflexión saltó a Carmen Silva, puede que por los contactos con el mundo del arte de los que ésta alardeaba. Justo antes de visitar el Capricho, había tenido una conversación telefónica con ella. Habían hablado un par de veces, siempre por móvil, y Claudia no podía evitar darle vueltas y vueltas en la cabeza a esa mujer que cultivaba de forma obvia un halo de misterio. Especulaba sobre la relación que pudo tener con Jacobo, sobre cuánto pudo durar y también sobre hasta dónde podía fiarse de ella. Después de todo, la había abordado un día en el cementerio de Carabanchel, sin más aval que su propia palabra. Y, por más que había rebuscado, Claudia no había encontrado entre el marasmo de papeles de Jacobo ni una línea dedicada a ella. Sólo aquel boceto a medias.

En esas cavilaciones estaba, la mano sobre una columna, los ojos puestos en la estatua de Baco y con la cabeza muy lejos, cuando algo la hizo brincar de sobresalto. Nunca pudo precisar qué fue en concreto lo que la asustó. Tal vez un destello captado de reojo, un susurro de tela o la intuición de que había alguien a su espalda. Pero lo que fuese le salvó la vida, porque el bote la apartó un paso. Lo justo para que algo afilado que pasó cortando el aire errase por dedos su garganta. Soltó un grito, sin saber ni qué ocurría, mientras ya un nuevo tajo de acero afilado no le abría el cuello por poco. Descargó a ciegas el paraguas y el golpe echó atrás a su agresor, lo que le

dio al menos un instante para hacerse cargo de qué estaba ocurriendo.

Pese a estar el templete en alto y abierto, su agresor se había acercado sin que ella se diese cuenta, tal vez porque estaba absorta en sus pensamientos, o porque fuera él muy sigiloso. El caso era que un hombre había surgido a su lado como un espectro, con abrigo negro y guantes, empuñando un cuchillo de aspecto atroz, con la hoja ancha, curva y de filo interno como las hoces. Se cubría con un máscara que Claudia, al hacer luego memoria, recordaría como de regusto clásico, casi acorde con la estatuaria del parque. Un semblante joven, de belleza fría, forjado en un metal como plata antigua, manchado por el tiempo. Recordaría también los ojos tras las ranuras. Ojos muy claros. Y sobre todo recordaría el terror que causó en ella esa aparición súbita de ropas negras y hoja afilada, entre las columnas griegas del templete.

El viento arrojó sobre ellos una lluvia de hojas muertas y, entre el revuelo, el Ángel atacó de nuevo, buscando siempre con su arma la garganta de su víctima. Claudia interpuso el bolso. En la época en que vivía amenazada, tomó clases de defensa personal y ahí la enseñaron a defenderse con lo que más a mano tiene una mujer: bolso, móvil. Paró el golpe, pero la cuchillada, aparte de rasgar el bolso, se lo arrancó de la mano, de forma que se le fue dando tumbos cuesta abajo, desparramando su contenido por el césped.

Pero eso le dio el respiro que necesitaba para refugiarse entre las columnas del templo. El espectro de negro y máscara volvió al ataque. Le lanzó dos, tres tajos. Ella hurtaba el cuerpo, interponiendo las columnas, moviéndose por los peldaños, sin poder pensar en nada que no fuese salvar la vida un instante más. Nunca supo cuánto duró todo eso, si segundos o minutos. Sí que en ningún instante apartó la vista de aquella hoja afilada que cortaba silbando el aire. Esquivaba o interponía el paraguas, casi hipnotizada por esa máscara a la que las manchas del metal daban un aire trágico, y por esos ojos tan claros que ardían tras las hendiduras.

Tal vez mientras se movía entre las columnas y la estatua, sorteando cuchilladas, llegó a oír cómo gritaban abajo, entre el silbo del filo y sus propios resuellos. Tal vez. Su atacante se detuvo de repente, las ropas negras aleteando en el viento, esa hoja tan filosa destellando a un sol de última tarde que se colaba entre las nubes y las frondas de otoño. Claudia vio cómo volvía la cabeza para observar ladera abajo, antes de mirarla de nuevo a ella, en guardia, el pelo rubio caído sobre el rostro, el paraguas adelantado. Él se apartó dos pasos y sin transición se dio la vuelta para huir a la carrera.

Sólo entonces se dio cuenta ella con seguridad de que estaban gritando. Se acercó al borde del templete, entre las columnas. Había gente abajo. Un puñado de personas, atraídas sin duda unas por los gritos de otras. Dos guardias de seguridad subían la cuesta porra en mano, secundados por un hombre de aspecto resuelto que, a falta de algo mejor, había echado mano a un pedrusco. Aturdida, jadeando, se fijó en el paraguas que empuñaba. La tela colgaba rasgada y, sin poderlo evitar, al pensar que eso mismo podía haber hecho ese filo temible en su estómago o cuello, sintió cómo le

flaqueaban las piernas.

Dejó caer el paraguas. Se apoyó en una de las columnas, tratando de no llorar. Al apartar los cabellos del rostro, su mirada se cruzó con la del dios y, por alguno de esos absurdos que tiene la mente humana, recordó otra vez las disquisiciones de Jacobo sobre lo simbólico y lo decorativo. Se preguntó si el haber estado dentro de un templo le habría salvado la vida. Si tendría que dar gracias a una deidad pagana por haber evitado aquel cuchillo. Y, sin atreverse a confiar en sus piernas, aún apoyada en la columna, se giró para encarar a los que habían hecho huir a aquel espectro de máscara y negro, que ya llegaban al templete de Baco.

Ana Marfil llamó a Carlos Rubio, un antiguo compañero de la academia de policía de Ávila, para tomar una copa cualquier noche después del trabajo. Rubio era inspector en Personas Desaparecidas y, como suele suceder con casi todo en España, cuando uno quiere algo concreto es mejor recurrir a un contacto que perderse en burocracias. También a veces más vale no andarse con rodeos y, cuando Marfil le pidió por teléfono que le buscara información acerca de las desapariciones de dos personas, su interlocutor no objetó nada. Tampoco dijo que sí, pero eso en él implicaba aceptación.

Se encontraron así en un local nocturno, esquinados en la barra, con copas de balón entre las manos, discutiendo en voz baja el tema que le interesaba a Marfil. El problema era que al parecer había bien poco que contar. Desaparecen en España cientos de personas todos los años y de muchas de ellas no se vuelve a saber jamás. Como se suele decir, casi siempre son desapariciones voluntarias; pero «casi siempre» es distinto de «siempre». La cuestión final es que el trabajo es ingente y el personal escaso. Se habían seguido todos los trámites de rigor en el caso de Eduardo Regalado y, vistas las evidencias, se había abierto también una investigación sobre el paradero de Jacobo Artola.

Acerca de ese último, Rubio —que era flaco, moreno de pelo pese a su apellido, y con un bigote muy poblado— había sido categórico.

—No se marchó por propia voluntad, desde luego.

—¿Seguro que no está en Myanmar?

—No ha hecho falta ni ir a buscarle ahí. Nuestra embajada en Tailandia ha confirmado con las autoridades que nunca entró en ese país, al menos con su nombre. Tampoco compró ningún vuelo, con su tarjeta de crédito, desde Roma a ninguna parte de Extremo Oriente.

—Ah, sí. ¿Qué hay de sus cuentas bancarias?

—Están intactas. Si alguien le hizo desaparecer, no fue para robarle, desde luego.

—¿Ha habido algún movimiento? ¿Algún reintegro desde España o el extranjero?

—Ninguno desde el día que supuestamente se marchó de Roma a Bangkok.

—Ése está muerto —rezongó ella, al tiempo que echaba mano a su Matusalén con Coca-Cola.

—Claro que lo está.

—Si le hubieran desvalijado las cuentas, tendríamos un caso. Pero no. No falta ni un euro. Y, por cierto, que ese tipo tenía un montón de dinero ahorrado.

—Ganó bastante en Estados Unidos. Era experto en seguridad informática.

—Habría que tantear por ahí, no sea que andemos dándole vueltas al asunto y su desaparición tenga que ver con su antiguo trabajo. En esos temas de informática, y más cuando hablamos de seguridad, a veces la gente se mete sin darse cuenta en terrenos peligrosos, sobre todo si se mueven a cierto nivel.

—No hay que descartar nada. —Aceptó precavida Marfil—. Así que nunca salió de Italia. ¿Qué tenemos por ese lado?

Cuando alguien desaparece en un país de la Unión Europea que no es el suyo de origen, entran ya en juego la Interpol y los sistemas policíacos supranacionales europeos. Y eso, en el caso de personas desaparecidas, significa que se recurre a la Base Central de Sengen y al Servicio de Información Sirene (SIS) que es un sistema centralizado donde se acumula toda la información sobre los desaparecidos en el espacio común europeo. La policía española había recurrido al SIS y la italiana había hecho algunas indagaciones sobre el terreno.

—Nada de nada. —Rubio se pasó el índice por el bigote, antes de dar él un trago a su ginebra con tónica—. Uno y otro, con dos años de distancia, llegaron a Roma y ahí se los tragó la tierra.

Marfil dejó a un lado la copa. Estaban arropados por una marejada de conversaciones y soniquete de copas, entre el humo de tabaco que se arremolinaba en la penumbra amarillenta del sitio, con esa privacidad paradójica que da estar en un local nocturno casi abarrotado, donde nadie se ocupa de nadie. Sacó un cigarrillo del paquete de Marlboro que tenía sobre la barra de madera. Lo encendió pensativa.

—Qué mala pinta tiene esto...

—Muy mala.

—¿Me harás un favor?

—¿Cuál? —El otro volvió a pasearse el dedo bajo el bigote, receloso.

—El embarque de los pasajeros en el vuelo que tomó Eduardo Regalado... ¿estará grabado?

—Supongo que sí. Ahora todo está lleno de cámaras y los aeropuertos más.

—¿Podrías conseguir que revisasen esas grabaciones?

—¿Para qué?

—Para comprobar si de verdad tomó ese vuelo a Roma.

El otro se quedó un momento en silencio. Luego, sin mirarla, alargó la mano hacia el paquete de Marfil y se apoderó de un cigarrillo.

—A ver. ¿Hay algo que yo no sepa?

—Hay algo que yo no sé. Ni siquiera sé qué es lo que no sé. Dos personas han desaparecido, con un intervalo de dos años, y estoy tratando de averiguar qué ocurre.

—¿Hay alguna trama detrás?

—No lo sé tampoco. No sé nada.

Rubio encendió el cigarrillo con su zippo, lo cerró con chasquido metálico, dio una primera calada con verdadera fruición.

—Vamos a ver qué puede hacerse —aceptó por último, entre las volutas de humo blanco.

* * *

La siguiente parada para Claudia en aquella investigación extraña y a saltos fue un nuevo encuentro con Gustavo Ungría. Y, como para continuar con la tónica, tuvo en un lugar en principio tan atípico que Claudia incluso notó la perplejidad de su interlocutor a través del móvil cuando le propuso visitar el cementerio de San Justo. Hubo un silencio tan desconcertado que ella se apresuró a aclarar que la visita tenía relación con lo que estaban investigando. No era que le disgustase descolocar a la gente, más bien lo contrario, pero tampoco quería que justo aquel hombre sacase de ella una impresión equivocada.

Quedaron el sábado 9 de diciembre a las diez de la mañana y, para casi su irritación, Claudia se descubrió la tarde antes probándose ropa en el espejo, sin acabar de decidir qué ponerse para ese encuentro. Se encontró también examinándose con mirada crítica: el cabello rubio oscuro, el rostro de rasgos finos, esos ojos verdosos de los que unas veces estaba tan orgullosa y otras tan disgustada, según los estados de ánimo. Se había quedado un poco demasiado delgada para su gusto tras el accidente y, pese a todos sus esfuerzos, no había logrado ganar ese par de kilos que pensaba que la sentarían mejor. Las contadas amigas con las que seguía tratándose le decían que no, que así estaba muy bien. Pero ella, de alguna forma, sentía que así transmitía una imagen algo frágil con la que no acababa de sentirse cómoda.

Se acercó a San Justo en taxi, rehuendo cualquier conversación con el taxista y mirando pasar la ciudad por la ventanilla. Materia para pensar tenía. Los minutos posteriores a la huida del hombre de la máscara los guardaba en la cabeza como entre nieblas. Creía que había estado llorando unos instantes y que luego uno de los guardias de seguridad, una mujer, la había ayudado a recoger el contenido de su bolso, que estaba desparramado por toda la cuesta. Los guardas no se habían animado a perseguir a aquel espectro. Normal, después de todo estaban armados y entrenados para contener gamberros, no para enfrentarse a sujetos como aquél. Habían avisado a sus compañeros, pero nunca pasó por los torniquetes de entrada. Debía haber saltado las tapias, pese a las alambradas de espino que las coronan. Luego había llegado la policía nacional, la municipal, hasta una UVI móvil del SAMUR. Y aún después tuvo que prestar declaración, dar explicaciones a Alejandra, que había acudido corriendo a

su llamada...

Cuando se fue a Perú, el otoño y el verano aún se disputaban el clima, ya que el buen tiempo, pese a que algunos lo negasen con ferocidad, se alargaba de año en año. Pero, mientras estaba en América, la estación natural se había impuesto por fin, tiñendo las copas de los árboles de amarillos, pardos, rojos, ocres, e inundando las aceras de hojas muertas. Claudia era de los que sienten pena al ver cómo los barrenderos retiran por cubos esa hojarasca otoñal, porque es como si robasen encanto a la ciudad, por más que no dejase de reconocer que no podían dejar las calles cubiertas de toneladas de follaje marchito.

Se alegró de haber elegido falda marrón, jersey negro de cuello vuelto, botas altas de cordones y chaquetón pesado, porque hacía un frío de mil demonios. Tres grados bajo cero marcaba el termómetro de una parada cercana a las puertas del cementerio. El aire era gélido, escarcha blanca cubría grandes zonas aún intactas por el sol y el sábado prometía ser uno de esos días de cielos muy azules y atmósfera transparente, de los que no templan hasta pasado el mediodía.

La Sacramental de San Justo, el cementerio más antiguo de Madrid, está en la ribera sur del Manzanares, frente al estadio del Atlético de Madrid, separada del río por una hilera de edificios. Antes del soterramiento de la M-30, cuando pasaba por allí en coche, Claudia lo había visto muchas veces de lejos sin reconocer lo que era. No pocas veces, de hecho, se había preguntado qué sería aquello, ya que, como habían modificado toda la ladera mediante muros y refuerzos para albergar patios de enterramiento y galerías de nichos, desde lejos tenía cierto parecido a un estrambótico estadio de fútbol.

No llevaba ni dos minutos a las puertas —tiritando, porque ahí aún no llegaba el sol—, cuando se presentó un Nissan Terrano. Al volante iba Gustavo, que tocó con prudencia el claxon para llamarle la atención, antes de invitarle por señas a entrar. Claudia ocupó el asiento del copiloto mientras Gustavo, con una sonrisa, señalaba hacia arriba con el dedo, indicando que iban a subir en coche. Sólo al ocupar el asiento, al ir a cruzar dos besos de saludo con el conductor, Claudia reparó en que había un chico de nueve o diez años sentado en los asientos de atrás, con el cinturón puesto y mirándola muy serio. Gustavo señaló hacia atrás con el pulgar.

—Claudia, te presento a mi hijo: Mihái. Saluda a Claudia, Mihái.

Al primer vistazo, el chico era alto para su edad, más bien delgado, rubio y de ojos muy azules y algo almendrados que le daban un aire exótico. Por su nombre y ese físico tan distinto del de su padre, debía de ser adoptado en algún país del este.

—Este fin de semana no le tocaba estar conmigo —se explicó Gustavo, mientras conducía por la carretera que se recurvaba a la derecha, subiendo entre los patios de enterramiento más modernos—. Pero su madre tuvo que salir de viaje de repente y cambiamos lo turnos. Espero que no te moleste que le haya traído.

—Por favor. Encantada. —Claudia echó una segunda mirada por entre los asientos al chico, que tenía los ojos puestos en ella con idéntica curiosidad. Desde

luego, no podía negarse que eso era casi lo que menos esperaba y se dijo que al final todos igual de sorprendidos.

Desvió luego la vista. No le había contado a Gustavo nada del ataque sufrido en el parque del Capricho. No tenían aún bastante confianza y ella era dada al secretismo. Ahora, al ver que se había presentado con su hijo pequeño, se recriminó por no haberlo hecho. Pero ya no tenía remedio.

Fundada en 1845, la Sacramental de San Justo es uno de los cementerios más nobles y bellos de la capital, al menos en lo que a sus partes viejas toca. Una tapia lo separa de la Sacramental de San Isidro —otro de los antiguos de la capital— y se estructura en patios de enterramiento escalonados a lo largo de toda la ladera. En ellos descansan, a la sombra de cipreses y monumentos funerarios, artistas, políticos, militares y prohombres de los siglos XIX y XX.

Dejaron el Terrano en el estacionamiento de las oficinas y, luego de que Gustavo se preocupase de que Mihái se colocase gorro y guantes, subieron las escaleras para sumergirse, a través del patio de San Justo, en la parte más antigua del cementerio. Claudia llevaba entre las manos algunos esquemas que había dibujado para ella Alejandra, aunque en seguida se despistó del objetivo que la había llevado hasta allí, fascinada por aquel océano de viejos sepulcros, en los que estaban inscritos docenas de nombres protagonistas de la historia contemporánea española.

Mihái, con impaciencia de niño, se había adelantado para curiosear junto a un monumento de columnas que tenía en lo alto un ángel con una antorcha levantada. Claudia se llegó también allí, atraída tanto por la escultura en sí como por la forma en que el chico leía la inscripción. Éste volvió hacia ella su rostro serio, ahora rosado por el frío.

—Ayala —dijo, el aliento formando vaho.

Ella asintió, turbada por cómo había pronunciado el nombre, pues no era normal que un chico de sus años conociese al gran autor. Gustavo, que se había acercado también, puso una mano en el hombro de su hijo.

—¿Te apetece mirar las estatuas? Pues ve por ahí. Pero no te pierdas de vista, ¿eh? No me hagas llamarte a gritos, que esto es un cementerio y hay que respetar el descanso de los muertos.

Mihái Ungría —Claudia supuso que se llamaría así— no necesitó dos invitaciones y se adelantó para cruzar la arcada que separa el patio de San Justo del de San Millán, no sin antes pararse unos momentos a leer las lápidas encastradas en las paredes de ese pasadizo. Claudia y Gustavo le siguieron más despacio. El segundo, con los ojos puestos en el niño, se sintió obligado a aclarar.

—El chico tiene una peculiaridad. Yo no lo llamaría problema, aunque sí que causa no pocos problemas. Tiene lo que se llama sobredotación.

—¿Quieres decir que es un superdotado?

—Antes se decía así. Sí. Ahora los llaman sobredotados. Es muy inteligente y cuando sea adulto estará bastante por encima de la media. Pero no. No es un genio, si

es eso lo que estás pensando. —Meneó la cabeza, las manos metidas en los bolsillos del anorak y el aliento formando nubecitas blancas—. No sé muy bien cómo explicarlo. Mira que lo he hecho veces y siempre me cuesta. Su edad intelectual no coincide con la real, lo que hace que haya una disincronía, un desfase, entre algunos aspectos de su desarrollo.

—No sé si te he entendido.

—Su inteligencia es superior a lo normal y además está más desarrollada de lo que debiera a su edad. Ahí está el quid. Asimila con gran rapidez lo que le enseñan. Tiene grandes dotes de observación...

—Pero eso no es ningún problema.

—Lo es, porque sigue siendo un niño de nueve años. Se aburre cuando está con los chicos de su edad. Procura frecuentar la compañía de los adultos, pero con ellos tampoco está a gusto del todo porque, como te digo, en lo emocional sí es un niño. —Torció el gesto—. En fin, que al final los chicos sobredotados no encajan del todo con nadie y hay que estar muy atentos a ellos, porque si te descuidas tienden a encerrarse en sí mismos.

Habían cruzado ya la arcada que daba al patio de San Millán, desierto a esa hora y día. Claudia no pudo por menos que detenerse unos instantes a contemplar aquel recinto que, al resplandor de un sol de sábado que no había aún deshecho la escarcha, se mostraba umbrío y tranquilo, con lápidas cubiertas de líquenes, cruces rotas o caídas, ángeles de piedra con el rostro surcado por churretes oscuros de humedad.

—Supongo que no es hijo biológico tuyo —apuntó, mientras le observaba corretear entre tumbas.

—No me gusta esa expresión. Pero sí, es adoptado.

—¿Lo adoptasteis conociendo su peculiaridad? —Claudia hablaba con cautela, consciente ahora de que en realidad nada sabía de Gustavo ni de su situación personal.

—No. —Él se echó a reír de una forma que la cautivo, porque era una risa abierta, sin gota de crispación o amargura—. No soy tan buena persona, me temo. Mihái estaba en un orfanato, en condiciones no muy buenas, la verdad. Pero en apariencia era un chico de lo más normal.

—¿Os lo dieron en adopción ocultándoos su problema?

Recordaba ella haber oído sobre casos de muy mala fe en adopciones en países del este. Parejas ingenuas, o demasiado ansiosas de adoptar, muchas veces dispuestas a sortear los cauces legales españoles. No tomaban precauciones ni se hacían asesorar por expertos. Unos conocidos suyos habían adoptado en Rusia una niña preciosa, normal, algo más tranquila que de ordinario para su edad. Ya en España, la niña entró en agitación, convulsiones y, al hacerla examinar por los médicos, se destapó el engaño: sufría de hiperactividad y crisis violentas, y su tranquilidad se debía a que en el orfanato la tenían siempre sedada. La adopción se convirtió en infierno, ya que a los problemas de su dolencia hubo que añadir que la pobre cría se había vuelto adicta

a los narcóticos, de tanta sedación. Pero Gustavo Ungría estaba negando con la cabeza.

—Mihái era muy pequeño cuando le adoptamos. No era más que uno entre docenas de chicos, en un orfanato superpoblado. Problemas como el suyo afloran con el paso del tiempo. Nosotros tardamos en darnos cuenta.

—Supongo que fue todo un golpe.

—Te cambia la vida. Sí.

Se encogió de hombros. Tras consultar con la mirada a Claudia, indicó a Mihái que por la derecha.

—Uno cree va a llevar una vida tranquila y corriente, con un hijo, y de repente descubre que no va a ser posible. Pero yo no me quejo. Es mi hijo y no lo cambiaría por nadie en este mundo.

Bajaron por las escalinatas hacia los patios de Santa Gertrudis. Cruzaron en silencio los números 2 y 3 para luego ascender hacia el 4 con la atención puesta en los panteones monumentales y las estatuas. Claudia no pudo por menos que detenerse ante el monumento de la tumba de Campoamor, coronado por un medallón con el perfil del poeta y con la efigie de una musa doliente en la base, con una lira sobre el regazo y una mano sobre el pecho, en gesto de pesar. Reparó luego en un pilón de cemento y grifo industrial. Había muchos por todo el cementerio, quizá para que los parientes tuviesen con qué regar las plantas de las tumbas. Pero lo que llamó la atención de Claudia fue que había un gorrión posado justo al borde y que se las ingeniaba para beber entre las grietas del hielo superficial.

El patio nº4 de Santa Gertrudis le pareció el más bello del cementerio. Gozaba de la misma belleza sombría que los demás, con sus estatuas viejas, cruces quebradas y lápidas mohosas, pero había mayor abundancia de cipreses por todo el recinto, lo que lo hacía aún más hermoso. Entre que no entendía muy bien las instrucciones garabateadas por Alejandra en los papeles y la profusión de cruces y ángeles, titubeó buscando el camino hacia la tumba que habían ido a buscar.

—Estoy algo desorientada. No acabo de aterrizar.

—¿El *jet lag*?

—No exactamente.

Agitó la cabeza disgustada consigo misma. No sabía cómo explicar que ese asunto fantasmal de círculos filosóficos y rastros en la piedra se había difuminado para ella durante su estancia en Perú. Todo seguía allí destruido meses después del seísmo, con la población sin ayudas, víctima de la desidia gubernamental, la corrupción, la ineficiencia. Trató de explicarse. Gustavo la escuchó con simpatía mientras erraban por entre tumbas y árboles, envueltos en un silencio que parecía imposible en mitad de la vorágine madrileña.

Una de las veces que ella se atascó, dejó escapar una sonrisa.

—Te entiendo. Yo también he visto mucha miseria. Hace unos años, me buscaba la vida haciendo negocios en África Occidental. Ya puedes imaginarte lo que uno

llega a ver en esos países...

—¿Negocios? ¿África Occidental?

—Soy economista. En algunos de esos países, aunque estén en situación de pobreza extrema y se corran riesgos, hay oportunidad de hacer buenos negocios, si se está atento y está uno dispuesto a apostar. Comprar, vender, llevar a ciertos sitios productos que escasean por culpa de las malas comunicaciones y lo inestable de la situación. —Cambió luego de golpe, con tanta brusquedad como el que cierra un libro—. ¿Tan mal está la cosa en Perú?

—Peor. Es un desastre total y ni siquiera sale en la tele. Aunque también es verdad que hay un montón de gente arrimando el hombro y haciendo lo que puede.

—Ya imagino.

—Estuve a punto de unirme a un grupo que va con un autocar por los pueblos más castigados de la zona. Van con un proyector, una pantalla y se dedican a echar cine ambulante, para levantar un poco la moral. No veas cómo agradece la gente eso, en medio de tanta destrucción.

—Si te apetecía, ¿por qué no te fuiste con ellos?

—Me tentaba mucho. A punto estuve. Pero en mi situación actual hubiera sido una forma de huir de mí misma. Y eso es algo que no debo permitirme ahora. —Calibró la expresión entre atenta y precavida de Gustavo, antes de cambiar ella también de golpe el tema—. Ahí está la tumba.

Aquel sepulcro en concreto era tan bello que se olvidaron de conversar para observarlo. La lápida era sobria y, como las inscripciones habían sido devoradas por los líquenes, de no ser por las indicaciones manuscritas de Alejandra, Claudia no hubiera podido saber quién estaba allí enterrado. Era imposible leer nada, pero en la cabecera de la tumba había una cruz ahora algo torcida, con un disco en su centro del que surgían ocho triángulos como rayos de sol. Y, en el lateral izquierdo se encontraba un ángel de hermosa talla, con las alas plegadas, la cabeza y los ojos vueltos a lo alto, que sujetaba a dos manos un cáliz semiesférico. Justo tras esa estatua se alzaba un ciprés muy alto, sin duda plantado allí a propósito, ya que la impresión que trasmitía era que el ángel se respaldaba en el árbol.

—Ahí debiera poner: Nazario Santos. 1882-1918.

—No vivió mucho.

—Murió en París durante la epidemia de gripe del 18. Lo que luego llamaron gripe española.

—¿Era alguien importante en su tiempo? Veo que aquí está enterrada la flor y nata de los dos últimos siglos.

—No lo era. No hay muchos datos sobre él de todas formas. Parece que tenía dinero y le gustaba frecuentar ambientes artísticos. Se codeaba con escritores, actores, dramaturgos y, como invitaba siempre, era un hombre popular. Pero luego murió y nadie se acordó de él.

—«Murió y nadie se acordó de él». Buen epitafio. Suele ocurrirles a los que

compran amigos.

Gustavo sonrió con un ojo siempre puesto en Mihái, que iba de acá para allá observando estatuas. Se acarició la barba corta, al tiempo que estudiaba la cruz y el motivo central.

—Así que este es el sol mazdeo. No llama mucho la atención.

—No. Si no se está buscando, puede pasar desapercibido. Quizá pretendían justo ese efecto.

Gustavo lanzó una mirada distraída hacia el lateral al tiempo que asentía. Luego echó otra más alerta, con el ceño fruncido. Claudia, al seguir sus ojos advirtió, con un vuelco de corazón, que Mihái no estaba a la vista. Su padre paseó la mirada por entre las efigies, las cruces, los cipreses. Luego se adelantó unos pasos en ángulo para tener mejor visión del patio.

Un golpe de aire hizo oscilar las copas puntiagudas de los cipreses con rumor sostenido. Gustavo recorrió de nuevo con los ojos las tumbas. Se acarició la barba corta y abría ya la boca para decir algo cuando apareció el chico, correteando por las hileras de sepultura. Claudia dejó escapar muy por lo bajo un suspiro de alivio, mientras el padre le reclamaba con gestos irritados.

—¿Qué te he dicho? No te apartes demasiado, no te salgas de la vista.

Era obvio que intentaba no demostrar enfado. Quizá por eso, al ver que su hijo se mostraba contrito, se volvió de nuevo al sol mazdeo.

—Así que éste es el símbolo de los agápetos.

—Uno de ellos.

—¿Tienen esos agápetos algo que ver con los cristianos asirios? —Preguntó de repente Mihái.

Claudia contuvo un respingo.

—No. Pero vivieron en el mismo lugar y quizá tuvieron contacto.

Tras el primer sobresalto, había tratado de contestar con seriedad pero sin salirse del tono que se supone que debe emplearse con los niños. Turbada, se giró hacia Gustavo.

—Jacobó anotó que los agápetos tomaron el símbolo de los adoradores de Ahura-Mazda. Los cristianos de Irak lo adoptaron en tiempos modernos, como una forma de recalcar la antigüedad de su iglesia.

Gustavo asentía. Su hijo señaló al recipiente que sostenía el ángel de piedra.

—Eso no es un cáliz, ¿verdad?

Claudia movió la cabeza, casi estupefacta.

—Pues no. Lo más seguro es que no sea un cáliz. Al menos, no como nosotros lo entendemos.

Gustavo largó una colleja cariñosa al chico.

—¿Siempre tienes que acertar, sabihondo?

Se estaba riendo con esa misma risa franca que encantó antes a Claudia.

—Largo. Vete a mirar por ahí y luego me cuentas qué has visto. Claudia y yo

tenemos que hablar. Pero no corras ni montes jaleo. Respeta al lugar. Y ni se te ocurra volver a perderte de vista.

Le observó corretear entre las lápidas, con su anorak rojo y el gorro de lana.

—Qué capacidad tiene este chico para deducir. A partir de cuatro datos hila resultados sorprendentes...

Se encaró con Claudia.

—¿Cómo que eso no es un cáliz?

—Una buena amiga estuvo investigando mientras yo estaba en Perú. Este ángel tiene su misterio. Se le atribuye a un imitador de Agustín Querol; un escultor muy famoso que por cierto también está enterrado aquí.

Gustavo se acercó más al ángel, a estudiarlo de cerca.

—¿Un imitador? ¿Algún discípulo?

—Un falsificador. Un discípulo trabaja según las pautas del maestro. Pero el que esculpó este ángel mimetizó el estilo de Querol. No se sabe ni su nombre.

—¿Y eso es raro?

—No lo sé. No soy experta en arte. Pero por lo visto esta imitación es perfecta. Hay expertos que incluso la atribuyen al propio Querol, pero él jamás asumió su autoría.

—Entonces no será suya. Es una estatua muy bella. No es algo de lo que un artista se avergonzaría.

—La autoría no es su único misterio. A simple vista parece normal, ¿no?

—Normal para una estatua de tumba, sí.

—Pues no lo es. Ahí está el truco; la maestría de la talla. Su postura es distinta pero de una forma sutil. Tiene los brazos en alto. Es como si estuviera consagrando el cáliz. Fíjate cómo mira a lo alto.

Gustavo, con las manos en los bolsillos del anorak, observó con el ceño fruncido.

—¿Y qué significa eso?

—No lo sé. Pero hay algo más.

Se arrimó al ángel. Como su tamaño era el de un hombre pequeño, la copa resultaba accesible. Se asomó por encima del hombro para examinar la cara interna, sabiendo gracias a las notas de Alejandra lo que iba a ver.

—Como te vea algún empleado, nos vamos a ganar una bronca.

—Procuraremos que no nos vean. Mira.

Él se acercó, intrigado por el tono de voz. Pese a los mohos, allí, en la parte interior del cuenco era visible un símbolo en altorrelieve.

—¿Una esvástica?

Se le veía tan desconcertado que Claudia se sintió obligada a aclarar.

—Las esvásticas son muy antiguas. La gente lo asocia al nazismo porque Hitler lo adoptó, pero...

—Sé todo eso. ¿Pero qué pinta una esvástica en esta estatua?

—No tiene nada de raro. Los cristianos primitivos usaban cruces gamadas y

esvásticas en los primeros siglos, aunque luego desaparecieron de su iconografía.

—¿Ah, sí?

—Por lo visto, para ellos eran símbolos de resurrección. Cruces giratorias, ya sabes.

—¿Y qué sacamos en claro de todo esto?

—Nada. Son datos sueltos que de momento no nos dan pistas de por qué desapareció Jacobo. Tal vez esperabas algo más espectacular.

—No. Este cementerio es un lugar precioso. Gracias por dármelo a conocer. — Sonrió—. Y la compañía no lo desmerece.

Sonrió ella a su vez y él, tras un instante, puso los ojos en ese ángel de piedra a la sombra del ciprés.

—¿Sabes? Fui al estudio de la calle del Ángel. Cuatro ojos ven más que dos.

—¿Encontraste algo?

—Se me ocurrió buscar por los cajones papeles menudos. La gente como Jacobo, que tiene muchas cosas en la cabeza, va anotando en papelitos, *post-it* y cosas así... y no suele tirarlos, sino olvidarlos por los cajones.

—Es verdad. —Claudia a punto estuvo de morderse el labio, molesta por no haber buscado por ahí.

—He encontrado varios nombres en trozos de papel. Un experto de arte y tres de historia de las religiones. He quedado con uno mañana a tomar café. He empezado por el que más veces vio, si hacemos caso a la cantidad de anotaciones que he encontrado.

—¿Me tendrás al tanto?

—Vente conmigo. Así podremos hablar con él los dos. Tú puedes sacarle más jugo que yo. ¿Vienes?

—Claro. Encantada.

De un vistazo, se cercioró de que me Mihái estaba lejos.

—Pero, ya puestos, creo que debo contarte algo que me ocurrió el otro día...

Manuel Pastor tenía presencia, voz, aplomo en los gestos. Rondaría los sesenta años y era grande y de hombros anchos, con una barba blanca que le daba aspecto entre patriarcal y de capitán de barco antiguo. Algo de panza y modales reposados le aportaban dignidad, y una tez bronceada hacía fácil imaginarle más al aire libre que entre flexos y documentos antiguos.

Pastor era aquel profesor de Historia del Cristianismo que más veces aparecía citado en los papelitos sueltos de Jacobo y se había citado con Gustavo en un local llamado *Bomec*, en la calle Santa Brígida. Claudia había llegado por su cuenta y había optado por subir por la calle Fuencarral dando un paseo, aunque en esa ocasión con la cabeza muy lejos de las tiendas de ropa. Primero se detuvo en aquel humilladero de la esquina con Augusto Figueroa. Pasó los dedos por los ladrillos comidos por el tiempo. Trató de ver el interior a través de los cristales oscuros y los barrotes, sin lograr distinguir más que siluetas y formas.

En su paseo, rebasó la boca de la calle de Santa Brígida para llegarse hasta detrás del viejo Hospicio, a echar un ojo a la fuente de la Fama, citada también por Jacobo en una de sus notas. Se quedó observando ese grupo barroco de base con forma de trébol de cuatro hojas Y con delfines. Florones, efigies de niños y en lo alto la estatua de una mujer alada que hacía sonar una larga trompeta. Curiosa, se entretuvo en estudiar los pequeños detalles. Esos mismos en los que jamás hubiera reparado de no haberse visto envuelta en toda esa historia.

Tanto se demoró que llegó bastante tarde. El *Bomec* era una casa de té decorada a la japonesa, con maderas oscuras, luces tenues, estanterías sobre las que reposaban cerámicas orientales. Gustavo estaba ya allí, con una taza de té delante. Conversaba con un hombre de aspecto patriarcal que vestía traje de raya diplomática, mientras Mihái los observaba con sus ojos azules y casi rasgados, sin parecer en absoluto aburrido, como hubiera sido el caso de muchos otros chicos.

Como descubrió Claudia enseguida, Mihái había despertado la curiosidad de aquel experto en Historia de las Religiones. El chico, pozo de curiosidad inagotable,

se había leído una recopilación de Evangelios Apócrifos en casa de su madre y, cuando la conversación de los adultos derivó a los gnósticos de los primeros siglos, dejó caer un par de preguntas que pasmaron a Pastor. Había respondido con la mayor seriedad, fuese porque imaginase qué ocurría con aquel niño o porque era hombre educado. Aunque casi con toda seguridad lo primero, porque se le veía contento de hablar con alguien con cierto conocimiento del tema, por más atónito que le dejase su edad tan corta.

—¿Dónde has leído los Evangelios Apócrifos, hijo? —Se interesó.

—Mi madre tiene unos.

—Ah...

—No se imagine lo que no es. —Gustavo se permitió una sonrisa irónica—. Su madre, mi ex, es de ésas que tontea con todo lo que le suene a espiritualidad. Dicho sea sin acritud, es de las que andan picoteando aquí y allá, de flor en flor, sin profundizar en nada.

—Por desgracia es una actitud muy común. Ocurre con mucha gente —asintió el otro, casi solemne.

—Tiene la casa llena de libros de Osho, de Brian Weiss, del método Silva, la programación neurolingüística y a saber cuántas cosas más. Habrá estado coqueteando también con todos esos rollos de cristianismo alternativo.

—¿Alternativo?

—Por llamarlo de alguna forma. Ya sabe: el Grial, María Magdalena y todo eso.

—Ah, ya.

Pastor sonrió con indulgencia, al tiempo que se llevaba el té a los labios.

—Sí. El fenómeno Código da Vinci ha provocado una explosión de interés por todas esas cuestiones... no puedo decir que positivo, por cierto.

Se escanció infusión de la tetera de hierro fundido. Lo hacía con cuidado, pero como si tuviese la cabeza en otra cosa. Quizá estaba rumiando la noticia que le había dado Gustavo sobre la desaparición de Jacobo. Suspiró de repente.

—En fin. Por centrarnos en los agápetos, he de decir que es muy poco lo que conocemos sobre ellos. Y aún tenemos que dar gracias por saber al menos de su existencia. Sabe Dios cuántas sectas y grupúsculos de aquellos tiempos han desaparecido sin dejar huella.

Gustavo asintió, antes de mirar a su compañera para cederle de manera tácita el peso de la conversación. Como para recalcar ese repliegue, se sirvió de la tetera que compartía con Claudia.

—¿Se sabe algo de sus creencias? —inquirió ella.

—Poco. Fueron uno de tantos grupos religiosos fruto de ese momento histórico, su doctrina era una amalgama de gnosticismo y cristianismo y, como otros grupúsculos, seguían los pasos de un líder carismático. En el caso de los agápetos, ese líder fue un tal Eugenio, que debió vivir a finales del siglo II en Siria, y del cual no sabemos nada más.

—¿Fue él quien fundó la secta?

—Hemos de suponer que sí. Eugenio significa en griego «bien nacido». Sin duda el nombre es simbólico, aunque debió existir en realidad. Digo que el nombre es simbólico porque, para sus seguidores, Eugenio era una especie de profeta o mesías, encarnado en la tierra para cumplir una misión similar a la de Cristo.

—¿Mesías?

—Algo parecido, aunque ellos le daban el apelativo de Maestro. Para los agápetos, Cristo sería a Eugenio lo que Juan el Bautista a Cristo entre los cristianos. Un profeta previo.

Observó la expresión de sus interlocutores. Claudia, que ya sabía más o menos eso gracias a Alejandra, asentía educada. Entonces él a su vez sonrió con amabilidad, antes de beber otro poco de té.

—Entiendo que pueda sonar un poco raro. Pero es algo común. Son muchas las religiones que asimilan a figuras sagradas de otros credos. Así hacen los cristianos con todos los profetas del Viejo Testamento. Lo mismo los musulmanes con Jesucristo, al que consideran un profeta anterior a Mahoma. O los drusos, que reverencian al califa Hakim, que reinó en el siglo x en Egipto, como a un profeta posterior a Mahoma. Hay muchos casos, aunque Eugenio tuvo mucho menos predicamento, desde luego.

»No sabemos muy bien cómo eran los agápetos en sus primeros años, aparte de que sobrevivieron a la muerte de su fundador. Durante los siglos III y IV hubo algunas comunidades en las provincias orientales del Imperio Romano. Habían convertido a Eugenio en su mesías, en una divinidad al estilo de Jesucristo y, en cuanto a su credo, tenía, como he dicho, muchos elementos gnósticos.

—He estado leyendo un poco sobre los gnósticos. —Claudia observó al experto con sus ojos verdosos—. Pero no consigo enterarme mucho.

—Ni usted ni nadie. —Sonreía, taza en mano—. Uno puede pasarse toda una vida estudiando las doctrinas gnósticas y sacar muy poco en claro.

—Los agápetos eran cristianos gnósticos, dice.

—Más bien un grupo aparte. El producto de un sincretismo entre elementos gnósticos y cristianos, y que dio un resultado final distinto. Hubo muchas sectas así.

—¿Tenían evangelio propio? —preguntó de repente Mihái.

—No —respondió Pastor, con la misma seriedad que dedicaba a los dos adultos—. Hasta donde sabemos, no llegaron a dejar libros sagrados.

—¿Pero se sabe algo de su doctrina? —Gustavo volvió sobre la primera pregunta de Claudia, agradecido por el tacto del otro.

—Poco, como antes he dicho. Se reunían en ágapes; en banquetes sagrados, como los antiguos cristianos. De esas reuniones tomaron el nombre y, al parecer, de ellas les venía mala fama. Tanto los paganos como los cristianos ortodoxos les acusaban de cometer en esos conclave toda clase de actos inmundos.

—Lo mismo que se decía de los primeros cristianos —apuntó Claudia.

—En efecto. Ese tipo de reuniones, reservadas para los iniciados, siempre dieron pie a infundios y rumores. Pero lo más seguro es que, en esos banquetes, se dedicasen a discutir y a filosofar.

—¿Celebraban la eucaristía en esos ágapes? —intervino de repente Mihái.

—Buena pregunta. Muy buena. —Otra sonrisa y otra mirada pensativa al chico —. Podríamos suponer que sí, en vista de los orígenes cristianos del grupo y la naturaleza de sus reuniones. Pero no tenemos la certeza. Sí sabemos que cada una de sus comunidades estaba dirigida por una figura sagrada. Maestro le llamaban.

Tomó la taza semiesférica de té entre sus manos, como reflexionando.

—Me gustaría poder explicarlo de forma clara y en pocas palabras. Veamos. Como tantos gnósticos, los agápetos creían en el *Thelema*, el soplo divino, que lo anima todo. También sustentaban una creencia gnóstica según la cual la humanidad está dividida en tres categorías, dependiendo de la cantidad y la calidad de soplo insuflado. La más baja serían los hombres materiales, carentes de él y condenados, por tanto, a volver al polvo al morir. Después los psíquicos, que con algo de soplo divino en su interior, pero no el bastante como para alcanzar el grado más elevado de humanidad. Por último los espirituales, que estarían animados de bastante *Thelema* como para llevar dentro la verdadera esencia de la divinidad.

Hizo una pausa.

—Entiendan que estoy tratando de simplificar.

—Y se lo agradecemos —contestó Gustavo.

—Si para los cristianos Jesucristo es el Salvador, para los agápetos Eugenio es el Maestro, el que hizo a algunos espirituales conscientes de su condición. Y, lo mismo que Jesucristo consagró a Pedro como su sucesor en la Tierra y le otorgó condición sagrada, así Eugenio consagró en vida a tres de sus discípulos, para que siguiesen su obra. Fíjense en qué mezcla de elementos hay en esto.

A la vez que asentía, Gustavo hizo gestos a un camarero, porque las teteras estaban vacías.

—Los sucesores de Eugenio consagraron a su vez a nuevos Maestros y éstos a otros. Y cada uno de ellos era el guía supremo de uno de los ágapes. Divididos así en grupos casi estancos, liderados por figuras sagradas, los agápetos debieron evolucionar con rapidez, cada ágape en una dirección. Ahí tal vez estuvo su debilidad y su fortaleza.

»Por un lado esos grupos, formados por un número pequeño de fieles, eran bastante volátiles. Por el otro, al ser cada uno autónomo y estar dirigido por un Maestro ungido, una especie de Hijo de Dios por delegación, si se me permite la comparación con Cristo y los cristianos, la secta era difícil de extinguir. En todo caso, su misma pequeñez y mutabilidad hace que sea difícil seguir la evolución y definir a las distintas ramas agapetas que sin duda existieron. Los pocos autores paganos o cristianos que les dedicaron un par de líneas no se detuvieron en muchas sutilezas.

»En el siglo IV, las cosas cambiaron en el Imperio Romano. Hasta entonces fue un

caldero de toda clase de cultos y creencias. Pero, en ese siglo, el cristianismo se impuso como doctrina de estado y la tolerancia se acabó. Los emperadores cristianos no sólo liquidaron a un paganismo en decadencia, sino que volvieron su maquinaria contra la heterodoxia cristiana y demás rivales. La ejecución de Prisciliano, una figura quizá mitificada en exceso, supuso el comienzo de la persecución contra los gnósticos, que no tardaron en desaparecer.

Llegó el camarero con dos teteras de lo mismo. Pastor puso los antebrazos sobre la mesa y siguió hablando, sin importarle su presencia.

—Los agápetos sobrevivieron. O al menos lo hicieron aquellas comunidades instaladas al este de la frontera romana. A oriente de Roma se encontraba entonces el Imperio Persa, y tampoco allí estaba el horno para bollos en materia religiosa. Los emperadores sasánidas, alarmados por la proliferación en sus tierras de cultos extranjeros y sincréticos, como el maniqueísmo, habían convertido a su vez al zoroastrismo en religión de estado. Crearon un culto y una liturgia oficiales, y ordenaron recopilar todas las tradiciones en un libro sagrado. Y, como medida complementaria, desataron una cruenta persecución de todas las demás religiones.

Se sirvió con parsimonia más té.

—Casi todas las religiones consideradas enemigas por los sasánidas desaparecieron, aunque las hubo que aguantaron el chaparrón. Los maniqueos, por ejemplo, sobrevivieron como religión organizada hasta el siglo XIII. Ése es otro caso de sincretismo interesante. Maní, un noble persa, fundó un culto que mezclaba elementos mazdeístas con otros cristianos y gnósticos. No fue bien recibido y murió en las prisiones sasánidas. Quizá en su caso el martirio, en vez de debilitar, hizo más fuerte a su religión y le permitió crecer en la adversidad.

—¿Fue ese también el caso de los agápetos? —se interesó Claudia, más que nada para centrar con diplomacia la conversación y evitar que Pastor, como muchos eruditos al hablar de lo suyo, se dejase arrastrar por el entusiasmo y se fuese por las ramas, cada vez más lejos del tema a tratar.

—Se supone que en Persia se extinguieron hacia la mitad del siglo V, y que en el Imperio Romano habían ya desaparecido antes.

—¿Pero? —Gustavo ladeó la cabeza, porque el tono de Pastor era el de quien hace puntos suspensivos.

—Hasta ahí la versión oficial. Que las últimas comunidades agapetas desaparecen a lo largo del siglo V. Fin de la historia. Pero Jacobo desarrolló algunas hipótesis curiosas acerca de la secta.

—Que los agápetos habían seguido existiendo después de esa fecha. —Tiró el cebo Claudia, para que el otro siguiese hablando.

—Sí. Era un hombre con una capacidad de trabajo asombrosa, con una gran intuición y un olfato que le conducía a lo que buscaba. Pero sus ideas eran poco ortodoxas y su teoría, la verdad, muy difícil de defender. —Meneó como un pope la cabeza barbada—. No porque fuesen fantasías. Jacobo tenía la cabeza bien

amueblada, pero especulaba en exceso. Elaborar una teoría, como hizo él, a partir de tan pocos datos, es construir sobre arena. Resulta arriesgado y, desde luego, ningún experto con dos dedos de frente arriesgaría su prestigio defendiendo en público una suposición así.

Bebió con parsimonia. Suspiró, antes de cambiar de golpe de registro.

—Otra cosa es que esas teorías sean más que atrayentes, ¡qué duda cabe! Acabo de decir que tenía un olfato envidiable. Cuando me llamó el otro día —se dirigía ahora a Gustavo en concreto—, volví a revisar la documentación que en su día reunió Jacobo sobre el tema, o al menos la que compartió conmigo. Y, de nuevo, tuve que asombrarme ante su capacidad de encontrar evidencias e hilar pistas a partir de simples indicios.

Gustavo le observó un poco perdido, en tanto que Claudia asentía, pensando en la carpeta que le entregó Carmen Silva, en el cementerio de Carabanchel. Mihái, aunque no había vuelto a preguntar, atendía embobado al barbudo profesor de historia del Cristianismo, como si quisiese beber cada una de sus palabras.

—¿Qué saben de la teoría de Jacobo?

—Poco —admitió Claudia.

—¿No han hablado aún con otros especialistas en el tema? Jacobo recurrió a unos cuantos a propósito de esto, aunque no todos se mostraron receptivos.

—Lo sabemos. Pero hemos preferido hablar con usted primero, porque parece que es con quien más contacto tuvo.

—Pudiera ser. Bueno. En esencia, Jacobo sostenía que los agápetos no se extinguieron en la Persia sasánida sino que se las arreglaron para subsistir y que, tras la conquista árabe de Siria, en la primera mitad del siglo VII, volvieron a esas tierras.

—Algún motivo tendría para afirmar eso.

—Se apoya en los escritos de algunos viajeros árabes de ese siglo, que mencionan la existencia en Damasco de grupos a los que, a falta de algo mejor, califican como cristianos. Esos grupos celebraban banquetes secretos y, además de a Cristo, reverenciaban también a un profeta posterior.

—Curioso.

—Sí, lo admito. Uno de esos cronistas indica además que tales grupos eran oriundos de Mesopotamia. Que, durante sus banquetes, celebraban una ceremonia semejante a la eucaristía, oficiada por su sumo sacerdote, durante la que compartían una copa llena de algún tipo de bebedizo alucinógeno.

—El haoma —afirmó de repente Mihái.

—El haoma. Sí. —Pastor asintió muy despacio, al tiempo que contemplaba comido de curiosidad a aquel niño de ojos muy azules y algo rasgados—. ¿Dónde oíste hablar del haoma, hijo?

—El otro día, a ellos. —Por primera vez casi sonrió—. Luego estuve buscando en Internet.

—Bien, bien... —Asintió—. Jacobo suponía que el brebaje mencionado debía de

ser una variante del haoma, adoptado de los mazdeístas en Mesopotamia. Los cronistas árabes también indican que esos cristianos, a los que llaman así, insisto, a falta de un nombre mejor, usaban símbolos propios de la mitología persa. Añaden también que no tenían muy buena fama.

—¿Por qué?

—No dan detalles. Tal vez por su origen extranjero. O quizá, lo mismo que los cristianos primitivos, eran rechazados por sus cónclaves de iniciados. El vulgo siempre atribuyó a reuniones así toda clase de excesos. Prejuicios. Pero Jacobo iba más allá...

Sacó una carpeta, oculta hasta ese instante bajo el abrigo, que estaba doblado sobre el asiento contiguo.

—Dedicó muchas energía a rastrear catálogos de museos y colecciones privadas, y reunió una montaña de información, la verdad es que de lo más interesante. En esta carpeta sólo hay una fracción, aunque supongo que quizá ya hayan visto algo de todo esto.

Desplegó recortes y fotos que mostraban cerámicas y joyas, adornados con soles mazdeos, esvásticas, cruces griegas. Todo muy semejante al contenido de la carpeta que había entregado Carmen Silva a Claudia. De hecho, parte debía de ser el mismo.

—Algunas de estas piezas aparecieron en excavaciones en las montañas del Kurdistán. Otras las exhumaron expediciones arqueológicas rusas en Armenia, Azerbaiyán y zonas de Asia Central. Abarcan un periodo que va de los siglos x al XIV.

—Quinientos años...

—Jacobo, y aquí volvemos a las hipótesis arriesgadas, especulaba sobre la posibilidad de que los agápetos, al igual que los nestorianos, enviasen misioneros por todo Asia, o que quizá los restos de sus comunidades emigraran a esas tierras remotas al irse enrareciendo el clima religioso en los países sometidos al Islam. Rescató relatos de viajeros de distintas épocas que mencionan a tribus de montaña que, según él, podían referirse a ellos. Gentes que vivían aisladas, gobernadas por hombres santos y que adoraban a un mesías al que llamaban «el Primer Maestro». Da qué pensar. ¿Verdad?

—Desde luego. —Aceptó Gustavo, hablando por vez primera en algún tiempo.

—Al parecer, esas comunidades eran vistas con desconfianza, rechazo o incluso pavor y odio por las aldeas vecinas, que les acusaban de toda clase de crímenes. Se menciona incluso que asesinaban a viajeros para robarles y luego devorarles.

—¿Y qué había de cierto en todas esas historias?

—No podemos saberlo. Quizá nada. Esos viajeros sólo recogían historias de segunda o tercera mano y, a mi juicio, bien pudieran ser reflejo de los prejuicios de pueblos remotos y aislados ante lo distinto.

Claudia tomó entre sus manos algunas de las fotos desplegadas sobre la mesa de madera oscura. Ya había visto algunas, sí. Sin embargo, ahora, al pasarlas, no veía

tanto aquellos trozos de cerámica y joyería antigua como a un Jacobo casi obsesivo, entregado a una actividad febril, capaz de revisar miles de páginas de catálogos en busca de algún indicio que reforzase su hipótesis fantasma. Le sacó de esos pensamientos Manuel Pastor.

—No sé si todo esto que les cuento les está sirviendo para algo.

—No tenemos ni idea de qué pueda servir o no. —Claudia sonrió casi con desgana—. Estamos dando palos de ciego, así que cualquier dato puede ser al final valioso.

—Comprendo. A mí también me ha dejado anonadado todo esto. Pobre Jacobo. En lo que puedan necesitar me, cuenten conmigo y, de hecho, tendría mucho interés en ayudar en su investigación, si es que puedo serles de alguna utilidad.

Silverio Ribas nunca acabó de caerle simpático a Gustavo y sospechaba éste que el sentimiento era mutuo, pese a los favores que en tiempos hizo al viejo, cuando el asunto de su hijo Alfonso. Hacía el personaje tal alarde de desapego, de una actitud tan distante hacia el resto de la humanidad, que era enervante y le enajenaba la simpatía de muchos. Era sin embargo amigo de las buenas formas y, cuando Gustavo le telefoneó, se mostró, si no cordial, al menos atento. Se interesó por su salud, la familia, los negocios y luego, cuando Gustavo mencionó a Jacobo y a aquel cuadro del siglo XVIII, le invitó a su casa de San Rafael, a comer y a charlar en persona sobre el asunto.

Así fue como al domingo siguiente, ya 23 de diciembre, Gustavo se acercó en coche hasta el Espinar de Segovia, en compañía de Claudia. Quería ésta aprovechar para visitar al amigo que le prestaba su dirección como domicilio fiscal y postal, pues vivía éste justo en ese término municipal segoviano, al que también pertenece San Rafael.

Gustavo había insistido en recogerla en casa, pero ella se negó en redondo, porque veía de tontos que tuviese que ir hasta Vallecas a buscarla y luego tener que volver a cruzar toda la ciudad hasta la salida de la A VI. Así que le esperó en la boca del metro de Moncloa y, cuando subía al coche, a él no se le pasó por alto la mirada apreciativa que dirigió a su Terrano.

—¿Te gusta conducir? —bromeó.

—Me encanta. Pero no he vuelto a hacerlo desde el accidente.

—¿Le has cogido miedo al coche?

—Me he quedado sin coche, que no es lo mismo. Aquel día, íbamos en el mío. Ya puedes imaginar cómo quedó.

—Siniestro total.

—Y tan total. Era un Ford K que a lo mejor a algunos no les parece gran cosa, pero que para mí era ideal.

—¿Conducías tú?

—No. Patricia.

Torció el gesto, porque acababa de volver a ese recuerdo postrero en el que las dos iban charlando, cansadas pero contentas. Lo más seguro era que jamás recuperase esos diez o quince minutos de memoria previos al choque en cadena.

—¿Cómo es que no te has comprado otro?

—Hasta hace poco tenía unos dolores terribles de espalda. Casi no podía aguantar viajes de más de una hora en coche, y eso de pasajera. Imagina el suplicio que hubiera sido hacerlo conduciendo.

—Pero ya no te duele. ¿No?

—Muy de vez en cuando.

—¿Quieres llevar tú el coche hasta el Espinar?

—¿Yo?

—Claro. —Sonreía al dirigir ya el 4x4 hacia el bordillo, el intermitente puesto y buscando un hueco en el que detenerse para un intercambio de asientos.

Y así fue cómo Claudia, casi un año después de aquella colisión catastrófica al sur de Pamplona, se encontró con 150 caballos de potencia entre las manos, conduciendo por una carretera que a esa hora estaba libre de retenciones. El día era además limpio, de cielos azules y fríos, casi sin nubes, lo que les permitía divisar robledales y pinares en las laderas a lo lejos, mientras hacían kilómetros hacia el norte por una autovía flanqueada por series y más series de adosados, a cada cual más horrible.

Tras cruzar el túnel de Guadarrama, Claudia hizo una llamada perdida al móvil de su amigo Lorenzo, para que supiese que estaban llegando. Habían quedado en un bar del pueblo que Gustavo recordaba de visitas hechas tiempo atrás a un cliente de allí. Fue él quien guió a Claudia hasta el aparcamiento que llaman de Las Escuelas, frente al Palacio del Esquileo.

Claudia bajó mirando esas ruinas de piedra ahora coronadas de nieve, con gran escudo labrado en los restos de la fachada, de forma que el golpe del frío la cogió por sorpresa. Se abrochó el anorak y buscó los guantes, mientras Gustavo, que descendía por el otro lado, soltaba un resoplido.

—Abrígate, que aquí el clima es duro.

Ella asintió, porque había nieve por doquier, aunque no tanta como para cubrirlo todo de blanco. La atmósfera era ésa clara y gélida de las tierras altas. Bajaron dando un paseo hasta la plaza del ayuntamiento, esquivando el goteo con el que la nieve de los tejados se derretía despacio al sol, y allí torcieron a mano derecha para llegarse a Casa Manso.

Hasta allí les siguió el Ángel, que había ido tras ellos en la moto desde Madrid. Y antes de eso había aguardado horas, rondando la casa de Gustavo con la esperanza de que ese día se reuniera con la mujer, que era quien de veras le interesaba. El Ángel sabía ser paciente y también pasar desapercibido, lo que a veces no era fácil. Después de todo, era un hombre que llamaba la atención: alto, bien plantado, de rasgos armoniosos, cabellos muy negros y ojos claros.

Pero ni Claudia ni Gustavo se percataron de su presencia, y eso que la barra de Casa Manso no es grande. El local es antiguo, al punto de que uno de los mosaicos que decoran una de las paredes es la reproducción de una vieja fotografía en sepia de la propia calle en la que está el bar. Vigas de madera vistas, mesas pequeñas, clientes de siempre. Gustavo pidió dos té de la casa, hechos en tetera grande, con un golpe de anís.

El Ángel estaba en la barra de enfrente, con el casco sobre la barra y sin poner los ojos en ellos. Entró un hombre grande, bigotudo, cojeando, con chaquetón de pana y gorro de lana. Echó una ojeada y se fue derecho a cambiar besos con Claudia.

Lorenzo, su amigo del Espinar. Gustavo y él estrecharon manos con miradas de curiosidad mutua. Se cayeron bien y tenían además cosas en común. Los dos habían trabajado en África Occidental. Gustavo por negocios y Lorenzo en agencias ONU de gestión de recursos hídricos. El segundo se pidió otro té y no tardaron en enfrascarse en recuerdos de lugares comunes.

Fue gracias a esa conversación que Claudia se hizo una idea algo más clara de a qué se dedicaba Gustavo en esos años. Al parecer a la caza de negocios y oportunidades. A exportar lo que fuese rentable en cada momento, de maíz a leche en polvo.

Ella no despegó los labios hasta que tuvo que indicarle a Gustavo que llegaba tarde. El otro asintió con una ojeada al reloj. Trató en vano de impedir que Lorenzo pagase y se separaron en la puerta. Gustavo se fue a buscar su Terrano mientras que Lorenzo se llevaba a Claudia a su propio coche, junto a la plaza de la Corredera.

El Ángel que salió detrás, optó por seguir al primero. Tarde o temprano tendrían que reunirse para bajar a Madrid.

—¿Estáis liados? —Preguntó de sopetón.

—No. —Le miró entre sorprendida e irritada—. ¿A qué viene eso?

—A que, si no lo estáis, lo estaréis.

—Porque tú lo digas...

—Tiempo al tiempo.

Ajeno a esa conversación, Gustavo conducía ya hacia San Rafael. Poco le costó encontrar la casa del viejo Ribas. Era una típica de la localidad, de un estilo híbrido entre la arquitectura de la zona y la de montaña centroeuropea. Muros de piedra, tejados de tejas rojas más inclinados de lo normal. Le abrió una criada de rasgos orientales y ropas negras que hablaba el español justo para entenderse. Pero en seguida apareció el dueño con la mano tendida.

Hacía años que no se veían; desde que asumieron el fracaso de las gestiones de Gustavo para localizar a Alfonso Ribas, el padre de Jacobo. El viejo Ribas era de ésos que se marchitan con el tiempo, de forma que acaban por parecer pajaritos secos. Y en los años sin verle el proceso se había acelerado. Se movía despacio y con recelo, como el que teme caerse. Un lustro antes vestía trajes caros y ahora pantalones de pana y jersey, lo que acentuaba el contraste con la imagen que guardaba de él su

visitante. Daba la impresión de anciano en su última etapa vital y no costaba nada imaginarle dando caminatas por el campo, con chaquetón grueso y bastón de montañero.

Pero mantenía sus modales de siempre. Ni en ese primer momento ni durante la comida sacó a relucir el tema que había llevado a Gustavo hasta su casa. Hablaron de economía y de la crisis que se avecinaba. También de las elecciones próximas y de la crispación que para la política española era como una bronquitis crónica.

El viejo Ribas tuvo dos hijos. Ninguno le dio alegrías. El mayor se enganchó a la heroína en los ochenta y murió a comienzos de los noventa. Alfonso, el menor y padre no reconocido de Jacobo, era lo que se llamaba antes un bala perdida y tuvo enfrentamientos con su padre toda su vida. Mal estudiante, se dedicó a toda clase de negocios de posible ganancia rápida, algunos poco claros.

Gustavo le conoció en África e hicieron algún negocio. No le caía mal el personaje, típico buscavidas simpático, pero era poco de fiar. Si al final dejó de trabajar con él fue porque gastaba de más y eso le llevaba cada vez a apuestas más arriesgadas.

Alfonso se metió por su cuenta en asuntos ruinosos y, con el agua al cuello, apostó por colocar productos de primera necesidad en zonas en conflicto de Mozambique, contra los consejos de Gustavo. Allí desapareció en uno de sus viajes. Gustavo hizo gestiones para localizarle, pero en vano. Nunca se supo más de él. Se suponía que fue asesinado por algún capo y señor de la guerra local.

Fue en esa época cuando Gustavo contactó con el viejo Ribas. Le conoció ya jubilado. Antiguo ingeniero de caminos que había trabajado en las grandes obras públicas del franquismo y luego para las multinacionales españolas en Sudamérica, era también otro negociante. Prueba de ello era que, cuando se convenció de que no volvería a ver a su hijo Alfonso, tramitó que le declarasen muerto. Vendió la casa del barrio de Salamanca, que debiera haber sido su herencia, y sacó buen provecho de la inflación de los precios de la vivienda.

Ahora estaba retirado en esa casa de San Rafael, lejos de todo, atendido por internas asiáticas que le suministraba una agencia.

—Casi ni saben español —comentó mientras retiraban los platos—. Así no se enteran de lo que no deben. En cuanto aprenden demasiado, mando que la empresa me envíe otras.

—¿Y las comidas?

—Las encargo en restaurantes locales. Cocinan bien y puedo permitirme el capricho.

Les trajeron cafés, copas, una botella de Cardenal Mendoza, una caja de Partagás 898. Ribas se encendió el suyo con cerilla de madera. Entre el humo, observó a su visitante con ojos de mercader que desmentían su aspecto de viejecillo venerable.

—Íbamos a hablar del cuadro.

—Del cuadro, del personaje que aparece en él, de su historia...

Gustavo estaba cortando la punta del puro con cuidado. Eran las únicas ocasiones en las que fumaba. No en momentos especiales como otros, sino cuando le ofrecían un puro de verdad bueno.

—La policía habló conmigo hace poco. Me informaron de que un amigo de Jacobo Artola ha desaparecido en Italia. Y parece que el propio Jacobo Artola no llegó a viajar a Birmania.

Lanzó una gran bocanada de humo blanco.

—Me quedé muy sorprendido.

Gustavo asintió educado. El tono de su anfitrión era el que uno usa para comentar que se acaba de enterar de que un conocido ha muerto fulminado de un ataque cardíaco. Igual de chocante era que llamase a Jacobo con su apellido, como si fuera un compañero de trabajo y no su propio nieto.

—Poco pude ayudar a la policía y poco podré ayudarte a ti, me temo.

Otra calada honda.

—Tuve poco trato con Jacobo Artola. Me pareció un chico inteligente. Desde luego, era un espécimen humano mucho mejor que su padre, mi hijo Alfonso que en paz descansa.

Le miró entre el humo.

—¿Te choca que hable así de mi nieto?

—Un poco, la verdad.

—Era mi descendiente biológico, nada más. No le vi crecer. No tuve contacto con él. Puede que otro al envejecer, habiendo perdido a los hijos, se hubiese ablandado y tendido la mano a alguien que después de todo podía perpetuar su linaje. Pero a mí todo eso me parecen pamplinas.

Gustavo capeó con un asentir de cabeza. El viejo era un personaje singular y los años no habían hecho más que acentuar sus excentricidades.

—Vi un par de veces a Jacobo Artola. Tuvimos conversaciones interesantes. Pero nunca le consideré uno de los míos. Me hubiera gustado, porque lo tenía todo. Era inteligente, educado, laborioso. Justo todo lo que Alfonso no era.

Hizo una pausa para beber *brandy*. Alzó el puro, casi como un predicador levanta el índice para advertir acerca del Fuego Eterno y las Penas del Infierno.

—Para mí la sangre por sí sola significa muy poco, por no decir nada. Ya me costaba ver a mis propios hijos como algo mío, así que figúrate. Hay quien pensará que soy un descastado. Pero yo digo que si uno no logra transmitir a sus descendientes su escala de valores, su visión de la vida, sus creencias, es como si no los tuviera. Y eso fue lo que me ocurrió a mí.

Agitó luego, apaciguado, el *brandy* en su copa.

—Al menos, Alfonso tuvo el buen gusto de desaparecer cuando su madre ya había fallecido. Mi esposa era muy sentida y no sabes cómo sufrió durante los últimos meses de vida de nuestro hijo mayor. —Volvió a agitar el puro en el aire—.

Pero no divaguemos, que no has venido a escuchar historias familiares y menos de las sórdidas. A ver. ¿Qué pasa con el cuadro ese de marras?

Gustavo se echó atrás en el respaldo. Había estado maquinando estrategias para, sin mentir, no levantar todas las cartas, no fuese que el viejo Ribas, por una u otra razón, se retrajese de hablar.

—No sé. Pero a Jacobo le interesaba mucho.

—Más bien el personaje retratado.

Ahora Gustavo asintió con los codos sobre la mesa y la copa en la diestra, el puro entre el índice y el corazón. Había sido él quien puso en contacto a Jacobo con su abuelo biológico, por si el segundo pudiera suministrar alguna información sobre el retrato.

—¿El cuadro es valioso?

—No demasiado. Me ocupé de comprobarlo. Sólo es viejo. Es de autor desconocido, pintado en el último cuarto del siglo XVIII. Su valor rondará los dos millones... de las antiguas pesetas claro. Diez o doce mil euros, no más.

—¿Está en tu poder?

—No, por Dios. Gabriel Ribas, el personaje del cuadro, tuvo tres hijos y yo, y por tanto Jacobo, descendemos del menor de los tres. El cuadro debió pasar en herencia al primogénito, supongo.

—¿Y quién lo tiene ahora?

—Está en los fondos del Louvre. He indagado a tal respecto pero no hay datos. Es de suponer que fuese uno de tantos tesoros artísticos robados por los franceses durante la Guerra de Independencia. Saquearían la casa de aquel antepasado y se lo llevarían a Francia cuando la retirada napoleónica.

Se acercó la copa a los labios.

—Aunque lo de tesoro artístico es un decir. Tiene algo de valor por lo viejo, nada más. He sacado fotocopias de toda la documentación que en su día reuní para Jacobo. Que no se me olvide dártela. No te vayas a ir sin ella.

—Te lo agradezco. ¿Qué me puedes decir del retratado?

—Se llamaba Gabriel Ribas, como te he dicho, y hay poco sobre él. Reconozco que el interés de Jacobo despertó el mío y pagué de mi bolsillo una investigación. Pero tampoco consiguieron tanto. Fue un ilustrado del XVIII, uno de esos hombres empeñados en modernizar España, como Floridablanca, Jovellanos o el Conde de Aranda. Ocupó cargos menores en la Administración, se dedicó a sus negocios y fue un progresista interesado en los avances técnicos aplicados a la producción industrial.

Gustavo se acarició la barba corta y castaña. Ribas le observó entre el humo, antes de añadir.

—Pero sigo sin ver qué pasa con el cuadro.

—Ni yo. Esto es un palo de ciego. Busco cualquier pista posible que me pueda indicar cómo desapareció.

—¿No sería mejor dejar todo esto a la policía? En fin. Veo difícil que un interés

pueril por los antepasados propios pueda ser peligroso. En cuanto al cuadro en sí, como te digo, no sólo carece de valor, sino que además está en el Louvre.

—Jacobó estaba investigando sobre arquitectura y simbolismo...

—Hablamos largo y tendido sobre ese tema. Era un placer conversar con él, de veras. Era un alma sensible. Un curioso impenitente. Fíjate que de inmediato se interesó por la arquitectura de las casas de por aquí... pero bueno, dudo yo que ese tema pueda costarle a nadie un disgusto. Mejor sería apuntar hacia otro lado.

—¿Cuál?

—Andaba mezclado con sectas y cosas así.

—¿Te refieres a que practicaba yoga, meditación y cosas así?

—Exacto.

—Eso es inocuo.

—A nivel de calle, sí. Pero me da que Jacobó estaba muy metido. Andaba con gurús, maestros, grupos y cosas por el estilo. Y en todo eso hay mucha gente rara. A lo mejor habría que buscar por ahí.

De nuevo Gustavo optó por calar. El viejo Ribas parecía tener una opinión curiosa sobre las disciplinas orientales. Contravenirle podía llevar a una disputa, porque era tozudo a la manera de los viejos.

—Es algo a investigar, sin duda. Pero, volviendo al cuadro, Jacobó se dio cuenta de que el retratado lleva una medalla y una cruz que...

—Una venera y una cruz. Sí. Hablamos de eso. Yo no le veo nada tan excepcional. La cruz con un sol en el centro es algo bastante común en España, si te fijas. Y la venera no es tan distinta a muchas que se pueden ver en retratos de la época y del XIX. Y, aunque no sea así, tampoco hace falta buscar explicaciones tan retorcidas como las suyas.

—¿Cómo por ejemplo?

—¿No era Gabriel Ribas un ilustrado? Pues, como muchos iguales de su época, viajó al norte de Europa y bien pudo entrar en contacto con sociedades secretas de corte masónico. En esa época eran una plaga en Francia, Inglaterra, Alemania. Esa famosa venera no es más que un emblema masónico, o más bien paramasónico. Eso es todo.

—Es una posibilidad —concedió Gustavo, prudente.

* * *

Claudia y Lorenzo subieron a comer hasta la casa de este último, en Aguas Vertientes. La gente del lugar llama así a cuatro laderas de la sierra de Guadarrama por lo empinado de las cuestas y la profusión de arroyos que bajan por las mismas. O más bien bajaban, habida cuenta de que el cambio climático ha llegado también a esas tierras altas de Segovia.

Eso comentó Lorenzo con algo de nostalgia mientras subían en su Land Rover

amarillo, dando tumbos por el Camino de las Lanchas, primero a través de robledales pelados y ya más arriba entre pinos altos y oscuros. Había parches de nieve al pie de los árboles, entremezclada con barro y pinaza. Cuando ella se lo señaló, la contestación fue que sólo diez años atrás era impensable que todo eso no estuviera ya sepultado por las nevadas.

Ahora los tramos de hielo y nieve entre pasturas verdes daban idea de lo que se había suavizado el clima en esas tierras otrora duras. Aun así, el aire era frío y Claudia disfrutó del viaje por un camino en el que no se veía otra cosa que árboles. Casi perpleja de que no le doliese la espalda por tanto brinco, no pudo evitar hacer mención al Land Rover, vehículo que recordaba de su infancia y al que creía tan fuera de circulación como los Simca 1000 o los Seat 127.

—¿Obsoletos? ¡Pero qué dices! —Se había reído Lorenzo con rudeza—. La gente de campo adora a los Land Rover. Hace años que no se fabrican, pero todavía hay bastantes en circulación... y aún los verás muchos años más. Son una especie de icono. Tan duros como las peñas.

El suyo lo había comprado hacía menos de un año a un campesino y no escatimaba para mantenerlo. Confesó que echaba horas trasteando en el motor. Algo sabía de mecánica y no era tiempo lo que le faltaba viviendo allí, en Aguas Vertientes, entre pinares y alejado de todo.

Esas tierras son comunales, propiedad del concejo, y está prohibido edificar en ellas. Son todo bosques con alguna que otra excepción, como un par de construcciones levantadas durante los años 50, en plena dictadura, que más tarde decidieron respetar. Es el caso de la antigua factoría de visones, la más antigua de España. Al clausurarse en los 70, reconvirtieron la casa del guarda en vivienda y las naves de visones en refugio de perros abandonados.

Igual ocurrió con la finca que ocupaba Lorenzo.

Entre pinos, se dedicaba al pupilaje de caballos: cuidaba a una docena de equinos, propiedad casi todos de madrileños que acudían fines de semana a montar. Los cuidaba, alimentaba, sacaba a pasear y, lo que era más importante, impedía que, por la falta de monta, perdiesen la doma. Claudia ya había estado antes en esa finca, de tapia de ladrillo, picadero de arena, establos y casa de piedras sin labrar, en la que Fernando vivía casi como un ermitaño, con sus libros, su música y su conexión a Internet.

Otro de sus placeres era la cocina. Antes de bajar a buscarla, había estado guisando lentejas con rabo de toro que ahora sólo tenía que calentar. La mesa estaba puesta y, mientras él trasteaba en la cocina, Claudia se entretuvo en el salón. Rascó la cabeza al perro bodeguero, jugó luego con un gato grande y atigrado que señoreaba el sofá. Fernando tenía a ese can para cazar ratas y un par de gatos para que se ocupasen de los ratones. A los tres los dejaba entrar en la casa, para que se resguardasen del frío.

Observó las fotos de su etapa africana, que cubrían todas las paredes. Ella le había

conocido ya después, en su época de reportera, y le hizo un favor al que luego él supo responder con creces. Era una de las pocas amistades que conservaba, además de Alejandra —aunque mantuviese cierto contacto con otra media docena de personas— y, si no se trataban más, era por la distancia.

Lorenzo mismo, cuando Claudia se vio obligada a tomar precauciones y casi desaparecer tras destapar un fraude de seguros, le ofreció su casa como domicilio fiscal y dirección postal, para hacerla más difícil de localizar.

Ya en la comida, ella se explayó acerca del asunto de Jacobo y en algún pormenor sobre el mal trago pasado en los jardines del Capricho, incidente del que ya le había hablado por teléfono días antes. Él la escuchó en silencio, casi hosco, escanciando de vez en cuando vino.

—No me gusta —dijo tan sólo cuando ella acabó.

—¿Por qué?

—Porque está claro que te has enredado en algo peligroso.

—Ya no tiene remedio. Lo que necesito es tu consejo.

—Voy a hacer café.

Se levantó de golpe y Claudia, irritada, hubo de aguardar hasta que regresó con una jarra de café de máquina porque, al revés que con la comida o los vinos, Lorenzo no era ningún exquisito en ese sentido. Sí en el de los licores. Se sirvió un Glengoyne de 12 años en vaso bajo, con dos hielos y, sólo después de que su invitada rechazase una copa, se sentó de nuevo a la mesa.

—Yo también he sufrido un incidente. He estado dudando entre contártelo o no, pero creo que lo mejor es hacerlo.

—¿Qué?

—Hará cosa de una semana, alguien anduvo rondando por aquí de noche, supongo que con malas intenciones.

—¿Tuviste problemas?

—Yo no. Al revés. Quien casi los tuvo fue mi visita nocturna. —Sonrió con rudeza—. No tengo media docena de pastores alemanes por amor a los animales, ni seis escopetas cargadas en casa por coleccionismo.

—No me asustes.

Ya en su día, ella había aceptado el ofrecimiento de Lorenzo entre agradecida y reacia. Reacia por temor a que él se llevase un buen susto. Y ya entonces él se había reído, aduciendo justo eso, que tenía gatos para los ratones, un perro bodeguero para las ratas de cuatro patas, y pastores alemanes y escopetas para las de dos patas.

—No pensaba decirte nada porque hay muchos asaltos en esta zona. Son bandas del este de Europa. Ya sabes. Entran por la noche en las casas y, si los ocupantes se resisten lo más mínimo, les dan una paliza de muerte.

—Ya lo sé.

—Lo más probable es que fuesen eso: ladrones, gentuza. En cuanto vieron que había toda una reala de fieras guardando la finca, desistieron para irse en busca de

víctimas más fáciles. Pero, con esto que me has contado, es mejor que lo sepas. Por si acaso. Es de tontos descuidar las posibilidades.

A media tarde, Lorenzo acercó a Claudia de nuevo hasta El Espinar, a la misma Casa Manso donde ya les esperaba tomándose un café con leche Gustavo. Hacía tiempo que éste se había despedido de Silverio Ribas con alivio disimulado, porque aquel hombre le crispaba tanto por su forma de pensar como de expresarse.

Lorenzo se tomó un café con ellos. Hubo charla de cortesía que se animó según volvieron a comentar acerca de lugares de África que ambos habían visitado en sus tiempos. No conversaron mucho de todas formas, pues tenían que regresar. Esa escasez le pesó a Claudia, que escuchaba interesada, más que por el tema, porque todo eso le ponía en contacto con el mundo de Gustavo, con su pasado y su forma de pensar.

Pero la vuelta a Madrid en domingo se espesa según avanza la tarde. Así que a las cinco se despidieron de Lorenzo para montar en el Terrano. Y ahí les vio el Ángel, que aguardaba paciente cerca del aparcamiento.

Les siguió en la moto por entre los coches que abarrotaban la A-VI en dirección a la capital. Aquellos dos ni soñaban en que alguien les siguiese y además estaban ocupados en darse noticias. El tráfico era ya difícil, se libraron del atasco por los pelos y aun así entraron en Madrid bastante más tarde de lo que esperaban.

Ya en Vallecas, Claudia se obstinó en quedarse a unas calles de su casa, para evitar que Gustavo tuviera que dar la vuelta.

—Prefiero caminar un poco. Entre la chimenea de casa de Lorenzo y la calefacción del coche, estoy algo atontada. Un paseo con este frío me vendrá bien para despejar la cabeza.

Así que Gustavo arrimo el 4x4 a la acera. Ella cambió dos besos en la mejilla con él, se echó la mochila al hombro y se fue andando calle arriba.

Hacía frío. Era ya noche cerrada y soplabla viento gélido del norte. Siendo domingo noche, había poca gente en la calle. Se abrochó el anorak, descartó ponerse el gorro de lana, porque estaba a minutos de su casa. Lo cierto es que era reacia a revelar a nadie dónde vivía, más que nada por costumbre. De alguna forma confiaba

en Gustavo. El hombre le gustaba, tal vez por ese cierto desapego que mostraba hacia ella. Había caído en la cuenta de que hacía ya un año que ningún hombre la llamaba la atención. Que no sentía ese calor interno, preludio del deseo.

Caminaba contra las ráfagas, a la luz de las farolas, jugando con esas ideas, cuando la acometió una gran angustia. Sucedió de golpe y sin razón aparente. Con tanta brusquedad que se paró abrumada. Nunca había sentido nada semejante.

La desazón iba en aumento. Estaba al borde de sucumbir a un terror irracional. Le temblaban las piernas, sentía el corazón desbocado y pese al frío estaba sudando. A punto estaba de salir corriendo. Trató de mantener el control. Se dijo que era una histérica, que estaba sufriendo un brote de pánico producto de la tensión de los últimos tiempos.

Cegada de miedo inexplicable, consiguió reconducir el deseo de huir para meterse en un bar próximo. Nadie reparó en ella ni en el estado de ánimo en el que llegaba. Todos estaban atentos al fútbol en la tele de plasma. Se las arregló para pedir café con leche sin que le fallase la voz. Al echar el azúcar, las manos se le sacudían como hojas.

Rodeó la taza con las manos, no para buscar calor sino para controlarlas. Intentó racionalizar. Quiso decirse que todo era un sinsentido. No le sirvió de nada. Sacó el móvil para llamar a Gustavo, pero le contuvo la vergüenza. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué estaba refugiada en un bar, muerta de miedo y sin saber por qué?

Torció el gesto. Aquel café con leche sabía a rayos. Estar ahí, entre gente, la había sosegado algo. Pero el terror seguía ahí dentro de ella. Trató de poner en orden los pensamientos. ¿Qué le estaba pasando? El pánico la había atacado en plena calle. Pánico, sí. Imposible de controlar.

Había tenido la certeza de que estaba a punto de ocurrirle algo terrible. Una sensación tan fuerte que había doblegado a la razón. Se dijo que lo que tenía que hacer era pagar, salir y romper con ese miedo absurdo. Pero la sola idea de pisar esas aceras desiertas, abandonadas a la noche y el viento, la llenó otra vez de espanto.

¿Estaba perdiendo la cabeza? Inspiró hondo. Miró la televisión, luego miró a la calle a través de la luna del bar. Su mirada se detuvo en un hombre parado junto al bordillo, de espaldas y casi fuera del campo de visión. Y el terror ciego dio paso a un temor concreto, aunque tardó unos segundos en saber por qué.

Ese hombre vestía anorak negro, gorro de lana, braga sobre el rostro. Nada anormal. Muchos andan así por Madrid en las noches crudas de invierno. Eso en sí mismo no era nada anómalo.

No fue eso lo que le llamó la atención y sí su porte. Ahí sentada en la barra del bar, con la taza en la mano, le inundó la certeza de que aquel hombre que estaba en la calle, de espaldas, era el de la máscara que la atacó en los Jardines del Capricho.

Más tarde, al buscar una explicación a lo sucedido, lo achacaría todo a esa mirada suya que era como el objetivo de una cámara. Incluso mientras iba caminando, con la cabeza puesta en sus asuntos, debió reparar de forma inconsciente en aquel sujeto de

chaquetón de motorista. Y eso era lo que había desatado el pánico a un nivel profundo de su cerebro. Porque si aquel hombre era el mismo que el del Capricho, eso sólo podía significar que la había seguido para concluir lo que no pudo en los jardines.

Vio cómo echaba una mirada rápida por encima del hombro, sin duda para asegurarse de que seguía en el bar. Eso despejó cualquier duda o reparo. Inspiró hondo y ahora sí sabiendo qué decir, sacó el móvil para llamar a Gustavo.

1498 a. D.

—No podría definirlos como herejes, hechiceros o infieles. Y sin embargo, alteza, tienen algo de todos ellos a la vez.

Así, con esas palabras, había intentado explicar Vargas el Averiguador al rey Fernando el Católico qué eran aquellos extraños sectarios sorprendidos en la falsa ermita de la cueva. El rey, que no tenía buen carácter ni mucha paciencia, le apremió con gesto brusco.

—Sed más explícito, don Francisco.

—Eso procuro, alteza. Pero no es fácil —repuso sin dejarse amilanar—. Forman una secta antigua, eso está claro. Se llaman a sí mismos los Elegidos y, si les llamo herejes, es porque creen en Nuestro Señor Jesucristo y porque comparten mucho de la verdadera fe, aunque también es mucho lo que se han apartado de ella. Son también como los infieles porque, lo mismo que ellos, consideran que Nuestro Señor no es sino uno en una línea de profetas. Así como los sarracenos creen que su falso profeta Mahoma vino detrás de Jesucristo, ellos creen que a éste le sucedió un tal Eugenio, al que reverencian como fundador de su secta. Para ellos, Nuestro Señor Jesucristo sería a Eugenio lo que san Juan Bautista a él... un predecesor.

Se frotó las manos, porque le turbaba hasta hablar de todo eso. Como le había turbado lo que consiguió arrancar a aquellos dos prisioneros mediante tortura.

—Y si les tacho de hechiceros es por sus prácticas secretas, que son tan malignas como sangrientas, impropias hasta de los montañeses más ignorantes y embrutecidos. Han pervertido de forma atroz el sacramento de la Eucaristía. Lo han convertido en un rito nefando...

—No divaguemos. —El rey Católico tendió las manos hacia el brasero, pues se acercaba el invierno y el frío ya se había asentado en Castilla.

—Es que me cuesta expresarlo, alteza. Estos brujos herejes asesinan a gente para luego consumir la carne y la sangre de sus víctimas, en una parodia de santa Eucaristía.

Al resplandor rojizo del brasero, única luz en toda la estancia, don Fernando miró a su interlocutor, ahora estupefacto.

—Pero, amigo Vargas, ¿has comprobado que tal cosa es cierta y no fantasías de locos?

—Sí, alteza. Ya sabéis que no soy hombre que hable o actúe a la ligera. No se trata sólo de las confesiones obtenidas. Lo que los prisioneros han contado sólo corroboran y dan sentido a lo que encontramos en esa gruta.

—Los hombres sometidos a tortura a veces... —El rey don Fernando meneaba la cabeza aún dudoso.

—A éstos no hizo falta aplicarles mucho suplicio. Cuento con verdugos hábiles y ellos son dos débiles de espíritu. —Vargas se permitió una sonrisa dura—. Otros a los que también herimos la noche en que desbaratamos su reunión, al verse perdidos, prefirieron quitarse la vida para no tener que traicionar a los suyos ni a los secretos de la secta.

—Salvaron a los suyos y condenaron para siempre el alma.

—Condenada la tenían ya de antemano por los crímenes de los que son culpables. El caso es que estos dos de los que os hablo no tuvieron valor para hacer lo mismo. Y el coraje no les volvió a la hora de aguantar los tormentos, si es que alguna vez lo tuvieron.

No fiando de interrogatorios solos, Vargas el Averiguador había también indagado hasta hacerse una idea de la red oculta de sectarios que había ido tendiendo sus hilos negros en Castilla a lo largo de décadas. La ermita fue un engaño desde el principio. Aquel descubrimiento milagroso de la Virgen de la cueva, supuestamente escondida por devotos en tiempos de la invasión árabe, no había sido sino un montaje astuto para que los Elegidos pudiesen reunirse de forma periódica sin despertar sospechas.

Vargas había dirigido en persona el interrogatorio de los dos presos, deseoso de saber de dónde había surgido un culto tan extraño. Habló con ellos por separado, sin encontrar contradicciones serias entre lo que uno y otro tenían que contar. Ambos invocaban tradiciones orales que se trasmitían de generación en generación. Según ellos, su credo había llegado a Castilla desde Oriente, lo que de repente daba crédito a las historias que en tiempos contaba el pobre Alfonso Mejía. ¿Lo habrían asesinado los Elegidos, temiendo ser descubiertos? Ninguno de los prisioneros sabía nada de eso, pero Vargas sospechaba que así había sido.

El culto pasó a España con algunos de los del séquito del rey León VI el Armenio, hacía un siglo. Aquel monarca destronado, ya en el olvido, fue en su día todo un terremoto en Madrid. Último rey de Cilicia Armenia, un estado cristiano de las costas de Asia que había resistido siglos a los turcos, fue vencido en 1375 por las tropas del sultán. Quedó preso en el Cairo hasta que las gestiones de algunos reyes europeos, entre ellos del castellano, lograron su libertad. Juan I no sólo le acogió en su reino, sino que le dio las villas de Madrid, Villa Real y Andújar, lo que provocó las iras de esas poblaciones, que eran de realengo y no estaban dispuestas a servir ni a

tributar a nobles.

León el Armenio residió cerca de un año en Madrid y en ese tiempo algo hizo en la villa. Por ejemplo, restauró las torres de ese mismo alcázar en el que en esos momentos, en una cámara interior, se entrevistaban casi en secreto el Rey Católico y su secretario Francisco de Vargas, sin escribanos ni testigos de por medio. Al cabo de aquel año, entre que ansiaba recuperar su reino y que sus vasallos a la fuerza no le querían, el destronado partió hacia Francia con la idea de promover una cruzada y volver a Asia.

Atrás quedaron algunos de los que le habían acompañado desde Oriente. Entre ellos, varios miembros de la secta de los Elegidos, que se radicaron en Madrid. Aquellos dos prisioneros no sabían por qué, aunque sospechaba Vargas que no se fiaban mucho del éxito de una empresa contra los turcos. León el Armenio murió sin conseguir su tan anhelada cruzada. Sin duda, nunca sospechó que entre sus acompañantes se ocultaba un culto sangriento y herético. Culto que se asentó en Madrid y fue la semilla infectada de la que germinó en Castilla un arbusto podrido cuyas ramas eran caballeros, escuderos y hombres buenos de posición acomodada.

—Las creencias de los Elegidos son muy extrañas, alteza. —Vargas, al explayarse sobre ese tema, abandonaba sus reparos para mostrarse reflexivo, como hombre que era dado a meditar sobre la naturaleza y la apariencia de las cosas—. Los Elegidos creen que existen varias clases de hombres, según su alma. Y ellos por supuesto pertenecen a la categoría más alta. Eso es al menos lo que he sacado en claro a partir de las confesiones de esos dos bellacos. Os confieso que no deseo más contacto con herejes ni doctrinas malignas que lo imprescindible, pues es el roce lo que mancha.

—Eres hombre prudente, Vargas. Tu actitud es la correcta.

—Los Elegidos consideran que hay tres clases de hombres, a los que llaman los tres pueblos. El primer pueblo, el más bajo, serían hombres que no son sino barro animado, sin alma, sin rastro de Soplo Divino en su ser. Ese tipo de hombres, al morir, vuelve al polvo. Para ellos por tanto no habría ni Cielo ni Infierno esperando tras la muerte, sino un regreso a la Nada.

»El segundo pueblo estaría formado por aquellos que, aun siendo barro, han sido animados por el Soplo Divino. El tercer pueblo, el más puro, llevaría la Chispa Divina dentro.

—Y esos son, según ellos, los Elegidos.

—No, alteza. A los primeros los llaman los Materiales, a los segundos los Animados y a los terceros los Espirituales. Pero ellos se consideran una categoría más elevada dentro de los terceros. Son los Elegidos, los que han recibido la Palabra de sus maestros y abierto los ojos a la realidad de las cosas.

—Una herejía extraña, sin duda.

—Tanto que los tengo más por hechiceros que por otra cosa. Porque los Elegidos creen además que es posible asimilar esa esencia divina que sólo contienen los del Tercer Pueblo. Y es por eso que celebran parodias sangrientas de Eucaristía. Nosotros

tomamos el cuerpo y la sangre de Cristo, transubstanciado mediante la santa misa. Ellos eligen a algún miembro especialmente puro del Tercer Pueblo, de los Espirituales, y toman de él la esencia divina devorándolo literalmente. Los asesinan, se comen la carne y se beben la sangre en una ceremonia sacrílega.

—¡Pero qué horror!

—El horror. Sí. He tratado de hacer memoria y recordar lo que contaba Alfonso Mejía de los sectarios que conoció en Oriente. Me temo que fabulaba bastante, por lo que es difícil deslindar realidad de invención. Pero afirmaba que en Asia hay ramas de la secta que se comen a las víctimas. Estos de Castilla no. Toman sólo una pizca de sangre. Pero sí se beben la sangre. La mezclan con drogas secretas y elaboran un bebedizo al que llaman el *joma*, que provoca euforia y visiones sagradas.

—¿Y dices que esos miserables han estado asesinando y bebiéndose la sangre de la gente durante casi cien años? —El rey don Fernando volvió a tender las manos hacia el brasero, cada vez más hosco, el rostro alumbrado de rojo por los carbones incandescentes.

—Eso en Castilla. En Oriente llevan operando desde los tiempos casi de Cristo.

—¿Cuántos pueden haber muerto a sus manos?

—Es difícil calcularlo y ya sabéis que no me gusta hablar a la ligera. Tal vez no tantos como pudiera parecer en principio. No realizan muchas ceremonias. Sólo en fechas especiales: el comienzo de primavera, la fiesta de los muertos de mediados de otoño, la noche de San Juan. Aun así, han actuado aquí durante un siglo. La suma final de asesinados puede ser considerable. El viejo Ruy Escobar hablaba de un pozo muy hondo a cuyo fondo no llegaba la luz de los candiles y en el que debía haber gran número de cadáveres.

—¿Y ellos? ¿Cuántos calculas que puedan ser?

—Seguro que no llegan ni siquiera a cien. La necesidad del secreto y sus mismas creencias les obligan a sumar un número bajo. No olvidemos que se consideran una clase superior, santificada. Respetan la autoridad de un sumo sacerdote al que llaman Maestro, el más santo de todos ellos. Otro remedo sacrílego de nuestra verdadera fe: llamar a su capitán como los apóstoles llamaban a Nuestro Señor. Es el Maestro el que decide quién tiene calidad de Espiritual de entre los hijos de miembros de la secta. A éstos se les educa como Elegidos y a los demás se les mantiene en la ignorancia.

—Si son tan pocos, el problema no es grave —resopló aliviado el rey, que había temido que Castilla estuviese llena de ese cruce de vampiros y herejes.

—El número no es el problema. Pero sí la calidad de los miembros de la secta. Todos los Elegidos son gente de posición, algunos de considerable poder e influencia. Me pesa decir que entre los Elegidos hay algunos que son hijos de linajes muy principales en estas tierras.

—¿Estáis seguro de eso?

—He elaborado una relación escrita. La guardo en lugar seguro. He preferido

hablar con vos, antes de entregároslo.

—Ya veo por qué insististeis tanto en que todo esto se llevase con suma discreción.

—Aquí hay algo más que herejía. Hay gente principal implicada. Los Elegidos se ven a sí mismos como una comunidad, semejante a las que formaban los primeros cristianos. Están unidos por fuertes lazos. Se ayudan unos a otros, para acrecentar haciendas, conseguir cargos y ganar influencia en el reino... hay, pues, una vertiente política en todo esto.

Don Fernando esta vez guardó silencio largo rato, antes de hablar.

—Como de costumbre, amigo Vargas, doy gracias a Dios por teneros a nuestro lado, por esa mente despierta y esa perspectiva que tenéis de los asuntos, mucho más amplia que la del común de las gentes.

—Gracias, alteza.

—Doy gracias también a Dios porque sois hombre de recursos y porque puedo confiar a ciegas en vos. Digo esto, amigo Vargas, porque no deseo ver esa lista.

—¿No?

—Conservadla. Arreglad este asunto sin que medien justicias o la Inquisición.

—Algunos de los implicados han huido de Castilla. Otros no, sin duda porque se creen a salvo.

—Nada podemos hacer sobre los primeros. Ocúpate de los segundos. No quiero saber nada, sólo remedia estos males. Cuando todo esté hecho, quema la relación de nombres y que no se hable más del asunto. No deseo saber nada, excepto que está resuelto.

—Así se hará, alteza.

Cielos plomizos, calor espantoso, nubes de insectos, una humedad inaudita que le tenía a uno bañado en sudor pringoso. Impresiones que iba a transmitir Carlos Bassano a Claudia Ugarte días después, cuando le hablase de aquel viaje que hizo al noroeste argentino, en busca de los restos de Pozos Jordán. Con el paso de los meses, todo aquello mutaría en su memoria para tornarse recuerdo casi agradable, una aventura como no corría hacía muchos años. Pero en el preciso instante en que detuvo el viejo Land Rover y se bajó despacio, incómodo, escocido y casi sin aliento por el calor, con el sudor corriéndole por el rostro, casi lo único que hizo fue maldecirse por ser tan impulsivo y haber acometido un viaje así.

Al menos ahí estaba esa construcción que su primo Horacio y él habían ido a visitar desde tan lejos. Aunque a primera vista no parecía gran cosa. Extraña a esos parajes sí, pero no espectacular. Cuando más tarde tuvo que describirlo, lo hizo mediante imágenes. Con forma de 8 y las cabezas de distinto tamaño; una de unos 10 metros de diámetro y la otra alrededor de 5. También de alturas distintas pero ambas circulares, de muros de ladrillo y tejados cónicos de tejas rojas que seguían casi todas en su sitio a pesar del casi siglo de abandono.

Bassano, con la camisa pegada al cuerpo, se desplazó en ángulo para tener mejor visión del conjunto. Tiró unas fotos. Algo en esa estructura recordaba la arquitectura industrial de principios del xx. Fábricas, talleres, almacenes. Chimeneas muy altas que eran parte del paisaje del Madrid de los 70 que conoció al llegar a España.

Pero ese edificio en 8 se alzaba en pleno Chaco argentino, entre herbazales espesos y palmeras altas. Sus únicas ventanas eran ojos de buey a intervalos y en lo alto.

Se pasó un pañuelo por la frente. Se preguntó por enésima vez si merecía la pena el viaje. Horacio y él habían aprovechado la semana entre Navidad y Nochevieja para viajar a la provincia de Formosa, frontera con Paraguay. Primero en avión desde Buenos Aires a la ciudad de Formosa, casi 1200 km, y luego otros 300 en coche hacia el noroeste.

La antigua colonia de Pozos Jordán estaba ahora dentro de un obraje, una explotación maderera, y Horacio había tenido que mover contactos para poder entrar. Horacio, quince años más joven que Carlos y profesor de historia en la UBA, tenía preparado a su primo un buen *dossier* acerca de los hermanos Jordán y sus andanzas por la Argentina del entresiglo XIX-XX. Y a partir de esas informaciones, ni cortos ni perezosos, se habían animado a hacer ese viaje a Formosa.

La última etapa fue campo a traviesa y en Land Rover, porque el camino había desaparecido por completo hacía mucho. Rodaron durante lo que les parecieron horas a través de praderas de gramíneas salpicadas de palmeras que se mecían en el viento ardiente. El capataz del obraje, que tenía orden de los dueños de darles cuanta ayuda precisasen, les ofreció un todoterreno. El que quisieran. Y Carlos se había dado el capricho de elegir un Land Rover de los antiguos, color arena, pese a los gruñidos de Horacio.

Fue un viaje arduo, dando botes, con temperaturas de más de 45° y una humedad propia de una terma. Más de una vez temieron haberse perdido y casi ponderaban desistir, creyendo haber rebasado las ruinas, cuando Horacio señaló a su primo lo poco que quedaba de la colonia. El viejo Salvador Jordán había tenido al menos el buen criterio de fundarla lejos de la jungla o esteros, tan mortíferos por culpa de ofidios, mosquitos y fiebres. Lo que quedaba de su proyecto de población se alzaba en una pradera extensa, pródiga en palmeras y próxima a fuentes de agua, circunstancia ésta que explicaba su nombre.

Pero ni se detuvieron en esa ciudad que no llegó a ser. Las hierbas altas se habían comido las calles y las fincas. Restaba un esquinazo aquí y un trozo de muro allá. Poco más. La poca documentación encontrada por Horacio indicaba que hubo en tiempos dos calles principales en cruz y que, a partir de ahí, habían dividido el terreno en parcelas cuadradas, en las que Salvador Jordán edificó viviendas para los colonos llegados de España.

No se sabía si Pozos Jordán llegó a contar con edificios públicos, escuela, un dispensario al menos. Y ahora era imposible deducirlo, porque el clima tropical de Formosa había dado buena cuenta de las construcciones, como en su momento hizo con los colonos. Por un par de referencias sueltas, sospechaba Horacio que algún cambio había llevado a alguno de los múltiples ramales del río Pilcomayo mucho más cerca de la colonia, creando esteros de aguas someras en las que se incubaban todo tipo de enfermedades. El caso era que muchos de los emigrantes murieron allí de fiebres y fueron enterrados en un cementerio cuya ubicación se había olvidado hacía más de medio siglo. Luego otro cambio de cauces había vuelto a alejar al río, como si éste se hubiese replegado una vez eliminados los intrusos.

Pero, especulaciones y fantasías aparte, intrigaba, y mucho, al profesor de historia que casi todos los colonos hubiesen sido españoles, cuando a esos territorios habían acudido sobre todo emigrantes alemanes y escandinavos. Carlos, en cambio, se encogía de hombros ante tal circunstancia.

—Los Jordán eran gallegos. ¿Qué tiene de raro que prefirieran compatriotas?

—¿Y por qué llevarlos a un lugar tan apartado?

—Ya me gustaría a mí saberlo.

Pero los dos primos no habían viajado tantos kilómetros y en mala época —a comienzos del verano austral, con temperaturas muy altas, y epidemias de dengue y fiebre amarilla haciendo estragos por toda la región— para visitar ruinas tan míseras. Las dejaron atrás, atentos a localizar otro edificio concreto, situado según sus datos a unos tres kilómetros más al sur.

—¿Nos acercamos?

La pregunta la hizo Horacio con los brazos en jarras, plantado junto al Land Rover. Sacó de golpe a su primo de la contemplación abstraída de aquel ocho de ladrillos.

—Claro. Caminemos mejor. El calor dentro del auto es inaguantable.

—La culpa es tuya. El *capanga* nos hubiera prestado cualquier auto. El Toyota o el Jeep aquel. Pero no. Vos tenías que elegir esta catramina.

—¿Catramina *decís*? No hay auto mejor —se defendió el otro. Hacía años que no veía un Land Rover y, apenas le puso los ojos encima, le venció la nostalgia. Por eso lo había elegido. Nunca llegaría a saber que, pocos días antes, a medio mundo de distancia, Claudia había hecho también un viaje por el campo en otro igual—. Ocurre que no le pusieron buen aire acondicionado y que este lugar es el Infierno.

—Y que vos ya estás grande para estas aventuras.

—Habló el pibe.

—Quince años más joven y hago menos vida de vago.

—*Dejáte* de romper las pelotas, que el horno no está para bollos.

Y se fue malhumorado a apagar el motor mientras Horacio se reía, porque se mantenía fuerte en efecto, aunque con ese algo de panza de los que no renuncian a la buena mesa. Era un hombre brillante de aspecto rudo y un perro de presa a la hora de investigar, de los que no sueltan cacho una vez han hincado el diente. Por eso, incluso mientras cruzaba pullas con su primo, camino de aquel edificio viejo, volvía a las mismas preguntas que llevaba días haciéndose.

¿Por qué un empresario pragmático como Salvador Jordán se había empeñado en fundar una ciudad allí? En 1898, Argentina y Paraguay se disputaban los Chacos Central y Boreal, y tardarían muchos años aún en acordar su reparto pacífico. Y eso era la cara legal. La real era que en esos días ni Asunción ni Buenos Aires tenían autoridad sobre esas tierras, pobladas entonces por indios que, aunque no muy belicosos, sí estaban dispuestos a defender lo suyo. Muchas expediciones sucumbieron bajo las flechas y las mazas en emboscadas, y las campañas militares para someter el territorio tuvieron lugar ya en los años 20 con gran derramamiento de sangre, cuarto de siglo después de la aventura de Pozos Jordán.

¿Por qué allí? No se le ocurría sino que Manuel Jordán buscase lo único que esas tierras podían darle. Aislamiento. Una comunidad lejos de todo, sin contacto con el

mundo exterior. Pero eso llevaba a su vez a otra pregunta: ¿Por qué?

Mientras su primo Horacio caminaba con esas cavilaciones, atento también a no pisar serpientes, Carlos Bassano se preguntaba de dónde habrían salido los ladrillos. Tal vez los habían cocido allí mismo una vez fundada la colonia, porque la otra opción era que los hubiesen traído desde la ciudad de Formosa, lo que en aquellos tiempos hubiera sido un esfuerzo ímprobo. Habrían tenido que remontar alguno de los brazos del Pilcomayo con barcazas cargadas de ladrillos, o transportarlos en carretones de bueyes a través de territorios indios hostiles.

Ya de cerca, no pudo por menos que preguntarse cómo había sobrevivido aquel edificio al clima. Cómo no habían crecido entre los ladrillos plantas tropicales, haciendo estallar los muros. Quizá, especuló, habían mezclado tóxicos en el cemento, para impedir justo que arraigasen ahí las semillas. Casi sin pensar, paseó la mano por el muro, y el ladrillo se le desmenuzó bajo los dedos, dejándole las yemas manchadas de polvillo rojo.

—¡Eh! Esto se deshace.

Inquieto, Horacio a punto estuvo de dar un paso atrás, como temiendo que el muro se les viniese encima.

—¿Qué esperabas? —Ahora le tocaba mofarse a Carlos—. Lleva casi un siglo a la intemperie. Es un milagro que todavía siga en pie.

—¿Y si se nos derrumba justo cuando entremos?

—No seas cagón.

La entrada era de ladrillo, tan deteriorada como el resto. Pero la puerta era de quebracho, esa madera rojiza de los trópicos que de tan dura tiene fama de indestructible. Carlos la palmeó. Puede que indestructible no, pero había aguantado de momento muy bien. La cerradura original ya no estaba, pero en su lugar habían colocado una cadena con dos candados. Los propietarios del obraje habían hecho llegar llaves a Horacio, en el propio Buenos Aires, puede que recelosos de que el capataz —*capangas* era apelativo entre despectivo y tenebroso que recibían los de su empleo en esas latitudes—, pretextando no tenerlas, los hiciese volverse de vacío al sur.

El propio Horacio trasteó un instante en los candados, antes de soltar la cadena, que libró con resonar metálico, y quedarse con ella en la mano. Su primo le observó socarrón.

—¿Por si te ataca un tigre?

—No sería mala arma. —Hizo oscilar la cadena, de forma que los eslabones volvieron a tintinear.

Pese a las bromas, no se ahorraron miradas recelosas antes de entrar. A saber qué podía haber ahí dentro luego de tantas décadas. Si no madriguera de pumas, bien pudiera haberse convertido en nido de serpientes venenosas y de locos sería pisar allí dentro sin tomar precauciones. Pero el interior se había mantenido más o menos intacto gracias a su construcción sólida, el tejado, la puerta de quebracho y el grosor

de los cristales de los ojos de buey.

Más o menos intacto, pero no del todo. Dentro, por lo pequeño y grueso de las lumbreras, reinaba una penumbra grisácea que luego Carlos Bassano definiría casi submarina. Submarina por el color de la luz, porque los muros gruesos aislaban del exterior y porque algún efecto acústico —buscado o no— amortiguaba de forma las voces, los pasos, los ecos. El interior era diáfano, sin tabiques ni vigas— Una gran estancia circular de unos nueve metros de diámetro y tal vez cinco de altura. El techo en bovedilla, con un lejano aire a catedral medieval. Carlos Bassano no pudo por menos que preguntarse si no habría vigas de acero ocultas en los muros. De ser así, debían haberlas transportado desde Buenos Aires; toda una hazaña en esa época.

La pared circular debió estar en tiempos cubierta de frescos, aunque no quedaban ya ni la cuarta parte. Desde fuera el techo parecía aguantar, pero había cedido en puntos y había filtraciones, porque grandes secciones de la pared estaban cubiertas de churretones y manchas negras. Olía a cerrado, a humedad, a podredumbre, y en la penumbra habían crecido toda clase de hongos, contribuyendo aún más al deterioro de los frescos.

Horacio Bassano olvidó su temor a las víboras para, todavía con la cadena en la mano, acercarse a esos restos de pinturas. Carlos, menos emotivo o más sistemático, quiso sacar antes fotos para estudiarlas después. Los suelos de terracota rojiza, los frescos, el techo negro de humedad y hongos. Si hubo allí arriba pinturas, habían desaparecido. Volvió luego su atención a una mesa enorme en el centro de la estancia.

Mesa anular, de unos cinco metros de diámetro y casi cuarenta sillas alrededor. Todo ese mobiliario era de algarrobo colorado, otra madera muy dura de esos territorios. Carlos Basanno dejó correr los dedos por el borde de un respaldo. Ebanistería fina. Jordán debía haber llevado artesanos a su colonia, porque locales no debía haberlos en esa época. Esas sillas estaban cubiertas de tallas que a Carlos le recordaron las de los muebles castellanos clásicos, aunque los motivos eran cruces griegas, soles, esvásticas, triskeles, palomas, corderos. Acarició de nuevo un respaldo, apreciando lo pulido que seguía tras tantos años, antes de volver su atención a los restos de decoración entre las humedades negras del muro.

Pocas semanas después, con las instantáneas desparramadas sobre la mesa de un café de Madrid, trataría de describir las pinturas a Claudia, sabiendo que no siempre las fotos logran transmitir lo que la piel siente. Esos frescos eran una amalgama. Imitación de arte bizantino y remedos de estéticas asiria y babilonia. Santos con aureolas doradas que empuñaban báculos, cruces, espadas, o alzaban la diestra en bendición. Soles, toros alados, leones, esfinges. Una fusión imposible, *kistch* en estado puro y sin embargo con un resultado que a Carlos Bassano se le antojó bello y hasta elegante, y del que luego diría que las fotos no llegaban del todo a hacer justicia.

La pintura sobre yeso fresco es muy resistente y por eso aún pudieron, tras ochenta años, intuir lo que aquellas paredes habían sido, entre los desconchones, las

humedades y las colonias de hongos. Mientras los dos viajeros observaban lo que quedaba, se desató una tormenta fuera, con esa fuerza tremenda de los trópicos. El silencio casi de iglesia se rompió con el atronar del agua contra las tejas. Salieron a la puerta para observar el chaparrón de gota gruesa que caía con tanto caudal como mansedumbre, con un susurro casi balsámico que parecía envolverlo todo. El cielo estaba muy negro, los herbazales y las palmeras se doblegaban ante la fuerza del agua y aún en mitad de esa tormenta seguía soplando el aire ardiente del norte. Horacio encendió un cigarrillo con los ojos puestos en el exterior lluvioso. Seguía haciendo mucho calor y había aumentado todavía más la humedad, de forma que la sensación era la de un baño de vapor.

Se quedaron allí un rato viendo llover, antes de regresar al interior. El agua corría ya en regatos por las paredes y Horacio, con el cigarrillo humeando entre los dedos, señaló a los restos de un león asirio pintado.

—Che, ¿qué *pensás* vos de todo esto?

Carlos, el rostro mojado en sudor, puso los ojos al fondo, en un arco de medio punto que debía llevar a la cabeza menor de aquel edificio con forma de ocho.

—Que cada vez me suena menos inverosímil la hipótesis de Jacobo. *Fijáte* en esos ojos de buey tan chiquitos. Qué poca luz dan. Esto se usaba de noche. *Mirá* esa mesa, Horacio. ¿En qué voy a pensar sino en el círculo de los Elegidos y sus ágapes a imitación de los primitivos cristianos?

Horacio Bassano dejó caer la colilla en el suelo, sin miramiento, y la aplastó con el tacón. Paseó de nuevo la mirada por los restos de frescos y allí, en la penumbra gris, con el tabaleo de las gotas gruesas sobre sus cabezas, se hizo una pregunta que luego, de regreso ya en Buenos Aires, le llevaría a sumergirse de nuevo en los viejos archivos.

Mientras observaba a aquellos santos entre leones asirios y toros caldeos, con el sudor corriéndole libre bajo la camisa, se preguntó si los Jordán no habrían sido los promotores —o tal vez sólo los agentes de alguien, quizá de aquellos Elegidos— de uno de tantos grupos que, hacia el cambio de siglo, soñaron con establecer en Sudamérica su propia utopía religiosa o social. Comunidades puras en lugares aislados, lejos de la contaminación de la sociedad de su tiempo.

Muchos lo habían intentado con fortuna desigual. Los hubo que sobrevivieron, como los valdenses de Uruguay, que aún hoy en día ocupan una población al sur del país. Otros fracasaron, como el escritor español Blasco Ibáñez que, en tierras cedidas por el gobierno argentino, intentó fundar una utopía agraria con arroceros valencianos y alicantinos. La aventura naufragó y de forma además bastante turbia, dejando al menos dos pueblos fundados por aquellos arroceros: Nueva Valencia y Colonia Cervantes.

¿Pretendía algo así Salvador Jordán en aquel norte lejano, inexplorado y sin domeñar, lleno de indios y sin ferrocarril, lejos de todo y de todos? ¿Había intentado lo mismo su hermano Buenaventura en la Pampa Húmeda?

Rodearon aquella gigantesca mesa anular, con sus sillas labradas, para alcanzar el arco de medio punto al fondo del muro. Arco de ladrillo sí, pero columnas de mármol pulido, negra la derecha y blanca la izquierda. Carlos paseó también los dedos sobre esas superficies tensas. Aquellas columnas sí que seguro que habían sido labradas, pulidas y transportadas desde algún lugar muy lejano. Quizá desde la misma Europa, tal como era costumbre entre los ricos de la Argentina de entonces, que se jactaban de adquirir en el viejo continente hasta los sillares con los que edificaban sus mansiones. Examinó el umbral antes de cruzarlo. Nunca hubo allí puerta pero sí, a juzgar por los anclajes del techo, algún tipo de cortina o colgadura que cerraba el arco.

Más allá se encontraron con otra sala circular y diáfana que ocupaba toda la planta del edificio anejo, sumida en la misma penumbra plomiza de los ojos de buey. Había sólo dos de éstos y, al alzar los ojos hacia ellos, a Carlos Bassano se le ocurrió de repente que toda aquella construcción debía de haber sido planificada siguiendo proporciones áureas, algo muy de moda en la época en la que se levantó.

Ese segundo interior estaba desnudo. Ni frescos ni revoque. Suelo de terracota, paredes de ladrillo visto y, en el centro, un poliedro rectangular de algarrobo que recordaba a un altar. En una de las cabeceras, habían tallado un canal que desembocaba a ambos lados y, al observar aquello, Carlos Bassano reculó por instinto. Era hombre supersticioso, presumía de ello y lo justificaba ante los demás por su largo contacto con el mundo del teatro, tan lleno de tabúes y rituales. Pero en su fuero interno se consideraba además un hombre intuitivo. Y esa especie de altar, y esa ranura, no le recordaron otra cosa que a una mesa de carnicero. Y peor fue cuando al acercarse de nuevo, con esa impresión aun revoloteando dentro de su cabeza, descubrió las manchas oscuras en la madera.

Se paró ahora en seco, con gesto agrio. Horacio sacó con parsimonia su paquete de cigarrillos y encendió otro despacio, como hombre que se toma tiempo para reflexionar.

—No vamos a pensar en cosas raras.

—Esto era una especie de templo, logia, o algo así.

—¿Y qué? Por ahí sacrificaban a animales...

—*Dejáte* de pelotudeces, Horacio, que éstos no eran chamanes bolivianos. Eran gallegos, de Europa. ¿Cuántas religiones occidentales *conocés* que hagan sacrificios de sangre?

Hubo entre ellos dos un silencio denso. Observaron callados esa mesa o altar, con su canalón y sus manchas oscuras. Cambiaron otra mirada y luego habló Carlos.

—Salgamos.

—¿No ves cómo está lloviendo? Ha sido una mala idea dejar tan alejado el auto.

—*Quedáte* vos si querés. Yo prefiero empaparme que seguir acá adentro.

Claudia pasó la Nochevieja en casa de Gustavo Ungría, con éste y con su hijo Mihái. Él se lo propuso de improviso apenas dos días antes, mientras charlaban por móvil, y ella aceptó sin pensárselo dos veces. Desde la muerte de sus padres, solía cenar esas noches con su hermano, más que nada por la obligación autoimpuesta de éste y su cuñada, que clamaban siempre aquello de: «¡cómo vas a pasar sola unas fechas como éstas!»; algo que ella, en el fondo, aborrecía. Por eso le resultó curioso descubrir que algo parecido le ocurría a Gustavo desde su separación, ya que se veía obligado a peregrinar medio a la fuerza por las casas de sus hermanos cada Navidad, solo o en compañía de su hijo.

Si algún reparo puso Claudia fue porque se le ocurrió que quizá fuese mejor para Mihái pasar esa fiesta con más compañía. Algo que Gustavo descartó casi bufando. Siendo como era el chico, tampoco disfrutaba tanto junto a sus primos, y menos de los jolgorios, comilonas y efusiones propias de las reuniones familiares de esas fechas.

Esas Navidades estaban siendo especiales para Claudia y no precisamente para bien. Tras descubrir que la estaban siguiendo, no había vuelto a su piso de Vallecas excepto para recoger algo de ropa y efectos personales. Había pasado un par de días en casa de Alejandra, antes de instalarse en un piso que le había conseguido un amigo de ésta, para evitar que el nombre «Claudia Ugarte» figurase en lugar alguno. Después de todo, vivir escondida no era algo nuevo para ella, aunque esta vez no lo hacía por amenazas recibidas, sino por la certeza de que alguien tenía empeño en verla muerta.

Haber pasado antes por tal situación, aunque en menor grado, le daba ciertas tablas a la hora de encarar el asunto. Al menos seguía con su vida —con todas las precauciones posibles— y no se quedaba encerrada, como quizá hubiera hecho otra. Se negaba a claudicar ante el miedo y por eso mismo, pese a la insistencia de Gustavo, se empeñó en ir ella sola hasta la casa de éste y no dejó que él fuera a buscarla. Sin coche propio y visto lo difícil que es encontrar un taxi en las horas

previas a las cenas de Nochevieja, tomó el metro hasta Puerta del Ángel para después caminar unos metros hasta el portal de Gustavo, que estaba en el primer edificio de todos, uno alto, sin nada entre su fachada norte y el río.

Él la recibió con vaqueros viejos y jersey negro de cuello vuelto que le sentaba muy bien —o eso pensó ella—, con esa barba corta y oscura suya. Claudia, por su parte, había echado su buen rato ante el espejo esa tarde, dudando sobre qué ponerse, probando hasta decidirse por pantalón y chaqueta, ambas negras, y un corpiño Dolce&Gabbana, de raso también negro, con tirantes y ajustado.

Tiempo y dudas que al menos tuvieron la recompensa de una mirada más que apreciativa al abrir la puerta. Pero, apenas pisó aquel salón, la atención de Claudia se fue a las vistas de la ciudad al otro lado del río. Se llegó a la cristalera para contemplar los edificios monumentales en la oscuridad, con sus luces exteriores. La gran cúpula de San Francisco el Grande, el mamotreto de la Almudena, el Palacio de Oriente, el Edificio España, la Torre de Madrid, estos dos últimos ya a la izquierda del ventanal. Todos perfilados contra un cielo rojo en el que estallaban cohetes sueltos, preludio del huracán de pirotecnias que iba a cubrir el techo de la ciudad tras las doce campanadas.

—Lo compré por la vista, sobre todo. —Sonrió él, al darse cuenta de hasta qué punto le había seducido el panorama nocturno.

—Qué suerte poder vivir en un lugar así.

—Me salió por un ojo de la cara. Cuando me separé, mi ex se quedó con la casa. No quise discutir nada. Firmé lo que tenía que firmar, me compré este piso y me mudé corriendo. Con lo que han seguido subiendo las viviendas, ahora no podría pagarlo.

Le ofreció de beber. Ella aceptó una cerveza y él se fue a la cocina a vigilar la cena, que estaba acabando de hacerse. Trajo una Mahou y una copa de vino blanco, y se volvió a la cocina. Estuvo yendo y viniendo, dándole conversación a saltos. Así se enteró Claudia de que Gustavo era amigo de cocinar. De los que no les importa dedicar horas a los fogones si el resultado merece la pena. Entre retazos de conversación, e idas y venidas, se dedicó a observar el salón de la casa.

Una estancia curiosa, muestra tal vez del carácter y vida de su dueño. Como muchos casados vueltos a la soltería, Gustavo había amueblado más según gustos y comodidad que buscando una unidad estética. Sofá de cuero negro algo sobado, televisor plano inmenso colgado en la pared, mesa de centro blanca, mesa de comedor de cristal con cuatro sillas. Una librería sencilla, de madera y rebosante de libros en desorden. Pero lo que más le llamó la atención fueron las paredes llenas de fotos de África, en las que se veía a un Gustavo más joven y sin barba, en distintos lugares, a menudo en compañía de diversas gentes.

—África —aclaró él de forma innecesaria, una de las veces que al volver la sorprendió estudiando las fotos.

—¿Lo echas de menos?

—No. Fue una buena época, pero ya pasó. Y lo que pasa, es mejor convertirlo en buenos recuerdos que en nostalgia.

Claudia asintió, sin despegar los ojos de las fotos. No eran las idílicas de safaris para europeos. En la mayor parte de ellas, se le veía en calles sucias, perdido en alguna de esas inmensas ciudades africanas hechas de miseria, chabolas, violencia y vertederos como montañas. Cosa curiosa, Gustavo, como si esa pregunta le hubiese removido algo —lo que hubiera sido paradójico, dada la respuesta—, no dijo más y se fue a vigilar de nuevo la cena.

No se sentaron a la mesa hasta cerca de las diez y Mihái, que había estado leyendo en su cuarto, asomó sólo un poco antes, a las voces de su padre. Claudia volvió a sentir esa extraña impresión que, sin duda, debía de ser común a muchos adultos en presencia de aquel chico. Era muy guapo, desde luego, con esa belleza tan especial que la sabiduría popular atribuye a los niños con algún tipo de alteración psicológica, a lo que había que añadir el toque exótico del cabello rubio tan claro y esos ojos azules casi achinados. Si se le sumaba lo serio y poco hablador que era — Claudia se había estado informando un poco y al parecer, aquello era habitual entre los niños sobredotados— no era de extrañar que los adultos se viesan ante él como frente a un muro de piedra.

Justo por eso había estado maquinando estrategias para manejarse mejor con él. Lo recibió risueña, lo abrazó, dejó que él le besase en las mejillas, lo que rompió un tanto el hielo. Entre Gustavo y Mihái pusieron la mesa —mantel y servilletas blancas, cubiertos, platos, copas— sin que Claudia se ofreciese ni siquiera a ayudar, pues estaba claro que aquello era uno de esos rituales que se establecen entre padre e hijo, en los que nadie debe inmiscuirse.

Fue una cena tranquila, con la televisión encendida pero sin voz, tal como es costumbre en no pocas casas esa noche. Gustavo resultó un cocinero excelente, a juzgar por los resultados de esa noche, sobre todo porque los platos en sí eran bastante sobrios. Sencillos, pero trabajados. Un primero a base de *carpaccio* de buey con queso parmesano y de segundo el cordero asado de toda la vida, aunque con ingredientes distintos de los tradicionales y una preparación que a Claudia le supo a gloria.

—La materia prima. Eso es lo básico. —Halagado, Gustavo se había pasado la mano por la barba cortada al dos—. No se puede sacar lo mismo de un cordero australiano congelado que de un lechal castellano.

—No todo el mundo puede pagar un cordero lechal —medió Mihái, tan por sorpresa como parecía ser costumbre en él.

Hasta su padre se quedó parado. Luego, al ver a Claudia algo cortada, meneó la cabeza.

—Es verdad, hijo. No todo el mundo puede pagarse una buena comida, ni otras muchas cosas de las que nosotros disfrutamos. Pero no mezclamos cuestiones, que no es bueno. Yo digo que sin buena materia prima no hay calidad de cocina. Otra cosa es

que por desgracia no todo el mundo puede acceder a esas materias primas y tiene que conformarse con menos. Eso en nuestro país... y podemos darnos con un canto en los dientes, que hay lugares en el mundo donde la gente se las ve y se las desea para conseguir cualquier clase de comida, por pésima que sea. Pero son cosas distintas. ¿De acuerdo?

No le estaba reconviendo. Su tono era el de quien trata de enseñar. Sólo al ver que su hijo asentía, se volvió a Claudia para, de nuevo risueño, echar mano a la botella de vino, como para dar por cerrado el tema.

—Hablando de calidad. ¿Qué te parece este vino? —Escanció un poco más.

—Me encanta. —Ella miró con disimulo la etiqueta, porque Gustavo le había dicho antes el nombre, pero lo había olvidado. Él lo advirtió.

—Clos de l'Obac. Un priorato.

—Buenísimo.

—Un buen vino hace que una buena comida sepa aún mejor. Y éste lo es. Un cliente, al que hice un pequeño favor, me lo agradeció regalándome una caja.

A punto estuvo Claudia de replicar que tan pequeño no sería el favor si le regaló toda una caja. Pero se mordió la lengua, no queriendo parecer cáustica. De nuevo entró Mihái en liza.

—¿El vino depende de la uva?

—¿Te refieres a denominaciones o a cosechas?

—A las denominaciones.

Gustavo asintió despacio. Bebió un poco de vino, como si buscara ahí la respuesta. Ladeó por último la cabeza, mientras le observaban Mihái y Claudia, a la que aún chocaba la seriedad con que discutían padre e hijo de cuestiones que por lo normal sólo se planteaban entre adultos.

—Yo antes pensaba que sí. Que, según la zona y la clase de uva, la calidad es mejor o peor. Pero tengo amigos que saben mucho más que yo de esto y aseguran que lo fundamental es el proceso de elaboración.

—Pero, si la uva no importase, no habría tantas variedades. ¿No?

—He dicho fundamental, no único. Tanto la uva como el suelo influyen, claro. Pero verás: hay zonas vinícolas a las que siempre se han atribuido caldos de mala calidad y que, sin embargo, en los últimos tiempos, al haber mejorado los sistemas de producción, están dando vinos excelentes. Cariñena es un ejemplo.

—¿Cariñena? ¿Dónde está?

—Al sur de Zaragoza.

—¿Puedo ir a mirarlo al *google maps*?

—Ahora no. Después. Primero acabemos de cenar, hijo, que ese sitio no se va a mover de donde siempre ha estado. Recuerda lo que te digo siempre: cada cosa a su tiempo.

Más tarde, tras los postres —brocheta de frutas bañadas en chocolate caliente— y con Mihái ya en su alcoba, puede que visitando por ordenador los mapas de Cariñena,

Gustavo se permitió una risa nostálgica, porque tenía esa conversación aún en la cabeza.

—*Google maps*... adiós a los atlas de siempre.

—El mundo avanza. —Claudia le coreó en la risa.

—Avanzará, pero cada vez resulta más difícil criar a los hijos, o eso dicen. — Echó dos hielos en vaso bajo—. Será verdad. Con el mío lo es, desde luego. Y su madre no ayuda en nada a su educación...

Dejó la frase en suspenso, como si de repente hubiese pensado que ésas eran palabras inconvenientes. Se sirvió J&B de 15 años sin que Claudia despegase los labios, consciente de que eso había sido un pensamiento en voz alta y que no esperaba, y sin duda tampoco deseaba, contestación alguna. Habían terminado de cenar antes de las once y, a los cafés, Mihái había empezado a cabecear entre somnoliento y aburrido, como cualquier chico de su edad en situación parecida. Gustavo lo había mandado a la cama, porque no era de éstos que se empernan en que sus hijos se tomen como sea las uvas. El chico, sin embargo, a fuerza de ruegos, había conseguido que su padre le dejase seguir unos minutos levantado. «A la y media iré a mirar a tu cuarto», le advirtió Gustavo, «y pobre de ti si no estás en cama y durmiendo».

La conversación tras su marcha, mientras esperaban que sonase la medianoche, casi no rozó el tema de Jacobo o los Elegidos. Tampoco salió a colación el incidente sufrido por Claudia hacia unos días cerca de su casa. Y eso que había sido la presencia de él la que deshizo todo el nudo en el que se había visto metida ella.

Gustavo, que se encontraba todavía a no mucha distancia, a punto de entrar en la M-30, había dado vuelta a su 4x4 para aparecer en minutos. El hombre que aguardaba fuera debió de percatarse de su llegada, porque se giró y se marchó con toda tranquilidad. Gustavo, atento a buscar a Claudia, ni había reparado en su presencia. Ella por su parte, apenas le vio, había salido a su encuentro con piernas que casi no le sostenían de tanto miedo que había pasado.

A Gustavo ni se le ocurrió poner en tela de juicio la narración de Claudia; esa afirmación rotunda de que aquel hombre que había estado parado en la calle era el mismo que había tratado de degollarla en la zona de Ciudad Lineal. Tampoco dudó de su historia Alejandra, que había llamado sin pérdida de tiempo a Ana Marfil, aquella amiga policía, que convino en tomar una copa con ella lo antes posible, para comentar el asunto.

Alejandra y Marfil se habían citado un par de días antes de la Nochevieja en la zona situada al comienzo de la calle Arturo Soria y habían pateado unos cuantos garitos hasta recalar en uno en el que estaban tocando *blues* en vivo. Sólo una vez allí, envueltas por la música, copa en mano, había entrado Marfil en materia.

—Si tu amiga Claudia no se equivocaba, y supongo que no, está en un apuro más que serio.

—¿Y antes no?

—Antes sí, pero ahora más. Si de verdad ese tío la estuvo siguiendo, es que va a por ella.

Bebió, mientras amagaba cimbrear al compás de la música, porque esta vez se habían quedado de pie cerca de barra.

—Veamos. Se ganó unos cuantos enemigos con aquello de la cámara oculta. Y algunos son malos bichos. Malos de verdad. Estuvo amenazada.

—¿Crees que no lo sé? Estábamos juntas en la tele, en esa época. Destapó unos cobros fraudulentos de seguros o algo así. La estaban buscando para pegarle una paliza y llegaron a quemarle el coche. Se tuvo que mudar de casa e incluso puso su dirección fiscal en casa de un amigo que tiene en Segovia, para que fuese más difícil localizarla.

—Y así sigue. Ya me extrañaba a mí que estuviese empadronada en El Espinar. Que tenga cuidado ese amigo, no sea que de rebote le den a él otro susto.

—O él se lo dé a alguien. No le conozco en persona pero, por lo que cuenta Claudia de él, debe tener mala leche. Vive en el campo y es de los que duerme con la escopeta debajo de la cama. ¿Crees que puede ser uno de aquellos tipos de hace años?

—¿Quién sabe? La investigación del primer ataque la lleva la Policía Judicial. Yo tan sólo procuro estar informada.

Alejandra se mordisqueó los labios, antes de sacar un cigarrillo. Puso su atención en la música. Sólo dos de los músicos interpretaban ahora, armónica y guitarra eléctrica, y era obvio que habían tocado muchas veces juntos. Cerca de ellas, una chica se había arrancado a bailar.

—No sabía yo que te gustase tanto el *jazz*.

—Pero por Dios, Alejandra, que esto es *blues*.

—*Jazz, blues*, tú me entiendes. ¿A qué viene esta afición repentina?

—No tan repentina. Estuve saliendo casi un año con uno que era un enamorado de este tipo de música y de tanto oírla al final acabé cogiéndole yo también afición.

Alejandra se recostó contra una columna, la copa en la mano.

—Esto tiene que tener relación con las desapariciones de Jacobo y Eduardo.

—O con lo de la cámara oculta. No me quites el trabajo, anda. —Marfil sonrió.

—¿Crees que corre mucho peligro?

—Bastante. Pero si, como parece, anda lista, seguro que sale con bien de ésta.

—La han seguido, la han intentado abrir en canal...

—No podemos poner escolta a todas las personas amenazadas de muerte de este país. Ni siquiera a las que han sufrido intentos de asesinato. Tu amiga Claudia tendrá que buscarse la vida. Así de sencillo.

Buscó un cigarrillo en el bolso.

—Mira. Si te digo que no tanto es porque el asesino no sabe dónde vive, o vivía. De haberlo sabido, la hubiese atacado en el portal. Debía estar siguiéndola y, cuando la vio bajar del coche de Gustavo Ungría y quedarse sola, quiso aprovechar la oportunidad. Que era domingo, de noche, y que la calle estaba casi vacía en ese

momento. Y le salió mal.

—¿Y por qué no seguirla hasta el portal de su casa?

—Porque parece que iba en moto. Debió ir detrás del coche y, cuando ella se bajó en la calle y no a la puerta de su casa, la cosa se le complicó. No podía ya seguirla. Ir en moto a dos por hora, detrás de alguien que camina, no es un método muy discreto. Podía seguirla de lejos, claro, pero así sólo podía conseguir saber cuál era su portal...

El músico de la armónica estaba ahora tocando en solitario, los ojos cerrados. Marfil esbozó un gesto para aplazar el diálogo, centrarse en la música y no molestar a los espectadores próximos. Ya no volvieron sobre el tema esa noche. Ahí quedó todo.

Alejandra se lo contó a Claudia y ésta a su vez a Gustavo, por teléfono. Pero esa última noche del año, mientras esperaban el momento de las uvas, conversaron más bien sobre temas personales, sobre el uno y la otra, hasta que él se fijó en el reloj.

—¡Menos diez! Voy a sacar las uvas. Y a recoger un poco todo esto.

—Te ayudo.

—Ni hablar. Esta es mi casa. De paso, voy a ver si Mihái se ha metido en cama.

—¿Es desobediente?

—No mucho. ¿Pero qué chaval no echa pulsos a sus padres, aunque sea para demostrarse que puede engañarles?

Se fue cargado de platos y cubiertos sucios para regresar con dos copas de cava y un par de platillos con doce uvas blancas en cada uno. Entretanto, Claudia había ido a sentarse al borde del sillón, con el mando en la mano.

—He cambiado a la Primera. Espero que no te moleste.

—Para nada. Suelo ver las campanadas ahí. Pero vamos a dejarlo de momento sin voz. ¿Te gustan las Navidades?

—No mucho. ¿Y a ti?

—Depende de la compañía.

Esa respuesta turbó a Claudia, que no se la esperaba, y no se le ocurrió cosa mejor que salirse por la tangente. Así que, a falta de nada mejor, señaló con el mentón a una guitarra recostada contra una esquina del salón, señal de que la usaban a menudo.

—¿Está aprendiendo guitarra Mihái?

—Sí. Aunque la guitarra es mía.

—Anda. ¿Sabes tocarla?

—No se me da mal. Pero el chico no tardará en aventajarme.

—¿Es bueno también en eso?

—Tiene aptitudes, sí. Progresa más lento de lo que debiera porque, como a todos los chicos de su edad, le falta constancia.

—Supongo que es difícil de llevar.

—Mucho. Yo me esfuerzo. No se le puede tratar como a un adulto, porque no lo es. Pero también es absurdo tratarle como a un chico normal. Tampoco lo es, se pongan como se pongan algunos. Intento que aprenda, porque su curiosidad es enorme, pero también hago cuanto está en mi mano para que no se pierda esas

alegrías que sólo se reciben cuando uno es un niño. Perderse todo eso es una desgracia.

Dos minutos para las doce. Gustavo subió la voz con el mando y, de golpe, el salón se inundó con el bullicio de una Puerta del Sol abarrotada de juerguistas, mientras Ramón García, con su sempiterna capa española negra de vueltas rojas, y Anabel Alonso, ya los dos con copas de cava en mano, casi arengaban a los espectadores ante la inminencia de las campanadas.

La gran bola dorada del reloj de la Puerta del Sol inició su descenso y, tras un martilleo frenético, llegaron las doce campanadas, más lentas. Se comieron las uvas casi atragantándose, más por la risa que por la velocidad a la que debían engullirlas, siguiendo esa tradición a la que todos dicen no dar importancia, pero que pocos osan saltarse. Luego, entre el griterío ensordecedor que llegaba por la tele, Gustavo descorchó una botella de Juvé y Camps.

Fuera estaban tirando ya cohetes desde terrazas y azoteas. Claudia se acercó al ventanal. En el cielo rojo sobre Madrid estallaban miríadas de fuegos de artificios, con lluvias de centellas de colores y estampidos como cañonazos. Cuando se giró de nuevo, él le tendía una copa alargada. Tras el brindis, el dueño de la casa se mojó apenas los labios.

—¡Eh! —Protestó ella, antes de brindar de nuevo, entre tintineos de cristal de copas—. Bebe más.

—Mejor no.

—¿Es que no te gusta el cava?

—Me encanta. Pero ya he tomado vino en la cena y luego güisqui. Tengo que llevarte luego a casa y estará todo Madrid lleno de controles.

—Pues no me lleves a casa.

Lo soltó sin pensar, quizá irritada consigo misma por su reacción ante el cumplido de antes. Fuera como fuese, ahí cayeron de golpe caretas. Gustavo, copa en mano, aún la observó un instante con la cabeza ladeada, antes de llevarla contra el cristal de la terraza. Se besaron con tanta premura que por fuerza hubo de resultar torpe. A Claudia le subió tanto calor por dentro y le entró tal avidez que derramó buena parte de su cava por la espalda de Gustavo sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Él le arrebató la copa para dejarla con la suya, sobre la primera superficie que encontró más a mano. Ella se colgó casi de su cogote y con el segundo beso él se coló entre las rodillas de ella para empujar contra su pelvis, con tanta fuerza que a cada envite la cristalera vibraba. Más tarde, al pensar en ello, Claudia se iba a maravillar de que no rompieran el vidrio. Por la intensidad de los besos, la presión de los dedos, comprendió que el otro lo había estado deseando tanto como ella y que, o bien lo estuvo controlando, o que, lo mismo que ella, ni siquiera se había dado casi cuenta hasta que de repente saltó la chispa.

No tardaron en acabar en la alcoba de Gustavo, las ropas dispersas por toda la estancia, haciendo sexo con tal ímpetu que la cama parecía querer traquetear como

aquellas antiguas de somier metálico. A cada arremetida de Gustavo, Claudia sentía como si algo que hubiera estado incubándose dentro de ella rompiera su cáscara por fin para saltar a chorro con fuerza incontenible. Cuando él la mordió en el hombro, fue como si a ella se le fuese la cabeza. Le mordió a su vez. Le clavaba las uñas, le tiraba del pelo, hacía fuerza con sus piernas contra las caderas de él. Con los ojos cerrados, oía el zumbido de la tele, que habían dejado encendida para que amortiguase los ruidos que hacían.

A Claudia, el orgasmo la dejó casi malparada de intenso que fue. Casi pensó que iba a perder el sentido y luego, apenas se dio cuenta de que en algún momento Gustavo salía para regresar con la botella de cava y las dos copas. Con ojos entrecerrados, lo vio entrar desnudo, apagar la luz de la mesilla y encender otra, indirecta y alejada de la cama.

—¿Mejor? —preguntó él, porque esa lámpara daba un resplandor más tenue y cálido.

—Mejor —murmuró ella, amodorrada, al tiempo que aceptaba con dedos torpes la copa.

Gustavo se metió en la cama y ella sintió cómo se le ponía por unos instantes la piel de gallina, porque al salir en busca del cava a él se le había enfriado el cuerpo. Lo substituyó luego un calor muy agradable que no llegó al nivel del deseo, aunque ella sabía que justo en eso iba a convertirse al cabo de un rato. Cuando él se revolvió en la cama para dejar la copa sobre la mesilla de noche, vio que le había dejado una buena marca de mordisco en el hombro.

Él se rió de buena gana cuando, casi turbada, le acarició aquel magullón, que iba poniéndose negro.

—No importa. No hay nadie que pueda verlas y montarme un lío.

—¿Sabes? —Comentó ella pensativa, puede que porque el otro le daba pie, o porque sentía un punto de vergüenza, ya que no era fácil que perdiese el control de esa forma—. Hacía mucho, mucho que no me acostaba con nadie.

Él la rascó la nuca, los dedos enredados en esos cabellos rubios suyos, ahora bastante alborotados, y ella abundó:

—El accidente, ya sabes. Convalecencia, rehabilitación... en fin.

—¿Y luego?

—Pasé depresiones muy fuertes, Gustavo. Estaba con medicación, con la libido por los suelos.

—¿No tenías pareja antes del accidente?

—Salía con un hombre. Sí.

Casi sonrió, sorprendida de recordar, por mor de esa pregunta, a una persona y unas circunstancias que ahora eran como un pasado remoto que ya no despertaba en ella ningún eco emocional.

—Tenía muy buen concepto de él. Y me gustaba mucho. Pero, cuando tuve el accidente, se escaqueó. No podría definirlo de otra forma. Escurrió el bulto. Vino a

verme un par de veces al hospital, me llamó en alguna ocasión y acabó esfumándose.

—Un mierda.

—No. Un crío más bien. De treinta años, pero un crío. Lorenzo, mi amigo del Espinar, dice que algo le ocurre a esta sociedad para que produzca tantas personas así: se ganan la vida, tienen casa propia, ocupan puestos de responsabilidad en grandes empresas... pero al final se portan como niños de teta.

—Puede que tenga razón. Entonces, ¿no habías tenido nada de sexo desde el accidente?

—Algo. Muy poco. Olvidable. Un par de rollos bastante cutres que podía haberme ahorrado. Supongo que me metí en ellos más por demostrarme que podía aún conseguir tíos que por deseo. Uno una noche en un garito, otro en la playa... nada.

—¿Quién no ha tenido noches así? —Sonreía él, a la penumbra de la luz indirecta—. Espero que esta vez los motivos hayan sido distintos. Y el resultado mejor.

—A ver si voy a tener que morderte en serio. —Se estiró entre lánguida y mimosa ahora, agradeciendo el roce de las sábanas y el calor del otro—. Chico. Me he quedado rota. Será la falta de costumbre. Pero no sabes cuánto necesitaba algo así... y no me había dado ni cuenta.

Se pegó a él, le frotó mejilla contra mejilla, para sentir la caricia de cepillo de esa barba tan corta suya. Se quedaron adormilados y sólo horas después, mientras escuchaban el silencio de la madrugada de Año Nuevo, cuando se han retirado los borrachos y nadie tira ya cohetes, mientras pensaban si vestirse o no, y coger el Toyota para que Gustavo la llevase a casa, salió a relucir entre ellos el tema del intento de asesinato, a santo del empeño de Claudia en valerse sola por Madrid.

—¿No tienes miedo?

—Mucho. Por más que diga la policía sobre que ese tipo no puede saber mucho sobre mí, el miedo siempre está ahí, siempre.

—¿Entonces por qué...?

—Si me dejo vencer por el miedo será peor, Gustavo, mucho peor.

—¿Crees que pueda ser algo relacionado con tus tiempos de la tele?

—No. De eso estoy segura. No me preguntes por qué, pero sé que no. Lo siento aquí dentro.

Él no dijo nada, aunque las implicaciones eran obvias. Si no era una antigua venganza, entonces todo podía tener que ver con Jacobo y los Elegidos, por más inverosímil que pudiera parecer. Ella también guardaba silencio, con la atención puesta ahora en una de las paredes, casi en sombras. Había allí un armario acristalado y, aunque no se veía muy bien con tanta oscuridad, le pareció que dentro había fusiles o escopetas. Antes le había pasado desapercibido y ahora no consideró prudente decir nada. Pero Gustavo, que se dio cuenta, se ocupó de sacarla de dudas sin necesidad de preguntar.

—Es un armario armero. La ley manda que se guarden en ellos, bajo llave, las

armas de fuego.

—¿Y por qué tienes tantas? —En la penumbra, se advertía que el armario estaba lleno de armas largas.

—Un par de escopetas, otro par de rifles del 22 y unos cuantos fusiles de colección. Tengo las licencias. Y no son tantas. —Sonrió—. Tenías que ver las colecciones de unos cuantos que yo conozco.

—¿Cazas?

—No. Pero me gusta tirar. Voy de vez en cuando al tiro al plato que hay en Cantoblanco... Claudia. ¿No sería mejor que pasases de toda esa historia?

Había vuelto de golpe a los Elegidos. Ella se frotó contra él, olvidado ese armero cerrado y la sensación, entre de desagrado y desasosiego, que a ella le producían las armas. Le besuqueó en el cuello casi a disgusto consigo misma, pues no podía evitar la sensación de que se estaba poniendo ñoña.

—No puedo.

—¿Cómo que no? Te andan buscando y no precisamente con buenas intenciones.

—Justo por eso.

—No entiendo.

—Ya te conté los problemas que tuve en tiempos. Los tipos que acabaron delante del juez por las estafas de los seguros. Me la juraron. Me pasé mucho tiempo escondiéndome, vigilando la espalda, porque me podían dar una paliza o algo peor.

—¿Y quieres volver a pasar por todo eso?

—Todo lo contrario. Lo que no quiero es hacerlo. —Suspiró, ahora de repente cansada, con buena parte del bienestar anterior esfumado—. Uno de ellos prometió que me iba a cortar la cara. Así, como te lo digo. No te haces idea de lo que fueron esos meses de miedo, de andar siempre en tensión, asustada cada vez que pisaba la calle.

—¿Entonces?

—No voy a volver a pasar otra vez por meses o años de incertidumbre. No. Tengo que seguir justo porque alguien quiere matarme. Podría dejar de investigar... pero eso no me iba a garantizar que me dejaran tranquila.

—¿Investigar? Deja eso a la policía, Claudia. Para eso están.

—No pretendo jugar a los detectives. Alguien hizo desaparecer a Jacobo y a Eduardo. Alguien trató de abrirme en canal con un cuchillo enorme. Si eso tiene algo que ver con el tema de los Elegidos, por muy a locura que suene, tengo que tirar del hilo en lo que pueda para ver a dónde conduce. No me voy a quedar mano sobre mano, muerta de miedo cada vez que salga a la calle. Eso no hay Dios que lo soporte, Gustavo.

Él guardó silencio largo rato. Tanto que ella temió durante un instante que se hubiera dormido. Pero no era así y, cuando habló, lo hizo dando a la conversación uno de esos quiebros tan desconcertantes a los que Claudia se iba acostumbrando.

—Supongo que tienes razón. Pero entonces mejor quédate esta noche en casa.

Fuera ahora no hay más que cristales rotos, borrachos y controles. Duerme aquí y mañana nos vamos juntos a buscar churros.

Ana Marfil no había dejado en vía muerta el asunto de Claudia Ugarte. Faltaban dos meses para las elecciones generales, ETA trataba por todos los medios de hacer volar algo o asesinar a alguien para recordar a la gente que aún ocupaba casillas negras en el tablero político español y, por tanto, a la Unidad Central de Información se le acumulaba el trabajo. Pero apenas regresó a Madrid movió ficha. Ascendida a jefe de grupo hacía unos meses, había estado hasta ese momento a la expectativa, en espera de poder hacerse una idea más clara de lo que estaba ocurriendo o, al menos, de tener algo más concreto a lo que agarrarse. Ahora, en la creencia de que en efecto alguien había tratado de matar por segunda vez a Claudia, acudió al comisario, que la escuchó casi sin hacer preguntas, porque Marfil era muy eficaz a la hora de organizar y exponer las cuestiones. Ella por su parte no las tenía todas consigo. No sabía cómo iba a reaccionar su superior ante una historia de ese tipo, que ella misma había definido en su día como «rara». Pero el comisario, antes de pronunciarse, se limitó a pedir algunos pormenores.

—¿Qué es lo que no ves claro en la segunda de las desapariciones?

—Tengo mis dudas de que Eduardo Regalado llegase a viajar a Roma.

—¿En qué te basas?

—No tengo nada concreto. Pero me suena a jugada de despiste. El billete se usó, es verdad, pero cualquiera pudo tomar por él ese vuelo. Ya sabemos cómo controlan los carnés de identidad en los aeropuertos. —Se permitió una sonrisa de desdén.

»Le sugerí a un amigo de Personas Desaparecidas que comprobase las cintas de seguridad de Barajas, para ver si de verdad había embarcado. Por desgracia, las grabaciones sólo se conservan quince días, así que no pudo ser. Pero la posibilidad de que Regalado nunca hubiese tomado ese vuelo le interesó lo suficiente como para moverse él también en otras direcciones.

»El coche de Regalado apareció en el *parking* de la T4, así que se suponía que fue en él al aeropuerto. Hasta ahí todo normal. Era un viaje de pocas días y mejor en *parking* que en la calle, sin mover durante toda una semana. Alguien de su familia

acabó yendo a recogerlo y lo llevó a un garaje. La Policía Científica fue allí a revisarlo.

—¿Y?

El comisario sacó un cigarrillo de su cajetilla de Marlboro, al tiempo que la observaba de soslayo, los labios fruncidos, porque no era de los que aprecian las pausas dramáticas cuando se está hablando de trabajo.

—Parece que, justo antes de dejar el coche en el *parking* de la T4, lo pasaron por un túnel de lavado. ¿Te parece eso normal? Lavar el coche para dejarlo luego días parado.

—No, no lo es. ¿Encontró algo la Policía Científica?

—Un par de insectos en el hueco del capó y, dentro, algunas agujas de pino. Así que sabemos que, justo antes de tomar el vuelo, estuvo en el campo. Pero no podemos saber dónde en concreto.

El comisario encendió por fin el cigarrillo. Dio una calada y, como seguía sin decir nada, Marfil se decidió a preguntar.

—¿Y bien? ¿Abrimos diligencias?

—Por supuesto que las abrimos. Está claro que aquí hay algo —concedió, para aliviarlo secreto de Marfil—. Lo que no me imagino es qué. Con lo que tenemos hasta ahora, la cosa no tiene pies ni cabeza.

—Yo tampoco se los encuentro.

—No descartes nada. Nada. Ni siquiera esa primera idea de esto tenga algo que ver con drogas y esotéricos. Hay grupos que usan esa droga en Madrid. Tenemos calado a un profesor de la facultad de Filosofía que juega a gurú y experimenta con eso, con unos cuantos alumnos a los que él selecciona. Y no son los únicos.

—De ahí a matar...

—A veces se complican las cosas. Imaginemos una reunión de ésas. Jacobo Artola prueba una droga sudamericana, africana, qué sé yo. Tiene una reacción inesperada. Muere. ¿Qué haría gente respetable, que puede perder reputación y trabajo, con un muerto por esa causa en su casa?

—¿Crees en serio que puede haber ocurrido algo así?

—No. Te estaba dando un ejemplo. —Fumó hosco—. Eso de *Los Elegidos* no me gusta un pelo.

—¿Por qué? —Marfil, creyendo que a su interlocutor le sonaba a desatino, quiso defender la cuestión—. Han desaparecido ya dos personas y...

—Me refiero a que, si nos las estamos viendo con esotéricos, lo mismo la cosa se enreda. Hay mucho pirado suelto y los locos son impredecibles. En cuanto a lo de las desapariciones y el intento de asesinato...

Dejó el cigarrillo humeante en el cenicero para limpiarse las gafas de pasta negra.

—¿A quiénes perjudicaban esos dos que desaparecieron? ¿A quién está perjudicando la chica esa a la que quisieron matar? Hay que preguntarse a quiénes y por qué amenazan las investigaciones de esa gente.

—Y preguntarse también si hay más personas que puedan ser vistas, por quienes sean, como una amenaza.

—¿A qué te refieres?

—Hay más metidos ya en el ajo. Félix Alcalá, por ejemplo.

—¿El del programa de televisión? Ése es un cara. —El comisario bufó, porque sentía nula simpatía por aquel personaje y su programa. *La Huella*, siguiendo la moda «tomate», cada vez más socorrida no sólo en programas de corazón, sino también en deportes e incluso noticiarios, procuraba siempre ridiculizar a aquellos que salían en sus reportajes, empezando por la policía y sus investigaciones.

—Seguro. —Marfil estuvo a punto de robar un cigarrillo del paquete del comisario, pero se contuvo—. Era amigo de Eduardo Regalado y tiene a gente de su programa indagando sobre su desaparición.

—Por amor al arte seguro que no es. Pensará que ahí hay un reportaje. Pero, bueno, los de ese programa andan siempre rebuscando en toda clase de basureros.

—Parece que tiene especial interés por éste en concreto. Ha contactado con Andrés Noriega, el antiguo jefe de Jacobo Artola. Y ahora ese Noriega anda metiendo las narices también. Por cierto que, a su manera, también es otro pájaro de cuidado.

—Pues que tenga cuidado, no vaya a ser que le desplumen. Lo dicho. Los de ese programa juegan demasiado a los detectives. Siempre están a ver si le ganan por la mano a la policía, para dejarnos con el culo al aire. No se dan cuenta de que guardarse información sobre delitos, aparte de ser un delito en sí, puede resultar muy peligroso en ocasiones. Uno de estos días, a alguien le van a dar un buen susto.

* * *

Ignorante de que la policía se había fijado en él, Andrés Noriega seguía sus pesquisas, sin reparar en marrullerías para llevarlas adelante. En el curso de las mismas, justo en las mismas fechas en que Marfil se decidía por fin a acudir al comisario, tuvo el encuentro más peligroso de su vida, aunque jamás llegó a darse cuenta de ello. Para él fue una entrevista más. Una de las varias que sostuvo en los primeros días del año con todos aquéllos a los que pudiera sacar, por las buenas o con artimañas, alguna prueba documental sobre los Elegidos. En función de lo que esperase conseguir, daba distintas explicaciones; las que fuesen, cualquiera menos la verdadera.

Se citó así con un descendiente de un posible Elegido, al que había localizado — como a otra veintena— siguiendo líneas genealógicas y buscando en listines telefónicos. Éste en concreto se mostró bastante reacio so pretexto de estar muy ocupado, y, sólo tras mucho porfiar, Noriega pudo obtener de él unos minutos, y al paso, en la cafetería de la estación de Alonso Martínez, dentro de los propios túneles del Metro.

Un lugar peculiar pero, dada la vorágine que se vive en los días previos a Reyes,

cuando aún no se ha retomado la normalidad, Noriega prefirió eso a diferir *sine die* la entrevista. Así, aunque no le gustaba madrugar y menos le gustaba el metro, se personó a las ocho y media en esa barra de bar subterránea, entre las corrientes humanas que recorren a esas horas las galerías.

Se había descrito a sí mismo como un hombre alto, grande, con barba, que llevaría una cartera de cuero. Debió bastar porque, no bien se arrimó a la barra, se volvió hacia él un hombre en la treintena, atlético, de cabellos negros y rasgos armoniosos. Tenía ya una taza en la mano y Noriega, tras rehusar tomar nada, optó por entrar en materia con rapidez, tanto porque aquel escenario insólito le descolocaba como porque el otro había insistido por móvil en que disponía de muy poco tiempo.

—No sabe cuánto le agradezco que me dedique unos minutos. —Las zalemas nunca hacían daño—. No le entretendré mucho. Como ya le expliqué por teléfono, soy especialista en Historia del Arte. Doy clases, he dirigido unos cuantos proyectos de investigación en la materia. Algunos están publicados. Ahora me ocupo de un estudio sobre arquitectura contemporánea...

El otro, taza en mano, le dejaba hablar con la expresión del que espera que se vaya al grano, observándole con unos ojos muy claros y tan fijos que a Noriega le estaban poniendo nervioso. Vestía vaqueros y chaqueta de motorista de cuero, lo que no daba pistas de a qué pudiera dedicarse. Noriega nada sabía de él, fuera de que se llamaba Ángel Reino, que era nieto de un posible Elegido muerto hacía ya más de veinte años, y que pudiera tener en su poder fotos viejas de su abuelo, que era de verdad lo que buscaba.

Su interlocutor —aquél a quien los suyos llamaban el Ángel— conocía en cambio bastante más sobre Noriega. Éste no había sido tan astuto como creía, aparte de que el otro ya se había topado con su nombre dos años antes, en relación con Jacobo Artola. Pero como uno nunca sabe bastante, le dejó hablar y explayarse, hasta que consideró que ya tenía suficiente.

—Todo eso que me cuenta suena interesante... supongo. —Dejó la taza ya vacía sobre el platillo—. Pero no sé qué pueda tener que ver conmigo.

—Perdone. Me entusiasmo al hablar de mi profesión. Como mi especialidad es el Arte, me interesan los motivos decorativos de los edificios de los que le hablaba, no los edificios en sí, ni su construcción. Por desgracia, muchos ya no existen. Fueron demolidos, por lo que tenemos que recurrir a métodos indirectos para recabar datos.

»Y uno de esos métodos es a través de las fotos. Verá. Me sería de gran utilidad que me permitiese examinar las fotos antiguas de su abuelo Bautista. No todas, claro. Sólo aquéllas en las que se retrató teniendo edificios detrás. Por su trayectoria como industrial y por las empresas en las que participó, es muy posible que salgan fábricas y almacenes de fondo. Además, sé que fue propietario de un chalet en la sierra, diseñado justamente por uno de los arquitectos que más nos interesan para este estudio. Seguro que tiene alguna foto con ese chalet de fondo...

—Fotos. ¿Eso es todo?

—Para mí es importante.

—Tendría que buscarlas.

—Si lo hace, se lo agradeceré mucho. —Viendo que su interlocutor era poco locuaz, le tendió una tarjeta—. Si fuese tan amable de escanearlas y enviarlas al *email* que aparece aquí...

—No tengo escáner. ¿No le valen copias papel de las de siempre? Puedo sacarlas en una tienda de fotos y mandárselas.

—Mejor aún. —Dejó un momento la cartera en el suelo para garabatear en el envés de la tarjeta—. Le anoto entonces mi dirección particular, la de mi casa. Si es tan amable, me las envía ahí.

—Cuenta con ello. —Dejó unas monedas sobre el mostrador—. He de marcharme ya.

—Claro. No le entretengo. No se olvide de esas fotos. Para mí es importante.

Se estrecharon las manos mientras el Ángel asentía, sin sonreír.

—Descuide. No creo que tarde usted en saber algo de mí.

1506 a. D.

Juan Gato, años atrás guarda de confianza de Vargas el Averiguador, se decidió por fin, cierta tarde de invierno, a enviar una carta detallada a su antiguo patrón. No la redactó sin embargo de su puño, aunque sabía leer y escribir. Pero era invierno, había ya oscurecido y la vista de Gato no hacía honor a su apellido. Por eso fue un amigo el que se sentó a la luz de un velón para poner por escrito a su manera, según las formalidades de la época, lo que el otro le iba dictando.

Lo mismo que algunos dan muchas vueltas a las conversaciones, demorando el momento de entrar en materias escabrosas, así Juan Gato, mientras iba de un lado a otro por el cuarto, se explayó al comienzo en cortesías; en interesarse por la salud, familia, negocios de Vargas. Y luego aún se entretuvo en narrar qué había sido de su propia suerte en esos años que llevaba ausente de Madrid.

Gracias a esa misiva, supo Vargas que Gato se había embarcado en la Segunda Expedición Italiana de Gonzalo Fernández de Córdoba, al que llamaban el Gran Capitán. Que bajo su mando, en los Tercios, había participado en todos los hechos de armas importantes, en la victoria sobre los franceses y en la anexión a España del reino de Nápoles. Aún luego narraba también cómo había entrado en la administración, ganándose la confianza del virrey gracias a lo puntilloso que era a la hora de realizar las tareas que se le encomendaban.

Tras haber relatado todo eso aún dudó largos instantes mientras su amigo aguardaba paciente, cálamo en mano. Por fin reanudó sus paseos, para volver a dictar frases un tanto artificiosas que su amigo trasladaba en forma más convencional.

—Pero el motivo principal de escribiros no es nada de lo anterior —comenzó—, por más que mi interés por vuestra salud y asuntos es sincero, y ruego a Dios que todo os marche bien. Pero deseo daros cuenta de una circunstancia que a mí me inquieta desde hace tiempo y que, sin duda, ha de ser de vuestro interés.

»Ya os he contado que don Gonzalo me honra con su confianza y me ha encomendado misiones por todo el reino, algunas harto delicadas. En cumplimiento de las mismas, he tenido ocasión de viajar a lo largo y ancho de Nápoles, de visitar muchas poblaciones y conocer a gente muy diversa. Y fue viajando como, en una pequeña población próxima a Salerno, que a su vez no está lejos de Nápoles, vi una casa noble, de las que por aquí hay muchas, cuya fachada me llamó mucho la atención, ya que sus escudos lucen símbolos que a ambos nos resultan familiares, y no precisamente para bien.

»Esa fachada luce un castillo, un dragón, un sol y una cruz girante. Ya podéis imaginaros cómo me sentí al ver esos dos últimos juntos. Por separado, nada tienen de especial pero, unidos, me hicieron recordar de inmediato los sucesos que vivimos en la falsa ermita de la cueva. Sucesos que, según las instrucciones que en su día me disteis, me guardo mucho de contar en esta carta, como también me guardo de poner por escrito lugares y apellidos, en espera de vuestra respuesta.

»Comencé a indagar de forma discreta sobre el linaje dueño de esa casa noble. A la par de eso, presté más atención durante mis viajes. Como vos bien decíais, cuando el ojo sabe lo que busca, encuentra detalles que de otra forma le hubieran pasado desapercibidos. Y así yo, sabiendo lo que buscaba, fui descubriendo más casas, todas nobles, en cuyos escudos de armas aparecen soles y cruces girantes. No son muchas, pero todas tienen algo en común. Todos esos linajes son de origen español.

»Eso tiene explicación fácil. Durante los desórdenes interminables que asolaron los reinos de Castilla, antes de la llegada al trono de nuestra señora Isabel, que vino a pacificar y a poner en su sitio a los poderosos, hubo muchos nobles que huyeron del reino. Eran banderizos de facciones derrotadas que, temiendo por su vida, partían a otras tierras. Algunos de esos derrotados fueron a Aragón y, al servicio de su rey, vinieron luego a instalarse a Italia, donde fundaron linajes nobles. En muchos casos, sus descendientes se consideran a sí mismos españoles y lo cierto es que se pusieron con rapidez al servicio de don Gonzalo, apenas desembarcamos en Nápoles para combatir a los franceses. Sirvieron con valor en las campañas y en estos momentos son valiosos agentes y un puente nada desdeñable entre los nuestros y la población napolitana.

»Todos los linajes que he encontrado con esos símbolos lo son de españoles llegados en el último siglo a Nápoles. Todos proceden de Castilla.

»Y éste es el motivo de mi carta, señor. Temo que aquellos herejes y asesinos de

la gruta no fuesen un grupo aislado. Que no fuesen exterminados por nuestra acción porque, ya antes de eso, habían lanzado su semilla al sur de Italia, donde ha debido arraigar y crecer tan oculta como lo hizo en Castilla. Es más. Tengo la sospecha de que, aquellos que lograron escapar de vuestra justicia, bien pudieron cruzar el mar para refugiarse con estos sus correligionarios. Sin embargo, este último extremo es sólo una suposición porque, aunque he indagado de forma discreta, nada he podido descubrir a tal respecto.

»Largo tiempo me he retraído de escribiros, buscando siempre antes de hacerlo alguna prueba definitiva. ¿Qué tengo sino un puñado de símbolos que, por separado, no pueden ser más inocentes? Conjeturas, sospechas. Bien poco. Por eso no sabía qué hacer. Pero al fin me he decidido. Pienso informar esta misma noche al Virrey sobre toda esta cuestión y que él decida qué se debe hacer. Os envío además esta carta para que estéis al tanto de lo que sucede, pues sois hombre influyente en el reino y gozáis de la mayor confianza de don Fernando, y nadie vivió más cerca que vos aquel episodio de los crímenes de la gruta.

Y nada más supo qué contar, con lo que aquel amigo que ejercía de escriba esa noche añadió unas fórmulas finales de cortesía, antes de secar la carta. Aún sin embargo le pidió Juan Gato que se la leyese. Luego, casi como si temiera cambiar de parecer, la cerró, selló y entregó a un hombre de confianza, con orden de que se despachase de inmediato a España. Luego de eso y de un vaso de vino, se armó y echó la capa por encima para, en compañía de dos hombres de confianza y un paje con una lámpara, dirigirse a la residencia del virrey, a cuya mesa estaba invitado a cenar, circunstancia que pensaba aprovechar para explicarle lo mismo que le acababa de contar a Vargas por carta.

Las investigaciones de Juan Gato no debían haber sido empero tan discretas como él creía. De camino al palacio del virrey, mientras atravesaba por las callejas napolitanas, estrechas, sinuosas, oscuras, una banda de hombres armados cayó de improviso sobre él y los suyos. Los habían estado aguardando en las tinieblas de unos soportales, silentes como fantasmas, por lo que sus víctimas no tuvieron la menor oportunidad. El paje, que iba delante, tiró la lámpara y huyó dando voces, pero nadie se atrevió siquiera a asomarse. En cuanto a Gato y sus dos amigos, no pudieron ni desenvainar espadas o cuchillos. El lugar era angosto y se desplomaron en seguida bajo los hierros de los asesinos, que se desvanecieron tras darles muerte, como si nunca hubieran estado ahí.

Cuando llegaron soldados españoles, alertados por el paje, los cadáveres aún calientes habían sido desvalijados, pero no pudieron precisar si por sus asesinos o por gentuza del vecindario. Nunca se supo quién lo había hecho o instigado. Pudieron ser esbirros de los franceses, napolitanos que tenían alguna pendencia con uno o todos los muertos, o incluso españoles, que se ajustaban a menudo las cuentas, haciendo correr la sangre por las calles de Nápoles.

Uno de los dos amigos que murió con Juan Gato era justo aquel que le hizo de

amanuense. Pero la carta salió para España y, en su momento, llegó a manos de Francisco de Vargas, al que llamaban *el Averiguador*, que la leyó con sumo detenimiento. Más tarde supo de la mala muerte sufrida por Juan Gato, la misma noche en que le remitió esa misiva. Mandó entonces emisarios de confianza al virrey de Nápoles que, tras escucharles perplejo, prometió tomar cartas en el asunto. Por desgracia, muy poco tiempo después, el rey don Fernando le reclamó a España para rendir cuentas. Nombraron a otro virrey para Nápoles y de esa forma el asunto se fue atascando, hasta quedar por fin en nada.

—Madrid tuvo siempre mucha relación con el teatro argentino. O tal vez fue al revés. No lo sé —decía Carlos Bassano mientras caminaban por la Gran Vía—. Vos no *podés* acordarte, claro, pero esta ciudad, durante los años de la Transición, era muy distinta a cómo es ahora... y no quiero ni pensar en cómo debía de ser durante la Dictadura. Hablo desde el punto de vista de lo cosmopolita, el arte y todo eso, por supuesto.

—Provinciana —Claudia se rió por lo bajo al recordar cosas que le habían contado sobre aquellas épocas y la capital.

—Ciudad provinciana, sí. En el mal sentido de la palabra. Es una buena definición. Eso era Madrid cuando yo aterricé acá, a finales de los setenta, en lo que a lo cultural se refiere.

Acababan de asistir a una representación de Garrick, la obra de los Tricicle, y ahora subían en dirección a la plaza del Callao; despacio, porque Bassano se había torcido un tobillo y tenía que andar con ayuda de un bastón. A esas horas de la noche, ambas aceras hervían de transeúntes y soplaban un aire invernal que obligaba a Claudia a arrebujarse en su abrigo rojo. Bassano en cambio, cubierto con un abrigo de caballero negro, no parecía sentir el frío mientras caminaba despacio, bastón en puño.

—Todo el mundo dice que Madrid ha cambiado mucho —aceptó ella.

—Cambiado y para bien. Yo soy testigo. Aunque no ha sido un ascenso uniforme, por supuesto.

Claudia apenas podía despegar los ojos de los altos de la Gran Vía. Como tantas veces en esos últimos tiempos, no podía sino preguntarse cómo era posible que hubiera pasado infinidad de veces por allí sin reparar en la riqueza de detalles que guardaba esa calle. Porque ahora, casi asombrada, en la penumbra más allá del nivel de luz de las farolas, no dejaba de descubrir cúpulas, templetes, glorietas, pérgolas de columnatas y plantas en lo más alto de los edificios. Bassano proseguía, hablando en parte para sí mismo.

—¡Qué tiempos! Sí. Allá por el 79 o el 80, hacía poco que yo me había instalado en Madrid y Roberto Villanueva estrenó *Postdata, tu gato ha muerto*. Fue todo un acontecimiento. Se representó en el Marquina y creo recordar que producía Juan Ribó. Me acuerdo también del montaje que hizo Carlos Trías de Plauto, en el templo de Debod. Aquello también fue toda una sensación. El panorama teatral era entonces mucho más mísero de lo que es ahora.

—Villanueva, Villanueva... me suena mucho.

—Daba cursos de teatro acá, en Madrid. Y no era el único. Allá por los ochenta, Agustín Alesso, otro grande, venía también a dar cursos. Por eso decía de la relación del teatro argentino con Madrid. Los argentinos que visitaron la ciudad hace años y vuelven a hacerlo ahora, no pueden creer lo que ven. Cómo ha cambiado Madrid, España entera...

Los ojos verdosos de Claudia se posaron en una estatua a media altura. Entornó los párpados, tratando de captar detalles en la casi oscuridad, mientras la mirada de Bassano se iba también a la otra acera, aunque a ras de suelo. Señaló con el bastón.

—*Mirá. Un maxiquiosco. Vos no sabés lo que es, supongo. Pero en mi país son locales donde venden comestibles, gaseosas, tabaco, golosinas. Hace unos meses tenía colgado un letrero de Quilmes, una de las cervezas más argentinas, pero veo que lo han quitado.*

Con cierto esfuerzo, Claudia bajó la mirada hasta aquel local, adornado con las banderas española y argentina. Una ráfaga de viento, gélido como cuchillo, hizo agitarse los faldones de los abrigos, y Bassano reanudó el paseo calle arriba.

—Ya que hablamos de teatro argentino, Alfredo Alcón representa *El rey Lear* en el Centro Dramático Nacional. ¿Te apetece acompañarme a ver la función?

—Qué más quisiera que decir que sí. —Claudia, al tiempo que se ceñía mejor el abrigo rojo, meneó con pesar la cabeza—. Pero no puedo hacer planes. No en la situación en la que me encuentro.

—Sacaré entrada para vos de todas formas. Si no *podés*, no me costará nada encontrar a alguien que la quiera. —Puso sus ojos verdes en los de Claudia—. Me preocupa esta situación en la que te encuentras. Es inquietante. ¿Ha averiguado algo la policía?

—Nada. Pero era de esperar.

—¿Y vos? ¿Cómo estás de ánimos?

—Lo llevo como puedo. No es la primera vez que alguien quiere darme un susto. Además, ahora estoy hasta arriba de trabajo y eso ayuda a tener la cabeza ocupada.

—Así que, al menos, te van bien los negocios.

—Más o menos. Estamos en época de elecciones. Sobran los *spots* y los reportajes, y no para de salirme trabajo, aunque sea para unos pocos días cada vez.

—Eso es bueno.

—Ayuda a no darle demasiadas vueltas a las cosas en la cabeza. A cambio, tengo menos tiempo para dedicar a lo de Jacobo.

—No importa. Tengo bastante que contarte. Mi primo Horacio quedó *reintrigado* con lo que encontramos en Pozos Jordán y ha estado investigando más a fondo el asunto. Hablé con él ayer mismo. Por cierto que tengo acá fotos de lo que encontramos. —Se palmeó el pecho del abrigo, para indicar que las llevaba en un bolsillo interior—. Tomemos un café y te las enseño. Aunque no será fácil encontrar un café, de los que a mí me gustan, por esta zona.

Claudia asintió, los ojos puestos de nuevo en detalles arquitectónicos. Ahora, en concreto, en el edificio Vitalicio, allá al fondo, con su chaflán redondeado, su esfera de reloj y, en lo alto de todo, un gran templete de cúpula, rematada con una cruz. Sus ojos, como objetivos de cámara, no pudieron por menos que evaluar la imagen que ofrecía esa edificación, cerrando al fondo, al final de la cuesta, ese tramo de la Gran Vía.

—Horacio está convencido de que los Jordán eran la tapadera de algo. De toda una organización tal vez, lo que da de repente peso a algunas de las especulaciones más cuestionables de Jacobo. Esa fortuna imposible que hicieron en un par de años, esas concesiones que obtuvieron...

—¿Los Elegidos?

—Seguro. Dos tipos llegan en un barco de emigrantes, descalzos. Se registran como Salvador y Buenaventura Jordán, y esa simple inscripción ya les da carta de naturaleza. Horacio opina que la fortuna que se labraron, nadie sabe cómo, es en realidad falsa. Que recibieron un trasvase de dinero que ya estaba en la Argentina. Un blanqueo, lo llaman ahora.

—¿Con qué objeto?

—Implantarse en América, en primer lugar. Horacio sostiene, y supongo que tiene razón, que la mayor parte de los Elegidos de los que sabemos algo eran hombres pudientes, negociantes, industriales. Los Elegidos, en resumen, podrían ser un club de poderosos en las sombras. Un círculo de ayuda mutua.

—¿Y todo el tema religioso sería entonces una tapadera?

—En absoluto. Una cosa no quita la otra. Podían ser a la vez creyentes sinceros y sacar provecho de su relación. Que los integrantes de una minoría se ayuden a prosperar es algo común. Muchas veces, lo necesitan para sobrevivir. De ello han acusado a judíos, a los del Opus, a los calvinistas franceses, a los masones, a los martinistas... Y no sólo a grupos religiosos o filosóficos: los chinos y los libaneses, fuera de sus países de origen, han sido a menudo señalados por esa misma razón. Los Elegidos tienen muchos elementos comunes con algunos de esos grupos. Sus miembros se aglutinaban alrededor de unas creencias, eran un grupo selecto. Gente poderosa y a la vez, y eso es importante, amiga del anonimato. Eso último explica que haya tan pocos datos sobre ellos.

—Encaja mal con el hecho de que quisieran fundar una población. ¿No?

—Podría conciliarse. Quizá soñaban con fundar su propia utopía en las selvas del Chaco. Era una época propicia para quimeras así. Lo que no encaja es que, durante

siglos, hayan estado dejando rastros de su existencia en fachadas y decoraciones. También en joyas, pero éstas al menos son adornos para llevar encima, quizá en ocasiones especiales. Me pregunto por qué un grupo, por otra parte tan discreto, haría algo así. No sólo era contrario a sus intereses, sino que además les ponía en peligro.

Caminaron unos pasos en silencio. Habían llegado a la plaza del Callao y Claudia, pensativa, se paró a observar la otra acera de la Gran Vía. Allí, sobre la puerta del edificio Vitalicio, en un nicho, acechaba un gran león alado de piedra, como si guardase la entrada. Se estremeció bajo un golpe de aire y Bassano, que había seguido la dirección de su mirada, sonrió.

—Claudia, no vayas a caer en los excesos de Jacobo. No veas lo que no hay.

Ella sonrió a su vez.

—No. Estaba pensando en cómo meter eso en mi documental sobre el Madrid oculto. Aunque me ha hecho recordar a las esfinges que tanto interesaban a Jacobo.

—Esfinges, querubines, leones, todos son genios protectores. —La observó un instante, antes de señalar con su bastón al otro lado de la plaza—. Pues ahí delante *tenés* algo bueno para tu documental, aunque no sea tan esotérico.

Claudia observó el edificio del cine Callao, de fachada ocre, con su torreón y su azotea adintelada. Pero, antes de que pudiera preguntar, ya se le adelantó el otro.

—El edificio en sí mismo es digno de atención. Pertenece a lo que se llamó racionalismo madrileño, un estilo de una época muy concreta. Pero lo que te podría interesar es que, en esa azotea, hace décadas, se proyectaba cine al aire libre...

No siguió porque pasó un viento helado que, debido a algún efecto tobera causado por los edificios, entró aullando y batiendo aceras. Bassano, ahora sí, se arrebujó en su abrigo negro, la mano izquierda metida en el bolsillo.

—¡Vaya día que elegimos para pasear! Busquemos aunque sea un bar corriente. Con tal de que podamos sentarnos, será suficiente. Tomemos café y te mostraré esas fotos.

* * *

Cuando Claudia le contó a Gustavo su encuentro con Bassano, fue casi como si compartiese con él un secreto de alcoba. Tras lo ocurrido en Nochevieja, no del todo inesperado, no tardaron en verse otra vez y luego otra. Encajaban de momento muy bien, tanto que a ella le alarmaba algo, luego de tanta sequía afectiva. La misma tarde del día en que fue al teatro, se plantó en casa de él con las noticias y las fotos que el argentino le había dado.

Parte de lo hablado se lo contó mientras se repintaba las uñas de rojo. Vestía en ropa interior mientras se daba barniz, primero en las de los pies, luego en las de las manos, con parsimonia, y él la observaba. Gustavo le había confiado, con toda naturalidad, que le gustaría ver cómo lo hacía. Así que, para ese encuentro, ella se había llevado el esmalte y se las estaba pintando, menos sorprendida por la petición

que por el hecho de que a ella le complaciese hacerlo.

Casi como en pago simbólico, le había preguntado por aquella afición suya a coleccionar armas. Él había abierto el armero para mostrarle las escopetas de caza, los rifles del 22, la media docena de fusiles de colección —ingleses, italianos, rusos—, y para azuzarla a tomar uno entre sus propias manos. Ella al final lo había cogido, haciendo repiquetear sus uñas recién pintadas sobre el metal del arma, un poco incómoda.

Las persianas de la alcoba estaban alzadas, a petición de la misma Claudia, porque desde allí las vistas eran tan espectaculares como desde el salón. Como habían quedado a primera hora de la tarde, habían hecho sexo con la panorámica de un Madrid bajo cielos de plomo reticentes a descargar lluvia. Claudia, arma aún en mano, había echado un vistazo a través de la ventana. Fuera debía de hacer mucho frío, pero ahí dentro, ella, pese a estar en ropa interior, se sentía acalorada, porque la calefacción estaba a tope.

Gustavo, desnudo, jugueteaba con otro de los rifles mientras le explicaba cómo su afición a las armas se había despertado en África, donde conoció a cazadores y gente diversa que por uno u otro motivo andaban siempre entre fusiles.

—No cazo. Ya te lo dije. No me gusta. No es que tenga nada contra la caza. Me muevo mucho con gente de ese mundo, pero a mí no me entusiasma.

—Pues buen montón de fusiles tienes.

—Eso es otra cosa. Soy coleccionista. En tiempos también tenía pistolas. Pero mi ex se empeñó en que me deshiciese de ellas cuando adoptamos a Mihái. Se le metió en la cabeza que podía haber un accidente.

—A lo mejor no le faltaba razón.

—Tonterías. Si las armas están bajo llave y las balas en caja fuerte, no veo cómo se pueden producir accidentes. Las armas son seguras. Lo que hay es mucho inconsciente. —Devolvió el fusil al armero, al tiempo que observaba pensativo la expresión de la otra—. ¿Te parece esto algo salvaje?

—No. Para nada.

—Ahora se ha puesto de moda la idea de que todos los cazadores, y la gente que le gustan las armas, somos una especie de bárbaros, psicópatas en potencia.

—Eso es una tontería. Mira, lo que pasa es que a mí me causan bastante respeto las armas. Pero no es la primera vez que veo un armero. Mi amigo Lorenzo, el del Espinar, tiene también unas cuantas escopetas en su casa. Y él sí caza.

—¿Sabes quién caza también? Manuel Pastor.

—¿Pastor? —Le miró sorprendida, porque nunca hubiera imaginado a aquel profesor de Historia de las Religiones como a un amigo de la caza.

—Pues sí. Y por lo que le he oído comentar, anda bastante metido en monterías. A ése le gusta la caza mayor: jabalíes, venados.

—Caramba.

Le sorprendía, aunque no que Gustavo lo supiese, porque tenía trato más directo

con él que Claudia. Ella había hablado con Pastor por móvil en media docena de ocasiones, en tanto que Gustavo se había visto con él varias veces en persona. Aparte de que ella andaba ocultándose y le era, por tanto, más difícil mantener contacto personal, ocurría que el experto en Religiones se había tomado especial interés por Mihái.

El chico sentía fascinación por él y Pastor le trataba casi como a un nieto. Le prestaba libros, charlaban del tema que Mihái quisiera, incluso le visitaba en casa. Tanto era así que hasta había hecho buenas migas con su madre, la ex de Gustavo, que, por decirlo de forma suave, era una mujer difícil de tratar. Sufría algún problema, crisis, ataques que unas veces eran de furia y otras de ansiedad, hasta el punto de que hacía tiempo que estaba de baja y vivía en casa de sus padres. De hecho, aquella vez que Gustavo se había presentado con el chico en la Sacramental de San Justo no se debió a un viaje de trabajo inesperado, como alegase ese día, sino a una de las crisis de su ex. Cuando eso ocurría, sus antiguos suegros le llamaban y, por común acuerdo de todos, Gustavo se llevaba a su hijo, para ahorrarle escenas desagradables.

De todo eso se había ido enterando con cuentagotas Claudia pero, en ese momento, tenía la cabeza ocupada con un comentario reciente de Gustavo.

—Oye. ¿Qué es eso de que tenías muchas pistolas?

—Muchas no. Unas cuantas. Un Colt 45, una Mauser de la I Guerra Mundial, una Astra de nuestra Guerra de África. Piezas de colección. Auténticas preciosidades.

—¿Pero funcionaban?

—Claro.

—Creí que era imposible conseguir licencia de pistola.

—Licencia para portarlas sí. Imposible. Pero yo te hablo de coleccionar. Hay que pertenecer a un club de tiro, no tener antecedentes penales. Cada arma tiene una cartilla propia y sólo te permiten 100 balas por pistola y año. Está todo muy controlado, pero para eso sí dan licencia. Eso sí, como te pillen con una en el bolsillo, se te ha caído el pelo.

Se giró, aún desnudo, para rebuscar en un cajón de la cómoda.

—El mundo de los coleccionistas de armas mueve mucho material, mucho dinero. Por cierto, ya que hablamos de eso, te he conseguido algo que puede que te sea útil. Por aquí tenía que estar...

—No será una pistola.

—¿Qué ibas a hacer tú con una pistola? —Se echó a reír, al tiempo que se volvía ya con una estilográfica gruesa en la mano.

—¿Una pluma? —Claudia le observó perpleja.

—Eso parece. Pero no. —Quitó la capucha para mostrar que debajo no había plumín sino un mecanismo de aerosol—. Un espray de defensa. De pimienta.

Ella lo aceptó, le dio vueltas entre las manos, de forma que el otro se echó de nuevo a reír.

—Oye, ten cuidado, que si se dispara nos deja fritos. Se me ocurrió que no estaría de más que llevases algo así encima, aunque esperemos que nunca tengas que usarla. —Viéndola dudar, añadió—. Claro que si estas cosas te dan grima...

—No, claro que no. En tiempos tomé clases de defensa personal y me enseñaron a defenderme con el bolso, el móvil, con las cosas que tiene uno más a mano. Aunque lo tengo ya un poco olvidado. —Puso de nuevo la capucha a la falsa estilográfica y, de sopetón, le besó en la mejilla—. Muchas gracias.

Poco después de la medianoche, los pastores alemanes comenzaron a ladrar. Fue tan de repente y tan fiero, todos juntos, que sobresaltaron a Lorenzo Mota, que aún estaba despierto a esa hora. Se había entretenido en su butacón, releyendo *Armas, gérmenes y acero* por tercera vez en dos años. Era de esos hombres que, cuando un libro le gustaba, volvía a él una y otra vez, quizás porque había pasado muchos años en compañía de sólo unos pocos volúmenes selectos. Aguardó un instante inmóvil con el volumen entre las manos, las gafas de leer caladas. El salón estaba en una penumbra dorada gracias a la lamparilla encendida y al fuego, reducido en la chimenea a ascuas rojizas. Fuera, seguían ladrando los pastores alemanes y dentro también el pequeño perro bodeguero se había despabilado inquieto, lo mismo que los dos gatos.

Los ladridos no cesaban y, seguro ya de que algo ocurría ahí fuera, Lorenzo dejó el libro bocabajo sobre la mesilla para ponerse en pie e ir a su cuarto. Lo hizo renqueando, como siempre que se le enfriaban los músculos de la pierna. Se calzó botas, se puso el chaquetón y, de vuelta a la sala, abrió el armario y, sin dudar, agarró uno de los rifles del 22. Se echó luego a los bolsillos el móvil y una linterna, para después abrir la puerta de golpe, salir al patio y encender las luces exteriores.

Cuando hablaba de incidentes así, decía Lorenzo Mota que eran los inconvenientes de vivir aislado, entre pinares y lejos de todo. Soplaba viento muy frío que le hizo estremecer, pues era calvo y se había olvidado del gorro de lana. Al resplandor de los focos amarillentos, con el rifle en las manos, paseó los ojos por las instalaciones: el patio con su picadero de arena, las cuadras. Nada, como había esperado. Los perros se agolpaban ante el portón de hierro que daba al exterior, organizando un escándalo insoportable de ladridos, escarbando y rasguñando el metal, queriendo salir en tromba.

El viento soplaba de veras con ira esa noche, de forma que hasta sus oídos, por encima de los ladridos, llegaba el ruido de agitar de copas de pinos al compás de las ráfagas de aire. Se metió dos dedos de la zurda en la boca para lanzar un silbido muy recio. Los perros callaron de golpe, aunque de mala gana. Dedicaba mucho tiempo a

entrenar a cada uno de esos canes, que no eran para él capricho ni compañía, sino algo muy útil a la hora de vivir a kilómetros de cualquier vecino.

Nubes negras y deshilachadas corrían por el cielo nocturno. Al haber callado los perros, eran más patentes los sonidos de la montaña sometida al vendaval, el entrechocar de ramajes, el aleteo y golpetear de elementos sueltos, el entrechocar de puertas y ventanas a cada golpe del aire. Los perros seguían apelonados ante el portón de hierro, gimoteando o gruñendo por lo bajo.

Cruzó el gran patio. Los asaltos a casas eran moneda corriente en la sierra, tanto en su vertiente madrileña como segoviana. Bandas, sobre todo del Este, tenían sumidas en el terror a las urbanizaciones dispersas por las faldas de las montañas. Entraban por la fuerza en los chalets, hubiera o no gente dentro, para robar cuanto de valor hubiese y, aunque procuraban no matar a nadie, propinaban palizas tremendas a quienes osaban hacerles frente o si pensaban que sus víctimas ocultaban dinero o joyas en alguna caja fuerte.

Fiado del 22 y más aún de la reala de perros alrededor de sus piernas, descorrió los cerrojos del portón para salir fuera. Era sobre todo un gesto, tanto de desafío como de advertencia y, consecuente con él, se quedó a las puertas, observando el camino que llegaba hasta la casa desde la carretera de San Rafael.

Pasaban las nubes sobre una luna casi llena, por lo que aquel paisaje nocturno de pinos agitados por la ventolera se oscurecía de repente para luego surgir al claro de la luna, antes de sumirse de nuevo en sombras. Arreciaban las ráfagas de viento, de forma que los árboles se alborotaban y, entre los silbidos y el entrechocar de follaje, era imposible tratar de escuchar nada. Nada se movía entre los troncos de los pinos, ni en el camino en sombras, pero Lorenzo sabía que había alguien allí. Conocía a sus perros y no se encrespaban por nada.

Tentado estuvo de lanzar a los canes con un silbido. Saldrían en tromba y harían pedazos a los intrusos que rondaban de noche por su finca, al abrigo de la oscuridad y los pinos. Si no lo hizo fue porque le repugnaba causar lesiones a quien no le había atacado primero, aunque fuesen ladrones que no dudaban en recurrir a violencia extrema. Pero, además, el o los rondadores bien podían ser tan sólo excursionistas perdidos o chavales que se habían acercado con ánimo de travesura. Por eso, con voces ásperas, contuvo a la reala en un par de ocasiones en que le parecieron a punto de arrancarse por su cuenta.

Y así fue como le vio el Ángel desde su escondite tras los pinos: plantado a las puertas de su finca, recortado por los focos encendidos, con un arma en las manos y los perros agolpándose detrás. Se había detenido a distancia prudente, no bien estalló el coro de ladridos. A resguardo de los troncos, vio primero cómo se encendían las luces y luego salir al dueño con todos aquellos perrazos a sus talones. Aguardó inmóvil en su escondite hasta que comprobó que el tipo del arma no iba a internarse entre los pinos ni a lanzar a los perros, y que había abierto las puertas para advertirle de que miedo no tenía. El Ángel retrocedió entonces por el pinar, muy despacio,

confiando en sus sentidos para no tropezar, sabedor de que el viento y el agitar de frondas ocultarían cualquier ruido que pudiese hacer.

Una vez fuera de la vista de esa casa, se dio la vuelta y se apresuró a llegar hasta su moto, cerca ya de la carretera que iba del Espinar a San Rafael. Cuanto antes alcanzase la A-VI mejor, no fuese que el dueño de la casa hubiera llamado a la Guardia Civil.

Razón no le faltaba, porque Lorenzo sintió que su visitante nocturno se había marchado; aunque no le avisaron sus propios sentidos, sino el cambio de actitud de los pastores alemanes. En cuanto constató que estaban mucho más tranquilos, entró y cerró el portón para volverse a casa, sintiendo la cabeza calva helada.

Llamó, sí, a la Guardia Civil, aunque sólo fuese para que estuviesen informados. Poco podían hacer, excepto estar al tanto de que alguien rondaba por la zona. Volvió a asomarse luego fuera, para reclamar con voces ásperas al perro bodeguero y a uno de los gatos, el atigrado, que también habían salido fuera curiosos, sin miedo a los pastores alemanes, porque se habían criado todos juntos. Cambió después las botas por zapatillas, se echó un trago y volvió a instalarse en el butacón para leer otro rato porque, pese a todo su aplomo, el incidente le había desvelado.

Era la segunda vez en poco tiempo que tenía un sobresalto de esos. Echó una ojeada al reloj. No era aún demasiado tarde para llamar a Claudia; al menos no cuando se trataba de un asunto así. Así que tomó el móvil, que había dejado sobre la mesilla, y buscó su número en la agenda.

El último encuentro de Félix con Noriega —nueve de la mañana, Viaducto sobre la calle de Segovia— tuvo ribetes de novela de espías. Quiso el azar que, ese día, estuviese Madrid cubierto de niebla blanca espesa, de forma que los grandes edificios de la zona eran sombras y los peatones siluetas que asomaban y desaparecían entre los vapores lechosos. Félix llegó tarde. Tanto que, mientras subía sin resuello las escalinatas, desde el fondo de la calle de Segovia, iba temiéndose que el otro se hubiera marchado ya. Pero no. Cuando remontaba los últimos escalones, surgió el otro del arremolinar de niebla, con abrigo, cartera de cuero y esa expresión adusta del que lleva demasiado esperando.

Félix vestía anorak, gorra y bufanda que le servían para ocultar el rostro y evitarse así ser reconocido y, por tanto, todo el circo de miradas, señalar con el dedo y cuchicheos. Camuflaba también la mala cara. Había discutido a gritos la noche antes con Arce, su socio, por el móvil. La cadena había desplazado *La Huella* a altas horas de la noche, un paso a menudo previo a sacar de forma definitiva a un programa de la parrilla. Félix se había tomado muy a mal la noticia, como si Arce tuviese la culpa, y los dos habían acabado a voces. Tras la disputa, el presentador había quemado la noche de juerga con amigotes, de antro en antro, entre copas y coca. Si se había levantado para acudir a su cita con Noriega, más muerto que vivo, no fue por responsabilidad, sino con la esperanza de que esa historia de los Elegidos aún pudiese ser la tabla de salvación del programa. Un clavo ardiente, sí, pero ya no le quedaba ningún otro.

Echaron a andar por el Viaducto en nieblas, en dirección a la plaza de Oriente. En esa ocasión, el experto en Historia del Arte mostró hasta cierto punto algunas de sus mejores facetas: las de amante de su especialidad e investigador con recursos. Aunque no por eso dejaron de asomar a lo largo de la conversación aspectos menos positivos —como tiburones que rompiesen cada cierto tiempo aguas calmas—, tales como una gran soberbia y no poca ruindad.

—Jacobó hizo un trabajo notable. Notable, sí. Lástima que no me informase de lo

que se traía entre manos.

—Creía que sí lo había hecho —apuntó Félix, que sentía tan mal cuerpo que prefería dar el mayor carrete posible al otro, para que hablase sin parar.

—No. En su día, sus investigaciones me parecieron colaterales, desatinadas. Pero la culpa fue suya, porque me escamoteó datos y, por tanto, elementos de juicio. Además, no sé si se llegó a dar cuenta del todo de la importancia de lo que había encontrado. Claro que no era más que un aficionado. Carecía de mi experiencia, mis recursos, mis...

Félix gruñía en asentimiento. Habían atravesado ya el Viaducto y Noriega seguía echándose flores mientras cruzaban por la calle Mayor. Su acompañante le oía a medias, más atento a que no les arrollase algún conductor despistado y, sólo al otro lado, tras controlar una arcada, volvió a prestarle atención.

—... y no ha sido fácil. Jacobo no dejó casi documentos, pero quedaron otras pistas. He tenido que reconstruir sus pasos. He estado hablando largo y tendido con mis antiguos ayudantes, los compañeros de Jacobo en aquel proyecto.

—¿Y han cooperado?

—De mil amores. —Sonrió con maldad entre la niebla—. Escasea el trabajo en ciertas especialidades, y nadie quiere estar a malas con alguien que te puede conseguir, o impedir, el acceso a ciertas plazas.

Félix seguía asintiendo, las manos en los bolsillos del anorak. Se sentía más que destemplado y tenía que esforzarse por no tiritar. Noriega se explayaba.

—... trabajar a partir de la teoría de Jacobo: que existió un círculo filosófico, activo durante siglos en Madrid, que llegó a dejar su impronta en algunos edificios privados. Una hipótesis en principio descabellada... pero lo cierto es que reunió pruebas que dan como poco qué pensar.

Caminaban ya a la altura de la Catedral de la Almudena, a la que las nieblas daban un misterio del que carecía a plena luz del sol. Noriega se detuvo a observar esa mole con su cúpula, convertida en esos instantes en una sombra enorme entre los vahos blancos. Sacó un puñado de fotos de su cartera. Félix las examinó con rapidez, sin detenerse en ninguna, mientras el experto seguía hablando. Eran todos detalles arquitectónicos, frisos, molduras, dinteles. Trató de vocalizar bien.

—¿Cómo es que nadie descubrió esto antes?

—Porque nadie estableció la relación. Son como piezas sueltas de un rompecabezas y el mérito de Jacobo fue justamente darse cuenta de que el rompecabezas existe.

—No sé... —Félix se entretuvo en una de las fotos. Un dintel que parecía de hormigón, moderno, con un sol estilizado y una cruz girante de cuatro brazos grabados en su superficie—. Son símbolos muy llamativos. ¿Cómo han podido no llamar la atención?

Noriega se permitió un ademán de arrogancia.

—Cruces como ésa abundan por toda España. Está en decoraciones, fachadas,

trajes regionales. Es un símbolo muy antiguo y extendido. ¿Y para qué vamos a hablar de los soles? Ni siquiera juntos llaman la atención, a no ser que alguien los esté buscando.

Félix devolvió el mazo de fotos al otro, que no paraba de hablar.

—Jacobó tenía intuición, suerte. Pero, como todos los diletantes, daba palos de ciego. Cometió errores, pasó datos valiosos por alto y a veces se dejó llevar por la fantasía. —Señaló con el dedo a través de la niebla, en dirección a esa otra mole imprecisa que era en esos momentos el Palacio Real—. Por ejemplo, sé que anduvo buscando una conexión entre los Elegidos y ciertos elementos simbólicos situados en la fachada principal del palacio, la que da a la plaza de la Armería.

—¿Cuáles? —Félix volvió por instinto la cabeza, sin ver otra cosa que una sombra gigantesca, mole oscura entre lo blanco.

—Un sol y un león. Especulaba con la idea de que los Elegidos, además de dejar huellas de forma directa, podrían haber inducido de diversas formas a que su iconografía se plasmase entre otras que no tenían que ver.

—¿Y en este caso?

—No es así. La simbología del Palacio, las estatuas de los reyes, las de los emperadores indios y romanos, los elementos mitológicos, fueron obra del padre Sarmiento. Y su diseño fue muy concienzudo. El sol y el león no simbolizan otra cosa que a la monarquía hispánica. Jacobo malgastó en este tema tiempo y esfuerzos en vano. Es una buena muestra de cómo trabajaba. Aunque bien es verdad que esa imaginación desbordante, aunque le indujo a errores, también le llevó a intuir la trama que unía los elementos sueltos —admitió, en un arrebato de generosidad.

»En fin. Aficionados. Yo soy un especialista, con años de experiencia a las espaldas. He examinado sus conclusiones, sus teorías, hasta donde he podido llegar a conocerlas. Unas son erradas, otras carecen de base suficiente. Pero, y soy el primer sorprendido, he de reconocer que, en lo básico, es muy posible que tuviese razón. Que pudiera ser que haya existido ese círculo, activo desde el siglo XVIII hasta mediados del XX, cuando menos.

—Jacobó lo relacionaba con una secta de la antigüedad.

—Los agápetos de Siria. Sí. Estoy al corriente. —Frunció el ceño y volvió de nuevo los ojos hacia el Palacio Real—. A eso me refería al decir que hay conclusiones que carecen de base suficiente. Existen elementos simbólicos comunes, de acuerdo. Pero nada sabemos de la doctrina, ni de la de los agápetos ni de la de los Elegidos. En realidad, lo ignoramos todo de los segundos, fuera de conjeturar su existencia.

Félix asintió mientras, como de común acuerdo, torcían por las sendas de tierra de los jardines de la plaza de Oriente, entre setos y estatuas de reyes.

—Si los Elegidos son descendientes de los agápetos, ¿cómo llegaron a España?

—Jacobó sostenía que llegaron a España, en concreto a Castilla, en el siglo XIV...

—¿Cómo sabes eso?

—Porque se lo contó, en su día, a uno de sus compañeros.

—Claro. Disculpa. Sigue.

—No sé en qué se basaba Jacobo para hacer tal afirmación. Pero no sería imposible. España mantuvo contactos con zonas remotas de Asia durante toda la Edad Media. La Europa medieval no estaba tan aislada como algunos ignorantes creen.

»Justo en ese siglo XIV, Clavijo dirigió una embajada a la corte del Gran Khan Tamerlán, en Samarcanda. En ese mismo siglo, el rey destronado de Cilicia Armenia, León VI, vino a Madrid y el rey Juan I le dio en señorío esta villa, Ciudad Real y Andújar. Los marinos genoveses, aliados de Castilla, traficaban con Asia. Los catalanes tenían colonias en esas costas... en fin, contactos no faltaban.

»Pero, al contrario que Jacobo, a mí no me preocupa tanto buscar pruebas documentales de que los agápetos pudieron subsistir durante la Antigüedad tardía y la Edad Media. Me he centrado en el Arte, que es mi campo. He buscado fachadas y motivos ornamentales en los que pudiera haber símbolos agápetos. Un trabajo pesado, tedioso...

Habían dejado a la espalda la sombra del Palacio y, frente a ellos, asomaba entre los remolinos de niebla, el famoso monumento a Felipe IV, con su fuente, leones de bronce y tritón de piedra en la base del pedestal. Félix, la cabeza tan nebulosa como el día, observó la estatua de aquel rey, a lomos de un caballo alzado de manos, y recordó algo que contó un invitado, años antes, en uno de los programas en los que fue presentador. No recordaba ni quién, ni en cuál programa. Pero sí la historia de cómo para emplazar esa estatua, tomada de la pintura de Velázquez, tuvieron que consultar al famoso Galileo, porque la efigie, vencida por el peso y el poco apoyo sobre patas traseras, se desplomaba una y otra vez. Galileo lo resolvió dejando hueca la parte delantera del caballo y llenando las ancas de bronce. Estatuas, sabios, secretos... con esfuerzo, se obligó a prestar atención a lo que decía Noriega.

—... y ya con la certeza razonable de que los Elegidos, en efecto, pudieron existir, me desentendí de la búsqueda en el campo artístico. Tiempo habrá para eso. Espero hacer, en su momento, un estudio en profundidad. Pero creo que ahora nos interesan, o más bien te interesan, las personas. Apellidos concretos.

—Eso es.

—No ha sido fácil. En España hemos perdido una cantidad ingente de documentos. Miles de ellos se han podrido en sótanos, o se los han comido las ratas y los insectos. Hemos perdido archivos de valor incalculable en incendios, insurrecciones, guerras. Sí. Las guerras han sido terribles, sobre todo las de Independencia y la Civil. Verdaderas catástrofes. Bibliotecas enteras quemadas por vándalos o destruidas por los combates... pero, aun así, queda mucho donde buscar.

—Sí.

—Me he centrado en el siglo XIX. Por pasos. Uno: localizar fachadas. Dos: identificar a sus propietarios. Tres: rastrear sus vínculos familiares. Antepasados,

descendientes, ramificaciones, familia política...

—¿Quedan descendientes?

—En algunos casos, sí. Pocos, al menos en apariencia. Y digo eso porque me choca que esos Elegidos, o posibles Elegidos, sean siempre personajes oscuros que salen de la nada para amasar grandes fortunas en muy pocos años. Hombres a los que, además, es siempre imposible encontrar antecedentes familiares.

»Me pregunto si no estarían conectados todos. Si no serían miembros de unas pocas familias que cambiaban de residencia y apellido cada pocos años. Eso, antes, era sencillo. Bastaba con hacer mudanza y empadronarse en otro lugar con distinto apellido. Luego, al cabo de unos años, mudarse de nuevo, ya con el nuevo apellido legitimado gracias a ese padrón.

—¿Así de fácil?

—Está documentado. No suelo hablar por hablar. Eso hicieron, y en masa, los judíos vascos a comienzos del XIX. Aprovecharon el fin del Antiguo Régimen para cambiar sus apellidos hebreos por vascos y ocultar sus orígenes a una población bastante hostil. Sospecho que los Elegidos hacían algo parecido, aunque por motivos bien distintos.

—¿Cuáles?

—En mi lista tengo a terratenientes, industriales, comerciantes. Gente activa. Pienso que cambiaban de identidad y hacían falsas fortunas sacando a la luz un dinero que ya poseían.

—¿Pero por qué?

—No lo tengo claro. Tal vez para no llamar la atención. Para pasar desapercibidos. Debían de ser un círculo de sujetos pudientes, que sin duda se ayudaban unos a otros a enriquecerse aún más. Y España, hace un par de siglos, no era tan liberal desde un punto de vista económico como ahora. Fíjate que tengo motivos para pensar que algunos Elegidos pasaron a América a finales del XIX...

—¿Qué hay de España? ¿De la época más reciente?

—Ahí vamos. —Noriega sonrió, consciente de que eso era lo único que de veras le interesaba al otro—. Tengo que atar muchos cabos aún, pero dispongo ya de nombres y apellidos concretos. No hay evidencias de que los Elegidos siguiesen activos tras los años cincuenta o, como mucho, mediados de los sesenta. Pero si el círculo pudo extinguirse al final de esa década, los propios miembros, en algunos casos, le sobrevivieron durante muchos años. Uno, de hecho, murió a mediados de los 90. Hace poco más de diez años.

—¿Tienes pruebas sólidas?

—Bastante sólidas. Soy alguien con reputación académica y eso me ha permitido dirigirme a los descendientes de esos Elegidos y, con una u otra excusa, conseguir de ellos fotos viejas de sus antepasados. Fotos en las que se ven, de fondo, casas, chalets, fábricas incluso. Y en esas fachadas es posible detectar, a veces, simbología agapeta... o de los Elegidos, como queramos llamarlo.

—Buen trabajo. —Pese a las náuseas, Félix no se olvidó de dar algo más de coba.

—Mi esfuerzo me ha costado.

—¿Hay apellidos que yo pueda usar en mi programa?

Caminaron unos pasos en silencio, mientras Noriega se lo pensaba, de forma que Félix temió ver naufragar su última esperanza.

—Los Elegidos parecen haber sido, en general, hombres discretos. De forma directa no, pero... —Hizo una pausa dramática—. Mira. Están relacionados con apellidos conocidos, sí. Relación por asociación de negocios, matrimonio, etc. Eso es lo que te interesa. ¿No?

—Justo eso. ¿Cuándo podrás darme algo más concreto?

—Ahora mismo. —Se detuvo para sacar de la cartera un sobre marrón, tamaño folio—. Aquí tienes parte. Me he reservado lo demás para poder contrastar y confirmar.

«Y como seguro de pago», supuso Félix, al tiempo que recogía el sobre, tratando de que el otro no advirtiese cómo le temblaban las manos, no de emoción sino por lo mal que lo había dejado la noche. Noriega se reservaba parte de la información para asegurarse de que iba a cobrar, así que decidió inyectarle una dosis de seguridad.

—Habrás tenido gastos. Dame un número de cuenta para que te hagamos un ingreso. Anticipo o pago a cuenta, como prefieras llamarlo. Salga o no un reportaje, se te pagará, como habíamos acordado.

—Me parece muy justo. —Sacó un papelito con un número escrito—. Mira, precisamente aquí te traía mi número de cuenta.

Félix se lo guardó a la par que se felicitaba. Si Noriega lo llevaba encima era porque había acudido dispuesto a plantear la cuestión del dinero, por lo que había sido un acierto adelantársele. Hubo un silencio. Félix volvió los ojos hacia el otro lado de la plaza, antes de ponerlos sobre la estatua en piedra de un rey antiguo; uno visigodo, a juzgar por el nombre grabado en el pedestal. Quizá porque tenía la cabeza entre brumas, se le ocurrió preguntar:

—Oye. Tú que eres un experto. ¿No son un poco toscas estas estatuas?

Noriega, cartera en mano, le observó desconcertado un instante, porque su interlocutor no era del tipo que él imaginaba planteándose cierto tipo de cuestiones. Negó despacio con la cabeza.

—Hay mucha leyenda popular alrededor de estas estatuas. Definirlas como toscas es injusta. Estas estatuas, junto con otras que están en el Retiro e incluso en otras ciudades, fueron idea del padre Sarmiento. Tenían que estar colocadas en lo más alto. —Señaló a la sombra del Palacio de Oriente—. Por eso, como iban a estar ahí arriba, se tallaron así. No era necesario el detalle, ya que estarían lejos de los observadores. El trabajo minucioso podía incluso estorbar, robarles carácter. En realidad, todas fueron obra de grandes artistas de la época.

—Pero no llegaron a subirlas.

—No. Parece que la estructura del palacio no podía aguantar tanto peso. Piensa

que la serie completa incluye a todos los reyes godos y eso supone muchas estatuas. Aunque hay versiones que dicen que Carlos III no encontró esa decoración de su gusto y prefirió sustituirlas por florones. O que la reina Bárbara de Braganza tuvo sueños terribles, en el que las estatuas caían y aplastaban al rey. En fin. Sea como sea, lo cierto es que se quedaron a ras de suelo.

Félix asintió, al tiempo que contenía de nuevo una tiritona. Hacía frío y humedad, con independencia de lo destemplado que estuviese.

—¿Tomamos una caña?

—Tengo mucho que hacer esta mañana. Mejor rematamos esto y me voy a resolver asuntos.

—De acuerdo. Escucha. ¿Podrían estar activos los Elegidos? ¿Por qué iban a desaparecer en los 50, después de, por lo menos, un par de siglos de existencia?

—Declinaron con la Guerra Civil. Al menos la mitad de los que he identificado como posibles Elegidos emigraron en los años posteriores a la guerra. Eso pudo hacer que el círculo cayese por debajo de mínimos humanos y desapareciese.

—¿Eran republicanos los Elegidos?

—¡Qué va! Es lo curioso. Todos apoyaron al bando de Franco pero, por algún motivo que no puedo entender, luego muchos se fueron al extranjero. Montaron negocios en América y el Norte de Europa, y prosperaron.

—Un enigma más. Supongo que indagar sobre los descendientes actuales de los Elegidos...

—Eso es algo que yo no puedo hacer.

—No importa. Trabajamos con gente que sí puede hacerlo. Es cuestión de dinero y resultados. Tú céntrate en tu parte, que estás haciendo un gran trabajo.

—Te agradezco el elogio.

—Una última cosa. ¿Qué eran exactamente los Elegidos? ¿Una secta?

—Ya te lo he dicho: no tenemos muchos datos. No es mi campo y, además, me he ocupado de otras cuestiones.

—Sigue en ello. —El momento de curiosidad pasó y Félix volvió a ser depredador puro, en busca de carnaza—. Tú céntrate en lo que nos interesa. Yo me ocuparé de que investiguen a esos descendientes. En unos días, tendré todo sobre la mesa. —Se guardó el sobre marrón dentro del anorak—. Seguro que de todo esto sacamos un buen reportaje.

Llovía ese domingo pero aun así decidieron subir a la sierra, aunque fuese sólo por no cambiar también de planes esa semana. Así fue cómo Claudia se vio con anorak, botas, gorro, remontando junto a Gustavo y Mihái la vieja calzada romana del puerto de la Fuenfría, a través de pinares oscuros, entre el susurro manso de la lluvia y el gorgoteo de los arroyos. El día era desapacible a más no poder, cerrado en nubes, frío aunque no en exceso si se compara con lo que eran antaño los febreros en la sierra, húmedo y de luz triste.

Pero ella disfrutó de la jornada. Ascender por la vieja ruta de piedras, construida por los romanos para cruzar la sierra. Trepar por la parte escalonada, sin resuello y casi atónita de que su espalda no la molestase. Asombrada ahora al recordar cómo no hacía tanto se había casi resignado ya a vivir el resto de su vida con dolores de columna y restricción de ciertas actividades. Echar toda la mañana por esa parte de la montaña, con Gustavo y su hijo, pese a que no era eso lo planeado en un principio.

El que mejor lo pasó fue sin duda el chico, que anduvo correteando de un lado a otro, subiendo y bajando incansable por las laderas de pinos, pese a que las guías de senderismo indicaban que esa ruta de montaña no era apta para menores de siete años, y Mihái tenía sólo un par de años más. Gustavo se había preocupado de abrigarlo según su costumbre, de forma que iba de acá para allá con gorro y capucha puestos, y unos prismáticos balanceándose sobre el pecho, pese a que en esa ocasión poco los usó.

Si Gustavo había elegido esa senda de la Fuenfría era justo porque por allí era posible observar a toda clase de aves, desde pájaros carpinteros a buitres en lo más alto. Y la observación de aves, localizarlas, identificarlas, era un entretenimiento perfecto para alguien como Mihái, en parte estudio y en parte diversión.

—No es que las aves sean más interesantes que los mamíferos, por poner un ejemplo —explicó Gustavo mientras bajaban del Terrano en el aparcamiento—. Son más fáciles de ver, eso es todo. Uno se puede pasar horas intentando ver a un corzo...

—¡Qué me vas a contar! —Claudia rompió a reír, recordando las interminables

esperas durante la filmación en los Pirineos, el pasado septiembre.

El plan, sólo dos días antes, era bien distinto. Pasar el fin de semana en la sierra, sí, pero solos los dos, en uno de los albergues que ahora tanto abundan por la zona. Uno de esos hoteles pequeñitos, más bien caros y con toda clase de comodidades, de estética cuidada y buena ubicación. La reserva estaba hecha pero no pudo ser casi en el último minuto, ya que Gustavo había tenido que recoger a Mihái, pese a que ese fin de semana no le tocaba.

Una vez más, como en aquel sábado cuando visitaron la Sacramental de San Justo, la madre de Mihái había sufrido una de sus crisis y, aunque los padres de ella podían hacerse cargo, Gustavo prefería ocuparse en persona del chico. Claudia había encajado el cambio sin decir ni mu.

—¿No le ayuda la sobredotación en estos casos? —Había preguntado.

—Qué va. Lo pasa peor que otros chicos en el mismo caso. Su madurez intelectual hace que se dé perfecta cuenta de lo que pasa. Pero recuerda que emocionalmente sigue teniendo nueve años.

Era por eso que, cuando le avisaban sus ex suegros, prefería él alejar a Mihái de su madre. Claudia había comentado con Alejandra la situación que vivía Gustavo. Suponía que la otra se iba a llevar las manos a la cabeza, antes de darle el consejo habitual de que saliera corriendo y se olvidara del tipo o que, por lo menos, no se metiese muy a fondo en esa historia. Pero Alejandra se había limitado a encogerse de hombros, mientras removía el azúcar de su café con leche, haciendo resonar la cucharilla contra el interior de la taza.

—Tú misma. Si él te gusta, adelante.

—¿No crees que es una tontería?

—Chica. —La miró con esos ojos oscuros y brillantes suyos—. Sería mejor que no tuviese ese problema, claro. Pero yo hablo de ti, que eres la que me importa. Ya va siendo hora de que te reconectes a la vida. Ese tío tiene sus problemas. Vale. Todos los tenemos. A mí lo que me parece absurdo es esa manía que tienen algunos de buscar a alguien perfecto y sin cargas... eso sí, para que le aguante a ellos sus problemas y sus malos rollos.

Claudia había tenido que darle en su fuero interno la razón. Desde que saliera del hospital, cargada de dolor y depresiones, se había mantenido casi al margen del mundo, dejando que se perdieran amistades que, por otra parte, sólo mantenían hasta entonces por inercia. Y, si lo pensaba, era mejor una relación de ese tipo —con todos los sinsabores y quebraderos que sin duda podía traerla— que otra en la cual cada cual viviera en su propia burbuja y se reuniesen sólo para tomar copas, hacer sexo y pasar ratos de ocio.

La lluvia y el frío hicieron que acortasen la ruta prevista por los pinares. Habían quedado además a comer con Manuel Pastor, el especialista en Historia de las Religiones, y tenían que coger el coche, porque la cita era en Pinilla del Valle, en el valle del Lozoya, lo que suponía un viaje de más de 40 km por la M-604 y atravesar

con ese tiempo el puerto de Navacerrada. Ocurría que esa comida se concertó antes de la mudanza de planes y decidieron no anularla, para no obligar a Pastor, a su vez, a cambios de última hora.

Gustavo volvió a ceder el volante a Claudia, que disfrutó conduciendo a través de las montañas, bajo una lluvia que, según subían hacia Navacerrada, se convirtió en nevada lenta, para luego volverse de nuevo agua, según descendían a cotas más bajas. Hasta gozó de esa sensación melancólica de los días grises, húmedos, las ventanillas mojadas, la calefacción puesta, el vaivén del limpiaparabrisas sobre el cristal, el susurro de neumáticos sobre el firme empapado.

Ya en Pinilla del Valle no atinaron a la primera con el restaurante pese a que el pueblo es pequeño, porque Gustavo, que era quien lo había propuesto, no había estado allí desde hacía años. Dieron un par de vueltas por calles en las que pancartas tendidas de lado a lado, con lemas electorales del PSOE y el PP, recordaban a los transeúntes que era época de elecciones. Pasaron por la plaza, con su crucero de granito y su placa en memoria de José Antonio Primo de Rivera que alguien había pintarrajeado con tres franjas: roja, amarilla y morada, versión casi abstracta de la bandera de la II República.

Pero, al cabo, sólo tuvieron que fijarse dónde había muchos coches aparcados. El restaurante está justo al borde del pueblo, mirando al embalse de Lozoya, el de las legendarias aguas del viejo Madrid. Claudia encontró hueco cerca del pretil que separa la calle del embalse y metió sin miedo el 4x4 en la hierba y el barro. Aún llovía y quizá por eso reparó en cuán bajo era el nivel de aguas del embalse, así como en lo marrón de las laderas de los montes. Ese año, si no llovía mucho más, iba a haber problemas de suministro de agua.

El Corralón es un restaurante de años, afamado en Madrid, de donde acuden no pocos clientes. Es una casa antigua, con puertas de madera claveteada y, adjunto al cuerpo principal, tienen lo que llaman la Carpa, que es un kiosco acristalado con mesas. Allí había reservado Jacobo, a petición de Pastor, ya que esa era la zona de fumadores. A la que le pesó fue a Claudia, que hubiese preferido sentarse dentro, a ser posible cerca de la gran chimenea, para estar caliente y a gusto en ese día tan gris.

Su mesa estaba junto a los cristales churreteados por la lluvia. Y Pastor ya estaba allí; grande, barbudo, bronceado por la vida al aire libre. Aquel moreno perpetuo no tenía gran misterio: tenía casa también en la Sierra, en el valle de Bustarviejo, y, cuando la visitaba, cosa que hacía a menudo, daba paseos a pie y a caballo, aparte de salir a cazar. Lejos de la ropa formal que usaba en Madrid, vestía en esa ocasión pantalón de muchos bolsillos y polar granate, ojeaba el ABC con un cigarrillo humeando entre los dedos y tenía una cerveza mediada sobre la mesa, lo que daba a entender que llevaba ahí un buen rato. Se levantó sonriente a estrechar la mano de Gustavo, cruzar dos besos con Claudia y luego otros dos con Mihái.

Claudia en realidad no había vuelto a verse con él desde la tetería de Tribunal, aunque habían hablado varias veces por móvil y correo electrónico; algo lógico,

habida cuenta de la vida medio de fugitiva que llevaba. Gustavo sí se había encontrado con él varias veces y ella pudo constatar que no exageraba cuando decía que había establecido con Mihái una relación casi de abuelo.

Había descubierto Claudia que el chico no era difícil si se le trataba como a cualquier niño de su edad. Ocurría sin embargo que a menudo se encontraba algo incómoda con él, casi en guardia, porque se sentía observada, y saber que tal sensación es común entre mujeres cuyas parejas tienen hijos de otra relación no le aliviaba la incomodidad. Era como verse sometida a examen. Pero Pastor hacía buenas migas con el chico y, de terciarse, hablaba con la mayor seriedad de los temas que Mihái quisiera plantearle, sin dejarse llevar por esa condescendencia con la que muchos adultos tratan a los niños.

En esa ocasión, no obstante, la que más tenía que contar era Claudia, ya que Alejandra Espinosa le había informado de sus investigaciones. Alejandra, aunque nunca llegarían a saberlo, había partido del mismo punto que Andrés Noriega — asumir como cierta la tesis de Jacobo— para luego seguir una línea de acción del todo distinta. Siendo historiadora, había dedicado sus esfuerzos a rastrear huellas documentales sobre el círculo de los Elegidos y, aunque no había descubierto tantos indicios como Noriega, sí había encontrado algunos datos interesantes.

Había referencias a denuncias y expedientes de la Inquisición de los siglos XVI y XVII. Un tratadista de ese último siglo mencionaba incluso, de forma explícita, la herejía de los Elegidos, que parecía asomar cada cierto tiempo. Y unas líneas de otro autor, sobre la denuncia de un cura rural contra un hacendado de sangre noble, en 1612. Al parecer, el cura había informado a la Inquisición Aragonesa de que el terrateniente se reunía, cada cierto tiempo, con correligionarios, para celebrar parodias de eucaristía.

En la denuncia, siempre según ese autor, que debió consultar el expediente original, el cura afirmó de forma taxativa que los del grupo se consideraban a sí mismos *elegidos*, hombres tocados por la divinidad, y que adoraban a soles y no a cruces.

—No me suena, pero ese periodo no es mi especialidad, y la documentación de época es mucha. —Pastor apuró su cerveza—. ¿Cómo acabó todo?

—No se sabe. El expediente se ha perdido.

—Una pena. La Inquisición era muy minuciosa y sus escribanos anotaban absolutamente todo lo que se decía durante los interrogatorios.

—Todo lo que tenemos a través de tratados. Los expedientes originales, todos, han desaparecido. Curioso. ¿No?

—Puede. —Pastor se permitió un gesto casi displicente—. Hubo muchas pérdidas documentales en el caso de la Inquisición. Robos, pérdidas, incendios...

—Tengo aquí las fotocopias de esos comentarios.

Podían hablar a sus anchas, pues la Carpa es amplia, con las mesas bien distantes. Pastor tomó aquellos papeles, para echar una ojeada a esas caligrafías enrevesadas de

hace siglos.

—Brujería, asesinato. ¿Canibalismo? —Leía con las gafas puestas—. Acusaciones muy serias. No sé si exageradas. Muchas veces se denunciaba a la Inquisición por despecho.

—¿Qué motivos podía tener un cura rural para...?

—Casi infinito. Por ejemplo, que ambicionase el puesto de confesor en casa de ese nombre y le diesen el puesto a otro. Lo peor de la Inquisición era que los acusados no sabían ni quién ni de qué se les acusaba. Eran ellos los que tenían que demostrar su inocencia. Y con esa impunidad, sabe Dios cuántos canallas aprovecharon para ajustar cuentas con enemigos. —Se quitó las gafas—. Tu amiga ha hecho un trabajo excelente.

—Es muy buena en lo suyo.

Y ahí quedó la cosa, porque llegó una camarera a tomar nota. Gustavo, al hacer la reserva, había encargado cochinito para tres. Eligió él también los entrantes y un solomillo para Mihái, no fuese que el asado le resultase graso en exceso. Y un Condado de Haza para beber.

—Magnífico. —Aprobó Pastor al catarlo—. ¿Pero no es muy fuerte? Mucho cuerpo.

—Para tomar a palo seco sí. Pero ya verás cómo cambia de sabor. Marida muy bien con una carne como la del cochinito.

—Volviendo al tema de los Elegidos, a falta de documentos originales, debiéramos ser precavidos. —Se sirvió una porción de setas—. Quizá esos autores hablan de grupos distintos y sin conexión. En el siglo XVI llamaron alumbrados a heterodoxos que nada tenían que ver con ellos. Y, respecto a esa denuncia aragonesa, habría que ver si prosperó o tuvo siquiera base.

—¿Por qué no iba a tenerla? —Gustavo echó en el plato de su hijo una cucharada de setas.

—El XVII fue un siglo complicado. Hasta entonces, al revés que en el norte de Europa, en España no se habían tomado en serio la brujería. Por una vez y sin que sirva de precedente, éramos más racionales en eso. Ni los inquisidores más cerriles veían en la brujería otra cosa que superstición de ignorantes, y no le prestaban atención. Además, estaban demasiado ocupados persiguiendo judaizantes, protestantes y alumbrados.

»Nunca hubo mucha represión e incluso, durante ochenta años, no hubo en España una sola ejecución de brujas, mientras que al norte era un baño de sangre. Pero las tesis norteamericanas acabaron por calar y a comienzos del XVII se volvió a quemar brujas. No hubo muchas muertes, cierto, pero sí un alud de delaciones. Así que ésa en concreto pudo producirse al socaire de ese repunte de la caza de brujas.

Mascó un bocado de setas con parsimonia.

—Pero, dejando eso de lado, hay algo que no me convence. Algo me falla. Los agápetos, si subsistieron para dar lugar siglos después a los Elegidos, debieron ser

grupos reducidos, por lo que suponemos. Eso les haría muy volátiles. A las comunidades pequeñas, cualquier catástrofe las deshace. Cuesta creer que hayan podido sobrevivir casi dos milenios en esas condiciones de secretismo y a veces represión.

Mientras sus interlocutores ponderaban razón de tanto peso, habló de repente Mihái:

—¿Y los judaizantes? ¿No eran grupos igual de pequeños? Sobrevivieron generaciones...

Tanto Claudia como su padre le observaron sin comprender. Pero Pastor ahora sonreía y no con condescendencia.

—Mihái, chico, cada día me sorprendes más. ¿Qué sabes tú de los judaizantes?

—Estuve leyendo. Busqué en la biblioteca. —Se atropellaba. Se le veía azarado y, como era de piel clara, el sonrojo destacaba en seguida.

Llegaron las carnes y la conversación se interrumpió. Cochinillo en fuente de barro, ya troceado. Pastor probó un bocado.

—Estupendo. No en cualquier sitio saben hacer estas carnes tan grasas.

—Prueba ahora el vino. Verás como el sabor es distinto.

—Cierto.

—Ya te lo dije. En fin. Judaizantes. Soy un inculto así que: ¿qué es eso?

—A mí no me mires. —Claudia se puso de su parte, risueña—. Ni idea.

Mihái seguía colorado, así que fue Pastor quien tomó la palabra.

—Lo explico yo. El caso de los judaizantes es buen argumento contra lo que acabo de decir, sin duda. Lo admito. Aunque sobrevivieron generaciones, no siglos.

—Sigo sin saber de qué hablamos —quiso centrarle Claudia.

—Es algo que es parte de nuestra historia, aunque no se estudie en el colegio. Tiene que ver con los decretos de conversión forzosa del reino de Portugal, en el siglo xv. Muchos judíos portugueses se convirtieron en falso. Pusieron en práctica un sistema curioso, para preservar la fe y la vida. No podían ser muchos, ya que, cuantos más fuesen, más posibilidades tenían de ser descubiertos. Así que, en una misma familia, algunos de sus miembros eran educados como cristianos y otros, en secreto, como judíos. Y los primeros nada sabían de los segundos.

—¿Se engañaban dentro la misma familia? —Quiso saber Claudia.

—En efecto. Cuando Portugal se unió a España, muchos judíos portugueses pasaron a España y ocuparon altos cargos, y sus parientes cristianos fueron, en ciertos casos, eclesiásticos prominentes, sin llegar nunca a sospechar la condición de sus padres y hermanos.

—¡Pero qué paranoia!

—Eran otros tiempos. —Se encaró con Mihái—. ¿Te referías a eso, hijo?

—Sí. —Asintió, casi cohibido—. Y a que eso ocurría en familias poderosas.

—Un matiz interesante. Sí. Los judaizantes eran en muchos casos, gente pudiente, con influencias que, de una forma u otra, les ayudaban a menudo a ponerse a salvo.

Los pobres tenían bastante menos suerte. —Sonrió a Mihái—. Es bueno que leas, pero tómatelo con calma. ¿De acuerdo? Son temas profundos, complicados.

Gustavo, que había asistido a esa conversación con cierta complacencia, tomó un sorbo de vino, antes de imprimir un giro brusco a la conversación.

—Todo esto es sin duda muy interesante. Pero a mí ahora me preocupa, sobre todo, la seguridad de Claudia.

—Eso por supuesto. —Pastor puso en ella unos ojos inquisitivos—. ¿Es que has vuelto a tener algún tipo de problema?

—Ninguno. También es verdad que tomo mis medidas.

Y no metía. Era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Tras abandonar su casa, desarrolló toda una estrategia. A quienes le daban trabajo y a algunos conocidos les reveló sin rodeos que alguien quería matarla. Lo achacaba a su época de reportera para evitarse explicaciones. Aquéllos, por tanto, se cuidaban de dar datos sobre ella, conscientes de que podían ponerla en peligro. Trabajaba además ahora en rodajes fuera de Madrid, en la sierra. Y, para mejor desplazarse, se había comprado un C3 de segunda mano con pocos kilómetros, no por ahorrar, sino porque así se lo habían entregado en el acto.

Iban ya por los cafés. Cuando Gustavo pidió agua y la camarera —camisa blanca, pantalón de rayadillo— le sugirió una botella, él se echó a reír socarrón, al tiempo que señalaba con el pulgar en dirección al pantano.

—Mejor una jarra. ¿No? ¿O no dicen que el agua de Lozoya es una de las mejores del mundo?

—Será. —Sonrió la camarera, con igual retranca—. Pero nosotros no la catamos. Hasta la última gota del embalse va a Madrid y a nosotros nos traen agua de otros lados. La mitad del valle bebe agua embotellada, por si las moscas. Pero yo les traigo una jarra, sin problema.

Luego de que se fuese con la comanda, Gustavo había puesto los ojos en los regatos que corrían por los cristales de la Carpa.

—Antes me refería a algo concreto. Que alguien haya reactivado un círculo filosófico, o que sean de verdad miembros de una secta milenaria, para mí es algo secundario. Matan a quienes se les acercan, de forma voluntaria o por casualidad. ¿Por qué?

—Para seguir en secreto. —Claudia también observaba la lluvia exterior.

—¿Y por qué es importante el secreto?

—Porque ha sido su garantía de supervivencia durante siglos. —Pastor se estaba encendiendo con calma un puro.

—Ya no lo es. No es necesario. Nadie va a perseguir a un grupo religioso hoy en día. Tiene que haber algo más.

—¿Y si de verdad matan a gente, como se les ha acusado? —Ahora era el turno de Claudia, que había estado escuchando lo que Alejandra tenía que decir al respecto—. ¿Y si hay por medio cuestiones económicas?

—Dos buenas razones, sin duda. —El especialista inclinó la cabeza, observando el humo del puro—. De lo primero parece que se les ha acusado a menudo, aunque no sabemos qué pueda haber de cierto. En cuanto a lo segundo, sí, muchas minorías religiosas, étnicas, filosóficas, se enquistan como grupos económicos o de poder dentro de las sociedades en las que viven, integrados sólo a medias. Merece la pena tener esa idea en cuenta.

Reclamó a la camarera, para pedir un pacharán. Claudia, viendo titubear a Gustavo, le animó:

—Pide algo, si quieres. Conduzco yo de vuelta.

Había dejado su C3 en Cercedilla. Gustavo asintió y encargó otro. Arreciaba la tormenta y las gotas golpeaban contra las cristaleras. Cuando llegaron las copas, Pastor agitó la suya, para que se enfriase más rápido. No parecía importarle la posibilidad de que le parasen e hiciesen la prueba de alcoholemia. Habló pensativo.

—Si haciendo desaparecer a Jacobo y Eduardo, alguien pretendía preservar un secreto, me parece que el tiro le ha salido por la culata.

—¿Por qué dices eso?

—Hace un par de días estuve tomando un café con Andrés Noriega. ¿No se ha puesto en contacto con vosotros? —Observó cómo sus interlocutores negaban con la cabeza—. Ya lo hará, supongo. Fue el director de aquel proyecto sobre simbolismo y arquitectura. Un impresentable. Le dio muchas vueltas a la conversación, tratando de liarme. Pero lo que en el fondo quería era sonsacarme, a ver qué sabía sobre las investigaciones que en su día hizo Jacobo.

Dio un primer sorbo a su pacharán.

—Al final el que le saqué algo fui yo. Como no lograba tirarme de la lengua, me echó un cebo, a ver si picaba. Me soltó que un tal Félix Alcalá está también interesado en este asunto...

—¿El de la tele? —Gustavo apoyó los codos sobre la mesa.

—Yo ni sabía quién era. No veo mucha televisión, la verdad. Por lo visto tiene un programa de crónica negra. Lo que no sé es cómo puede haberse enterado.

—No tiene ningún misterio. —Fue el turno dar aclaraciones para Claudia—. Félix estaba en la misma panda de amigos que Jacobo y Eduardo. Es otro espabilado. Ya trató de ponerse en contacto conmigo hace tiempo, supongo que a ver qué podía conseguir de mí. Pero pasé.

Hubo un silencio en la mesa. El profesor, con su pinta casi de capitán de barco, hizo tintinear los hielos de la copa. Gustavo se pasó la mano por la barba corta, mientras Mihái les observaba con sus ojos azules casi rasgados. Habló Jacobo.

—¿No sería mejor que le devolvieses esas llamadas? ¿Quizá te enteres de algo interesante?

—No. —Meneó la cabeza—. Le conozco de sobra. Trataría de tirarme de la lengua y no soltaría prenda. Créeme. Con Félix nunca hay nada a ganar.

Desde que atacasen a Claudia, Gustavo había retomado la costumbre de vigilar la espalda. Retomado porque para él fue un hábito tiempo atrás en África, durante una temporada en la que había estado haciendo negocios en Nigeria, lugar donde es más que fácil que a uno le secuestren o le maten para robarle. Aun así, de no haber intervenido su ex mujer, no se habría dado cuenta de que le habían estado siguiendo desde la sierra.

Se habían despedido de Manuel Pastor a la puerta misma del Corralón y vuelto a Cercedilla. Allí Claudia cogió su coche y se fue a Montejo, ya que iban a estar rodando por esa zona. Y Gustavo tomó dirección Madrid, para dejar a Mihái en casa de sus abuelos, en Alcorcón. Conducía ya por la M-40, de noche bien cerrada. Volvía a llover y llevaba los limpiaparabrisas puestos. Pese a la hora y la lluvia, la circulación era dentro de lo que cabe bastante fluida. Al menos no se producían aún atascos.

No era tampoco tan tarde pero su ex, Ofelia, presa de uno de esos ataques de nervios suyos —quizá desde el punto de vista médico no sería así, pero Gustavo, en sus momentos más negros, lo consideraba pura histeria—, le había llamado al móvil. Él, al ver ese nombre en la pantalla, Ofelia, conectó el manos libres, temiéndose lo peor.

Y, en efecto, apenas contestar, la otra comenzó a pegar gritos por el teléfono, recriminándole lo tarde que era, que aún no hubiese dejado a su hijo en casa de sus padres. Que Gustavo pretendiera apaciguar alegando que venían de la sierra, que la vuelta se había hecho más larga de lo esperado y que antes de media hora estarían ya allí, no sirvió de nada. La otra siguió gritando y él perdió de golpe la paciencia.

—Te estoy hablando desde el coche. Tengo el manos libres puesto —la advirtió en tono bastante más seco.

—¿Y qué? —chilló ella.

—Que Mihái está en el asiento de atrás. ¿No te das cuenta de que nos está oyendo discutir, para variar?

—¡Si tú...!

—Cuelgo ya, que está lloviendo y hay mucho tráfico. Lo dicho. Antes de media hora estamos ahí.

Y apagó, antes de que le pudiese replicar. Las manos sobre el volante, echó una ojeada atrás. Pero el chico estaba ocupado con la Nintendo, los ojos clavados en la pantalla, fingiendo que no se había enterado de nada. Por algún motivo, eso no le serenó sino lo contrario, pues era la prueba de que se había dado cuenta de todo y que por tanto disimulaba. Casi rechinando dientes, dio un volantazo para pasar al carril más rápido y aceleró, casi temiendo que la otra volviera a llamarle pasados apenas diez minutos como era su costumbre, para otra tanda de chillidos. Y si no contestaba

sería peor, porque entonces sí que se pondría como loca, imaginando que se habían estrellado.

Fue al hacer esa maniobra brusca, en la autovía y de noche, con tráfico y lloviendo, cuando, por el retrovisor advirtió que, algunos vehículos más atrás, un par de faros también se despegaban para ganar velocidad, como repitiendo su maniobra. Aquello tuvo la virtud de espantar el enojo y borrar en buena medida de su cabeza a su ex. Aunque se dijo que debía de ser casualidad, ya no despegó la atención de esos faros. Comenzó a hacer maniobras, a veces pasar al carril más lento, a veces acelerar en algún tramo. Y esas luces se mantuvieron siempre detrás de él. Aceleraban cuando él lo hacía y le seguían al carril más lento cuando él entraba, en vez de continuar y adelantarle. Y, cuando abandonó la M-40 para tomar la A-V dirección Extremadura, los faros siguieron su mismo camino.

Echó un vistazo rápido al asiento de atrás. El chico, absorto en la Nintendo, no se había dado cuenta de nada. Mejor. Gustavo ya se había visto en apuros parecidos. Pero eso fue años atrás y entonces no llevaba a un hijo suyo consigo. Lanzó otra mirada al chico por el retrovisor y luego a aquellos faros. Esa ojeada fue esta vez de rabia y, como les ocurre a muchos sometidos de forma brusca a presión tan grande como inesperada, tomó una decisión que quizá con frialdad no hubiera considerado la más acertada.

Habían entrado ya en Alcorcón y, al ver la gasolinera, no se lo pensó dos veces. Dio un golpe de volante para acceder al área de servicio. El otro coche hizo maniobra, bastante peligrosa con esa lluvia, para no pasar de largo, y entró detrás de él, con lo que se esfumó cualquier esperanza remota de que todo fuese un espejismo.

Gustavo estacionó cerca de la tienda, la zona más concurrida. A esa hora había muchos vehículos repostando, gente yendo y viniendo, tratando de cubrirse de la lluvia bajo las marquesinas. El otro coche, que ahora era algo más que un par de luces, tampoco fue a los surtidores, sino a detenerse al fondo, sin que a nadie le chocase. Un Chrysler Neon, dos hombres dentro.

Echó una ojeada por el retrovisor. Mihái ya se había dado cuenta de que algo estaba ocurriendo, aunque sólo fuese porque se habían detenido. Estaba mirando por la ventanilla empañada, buscando cuál pudiera ser el motivo de la detención. Gustavo se volvió en el asiento.

—Voy a bajar un momento. No salgas ni abras a nadie.

Descendió y, tras cerrar con el mando a distancia las puertas, para mayor seguridad, se subió la cremallera del anorak y, a paso rápido, cruzó por entre los surtidores, sin tener muy claro qué iba a hacer. Aunque tampoco fue necesario resolver ningún dilema.

No llegó a ver bien a los pasajeros del Chrysler, debido a las luces de la gasolinera y a que los cristales del coche estaban churreteados por la lluvia. Sí que ambos estarían entre los treinta y cuarenta años y que algo en sus facciones, no sabría luego decir qué, podía indicar que no eran españoles. Los dos tipos le estaban

mirando, puede que sorprendidos pero en absoluto alarmados, o eso pensó Gustavo después al repasar de cabeza la escena.

Algo le dijo el copiloto al conductor y éste arrancó, de forma que salieron de la estación antes de que Gustavo diera dos pasos más. Él tampoco hizo ademán de seguirles, echar a correr o algo parecido. Se paró bajo la lluvia para anotar de cabeza la matrícula del Chrysler, antes de volver a su 4x4.

Nadie, entre los clientes, se había percatado del conato de enfrentamiento. Todos estaban a lo suyo, a repostar, a comprar algo, antes de irse a casa. Mihái seguía mirando por la ventanilla. Gustavo abrió y se sentó ante el volante.

—¿Nos seguían, papá?

—Es muy posible. —¿Qué sentido tenía tratar de engañarle?

—¿Por lo de los Elegidos?

—No lo sé, hijo. No lo sé.

Y, justo en ese preciso instante, comenzó a sonar el móvil. En la pantalla había aparecido tan temido el nombre: Ofelia. Gustavo echó una ojeada al reloj del coche. No había pasado ni la media hora. Suspiró y, antes de aceptar la llamada y tener que soportar un nuevo chorro de recriminaciones, se volvió en el asiento hacia Mihái.

—Hijo. Hazme un favor. De todo esto a tu madre ni palabra.

* * *

Gustavo se libró de su ex esposa como pudo. Aunque optó por la explicación más fácil —que se había detenido en la gasolinera a repostar, recordarle que eso le pillaba ya a dos pasos de su casa, y que estaría allí con Mihái en un abrir y cerrar de ojos—, le costó mucho colgar. Si colgaba ahora por las bravas, la otra era capaz de bajar cuando llegase y montarle una escena a pie de calle. Cuando por fin pudo deshacerse de ella, se apeó del todoterreno, cerró la puerta y llamó a Claudia. Ella le escuchó con un silencio que él sentía cada vez más espeso, según le iba contando.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó despacio, una vez supo todo lo ocurrido.

—Sigo en la gasolinera.

—Gustavo... ir a pillar a esos dos tíos no ha sido la mejor de las ideas.

—Supongo que no, pero son cosas que se hacen sin pensar.

—Podían haberse encarado contigo, en vez de salir por patas. Podían estar armados...

—Claudia. Ya está.

—¿Y Mihái?

—Le he dejado dentro del coche, para que no nos oiga hablar. Me voy ya, a dejarle en casa de sus abuelos.

—Cojo el coche y me bajo para Madrid, para tu casa.

—Ni se te ocurra. —Él, que había recobrado esa calma que ella tanto apreciaba, se echó a reír, recostado contra su 4x4—. Estoy bien, tú tienes que trabajar mañana y

habrá un atasco del carajo en todas las entradas.

—Bajo.

—No bajas. Te llamé para que lo supieras. Y también para que te asegures de que no te han seguido también a ti.

—Por eso quédate tranquilo. He conducido todo el camino con mil ojos. ¿Cómo han podido encontrarte? ¿Desde dónde te han seguido?

—No lo sé. Por eso te llamaba. Va a ser mejor que cortemos, porque quiero avisar también a Manuel, por si acaso. Luego charlamos con más tranquilidad.

—Sí. Avísale. Pero espera, no cuelgues, que yo también tengo algo que contarte.

—La voz de Claudia de repente se había vuelto harto cauta.

—¿Ocurre algo?

—Llegué al hotel hace ya un buen rato. Estoy todavía llena, después de la comida, y no me apetecía juntarme con los compañeros. Así que me subí a mi cuarto, a leer y ver un rato la tele.

—¿Y?

—Han dicho por Telemadrid que ha desaparecido Andrés Noriega.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Al parecer, vive en Cobeña. Esta mañana salió en bici a dar una vuelta y, como a la hora de comer no regresaba, su mujer se puso nerviosa y llamó a la Guardia Civil. Según decía la tele, en estos momentos le están buscando.

—¿En bici? ¿Le habrán atropellado?

—Eso se supone. Por lo visto, no saben ni en qué dirección se fue con la bici, así que es un montón de kilómetros de carretera a batir.

Hubo un silencio entre los dos, que rompió en seguida Gustavo.

—En fin. Los accidentes suceden.

—Ya. Claro. Venga, cuelga. Llama a Manuel y llévate corriendo a Mihái, que tu ex te va a llamar y te va a montar el pollo.

—Descuida. Ya me ha llamado. Y el pollo ya me lo ha montado.

1853 a. M.

Abandonaron en grupo la iglesia tras el funeral. Se había levantado ventolera mientras estaban abajo en la cripta, por lo que ahora las ráfagas sacudían los árboles, en tanto que grandes nubes volaban por el cielo con amenaza de tormenta. El Maestro había ido a detenerse con sus tres compañeros al otro lado de la calle, con las manos en los bolsillos de su abrigo de caballero, a observar la iglesia de la Concepción como si la viese por primera vez. Sus ojos recorrieron la fachada de ese templo neogótico

de piedras blancas, con su torre flanqueada por ángeles y coronada por una gran Virgen. Y, sin embargo, su mente estaba bien lejos de todo eso, aunque no por ello dejó de notar la actitud del Ángel.

—¿Qué ocurre? —Preguntó, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Odio ver cómo enterramos a los nuestros entre infieles. Y me repugna tener que asistir además a sus ceremonias.

El Maestro no apartó los ojos de la torre cónica. Sí. Acababan de asistir al funeral y entierro, a la manera católica, de uno de los suyos en esa iglesia de la Concepción. Aunque estaba en pleno barrio de Salamanca, en Goya con Claudio Coello, y había sido terminada en 1914, era uno de los pocos templos metropolitanos en los que aún enterraban en el propio subsuelo. En una galería subterránea, con nichos a ambos lados y una capilla al fondo, donde se oficiaban responsos. De ahí abajo venían.

—Vivimos entre enemigos y hemos de camuflarnos entre ellos. Durante siglos, hemos seguido de forma escrupulosa sus ritos y eso obliga a que al menos algunos de los nuestros se sacrifiquen incluso después de muertos. A que no se entierren como lo que son, sino como lo que aparentan ser. Fingir hoy en día ser buen católico puede no ser tan importante pero en tiempos marcaba la diferencia entre la vida y la muerte. Y si ha de ser así, ésta es la mejor forma. Volver al seno de la tierra, porque lo subterráneo es buen lugar para nosotros.

Meneó despacio la cabeza.

—Antes has dicho infieles. No es correcto. No lo vuelvas a hacer. —Reflexionó un momento—. Los seguidores de la fe Babí y luego sus sucesores, los de la fe Bahaí, desarrollaron un concepto muy sugerente: el de la revelación progresiva. La idea de que sólo hay un Dios y que éste se ha ido revelando por etapas y de distintas formas. Según esa doctrina, todas las grandes religiones observan una faceta de la Verdad. —Se interrumpió, con un suspiro—. Pero no rompamos nuestras propias normas. No es momento de hablar de todo esto, que estamos en mitad de la calle.

Contempló de nuevo la torre de piedra blanca, contra el telón de nubes negras bullentes.

—Andrés Noriega ya no molestará más. Se ha ocupado de ello gente experta, que lo ha resuelto a satisfacción.

—Yo podría haberlo hecho.

—Lo sé. Pero es mejor no mancharse las manos con ciertos asuntos.

—¿Estamos ya a salvo?

—No. Hay otros que suponen una amenaza igual, si no mayor, como bien sabes.

—¿Y por qué no eliminarlos también?

—No hay que precipitarse, ni empeorar las cosas. Dos veces te has acercado a Claudia Ugarte y otras dos rondaste esa casa del Espinar...

—Puedo ocuparme de todos. Son gente del barro. Nada.

—No me interrumpas, Ángel. En primer lugar, supongo que eso de «gente del barro» es una forma de hablar. No eres tú quién para decir qué es cada cual.

Echaron a andar los cuatro calle Goya arriba, entre el rugido del viento y sacudir de las copas de los árboles. Los transeúntes, escasos a esa hora de domingo, se apuraban por las aceras bajo las ráfagas de viento. Reflexiona el Maestro sobre cómo el Ángel había caído en un error antiguo entre su gente, uno del que ya le había advertido el anterior Maestro al transmitirle sus enseñanzas.

—Supongamos que esas personas de las que hablas fueran en efecto simples materiales, sin chispa alguna en su interior. Gente del barro, como dices tú. Aun así, el Creador les puso en el Mundo. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar los motivos divinos, o para destruir a la ligera algo que es tan parte de su Obra como tú o como yo?

El Ángel nada respondió al reproche, ni el Maestro lo esperaba. Sabía este último que aquél era, en efecto y en cierta forma, como un ángel entre mortales, con igual apariencia pero muy distinto a ellos en muchos aspectos. Volvió a hablar al cabo de unos pasos.

—Esos incidentes les han puesto sobre aviso. Están alertas. Sé que podrías visitarlos uno a uno. Exterminarlos en una noche. ¿Pero qué ganaríamos? Nada. Problemas. La matanza de varias personas causaría revuelo, llamaría la atención y estaríamos en más peligro que antes.

—¿Entonces?

—Hemos de reflexionar antes de actuar. Medir nuestros pasos.

Se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Cuando habló de nuevo, se dirigía más bien a los otros dos del pequeño grupo, ambos hombres entrados ya en edad, los dos de buen juicio, sensatez probada, compañeros de avatares del maestro desde hacía muchos años.

—Son días difíciles. Inciertos. ¿Habéis visto esas nubes de tormenta sobre la torre de la iglesia? Es una señal. Así se está cerrando la amenaza sobre nosotros. El rayo puede caer en cualquier momento y sólo hay una forma de evitar que los rayos derriben una torre.

—¿Cuál? —Preguntó el Ángel, los cabellos negros alborotados por el viento.

—El relámpago es más fuerte que la piedra. Uno solo se basta toda una torre. La fuerza no es suficiente y se necesita, por seguir con el símil, un pararrayos que desvíe el golpe. Nosotros tenemos que estar a la altura de estos momentos difíciles. Obrar si fuera preciso. Sí. Pero, sobre todo, estar preparados para lo peor.

La desaparición del antiguo jefe de Jacobo tardó en resolverse bastante menos que la de éste. Claro está que el asunto tenía, en principio, mucho menos misterio. Al sábado siguiente, uno de los grupos de búsqueda que andaban batiendo por las carreteras secundarias del triángulo Cobeña-Algete-Daganzo de Arriba, acabaron por encontrarlos a él y a su bicicleta en el fondo de una cuneta. La noticia le llegó a Marfil cuando estaba en el Ikea de San Sebastián. Esa área comercial era en fin de semana un hormiguero a evitar por la gente sensata pero, para su gran disgusto, no había encontrado mejor momento para mirar unos muebles. Así que allí estaba, entre un mar humano, cuando Fernando Balbuena, compañero de grupo, la llamó.

—¿Dónde ha sido exactamente?

—No sé más. Lo acabo de ver por casualidad en Telemadrid. Ha salido por teletipo y sólo decía eso: Encontrado cerca de Cobeña el cadáver del ciclista desaparecido el jueves.

—¿Ningún otro dato?

—Nada.

—Estoy ahora en el Ikea de San Sebastián. Voy a acercarme. A ver si averiguamos algo más.

—¿El Ikea? ¿En sábado? ¿A quién se le ocurre?

—A mí. Ya ves.

—Bueno, vete para allá. Yo mientras voy haciendo un par de llamadas. Aunque ya verás como seguro que nadie sabe nada aún.

—Seguro. —No era sorprendente enterarse por Telemadrid. Debían tener al menos una de sus unidades móviles rondando por la zona, en espera de la noticia que acababa de producirse. Aparte de que esa cadena estaba siempre conectada con la central del 112.

Subió a su Honda Civic, y antes de que abriese siquiera la puerta, ya se había detenido otro coche, ávido de ocupar la plaza libre. Al salir, segura de que Fernando Balbuena tardaría algo en recabar información —tendría que llamar a la Guardia

Civil— optó por telefonar ella también. Había quedado esa misma tarde para ir al cine y contaba con no llegar ya a tiempo, así que la llamada fue para cambiar de planes. Una conversación rápida y, al cabo, retraso de hora y trueque de película por cena.

Fernando Balbuena llamó luego y con los pocos datos que pudo conseguir, Marfil enfiló hacia el este por la M-100. No hay ni veinte kilómetros entre San Sebastián y Cobeña, pero ella iba algo más allá, a una de las carreteras secundarias, al norte de esa población, más cerca casi ya de Algete. Condujo al principio con un ojo en el GPS, no muy segura de no perderse, pero una vez cerca no tuvo problema. No podía haber pérdida porque la carretera estaba abarrotada. Coches aparcados de cualquier manera a ambos lados, curiosos por todas partes, incluso con niños a hombros, como si aquello en vez de muerte fuese una verbena. Cintas tendidas entre las matas, luces de coches de policía y vehículos de emergencia destellando, guardias civiles con chalecos verdes que instaban, con gestos irritados, a circular a los coches de mirones, que reducían la velocidad al pasar, tratando de ver algo.

El sol estaba muy bajo ya, a punto de ponerse tras los picos de la sierra. Se había levantado un viento muy frío que alborotaba los matojos y hacía chasquear las cintas de la Guardia Civil. La gente se arrebujaba en abrigo y anoraks, casi tiritando; pero ahí seguían, apelotonados al borde de la carretera, chismosos. Ana Marfil aparcó donde pudo y se acercó a pie, casi sin reparar en todos esos curiosos. Estaba más que vacunada contra la sed humana de morbo, aunque nunca le iba a entrar en la cabeza que alguien pudiera coger el coche y conducir varios kilómetros, sólo para ver a un muerto. Porque algunos de esos mirones pasaban y se habían detenido, pero otros debían de haber llegado ex profeso, tras enterarse por la tele de que habían encontrado al desaparecido, muerto cerca de su pueblo.

Además de esa pequeña multitud, había allí vehículos patrulla de la Rural, un camión verde de Atestados, un furgón grisáceo de los servicios funerarios, una unidad móvil de Telemadrid, una UVI móvil del SUMMA112... Marfil se abotonó el abrigo, agradecida de que fuera grueso, y se llegó caminando al meollo, atenta sobre todo a que no la arrollase algún necio, más preocupado de lo que ocurría que de conducir.

Una presentadora informaba frente a la cámara. Marfil los rebasó para ir a identificarse a uno de los guardias civiles que velaban para que no se colasen los curiosos. Abajo, reinaban ya las sombras y, por entre las matas, pululaban agentes de la Policía Científica, tomando muestras y datos. El juez estaba también abajo, así como algunos sanitarios del SUMMA 112 y, justo mientras Marfil miraba, los empleados de la funeraria introducían el cadáver en uno de sus ataúdes grisáceos para trasladarlo al Instituto Anatómico Forense. Arreciaba el viento, alborotando matas y haciendo ondear los faldones de los abrigo. Desde arriba el muerto resultaba un poco ridículo, sobrado como era de carnes y embutido en ropas ceñidas de ciclista.

Se presentó un hombre de aspecto hastiado, bien abrigado con su anorak verde.

Marfil apartó los ojos del fondo. Aquel era el oficial de la Guardia Civil al mando. Un alférez, sin duda el comandante del puesto, que se había hecho cargo de la búsqueda. Supuso ella que debían haber movilizadado a un buen número de efectivos para buscar al desaparecido. Y, como era lógico, quería saber qué interés podía tener alguien de la Unidad Central de Información de la Policía por un atropello.

—Venía en el coche. Me avisó un compañero y no tuve más que desviarme. — Salió Marfil del paso, aunque no sabía tampoco muy bien qué la había llevado a acercarse, como no fuese para enterarse antes de detalles.

—¿Estaba metido en algo?

—No lo sabemos. Uno que tiene contacto con él casi seguro que sí.

El capitán extrajo un paquete de Camel del bolsillo izquierdo, fue a sacar uno y luego, cayendo en la cuenta, ofreció primero a Marfil. Ella aceptó de buena gana. Les costó encender con tanto viento. Oscurecía rápido y los empleados de servicios fúnebres subían el féretro por la cuesta, con la ayuda de guardias civiles y sanitarios. Alguien llevaba la bicicleta malparada entre las manos.

—¿Se sabe qué ha ocurrido? Más o menos.

—Algún vehículo le golpeó por detrás y le mandó de cabeza ahí abajo. Quedó oculto por la maleza. Menos mal que no se nos pasó por alto, porque si no podía haberse quedado ahí meses.

—¿Un accidente entonces?

—Eso parece. Pero vamos a ver que dicen el forense y los peritos. —Soltó una bocanada de humo que el viento dispersó en el acto—. Estos atropellos son comunes. Más en carreteras como éstas. La gente va demasiado rápido, no calcula bien o se despista. Y pasa lo que pasa.

Marfil asintió. Los atropellos de ciclistas siguen siendo frecuentes en las carreteras españolas, sí. Tampoco es raro que el conductor huya sin auxiliar a su víctima, que a veces trate de esconder el cuerpo o incluso se den casos harto crueles, como el de aquel ciclista de Tres Cantos al que quemaron, aún vivo, se supone que tras arrollarlo, para ocultar pruebas.

—¿Murió en el acto?

—No. Estuvo ahí tirado durante horas, con fracturas múltiples. Pudo morir la misma noche del viernes, de las lesiones y del frío. —Casi bufó, dejando escapar más humo entre los labios—. En fin. Lo mismo quedó inconsciente del golpe.

Marfil volvió a asentir. Caía ya la noche. El cielo al este se volvía negro, arreciaba el viento y cada vez hacía más frío. El furgón funerario arrancó, los agentes de la Policía Científica se replegaban ante la llegada de la oscuridad y los mirones, faltos de carnaza, subían poco a poco a sus coches y se marchaban, para alivio de los guardias civiles.

—Será un atropello. —Dejó caer el cigarrillo para aplastar la colilla con el tacón de la bota—. Accidentes los tienen tanto los buenos como los malos.

Estrechó la mano del alférez. Se volvió a su coche, preguntándose qué la había

llevado hasta ese lugar. «A saber», se contestó a ella misma.

* * *

Claudia supo esa misma noche lo ocurrido con Andrés Noriega gracias a Alejandra. Ella, lo mismo que el compañero de Marfil, se enteró por los avances informativos de Telemadrid. Mihái estaba ese fin de semana con su madre, así que Gustavo y Claudia pudieron por fin permitirse una escapada a solas. No muy lejos: a una casa rural en Robledo de Chavela a tiro de piedra de Madrid, porque Claudia seguía de rodajes por la Sierra Norte. Colaboraba en un documental sobre el circo electoral y esa misma tarde habían estado rodando en El Escorial. Al día siguiente, domingo, se iría con el equipo para reunirse luego a la noche con Gustavo. El lunes, a primera hora, él se volvería a Madrid y ella a rodar toda la semana en la sierra.

La noche comenzó bien, relajada, juntos en un cuarto de luces tenues y paredes color pastel. Gustavo estaba trabajando sentado al borde de la cama y con el portátil sobre una silla. Ella, siguiendo un capricho, se había colocado tras él, pegada a su espalda, a horcajadas contra sus caderas. Estaban los dos desnudos y ella observaba los incomprensibles índices y gráficos por los que navegaba. No decía nada, porque no quería distraerle, y se limitaba a amasarle los músculos de la espalda y a veces a ponerle un beso en cuello o nuca.

Sentía sus hombros duros, no sabía si por el gimnasio o por tensión acumulada. Hay quienes se disgustan porque sus parejas se llevan trabajo a las escapadas. A ella no. Aparte de que sabía que no podía esperar, era como si Gustavo le franquease entradas a su vida. Descansó la barbilla en su hombro. Él era buen compañero de juego. Le daba confianza. La ayudaba a explorar y a abrir puertas, poco a poco, sin salidas de tono. Se dejó ganar por otro impulso repentino y le recorrió el flanco por la mano. Se lo amasó y él se removió riendo.

—¡Eh! —Rió también ella—. Has engordado algo.

—Algo. El turrón de las navidades, que no consigo quitarlo. Lo menos un par de kilos.

—Ya podías pasármelos.

—Qué manía. Pero si así estás muy bien.

Volvió a sus gráficos y Claudia le dejó estar. El panorama financiero era cada vez más agitado, bajo cielos cada vez más negros. Y Gustavo vivía en parte de los vaivenes del mercado. Él minimizó de golpe todo, tal vez porque tenía demasiadas ventanas abiertas y quería organizarse. El fondo de pantalla era una foto del propio Gustavo con un Mihái algo más pequeño sobre los hombros, los dos vestidos de invierno y con montañas nevadas al fondo.

El chico se había ido con su madre a Córdoba, para alivio de Claudia, que había temido que una nueva crisis les volviese a chafar el fin de semana. *Crisis*, así las llamaba Gustavo. Ésa era una brecha en aquel hombre que tanto le gustaba, porque

todo lo que tenía que ver con su ex le arrugaba. Claudia había presenciado varias discusiones por móvil, oído los gritos del otro lado y visto cómo Gustavo trataba siempre de conciliar. Aquello era el cadáver de una relación, hediondo y malsano, pero prefería no meterse en ese terreno, por mucho que le molestase la actitud del otro.

Estaba pensando en eso, la cabeza sobre su hombro y los ojos sin ver en la pantalla, de la que ya había desaparecido la foto, cuando sonó su móvil. Pasó una pierna tras la espalda de Gustavo para, con bastante pereza, buscar en el bolso. Era Alejandra y, por el tono de voz de Claudia a la tercera frase, Gustavo dejó de teclear, intrigado.

—Pon Telemadrid —le instó ella.

Gustavo agarró el mando, tratando de captar sobre qué estaba hablando. Daban un programa de lo más inocuo, así que la observó cada vez más desconcertado. Ella colgó. Se mordisqueó los labios. Ahí desnuda, el móvil en la mano, se pasó la diestra por el pelo, con el gesto de quien trata de ordenar pensamientos.

—Ya ha aparecido Noriega. Por lo visto, le atropellaron y cayó al fondo de un barranco. Por eso han tardado tanto en encontrarlo. Lo han dicho por Telemadrid. Alejandra lo ha visto.

—No están dando nada.

—Ha sido en un teletipo. Lo ha visto por casualidad. Apaga si quieres.

Gustavo asintió y, sin previo aviso, con esa calma que le embargaba en ocasiones en las que más bien debían aflorar los nervios, la tomó por la muñeca para obligarla a sentarse a su lado, al borde de la cama.

—Un accidente, Claudia. ¿Por qué no?

—Cada vez tengo más miedo.

Él le acarició el cabello, se lo alborotó y, como la veía cabizbaja, le masajeó el cuello. Correteó su espalda con sus dedos y, poco a poco, ella fue sintiendo cómo le subían escalofríos por la columna. Descubrió casi atónita que el temor, la tensión, se trasmutaban como por arte de magia en deseo; como si él, en esas pocas semanas, hubiese encontrado en ella resortes ocultos. Se removió bajo sus manos, ronroneando casi, mientras la noticia de la muerte de Noriega, plomo instantes antes, se disolvía en bruma.

Pero no estaba escrito que pasasen la noche a gusto. Sonó de nuevo un móvil, éste el de Gustavo. Echó él a la pantalla una ojeada de fastidio que se trocó perplejidad, de forma que Claudia bajó de golpe de su nube, para preguntarse qué pasaba. Él se puso en pie, contestó, comenzó a dar paseos por el cuarto, mientras ella, los antebrazos sobre los muslos, dedos entrelazados, le observaba quieta. Colgó.

—Tomás. Mi ex suegro.

—¿Qué pasa?

—Mi ex. —Suspiró—. ¡Pero qué loca está la pobre...!

—Gustavo. ¿Qué pasa?

—Parece que ha llamado hace un rato a sus padres, desde Córdoba, histérica perdida. Debe haberle sacado a Mihái que el otro día nos estuvieron siguiendo. Mira que le advertí que no le contase nada.

—Es un niño, Gustavo. Y ella su madre. ¿Se lo ha tomado a la tremenda?

—Peor. Le ha dado una de sus pájaras. Parece que no paraba de gritar que el chico está en peligro. Que soy un irresponsable. Espera. —Con un gesto, contuvo cualquier posible comentario—. Les ha dicho que va a desaparecer una temporada. Que se lleva a Mihái, para protegerle. Que se marcha con él y que no piensa decir a dónde.

—¡Pero esa tía está loca!

—Como una cabra —rezongó—. ¡Por Dios! Está peor a cada día que pasa.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Hacer? Nada.

Ella se quedó, ahora sí, boquiabierta. Gustavo parecía triste, disgustado pero, contra lo que Claudia hubiera supuesto, sereno. Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

—Es una de sus idas de olla. Ya se calmará. Ya le he dicho a Tomás que no estoy en Madrid. Que el lunes, si no hay novedades, y no ha vuelto con el chico, me acercaré a Alcorcón a hablar con ellos de esto y ver qué puede hacerse. Aparte del disgusto que tienen, se han alarmado con toda esa historia de que nos siguieron.

—Bájate ahora a Alcorcón. No hay problema.

—No. —Rechazó con contundencia. Cerró el portátil—. ¿Qué te parece si nos duchamos? Tenemos reserva para cenar.

Fin de la discusión. Pero, mientras Claudia se incorporaba, viéndola dudosa, añadió:

—Ahora no se puede hacer nada. Se calmará y volverá tan pancha, como si no hubiese pasado nada. Sigamos con nuestros planes. Sólo faltaba que, además, se nos amargase el fin de semana. —Cambió de golpe—. ¿Qué tal una ducha juntos? Así ahorramos agua.

—Seguro que en eso estás pensado: en ahorrar agua.

Ella sonreía ahora, pero sólo con la boca. Para sus adentros, no dejaba de sentir aprensión ante esa noticia. Temores confusos, sin concretar, y no quiso decir nada.

1755, a. D.

A fray José Torrubia, franciscano, relator del Tribunal de la Santa Inquisición y célebre perseguidor de francmasones, se le hizo mucho más tarde de lo que él creía.

Perdido entre expedientes antiguos y legajos sacados de los archivos de la institución a la que servía, le fueron pasando las horas sin que él lo notase. Al final, los porteros tuvieron que acudir reacios varias veces a las puertas, para reclamarle que diese por concluidas sus investigaciones, al menos por esa tarde. Lo hicieron a regañadientes, porque aquel fraile seco y nervioso era toda una celebridad desde que publicase dos años antes su famoso libro. Libro en el que narraba cómo, con dispensa especial, se había infiltrado en las logias francmasonicas españolas para desenmascarar y llevar ante los tribunales a cientos de miembros de esa sociedad secreta.

Sólo tras varias llamadas y muy a desgana apartó los documentos, el cálamo y la tinta, y se guardó los pliegos que había estado escribiendo a la luz del candelabro. Abandonó luego la estancia. Se había hecho ya de noche, sí, por lo que un portero le precedió por aquellos largos pasillos, alumbrando su camino con una palmatoria. Pero el fraile no reparaba en él, ni en casi nada, abstraído como iba en sus pensamientos, la cabeza convertida en un caldero bullente. Los porteros y los lacayos, a su vez, estaban acostumbrados a verle ensimismado y entre papeles, ya que su cometido en la Inquisición consistía en someter a censura previa las obras escritas.

Hacía poco más de dos años que fray José había salido de la oscuridad de su empleo gracias a la publicación del *Centinela contra Francmasones*, libro en el que daba cuenta de la organización, ritos, ceremonias y designios de esa sociedad secreta que había ido infectando el reino gracias primero a la labor de soldados extranjeros al servicio del rey y luego de los ilustrados nacionales, con la intención última de destruir el orden y las tradiciones del Reino.

Al salir a la calle, casi ni reparó en la oscuridad que ya había caído sobre Madrid, ni en el viento frío que, bajando desde la sierra, le agitaba las ropas eclesiásticas. Tenía la cabeza muy lejos de todas aquellas incomodidades mundanas. Meses atrás, un tal Antonio Bonel —sin duda un pseudónimo— había enviado, justo desde Madrid, una carta al inquisidor de Córdoba que fue causa de gran revuelo en la institución. La misiva alertaba de que más de seis mil francmasones operaban en la Villa y Corte, conjurados contra la Corona y la Iglesia. Entre los denunciados por Bonel se encontraban personajes de tanta alcurnia como los duques de Osuna o Medinacelli, lo que obligó a muchas y muy discretas consultas dentro de la Inquisición.

Las altas instancias del Tribunal habían desestimado en última instancia esa carta, considerándola fantasías, obra de un desequilibrado. Pero fray José no opinaba lo mismo. Conocía de sobra el poder y los designios de esa organización que se movía en las sombras de la sociedad española, ganando a cada día más cómplices, y creía en las afirmaciones de quien fuera que se escondiese tras el alias de Antonio Bonel. De hecho, esa carta no había hecho sino afirmarle en ciertas teorías que, tras largas reflexiones, habían ido cuajando en su ánimo.

Muchos, por ingenuidad o mala fe, negaban que los masones pudieran haber echado raíces en España o que fuesen tan numerosos como se decía. Aducían que era

imposible lograr tal arraigo y extensión, en tan poco tiempo y condiciones tan poco favorables. Sus argumentos eran de peso, sin duda, pero fray José creía haber dado con la respuesta. Si los francmasones habían cuajado en España y reclutado adeptos de apellidos ilustres era porque su infección había encontrado terreno bien abonado, gracias a un mal más antiguo. Porque, desde hacía dos siglos, tras la malhadada unión con Portugal, por todo el reino pululaban los judaizantes; falsos cristianos que, gracias a su riqueza, habían acabado en muchos casos por entroncar con linajes ilustres españoles.

Consideraba fray José que había muchos puntos comunes entre francmasones y judaizantes. No en vano los primeros decían remontarse a los arquitectos del templo de Salomón. Sin duda los segundos habían acogido con alborozo las doctrinas de los primeros y ahí estaba la explicación de cómo podían pulular tantos francmasones por la misma Corte, tan cerca del trono y bajo las mismas barbas de la Inquisición. Y, movido por tal hipótesis, en los últimos meses, fray José había dedicado todo su tiempo a revisar los archivos de la Inquisición y repasar genealogías, tratando de probar esa alianza contra el reino y la fe.

Pero la revisión de los viejos legajos acabó por depararle un descubrimiento bien distinto. Primero perplejo, luego inquieto y por último tan convencido como alarmado, tuvo que asumir que una secta más antigua y maligna se había enquistado en España hacía siglos, oculta en lo más granado de su sociedad como el gusano en el corazón de la manzana más lustrosa. Hombres poderosos, discretos, que medraban sin ser molestados gracias a que los defensores de la fe habían estado demasiado ocupados persiguiendo a enemigos como los luteranos o los judaizantes.

Por último había dejado de lado su primitivo interés para investigar esa amenaza y reunir pruebas de su existencia. No había logrado hacerse una idea clara de qué era con exactitud esa secta. Parecía estar formada por brujos que celebraban aquellarres siniestros. Asesinaban a gente para luego devorar su carne y beber su sangre, en parodia de la eucaristía. Elegían a sus víctimas entre hombres a los que ellos creían tocados por la santidad y, si se entregaban al canibalismo y el vampirismo, era justamente para asimilar ellos esa cualidad, lo que no era sino una farsa perversa de las ceremonias cristianas.

Y la secta era poderosa. Había sobrevivido siglos en la oscuridad, pese a que más de uno de sus cónclaves había caído en manos de la Inquisición, que no había acertado a comprender que estaba ante algo más que fenómenos aislados. Al cotejar expedientes y genealogías, fray José se había convencido de que entre sus adeptos hubo —y por tanto había— gentes con influencia. Esa misma tarde había descubierto nuevas evidencias y, de hecho, embebido en el estudio de los documentos, era como se le había hecho tan tarde.

Brillaba una media luna y, como el viento del norte había despejado el cielo, contaba con la luz justa para hacer su camino por las callejas madrileñas. Por instinto había ido acortando, para llegar cuanto antes a la Casa de su orden, e iba tan absorto

en ese asunto, que no se apercibió de que tres hombres salían de las sombras, a cerrarle el paso, hasta que los tuvo casi encima.

Poco más que siluetas negras en las tinieblas del callejón. Se cubrían con sombreros, capas y, al resplandor de la media luna, rebrillaban grandes navajas abiertas en sus puños cerrados. El fraile reuló lleno de espanto, porque en el Madrid nocturno menudeaban robos y muertes, y no se respetaba a nada ni a nadie. Se dio la vuelta para huir, pero se vio rechazado por el golpe en el pecho que un cuarto hombre le propinó con la contera de su bastón. Trastabilló aturdido, y ese otro, que se cubría también con capa, pero se tocaba con tricornio y, por lo que se advertía entre las sombras, era persona de más calidad que los de las navajas, enarboló de nuevo su bastón.

—Chitón, fraile —siseó—. Silencio o, antes de que des tres voces, esos guapos que tienes a tu espalda te habrán sacado los riñones.

Fray José trastabilló, aturdido por lo inesperado del ataque y el miedo a las navajas abiertas a su espalda. El otro le puso la punta del bastón en las narices.

—Descuida, que saldrás vivo de ésta, a no ser que te empeñes en hacer tonterías. Sólo quiero cambiar unas palabras contigo.

Su víctima hubiera querido plantarle cara, conminarle a dejar paso libre, so pena de tener que vérselas con la Inquisición, pero lo único que le salió de la garganta era la tan socorrida frase de:

—¡No sabéis con quién estáis hablando! —graznó con boca reseca.

—Oh, sí que lo sé. De sobra. Con un maldito farsante. Un loco también, que ha acabado por creerse sus propios embustes.

Blandió su bastón en las tinieblas de la calleja y el fraile se arrugó, temeroso ahora de ser apaleado, perdido ya cualquier arresto. El otro le observó lleno de desprecio. Tenía a aquel franciscano por un bribón, un esbirro de la Inquisición que había buscado notoriedad con un libro absurdo en el que se jactaba de haberse infiltrado en la francmasonería española, de haber desarticulado docenas de logias y de haber accedido a sus ritos y ceremonias, todo lo cual era falso, invención pura. Pero justo esa fama suya hacía inconveniente matarle, que era lo que hubiera preferido el hombre. Le increpó con desdén.

—¡Mentecato! ¿Quién te manda remover en lo que no debes? —Al ver que el otro fingía incompreensión, amagó un bastonazo—. ¡Conmigo no te hagas el tonto, que sabes de qué te estoy hablando! He venido a darte una oportunidad de seguir viviendo y espero que tengas el suficiente seso como para hacerme caso. Deja estar ciertas cuestiones, y a cierta gente, o antes de fin de mes estarás muerto.

Fray José se encogió entre las sombras, al comprender que aquel ataque tenía que ver con sus indagaciones de los últimos tiempos. Que esos emboscados eran agentes de la secta herética a la que había descubierto entre viejos documentos. Pero ¿cómo se habían enterado?

—No os atreveréis a hacerme daño —balbuceó—. La Santa Inquisición...

—¿Te parecen una broma las navajas de esos amigos de ahí atrás? Si te cosieran a puñaladas, todos creerían que fue una conjura de esos francmasones a los que dices haber perjudicado tanto.

El desconocido se echó a reír, al intuir, más que ver, la expresión del otro entre las tinieblas de la calleja. Volvió a empujarle con la contera del bastón.

—Cesa en tus pesquisas. Cesa ya. Es el aviso que he venido a darte y no recibirás otro. Repara en la facilidad con que hemos sabido de ti y de tus actividades. Si sigues, lo sabremos y actuaremos en consecuencia. Aviso dado y, una vez entregado, te dejo. Queda con tu Dios.

Se giró y se alejó unos pasos mientras el fraile, desconcertado del todo, le observaba desde el centro de la calleja. Luego el otro, como si le hubiera ocurrido algo de repente, se detuvo para encararse de nuevo y, en voz un poco más alta, añadir mientras blandía el bastón.

—Ocúpate de francmasones que no existen y deja en paz a otros que sí son muy reales. Los primeros no pueden hacerte daño y los segundos te causarán la muerte. — Agitó por última vez el bastón—. Advertido quedas.

Se fue y en seguida se esfumó entre las sombras. El fraile, al arriesgar una ojeada a la espalda, descubrió que también se habían marchado los tres guapos de capas y navajas, de forma que le habían dejado solo en aquella calleja sin luces, batida por el viento. Se giró y huyó a la carrera hacia la casa de su orden, el corazón batiendo en el pecho y las palabras de aquel desconocido martilleando dentro de su cabeza.

La última vez que Carlos del Arce vio con vida a Félix Alcalá, sostuvieron una discusión que más tarde definiría como «un poco tensa». Rifirrafe verbal que no fue sino consecuencia y colofón de una situación difícil. Fue a del Arce a quien ese lunes convocaron los responsables de la cadena para comunicarle la cancelación de *La Huella*. Lo paradójico fue que esa fue la parte más fácil del asunto, porque hacía semanas que estaba claro que el cierre era sólo cuestión de tiempo. Al primero que llamó tras abandonar la reunión fue a Félix. Y ahí se desató ya la primera tormenta. Su socio se puso a gritar por el móvil, hecho una furia, como si la culpa fuese suya. Luego, tras conseguir colgarle, aún tuvo que encarar lo que al menos para él era lo más duro de todo: comunicar a los miembros del equipo que el programa se había acabado y que por tanto estaban de patitas en la calle.

No se vio las caras con Félix hasta el día siguiente, cuando éste se presentó en la oficina que tenían en Gran Vía, abajo, muy cerca ya de la plaza de España. Arce, pragmático como siempre, llevaba ya horas allí dentro, ordenando todo en carpetas, apartando lo que había que tirar o destruir, para liquidar cuanto antes la empresa y abandonar aquel local, que al menos —gracias que en su día había insistido en ello— era de alquiler modesto, ya que el edificio no contaba con plazas de aparcamiento.

Félix había entrado en tromba, luego de forcejear con la llave en la cerradura. Llegaba entre histérico y dopado, además de sin afeitado, algo esto último insólito en él, siempre tan cuidadoso de su imagen externa. En esa ocasión, cara a cara, a Arce le resultó mucho más fácil pararle los pies.

—Tranquilo. ¿Eh? —Al tercer grito de su socio levantó la mano a modo de advertencia, pero cuidando él de no alzar la voz—. Ni que fuese culpa mía. Esto ha sido una muerte anunciada.

—¡Tenías que haberlo peleado más! —Sí estaba puesto, sí. Se le notaba en cómo se le trababa la lengua—. Podías haber presionado a...

—No podía nada. Nada. El programa estaba hundido. ¿O es que no has visto las audiencias de las dos últimas semanas? Es un milagro que no nos hayan dado la

patada antes. —Arce suspiró como cansado—. O a lo mejor no ha sido un milagro.

Era época electoral y quizá por eso habían aguantado un poco más. Había muchos programas especiales, tertulias políticas, debates, y tal vez los habían dejado estar, en espera de que pasasen las elecciones. Pero nada de eso importaba a Félix, claro, que seguía balbuceando.

—Pero Pablo...

—Pablo no podía hacer ya nada. Se acabó, Félix. Ahora sí. Del todo.

Su socio iba de un lado a otro, hecho un manojo de nervios, mientras él, en mangas de camisa, seguía revisando por los cajones y las carpetas, tratando de que la histeria del otro no le crispase demasiado. No podía dejar de reparar en su aspecto macilento, pese a que procuraba no mirarle mucho. Se preguntó si la mala pinta se debería a la catástrofe del programa o a que había estado metiéndose de todo la noche antes. Quizá fuese una suma de las dos cosas. Pero era increíble que justo Félix, responsable último del programa, fuese quien más en las nubes había estado hasta el final. El resto del equipo —redactores, reporteros, guionistas— era de sobra consciente de lo mal que iban y, de hecho, había encajado la noticia con la resignación de los que llevan tiempo esperándola. Félix, en cambio, había seguido pensando hasta el último minuto que aquello podía remontar.

Se pasó las manos por las sienes, alborotándose los cabellos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Liquidar la productora lo más rápido posible. Mantener abierta una empresa que no produce nada es un negocio ruinoso en este país.

—Pero podemos intentar...

—Nada. No podemos intentar nada, Félix. A ver si se te mete eso en la cabeza. Te he tenido al tanto de la situación de la compañía. Estamos casi sin fondos, porque nos le hemos gastado todo en programas que no han ido adelante. Pero ése no es el problema. Nuestra credibilidad es nula. Como productora somos un cero a la izquierda. No tenemos un solo programa en parrilla y, sin eso, nadie nos va a dar un euro de crédito... suponiendo que alguna cadena nos aceptase algo. Tenemos que admitirlo. Hemos fracasado. No hemos logrado consolidar la productora.

—¡Algo hay que hacer!

—No-hay-na-da-que-ha-cer. —Arce silabeó la respuesta, tratando de ocultar su exasperación. Levantó por fin los ojos de los documentos que estaba revisando para ponerlos en el rostro desencajado del que ya era, *de facto*, su ex socio—. Te lo repito. Tenemos credibilidad nula. Crédito cero. De todas formas, si tú quieres intentarlo por tu lado, adelante. Echamos cuentas, repartimos el poco capital que hay y yo te cedo por un euro mi mitad de la empresa. De mil amores. La compañía, como tal, no vale nada, y yo, desde luego, no voy a empufarme a lo tonto.

Félix se desinfló de golpe. Perdido ese brío nervioso con el que había estado recorriendo la oficina, se llegó a la neverita en la que guardaban cervezas, refrescos, agua, más que nada para tener algo que ofrecer a posibles visitas. Se abrió con dedos

torpes una lata de Mahou.

—¿Qué es eso de que no vale nada?

—Nada de nada. Pero si ya conoces las cuentas. Una compañía como ésta vale lo que valen los proyectos que tiene en marcha. ¿Y qué tenemos nosotros?

—El dinero...

—Eso es aparte y te insisto en que no queda mucho. Todo nuestro capital se nos ha ido en fracasos. —Casi resopló porque la carpeta que estaba revisando en ese preciso momento era un proyecto. Lo echó con saña al destructor de documentos—. En fin, Félix. Lo hemos intentado y durante unos meses nos fue bien. Pero ahora se acabó. Durante el tiempo en que hemos tenido *La Huella* en antena, hemos hecho al menos un buen dinero.

—Lo habrás hecho tú.

—Los dos. Teníamos el mismo sueldo, colega. Allá tú lo que hayas hecho luego con tu pasta. —Y ahí se contuvo, no queriendo echar en cara a su socio las cuentas de gastos que había estado presentando, y cómo había cargado más de una juerga con sus amigos a las arcas de la empresa.

Félix había vaciado la primera lata. Se abrió otra y se sentó al borde de uno de los escritorios, con ella en la mano. Allí, blanco como la cera, sin afeitar, los rasgos casi desdibujados, era buen espejo de la derrota.

—No tengo un euro, Carlos. —Ahora se le veía al borde casi del llanto—. Estoy sin dinero y metido en pufos hasta las orejas.

—Joder, tío... —suspiró Arce, aunque su socio no había dicho nada que él no hubiese sospechado desde hacía mucho.

—Tengo hipoteca, letras, deudas. Debo pasta por todos lados.

—Vende el piso.

—¿Con la crisis inmobiliaria ya empezada?

—Está en la plaza de Chueca, hombre. Cuelga el cartel de se vende, a ver si hay suerte. Recorta gastos. Deshazte de todo lo superfluo.

Al propio Arce, según lo estaba diciendo, todo aquello le estaba sonando a hueco. Su casi ex socio se había comprado un Asthon Martin y una Yamaha que aún estaba pagando y, de venderlos, sólo sacaría una fracción de su valor, no importa que sólo tuviesen meses, porque el valor de los vehículos cae en picado con la segunda mano. Y quizá letras e hipoteca fueran la parte más llevadera. A saber qué deudas tenía del póker o si estaba siquiera al día con sus proveedores de coca.

Seguía revolviendo entre documentos, en espera de que el otro prosiguiese, pues, como le conocía, sabía que algo más tenía que soltar y que estaba buscando la forma de hacerlo. Pero aún pasaron unos minutos antes de que se decidiese. Tiempo durante el cual Arce siguió catalogando mientras Félix sólo observaba, sentado al borde del escritorio y con la lata en las manos.

—Carlos... —se decidió por fin.

—¿Sí? —Ni levantó la cabeza de los papeles.

—Nos queda el reportaje sobre las desapariciones de Jacobo y Eduardo.

—Eso se va a quedar en nada, como todo lo que teníamos en marcha.

—Pero aún podemos sacar dinero de todo eso.

—No veo cómo. Ya no tenemos programa.

Félix apuró su segunda cerveza para levantarse a por una tercera, sin que su socio le recriminase nada. Total, se consoló éste, estaban desmantelando todo. Félix abrió la lata.

—Había gente importante en los Elegidos. Algunos de ellos emparentados con apellidos conocidos en el mundo de las finanzas.

—Ya me lo has dicho varias veces.

A Arce le irritaba que saliese aquel reportaje a relucir justo en esos momentos. Félix había gastado mucho dinero en él, pagando a gente para que investigase nombres y familias concretas. Él nunca había confiado mucho en ese tema. Lo había dejado correr pese a que creía que, al menos en parte, era una fantasía de su socio; una ilusión a la que agarrarse como a una tabla, soñando con que fuese el bombazo que reflatase el programa. Pero Félix no cejaba.

—Tengo bastantes datos. Tendría más si... bueno, lástima lo de Noriega.

Arce torció el gesto. Habían atropellado a aquel hombre hacía dos días y a su socio no se le ocurría otro pésame que lamentarse porque no le hubiera dado tiempo a entregarle cuanto había averiguado.

—¿Qué sugieres, Félix? ¿Qué vendamos ese material a algún programa de corazón? —Ni siquiera eso le parecía muy viable. Si de verdad ahí podían salir a relucir nombres importantes, de los de verdad, y no los de algunos famosillos de turno, lo más seguro era que nunca se emitiese nada. Alguien llamaría a alguien, y ése a la cadena, y todo se pararía. Así había ocurrido muchas veces antes. Así seguiría ocurriendo.

—Es una posibilidad. —Félix se inclinó hacia delante, ahora con una luz de astucia en el fondo de los ojos—. Otra es vendérselo a los propios interesados.

—¿Qué estás diciendo?

—Que podemos ganar dinero vendiendo la información a otro programa... o a lo mejor podemos ganar más no vendiéndolo.

Arce chascó los labios, al tiempo que observaba de través a su socio. Lo que Félix le estaba proponiendo era chantaje, lisa y llanamente. A punto estuvo de replicarle en forma áspera, pero otra vez reparó en su desaliño y en ese aire propio de uno que ha perdido el norte. El tipo guapo, seguro, superficial y desenvuelto se había volatilizado al roce del fracaso. Se le vino a la cabeza algo que había leído hacía no tanto, sobre cómo, en condiciones lo bastante desfavorables, son muchos los que pierden cualquier asomo de honradez.

—Félix. Yo no quiero saber nada de eso.

—Escucha...

—No.

Durante un instante tenso, a punto estuvo de decirle muchas cosas y, no mucho tiempo después, se preguntaría si no habría sido quizá mejor. Recordarle que habían desaparecido dos personas y que una tercera, Noriega, acababa de morir atropellado en una carretera local por un conductor que se dio a la fuga. Pero lo único que añadió fue:

—Mira, tío. Esto es un golpe para los dos. Más para ti, que te pilla en mal momento económico. Pero no tiene arreglo y hacer tonterías no es la solución. Anda. Vete a casa, date una ducha, trata de relajarte un poco. Yo me ocupo de todo. Ya he llamado al gestor. En cuanto sea posible, nos reunimos con él, echamos cuentas y firmamos todos los papeles que haya que firmar. ¿De acuerdo?

* * *

—Tiene que denunciar a su ex por haberse llevado al chico.

Había hablado Alejandra en voz demasiado alta, de forma que sus últimas palabras se alargaron a lo largo de los subterráneos de ladrillos gastados, para volver luego a ellas en forma de ecos. No se sentía nada cómoda allí, bajo tierra, y, puede que para distraerse, había hincado el diente en aquel tema.

—Las cosas no se hacen así. Es ilegal y, además, no se debe permitir.

Claudia había asentido, aunque su atención estaba puesta en los túneles. Al revés que su amiga, estaba casi eufórica. En su interminable revolver de papeles de Jacobo, había descubierto una anotación sobre una escapada a los subsuelos de Madrid que, esta vez sí, con claridad tenía relación con la cuestión de los Elegidos. Y eso era lo que las había llevado allí, a la red de viejas galerías que se entrecruzan por el subsuelo del barrio de San Pedro. Si se sentía ufana se debía tanto a que era ella la que había localizado por dónde había descendido Jacobo en su día, a partir de pocas pistas, como a que había tenido que echar mano de todo su ingenio y antiguos recursos para lograrlo. De hecho, con el cuento de los documentales y unas cuantas sonrisas, se había camelado al comerciante para que, lo mismo que hizo en su día con Jacobo, les permitiese el acceso a esos subterráneos legendarios a través de su sótano.

—Es una situación difícil, Alejandra. Gustavo no quiere causar problemas a su ex.

—Se los causa ella solita. Y hay que pensar en el chico. Le he comentado todo esto a Marfil y más clara no ha podido ser: mientras Gustavo no ponga denuncia, la policía no podrá hacer nada.

Claudia paseó los ojos a lo largo del túnel, al tiempo que asentía distraída. Ladrillos vetustos de superficie desmigada. Olores a rancio, a cerrado, a tierra, a humedad. Luces amarillas y muy sucias, porque nadie había limpiado las bombillas en décadas, si es que lo habían hecho alguna vez. El tramo contiguo al sótano del comercio estaba alumbrado por un cable fijo al techo arqueado de ladrillo, con bombillas desnudas en casquillos, cada varios pasos. Las luces morían al cabo de una

veintena de metros y, más allá, no había sino negrura. Claudia, al advertir la aprensión de Alejandra ante esos túneles a oscuras, optó por no dejar de hablar.

—Gustavo no quiere perjudicarla.

—¿Y quién piensa en el niño? Esa tía loca se lo ha llevado, sabe Dios dónde, y le estará volviendo tarumba con sus histerias. Eso no puede ser bueno para él y menos con el problema que tiene.

—Mihái no tiene ningún problema. Es sobredotado. Hay que prestarle una atención especial. Pero eso es todo.

—Lo que tú digas. En todo caso, estamos hablando del padre. Tiene que denunciar. —Señaló a su amiga con el índice—. Y, si es preciso, tú tienes que convencerle para que lo haga.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Salís juntos. Convéncele.

—No quiero meterme entre Gustavo y su ex.

Alejandra se permitió un mohín harto expresivo, antes de detenerse en la zona de penumbras, unos pasos más allá del último casquillo. Buscó la linterna en su mochila.

—¿Seguro que esto que estamos haciendo no es ilegal?

—No lo sé. —Admitió con llaneza la otra.

Nadie parecía saber de cierto qué ocurría con el dédalo de subterráneos bajo el Madrid medieval. Hay ahí abajo bodegas, sótanos, túneles, restos de antiguas viviendas sepultadas por el paso de los siglos, pozos. Claudia no había logrado recabar planos ni muchos datos ciertos, y sí multitud de rumores, como los que corren acerca de las galerías bajo el palacio de Oriente. Que en ese barrio está prohibido hacer obra en sótanos por lo que pueda aparecer. Que, en la Nochebuena de 1734, el Alcázar Real del tiempo de los Austrias había ardido durante tres días. Que los arquitectos borbónicos habían tenido la ocurrencia de edificar el nuevo palacio directamente sobre las ruinas quemadas, de forma que, bajo los cimientos, quedaron estancias y pasillos aún abiertos y ahora olvidados.

Claudia apuntó con su propia linterna. A unos pocos metros, el túnel se bifurcaba.

—Por ahí. —Señaló con su luz al ramal de la derecha. Sin dudar, porque se había hecho un mapa mental a partir de las notas de Jacobo y las indicaciones del comerciante, que había estado ahí abajo en varias ocasiones. Al ver cómo Alejandra titubeaba, se giró—. ¿Qué pasa?

—Que no me gustan los túneles. Nada. —Admitió la otra. Si había descendido a esos subsuelos era más por no dejar sola a Claudia que por satisfacer su curiosidad de historiadora. Para apartar de su cabeza la idea de que estaban bajo tierra, recorriendo un laberinto de pasadizos carcomidos por el tiempo, prosiguió—. Y cada vez me gusta menos todo este asunto de los Elegidos.

—¿Por qué? —Claudia tomó la delantera, contenta de dejar el tema de Gustavo y su ex.

—No hay fuentes primarias sobre ellos. Todo se ha perdido.

—¿Es eso normal?

—No lo sé. La Inquisición se abolió de forma definitiva en 1834 y, desde entonces, sus archivos sufrieron muchas mudanzas. Hubo extravíos y destrucciones. Del tribunal de Zaragoza, por lo que he encontrado, sólo han sobrevivido dos legajos y tres libros. Un desastre. Pero no deja de ser casualidad que no quede ni una sola causa abierta a Elegidos...

—¡Puag! —Exclamó de repente Claudia, porque todo el brazo del anorak se le había pringado de telaraña espesa.

—¡No me des esos sustos! —Le recriminó la otra, que había pegado un brinco al oír el grito.

—Perdona. Qué asco. —Se limpió como pudo.

Caminaban en absoluta oscuridad, fiadas a la luz de las linternas. El olor a humedad era espantoso y, tal vez contagiada del humor sombrío de Alejandra, o puede que por culpa del tacto viscoso de la telaraña, Claudia no pudo evitar el imaginarse a ratas y cucarachas correteando en las tinieblas de esos túneles. Alejandra, que comenzaba a sufrir algo de claustrofobia, continuó.

—Ningún autor se dio cuenta de que estaba ante un fenómeno extendido. Para ellos son casos aislados de brujería o herejía.

—¿Cómo es eso posible?

—Tendrían que haber sabido lo que estaban buscando. Además, cada cual da fe de algo ocurrido en sus tiempos. Los archivos de la Inquisición eran inaccesibles, incluso para el poder real y muchos de los propios inquisidores. Lo hacían así para proteger a sus confidentes. Además, el nombre *Elegidos* no se menciona más que una vez. Sí que en varias ocasiones se habla de herejes que se consideran parte de un pueblo elegido. Pero justo eso, pueblo elegido, se denominan a sí mismos los judíos y no pocas sectas cristianas. Así que, por sí mismo, no tenía por qué llamar la atención.

»Igual ocurre con las demás características. Les acusan de asesinato. De sacrificios humanos y vampirismo. De aquelarres y parodias de eucaristía. —Cambié de tema de golpe—. Ahí entra el haoma, Claudia. Parece que mezclaban la sangre de sus víctimas con alcaloides para fabricar una pócima que les proporcionaba visiones místicas.

—Qué horror...

—Sacrilegio, drogas, asesinato, vampirismo. Las mismas acusaciones que se hacían contra grupos religiosos minoritarios, desde brujas a judaizantes. Con sólo esos elementos, nadie tenía por qué sospechar que había algo en común. Además, son cargos tan socorridos que es difícil saber qué hay de verdad en ellas.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que en el caso de los Elegidos hay bastante de verdad. Y eso es lo que me asusta —admitió de mala gana—. Encima, si aceptamos una relación entre los agápetos y los Elegidos, podemos sacar conclusiones inquietantes. Para empezar, la supuesta parodia de eucaristía no sería tal, sino una forma propia de la misma, fruto

de una evolución paralela de siglos.

»Lo mismo podríamos decir de su pócima, que tendría un origen remoto en el haoma. E igual con las fechas de sus ceremonias. Parece que el Año Nuevo, para los Elegidos, tenía lugar durante el equinoccio de primavera, lo mismo que para los persas antiguos. Pero eso ya es una suposición, porque muchas culturas comienzan el año en esa misma fecha.

—¿Y los asesinatos? ¿El vampirismo? —Lanzó la luz de su linterna hacia delante, porque tenían que alcanzar un cruce de túneles de un momento a otro.

—Vampirismo y canibalismo. Eso sí puede ser influencia europea. Sean o no descendientes de una secta cristiana de Asia, los Elegidos han vivido siglos en Europa, en la clandestinidad, y tal vez se contaminaron de las supersticiones más negras de nuestro pasado.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, aparte del equinoccio de primavera, festejaban durante las noches de San Juan y de Todos los Santos. Y éstas son dos fechas muy asociadas a la tradición de las brujas europeas.

—¿De verdad pueden haber estado sacrificando a gente todos estos siglos?

Alejandra no tuvo oportunidad de contestar porque Claudia, casi justo después de hacer la pregunta, lanzó otra exclamación. Habían llegado al cruce de túneles que iba buscando e, impaciente, giró a la derecha agitando el haz de luz de un lado a otro para, por último, ufana, mostrar a su amiga un tramo de muro de piedra en aquel pasadizo. Alejandra, sus aprensiones arrinconadas por la curiosidad, paseó primero su luz y luego la mano sobre aquellos sillares antiguos. Se trataba, sin duda, de un lienzo de muro sepultado hacía siglos. Y allí, en la piedra, alguien había cincelado una esvástica y un sol esquemático, hecho mediante un círculo con una corona de triángulos.

—Esto es reciente. —Apuntó al observar las marcas de cincel—. El sol podría ser mazdeo, sí. Pero esta esvástica es la nacionalsocialista alemana. ¿No lo grabaría un grupo español filonazi? Hubo muchos en España en los años 40.

—¿Y para qué iban a bajar aquí abajo?

—¿Y para qué iban a hacerlo los Elegidos?

—No lo sé. Pero tal vez dieron esa forma a la cruz para despistar. Los Elegidos llevaron siempre un juego de exhibición/ocultación muy particular. Dejar aquí sus símbolos, camuflados como algo distinto, parece muy propio de ellos.

Alejandra volvió a pasear la mano por las piedras, más intrigada casi por ese tramo de muro que por los símbolos grabados en él.

—Esto es la pared de una vivienda. Noble, a juzgar por la sillería. Debió quedar sepultada por el paso del tiempo. Lo mismo hay todo un palacio enterrado aquí debajo.

—No te extrañe. Todo el subsuelo del Madrid antiguo está así. Y casi mejor que no lo toquen. —Se le vino a la cabeza todo lo leído en los últimos días sobre el tema

—. ¿Sabes? Por lo visto, cuando hicieron la estación de Tirso de Molina, se toparon con el osario del antiguo convento de la Merced. Empezaron a salir cientos de huesos humanos y, como no sabían qué hacer, no se les ocurrió otra cosa que meterlos en los andenes y cubrirlos con las baldosas. Y ahí siguen. Figúrate. Y te estoy hablando de que eso se hizo en mil novecientos veintitantos...

—¡Pero qué horror! —Alejandra se revolvió irritada, linterna en mano—. Tú quieres alegrarme el día. Primero nos metemos en estos subterráneos y luego me empiezas a hablar de esqueletos bajo los andenes de metro. Voy a fumarme un pitillo.

Echó mano a la mochila, pero nunca llegó a sacar la cajetilla porque, en ese preciso momento, desde las profundidades de alguno de los túneles a oscuras, les llegó un eco rebotando por las paredes de ladrillo. Heladas, cruzaron miradas al resplandor de las linternas. Alejandra se había puesto blanca y Claudia tampoco se veía mucho más serena.

—Habrá sido una rata... —murmuró, sin pensar.

—Peor me lo pones.

El sonido se repitió. Les llegó reverberando, sin que pudieran precisar siquiera en cuál de los túneles estaba su origen. Aguardaron, sin mover una ceja, durante segundos muy largos.

—Alejandra... —susurró Claudia.

—Vámonos —contestó la otra, con un hilo de voz—. Vámonos.

Cerró su mochila con todo el sigilo que pudo y las dos, a paso rápido pero sin querer ceder al pánico, desanduvieron todo su camino por aquellos túneles negros, en busca del tramo con bombillas y, más allá, el sótano del comercio y la luz del mundo exterior.

Ya el viernes 7 de marzo, Carlos del Arce estuvo telefoneando a Félix sin lograr localizarle. Volvió a intentarlo el sábado, también sin éxito, y no quiso preocuparse, pensando que andaría durmiendo los excesos. A primera tarde del domingo 9, día de las elecciones generales, el cadáver del presentador apareció dentro de un contenedor de basuras, en un polígono industrial de Fuenlabrada. Ana Marfil también estuvo presente en el lugar de los hechos, ya que los primeros agentes de la Policía Nacional que se presentaron en el lugar reconocieron al muerto. Ella recibió al poco el aviso y, mientras iba hacia allí, oyendo en el coche a la *Velvet Underground*, se le ocurrió que, en todo aquel enredo, los muertos siempre aparecían en fin de semana.

Tuvo otra vez que ayudarse del GPS para llegar al lugar exacto. Y gracias, porque, al ser domingo, no había por allí sino naves cerradas, aceras desiertas, descampados y ni un alma por las calles. Los polígonos industriales son eso para muchos madrileños: áreas grises, vacías, desangeladas. Un lugar al que van los adolescentes a practicar con el coche del padre o los amigos en fin de semana, cuando todo está cerrado.

Calle adelante, cintas de policía amarillas marcando perímetro. Agentes de azul y también personal de paisano, de las policías Judicial y Científica. Esta vez no había UVIs móviles, ni cámaras, ni más curiosos que algunos guardias de seguridad de industrias cercanas, que se habían acercado a mirar, echar un pitillo y comentar con los compañeros.

Pasó junto al perímetro de cintas despacio, dándose tiempo para observar el contenedor abierto, junto al que hormigueaban investigadores con guantes. Estacionó más allá y ni siquiera tuvo que identificarse a los agentes de uniforme porque algunos compañeros de la judicial, al reconocerla, la hicieron gestos de acercarse, instando así a los otros, por pasiva, a dejarla pasar. Alguno estaba fumando, así que supuso que ya habían tomado todas las pruebas, por lo que se encendió un cigarrillo a su vez.

La tarde era más que suave para ser de invierno. Reinaba esa luz peculiar, la sensación de vacío propia de los domingos a esas horas. Un inspector de la policía judicial, conocido de Marfil, salió a recibirla. Un hombre grande y con bigote. A

Marfil se le ocurrió que algunos policías eran casi los últimos españoles que seguían usando bigotes. La temperatura era tan tibia que se desabrochó el abrigo, abotonado al bajar del coche por simple costumbre.

—Vaya tarde. ¿Eh? —Apuntó el otro, al notarlo.

—De primavera.

—No sé yo si mucha gente irá a votar con este tiempo.

—Qué matraca con eso. —Sonrió ella de medio lado—. Que si hace buen tiempo, la gente sale y no vota. Que si llueve, la gente se queda en casa y no vota...

El cuerpo estaba dentro del contenedor, bocarriba, con las ropas manchadas por las basuras. Tenía marcas en el rostro, pero lo que llamaba la atención era que le faltaban las manos. Marfil, el cigarrillo humeante ante la cara, para mitigar el hedor de los restos, observó ceñuda los muñones y esa cara castigada por golpes. Había sido guapo, sin duda, aunque su belleza no era de las que a ella le emocionaban.

—Le han pegado a base de bien —apuntó.

—Unos cuantos guantazos, sí. No demasiados.

—¿Cómo ha muerto?

—Un tiro en la nuca. Tal como está, no se aprecia. La bala no llegó a salir.

—¿Calibre pequeño?

—Seguro. Primero le mataron, luego le cortaron las manos.

Entre el humo del cigarrillo, Marfil observó los muñones. A simple vista no parecía trabajo de cirujano, sino de carnicero. Debían haberle cortado las manos con hacha, machete o cualquier otro tipo de hoja grande y afilada. Le acometió de repente la náusea y torció el gesto.

—Joder. Que fuerte...

—Ya te digo.

Se apartaron del contenedor.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Uno que suele pasear por aquí con su perro. Lo típico. El perro se puso a ladrar como un loco al contenedor. El dueño se acercó, levantó la tapa y se encontró con todo el papelón. De no ser por eso, lo mismo no habría aparecido hasta mañana.

Marfil, asintiendo, se apartó el pelo rubio del rostro y dejó caer la colilla para aplastarla bajo la suela de la bota. Señaló luego a dos guardias de seguridad que conversaban con uno de los agentes de la policía nacional.

—¿Ninguno ha visto nada?

—Que va. No hay naves con vigilantes por aquí cerca. Cualquiera pudo traerlo en el coche, echarlo en el contenedor y largarse tan tranquilo.

—A ver qué dice la Policía Científica. ¿Llegó a reconocerlo el hombre que lo encontró?

—No. Se llevó tal impresión que han tenido que atenderle los del SUMMA. Lo reconoció uno de los nuestros y mejor, porque de haber avisado el testigo al 112 que había encontrado muerto, dentro de un contenedor, a Félix Alcalá, el presentador de

La Huella, tendríamos ya esto lleno de cámaras.

—Mejor así. Sí.

El otro sacó un paquete de Camel y ofreció un cigarrillo a Marfil, que declinó con la cabeza, porque acababa de tirar uno. Él chasqueó la lengua.

—Así que ibais detrás de este pájaro...

Marfil se encogió de hombros. Existe en España algo llamado el GATI (Grupo de Análisis y Tratamiento de Información), al que los policías de las distintas unidades informan de qué asuntos y personas están investigando, para así evitar la descoordinación. El grupo de Marfil había enviado sus informes hacía unos días, y gracias a eso la habían llamado, apenas aparecer muerto alguien que figuraba en sus diligencias.

—Ir detrás, no. Pero estaba mezclado en algo que no tenemos muy claro.

—¿Qué?

—Ya te digo que aún no está muy claro.

—Bueno. ¿Me puedes contar algo sobre él que me sirva para ir avanzando?

—Gay. Muy promiscuo, pero ni fiestas turbias ni gustos raros. Adicto a la coca y las pastillas. Jugador también, de partidas fuertes. Parece que debía mucha pasta.

—Pues tenemos por dónde empezar, entonces.

—¿A ti a que te suena?

—A saber. No creo que sea un crimen de carácter sexual o por celos. Por lo que dices, es más fácil que sea un ajuste de cuentas por dinero. Pero a lo mejor también una venganza. Con ese programa suyo, ha pisado unos cuantos callos. Y es peligroso jugar a policías y ladrones cuando ya no se está en el patio del colegio.

—Ya. —Marfil meneó la cabeza, recordando que el comisario había hecho un comentario similar sólo unos días antes—. Esto de las manos cortadas, ¿ha ocurrido antes?

—No que yo recuerde. Me da que estamos pensando lo mismo. Que, si debía dinero de cartas, lo mismo le han cortado las manos.

—¿Es normal que le hagan algo así a uno, cuando se ventilan deudas de juego?

—No. Un ensañamiento de esta clase no. Pero vete tú a saber. Están cambiando tanto las cosas en este país...

Los expertos de la Policía Científica debían haber acabado ya, porque estaban recogiendo sus cosas. Los agentes uniformados deambulaban junto al perímetro de las cintas. Pasó un coche con toda una familia dentro, muy despacio, los rostros pegados a las ventanillas. Pero se llevaron un chasco, porque el cuerpo seguía dentro del contenedor y no se veía nada. Tampoco los guardias de seguridad habían podido ponerle los ojos encima ni descubrir, por tanto, la identidad del muerto. A Marfil se le ocurrió de repente algo.

—Oye. ¿Y las manos?

—Por aquí no están. Las habrán tirado en otro parte. Eso si algún tarado no se las ha quedado como trofeo.

—Lo mismo. —Eché una ojeada a los agentes ociosos, las calles vacías, las naves cerradas a cal y canto—. Casi que yo me voy. Aquí no tengo nada que hacer. Ya nos llegarán los informes.

—Sí, Aquí no hay nada que ver. —Arrojó con desidia la colilla—. En cuanto venga el juez a levantar el cadáver, nosotros también nos largamos.

* * *

La noticia se hizo pública pocas horas después, pero se dio en radio y televisión muy de pasada, ya que las protagonistas absolutas de la noche eran las elecciones, los sondeos a pie de calle y las primeras valoraciones de analistas y tertulianos. Claudia se enteró gracias a Gustavo, que la llamó en cuanto lo vio en televisión. Ella estaba en esos momentos en la sierra. Cenaba en Rascafría con casi todo el equipo del documental, ya que los rodajes habían acabado justo ese día y se habían reunido en un restaurante de ese pueblo, para celebrar y despedirse, y luego cada cual se iría por su lado.

Claudia había salido al exterior, porque el bullicio del restaurante impedía oír bien. Allí fuera, en una calle vacía de pueblo de la sierra, ya de noche cerrada, con un viento gélido aullando y una temperatura mucho más baja de lo que en esos momentos tenían en Madrid, fue donde supo que Félix había sido asesinado. Gustavo no tenía más dato que ese, porque en televisión habían dado tan sólo la noticia escueta, fuese porque no tenían más información o para no robar a las elecciones más espacio del necesario.

Ellos tampoco quisieron alargarse por móvil sobre ese asunto. Claudia le preguntó a Gustavo si había alguna novedad sobre la escapada de su ex con Mihái y se confirmaron en verse más tarde. La cena tampoco se iba a dilatar mucho, porque había gente que tenía que bajar a Madrid, entre ellos Claudia, a encontrarse con Gustavo. Luego él, notando por móvil que estaba casi tiritando del frío exterior, la conminó a volver dentro, olvidarse de todo por un rato y tratar de pasárselo bien en la cena, que ya tendrían luego tiempo de hablar de todo.

Cuando Ana Marfil visitó aquella oficina de la Gran Vía, se encontró con un espacio muy distinto al que pisó por última vez Félix Alcalá. Si entonces estaba en plena actividad, ya no era más que una sala diáfana en la que no quedaba otra cosa que unos cuantos muebles de oficina y aparatos: ordenador, impresora, fax. De hecho, cuando Marfil llegó, Carlos del Arce estaba sacando los últimos papeles del fondo de los cajones.

—¿Le importa que siga mientras hablamos? —Se excusó él—. Van a venir a buscar todo esto de un momento a otro.

—¿Se mudan?

—No exactamente. —Sonrió con aspereza—. La compañía está liquidada. El alquiler vence a fin de mes y, como no tengo donde meter todo este mobiliario, lo he vendido. Son cuatro perras, pero al menos lo retiran. Y algo es algo.

—Ya.

Marfil taconeó a lo largo de aquella sala que ahora despejada parecía mucho más grande.

—Ya hice mi declaración. Hablé con la policía sobre Félix y sus asuntos. Les conté cuanto quisieron saber aunque, por supuesto, si hay algo más que necesiten...

—Sí. He leído los informes.

—¿Entonces?

—Usted habló con los de la Policía Judicial. Yo pertenezco a la Unidad Central de Información. Suponía que los responsables de un programa como *La Huella* conocerían la mecánica policial. —No pudo evitar sonreír con cierto sarcasmo.

Arce levantó un momento la cabeza de los papeles para devolver la sonrisa sin dejarse amilanar.

—Esa parte era cosa de Félix. Bueno, ni siquiera de él. Los redactores, los guionistas, éstos se ocupaban de todo.

—¿Y usted?

—Lo mío era la producción y la administración. —Tras constatar que los papeles

que tenía en la mano no valían para nada, los introdujo en la máquina trituradora. Señaló luego en dirección a la nevera, ahora abierta y vacía—. Disculpe que no le pueda ofrecer nada.

—No se preocupe. —Se detuvo junto a la ventana, a echar una ojeada a la calle—. Dígame. ¿Tiene usted alguna idea de quién pudo matar a su socio?

Arce, que estaba metiendo más documentos en la trituradora, casi dio un respingo ante lo brusco de la pregunta, porque hasta entonces la conversación de esa mujer había ido como la seda.

—No lo sé. De tener alguna sospecha fundada, se lo hubiese dicho a sus compañeros.

—Su socio se juntaba con personajes dudosos.

—Claro. No era ningún santo. Pero, desde luego, no se merecía acabar así.

—Ya. —Como más de una vez, al oír eso, Marfil tuvo que reprimirse de contestar que si se lo merecía o no, a ella le importaba un pimiento, que ella estaba para detener a quien las hacía, no para juzgar a nadie—. ¿Andaba metido en negocios sucios?

Arce se encogió de hombros.

—No lo sé. Más bien es lo que ha dicho usted: se juntaba con mala gente.

—Vamos a ver. ¿Quién podría tener motivos para matarle?

Félix, tras acabar con los documentos, conectó un disco externo al ordenador, lo que le dio un par de segundos para pensar y decidirse a ser sincero, no fuese que por escamotear información la cosa se pusiera fea para él.

—Félix se metía coca, mucha. Iba además de rumboso y tenía la costumbre de invitar a todo el mundo, así que se le iba mucho dinero en eso.

—¿Quién le suministraba?

—Ni idea. Yo no me meto.

—¿Qué más?

—Timbas. Era un vicioso del póker.

—¿Tenía deudas de juego?

—Félix y yo no hablábamos de eso. Pero, por comentarios que se le escapaban, creo que sí. Tenía deudas y gordas. Pero tampoco sé ni dónde ni con quién jugaba a las cartas.

—Ya. —Marfil había sacado la libreta y anotaba, aunque nada de lo que le estaban contando resultaba nuevo—. ¿Habían recibido amenazas por algún reportaje del programa?

—Claro. Unas cuantas. Sobre todo Félix, que era la cara visible. De todas formas, ya he entregado copia de todos los archivos a sus compañeros, por si pudiera servirles de algo.

—Todos no.

—¿Cómo que no? —Arce apartó los ojos de la pantalla para ponerlos en los de la subinspectora, que seguía junto a la ventana.

—He visto esos archivos. Ahí no hay nada acerca de las desapariciones de Jacobo

Artola y Eduardo Regalado. —Marfil optó por no sacar a relucir la palabra *Elegidos*, ante la duda de cuánto pudiera saber al respecto su interlocutor.

—Ah. —Arce la miró desconcertado—. Verá, eso era un empeño personal de Félix. Podía haber dado pie a un reportaje, pero estaba aún en fase de investigación y preparación. Ni siquiera tenía fecha para emisión, ni se había filmado nada...

—Ya, ya. Pero seguro que algo de material habían reunido. ¿Dónde está?

—Lo tenía todo Félix.

—¿Es eso lo normal?

—No. Pero los dos desaparecidos eran más o menos amigos suyos. —Sonrió casi con rabia—. Yo no creía mucho en ese reportaje.

—Pero usted estaba al tanto de todo. ¿No? ¿Dónde puede estar ahora todo eso?

—Supongo que en casa de Félix.

—No. Ahí ya hemos buscado. —Observó que el otro parecía de veras confundido—. ¿Le importa que fume?

—Por mí, adelante. Pero es ilegal fumar en una oficina.

—Ojalá todos los delitos fueran como ése. ¿Tenía su socio alguna segunda residencia? ¿Despacho o algo así? ¿Caja de seguridad? ¿Algún lugar donde pudiera haber guardado todo eso? —Suspiró, al tiempo que se encendía el cigarrillo, porque, a cada pregunta, el otro iba negando con la cabeza.

Arce, acabada la transferencia de datos, guardó el disco externo en una bolsa.

—Bueno. Listos. Ahora, a formatear.

Marfil le miró por entre el humo del tabaco.

—¿Va a destruir los datos?

—Sólo en este ordenador. También he vendido todo el material electrónico y no es cuestión de dejar información de la empresa al alcance de cualquiera. —Tuvo lo que a Marfil le pareció un parpadeo de duda—. Oiga. Con Félix estuvo colaborando un especialista.

—¿Quién?

—Andrés Noriega. Un experto en Historia del Arte. Tuvo la desgracia de que le atropellasen hace unos días, no sé si se enteró del suceso...

—Claro. Lo vi por la tele —mintió Marfil con la mayor de las solturas—. ¿En qué forma un experto en Arte ayudaba a Félix en un tema así?

—Estaban siguiendo una pista. —Arce, que había decidido ser todo lo cooperativo que pudiese para ahorrarse problemas, inició el formateo—. Investigaban sobre un círculo religioso o algo así. Una sociedad secreta, para entendernos, en la que debieron militar algunos apellidos importantes de este país. Ese círculo habría dejado algunas huellas en la arquitectura y la decoración de edificios. Y la desaparición de Jacobo Artola estaría relacionada con ese tema, porque él lo habría estado investigando.

—Ajá.

—Lo estoy simplificando mucho. —Meneó la cabeza—. Nunca presté atención al

tema. Yo no creía mucho en ese reportaje, como le dije antes. Si le menciono a Andrés Noriega es porque quizás en sus papeles puedan encontrar algo. Fue él quien suministró sus últimas informaciones a Félix.

Marfil, con el cigarrillo entre dos dedos de la zurda, anotaba en su libreta. Arce, al ver que había terminado el formateado, apagó el ordenador. Observó a su visitante.

—¿Cree que pueda tener alguna relación con la muerte de Félix?

—No lo sé. —Libreta aún en mano, levantó los ojos—. Dígame. ¿Sabe si su socio seguía con esa investigación?

—Eso pretendía. Seguir por su cuenta. Casi discutimos por eso. Le dije que con el dinero de la empresa no. Que liquidábamos y cada uno por su lado.

—¿Por qué se tomaba tanto interés? ¿Porque los desaparecidos eran amigos suyos?

—No. Seamos sinceros. Félix pensaba que se podía sacar dinero de eso. Estaba con el agua al cuello. Tenía deudas, como le he dicho, y esperaba sacar algo.

—¿Vendiéndolo a otro programa?

—Era una de las opciones, sí.

—¿Vendiéndolo para que no se emitiese?

—Era otra posibilidad, sí —admitió con cautela Arce.

—¿Y usted? Eran socios.

—Ya le dije que podía quedarse con todo lo que sacase. Yo no quería saber nada de esa historia. Estos últimos días he estado ocupado en liquidar la empresa, arreglar los papeles, acabando con todo lo que teníamos a medias. Y luego lo han matado. He tenido yo que ocuparme de todo. Pero de no haber ocurrido esto, una vez firmada la disolución cada uno se habría ido por su lado.

—Hablando de eso. ¿Qué planes de futuro tiene?

—En cuanto quede todo listo, que va a ser casi ya mismo, apenas vengán a por todo este material y le dé las llaves de la oficina al portero, me tomaré unas vacaciones. —Torció el gesto, como el que cae en algo de repente—. O eso pensaba. Me voy dentro de tres días a Ecuador. ¿No habrá problema con eso?

—No, hombre. —Marfil casi se echó a reír—. Usted no es sospechoso. ¿Se va por mucho tiempo?

—Un par de meses.

—Unas buenas vacaciones.

—Me las he ganado. Además, aprovecharé el viaje para ver qué oportunidades de negocio hay allí.

—¿En Ecuador? Dicen que es un país peligroso.

—¡Qué va! Hay sitios donde más vale no entrar, cierto, pero como en todas partes. Además, tengo amigos allí.

—Bueno, pero por lo que he visto en la tele, Ecuador está al borde de la guerra con Colombia.

—Sólo me faltaba eso. —Sonrió de nuevo con dureza, como el que se burla de sí

mismo.

—Así que está pensando en mudarse.

—¿Quién sabe? No lo sé. Mire, le voy a ser sincero: creo que lo mejor es quitarse de en medio durante una buena temporada.

—¿Por qué? —Marfil, aún cerca de la ventana, le miró a los ojos.

—Ya sé que a Félix le habrán matado por andar con gente chunga y por meterse en pufos con quien no debía. Y que a Noriega lo atropellaron, como atropellan a tantos. Pero a mí en la escuela me enseñaron a sumar, restar, multiplicar y dividir. Será mala suerte, pero parece que todo el que está en contacto con ese asunto del que hablábamos acaba de mala manera. Así que mejor me largo, por si acaso.

—Bueno, si a usted le parece lo mejor... —Marfil asintió, hermética—. El dormir tranquilo no tiene precio.

Se estrecharon las manos. Justo al salir, a pie de calle, Marfil se contuvo de encender otro cigarrillo, porque acababa de apagar uno. Al menos había despejado una duda, casi inquietud, que venía carcomiéndola. Porque ya antes de entrar en esa oficina sabía que Carlos del Arce tenía billete para Quito. Y como recordaba lo ocurrido con Jacobo y Eduardo, había sido un alivio el constatar que en su caso era él quien había comprado el billete. Que se marchaba por propia voluntad.

El jueves 13 de marzo, Claudia fue al aeropuerto de Barajas para un segundo y último encuentro con Carmen Silva. Ésta la había llamado al móvil para decirle que estaba a punto de tomar un vuelo a los Estados Unidos y que antes de marcharse le gustaría hablar del tema que ambas sabían. Así que Claudia anuló una cita en una productora para ir a toda prisa al aeropuerto.

Fue a la T4 en coche, con media cabeza preguntándose si habría ocurrido algo, mientras la otra media divagaba sobre temas bien distintos. Ofelia, en contra de lo que creyeron tanto sus padres como Gustavo, no había regresado. Había telefonado a su madre ese mismo martes para asegurarle que estaba bien y reiterar que de momento no pensaba volver. Gustavo, presionado por varios íntimos, entre ellos Claudia, había acabado por presentar denuncia, lo cual, al menos, permitiría actuar a la policía en el caso de que la localizasen.

La situación era violenta y Claudia aún iba dándole vueltas a la cabeza cuando llegó a la zona acordada. Dejó de lado aquello al ver a Carmen Silva. Al igual que en el cementerio, iba arreglada con esmero, no importa que estuviese a punto de abordar un vuelo de entre ocho y doce horas, dependiendo de a qué lugar de Estados Unidos fuera. Ropas negras, abrigo *beige*. Sus ademanes eran tan lánguidos como en la anterior ocasión, aunque ahora a Claudia se le antojó que bajo de esa actitud había un poso de preocupación. Algo que no hizo sino reafirmarla en su idea de que esa mujer se había entrenado para mantener la compostura en todo momento y lugar.

Se estrecharon la mano.

—Perdona la urgencia, pero era ahora o nunca. Sabrás lo que le ha ocurrido a Félix Alcalá. ¿No?

—Claro. —Claudia trató de ocultar su perplejidad, porque no sabía que aquellos dos se conociesen—. Ha salido en la tele y en los periódicos. Y teníamos amigos comunes.

—Lo sé. Tal vez tengas datos que yo ignoro. —Debía de haberse percatado de su desconcierto, porque aclaró—. Eduardo me contó en su día que Félix le estaba

ayudando. Tras su desaparición, me puse en contacto con Félix, lo mismo que contigo, y le ofrecí igual trato que a ti. Yo le contaba lo que sabía, a cambio de que no mencionase mi existencia... dicen que le han matado por deudas de juego.

—Eso dijeron en la tele.

—No me lo creo. —Carmen sonrió a su manera distante—. Y supongo que tú tampoco.

Viajeros en tránsito, familiares, amigos, empleados, iban y venían en todas direcciones. Carmen echó una ojeada rápida hacia un lateral, antes de menear la cabeza.

—Es mejor que no perdamos el tiempo. No tenemos mucho. Félix me dijo que había tratado de localizarte sin éxito. Que te había llamado varias veces y dejado mensajes, y que nunca le devolviste las llamadas.

—Pasé. No era de fiar.

—No, desde luego. Pero podía ser útil. Te he llamado porque sé que no llegaste a hablar con él y quiero contarte lo que sé. Félix se asoció con el director de aquel proyecto de arquitectura simbólica de Jacobo. ¿Sabías eso?

—No. Es la primera noticia que tengo.

—Andrés Noriega. También está muerto. —Observó el rostro de su interlocutora—. Veo que eso sí lo sabes. Bueno. Gracias a las averiguaciones de Noriega, Félix llegó a algunas conclusiones y yo a mi vez he sacado las mías propias.

Hizo una pausa, un gesto lánguido.

—Hay gente bastante importante mezclada en esto. Félix creía que los Elegidos eran hombres de dinero reunidos en una especie de sociedad secreta y que se ayudaban entre ellos a amasar más dinero. Hasta ahí, de acuerdo. Pero no creo que desaparecieran en los años cincuenta.

—¿Por qué dices eso?

—A finales de esa década se les pierde la pista y eso hizo creer a Félix y a Noriega que se habían disuelto. La razón para esa desaparición estaría en que, en los cuarenta, casi la mitad de ellos emigraron. Noriega creía que, debido a eso, su número cayó por debajo de un mínimo crítico, lo que llevó al círculo a colapsar.

»Sin entrar en detalles, te diré que durante años he tenido trato con hombres de las altas finanzas. A su lado aprendí unas cuantas cosas que Félix y Noriega ignoraban. Creo que los Elegidos no desaparecieron, pero no tuve tiempo de explicárselo a Félix. Lo que hicieron fue adaptarse a las variaciones de la economía mundial, siempre en las sombras. Un cambio, eso fue todo.

»Hasta los años cuarenta, los Elegidos eran industriales y terratenientes, con alguna excepción. Dueños de fábricas, de latifundios, de empresas varias. Tras la II Guerra Mundial, la economía del mundo entero cambió y los Elegidos, al hilo de esos cambios, dejaron de ser propietarios con nombres y apellidos. Pasaron a ser accionistas, dueños de paquetes de acciones, que es una forma más discreta de mover dinero. Dejaron de poseer bienes físicos. Y así es como se les perdió la pista a finales

de los cincuenta. Pero no desaparecieron, sino que se hicieron aún más invisibles.

—¿Por qué se fueron tantos de España?

—Le he dado muchas vueltas a eso. España, bajo el franquismo, entró en una dinámica que sin duda debía espeluznar a unos capitalistas como eran los Elegidos. —Sonrió como una gata—. Debieron encontrarse ante un dilema curioso. Como plutócratas que eran, apoyarían a Franco por simple necesidad, para evitar una victoria del Frente Popular que les habría despojado de todo. Pero el franquismo a su vez hundió al país en el sueño de la autarquía, el ideal del estado autosuficiente. No creo que unos negociantes como los Elegidos vieran con cariño a un régimen tan rancio. Así que una parte de ellos debió emigrar en busca de mejores aires para su dinero.

Volvió a echar una mirada fugaz hacia un lado y Claudia se preguntó si no estaría temiendo que apareciese alguien para impedirle tomar el vuelo.

—La economía global ha seguido evolucionando y los Elegidos aprovechan la coyuntura para hacerse aún más anónimos si cabe. Si yo tengo razón, ahora deben integrarse en grupos de inversores, jugar en fondos, etc. Deben estar utilizando las herramientas financieras más modernas, que hacen que sea casi imposible averiguar de quién es de verdad el dinero. Ahora son más invisibles que nunca.

—No tanto. Si están detrás de esas muertes, es porque se sienten en peligro.

—Por eso quería hablar contigo antes de irme. Ya habrás supuesto que no me voy de vacaciones. Me marcho del país por una larga temporada, tal vez para siempre. —Sacó del bolsillo una llave USB—. Aquí está todo lo que me contó Félix, más mis propias averiguaciones.

Claudia se lo guardó y, al ver que no despegaba los labios, Carmen remató:

—Esta charla es la última relación que tendré con el tema de los Elegidos y la desaparición de Jacobo. Nunca más volveré a ponerme en contacto contigo y te agradeceré que tú hagas lo propio, descubras algo o no. En el momento en que cruce los controles de embarque, me desentenderé de todo esto para siempre.

—¿Por qué?

—Jacobo y yo éramos almas gemelas. Ya te lo dije y no me importa si lo crees o no. Entre nosotros dos había una comunión espiritual muy fuerte. Necesitaba averiguar qué había sido de él. Siempre estuve convencida de que no se había marchado a Tailandia así, por propia voluntad.

—Seguimos sin saber qué ocurrió.

—No me importa demasiado. Tiene que estar muerto. Estoy ya segura de ello, más allá de cualquier duda. Y eso era cuanto necesitaba saber.

—Ya.

—Eduardo tiene que estar muerto también. Y han matado a Noriega y a Félix. Porque han sido ellos. —Hizo una pausa—. Cuando entré en contacto contigo, te puse una condición: que nunca mencionases mi nombre, a nadie.

—Y he respetado el trato.

—Lo sé. Es la misma condición que les puse a Eduardo primero y a Félix después. Pero tú lo has dicho antes: Félix no era de fiar. Tengo miedo de que quien no debe sepa ya de mi existencia.

»Tengo una hija pequeña. ¿Sabes por qué me acordaba de la fecha justa en que visitas todos los años la tumba de tus padres? Se me quedó grabada cuando Jacobo me lo comentó porque es justo el día en que cumple años mi hija. Él está muerto, lo sé, y tengo que pensar en ella. Por eso me marchó.

»Estados Unidos no sólo está lejos. He vivido ya allí y tengo amigos que me ayudarán en lo que necesite. Y, si me quito de una forma tan obvia de la circulación, supongo que me dejarán en paz.

Claudia se dijo para sus adentros que, si Carmen Silva era un nombre falso, a los Elegidos les iba a costar lo suyo dar con ella. La otra volvió a echar un vistazo al lateral y sólo en esa ocasión se dio cuenta Claudia de que no era que estuviese temiendo que llegase nadie, sino asegurándose de que una niña pequeña, a una decena de metros, seguía a la vista.

Tenía que ser su hija. Una cría de cuatro o cinco años, delgada, pelo negro, a la que entretenía un hombre de mediana edad, trajeado, con aspecto de profesional de altos vuelos que a su vez no les quitaba ojo a ellas. Claudia se encontró observando a la niña y, según lo hacía, cayó en la cuenta de que debía haber nacido más o menos en la época en que Carmen y Jacobo mantuvieron su relación. Por un latido, sin poder evitarlo, entornó los párpados, buscando en ese rostro infantil alguno de los rasgos de Jacobo. Pero en seguida apartó la mirada, molesta consigo misma.

—Es mi hija, sí. Tal vez debieras quitarte tú también de en medio. Desaparecer una temporada.

—Mi caso es distinto. Saben quién soy y no tengo miedo de que traten de matarme, porque tengo la certeza absoluta de ello. Ya han intentado hacerlo, dos veces.

—Razón de más. Quítate de en medio.

—No. Sería condenarme a vivir en la incertidumbre y no hay nada más horrible que eso. Ya he pasado por una situación así. Además, tú podrás irte al otro lado del mundo y tener allí a amigos esperando. Yo no tengo tanta suerte.

Carmen consultó su reloj, tan amanerada como siempre.

—En el *pendrive* hay nombres, apellidos, datos varios, ninguno posterior a 1960. Pero, antes de que nos despidamos, quiero contarte algo de lo que me he dado cuenta. Ni Félix ni Noriega llegaron a fijarse. Pensaba contárselo a Félix, pero no tuve ocasión.

—¿Qué es?

—Si repasas con atención la lista de los Elegidos, te darás cuenta de que muchos de los nombres de pila y los apellidos pudieran ser simbólicos. De nuevo muchos, pero no todos. Hay apellidos como Jordán, Santos, Reino y nombres de pila como Salvador, Buenaventura, Nazario, Serafín, Ángel. Noriega dedujo que los Elegidos

desaparecían del mapa cambiando cada cierto tiempo de apellido. A eso yo añadido que elegían nombres y apellidos en función de su significado.

—Es incomprensible. —Claudia retomó aquel interrogante que formulase Carlos Bassano—. Por un lado, parece que buscan el secreto a toda costa. Pero por el otro van dejando pistas de su existencia en la decoración y la arquitectura. Y por si fuera poco, si tienes razón, también en sus propios nombres. ¿Cómo encaja todo eso?

—No lo sé. Y dentro de unos minutos, en cuanto pase los controles, habrá dejado de interesarme. —Nuevo vistazo al reloj—. Me voy ya. Mi hija me está esperando. —Le estrechó la mano—. Suerte, Claudia. Suerte de verdad.

Las ideas de invernadero duran, igual que las flores, lo que tardan en romperse los cristales que las protegen. Una frase, leída en alguna parte, que acudió a Claudia cuando volvió a hablar con Bassano, de nuevo en el Círculo de Bellas Artes. Fue él quien, sin intención siquiera, hizo saltar una coraza tan endeble como falsa. Ocurrió ya el lunes 17, a la tarde. Como en la otra ocasión, Claudia encontró al argentino en una mesa junto a los ventanales, con un café con leche y ahora un libro sobre la mesa, las gafas en la mano y los ojos puestos en la calle.

—Hace tantos años que vengo a tomar café... Creo que ya te lo comenté la primera vez que nos encontramos. —Plegó las gafas, para guardarlas en un bolsillo interior de la chaqueta—. Llevo décadas viendo cómo pasa la gente por la calle Alcalá, arriba y abajo. Viendo cómo cambian los peinados, las ropas, hasta los tipos físicos. ¿Sabés? Para mí, este espectáculo es casi una metáfora de la vida. Sentarme acá, junto a las ventanas, y observar.

—¿Eso es para ti la vida? ¿Sentarte y verla pasar? ¿En serio piensas que ese es tu papel?

Claudia le había observado incrédula, porque, desde luego, no consideraba a Bassano un personaje tan pasivo, ni mucho menos.

El argentino, que había perdido buena parte del bronceado ganado gracias al verano austral, se permitió una sonrisa pensativa.

—En la vida, Claudia, unas veces uno es espectador y otras actor. Hay que saber asumir el rol que a cada uno le corresponde, en cada momento. Saber sentarse y observar, saber interpretar el papel que te toca en suerte y sí, también saber cuándo es hora de abandonar el escenario.

—Tal vez.

—Pero no me *entendés*. No estoy haciendo retórica, sino hablando de vos.

—¿De mí?

—Y sí. Estoy preocupado. Estás en peligro grave.

—Lo estoy desde diciembre, cuando alguien trató de abrirme en canal. —Sonrió

con desgana—. Todavía sueño con lo grande que era aquel cuchillo de monte.

—Me he expresado mal. Quisieron matarte y volvieron a intentarlo. Sí. Pero creo que, en vista de lo que ha ocurrido estos últimos días, tenemos que pensar que el peligro es ahora mucho mayor.

—¿Por qué?

—Mataron ya a dos hombres que andaban indagando sobre los Elegidos. ¿Te parece poco?

Llegó un camarero con un café con leche para Claudia. Y ella removi6 despacio el azúcar, antes de contestar nada.

—Han muerto dos. Es cierto. Pero parece que esas muertes no tienen relación entre ellas, ni conexión con el tema de los Elegidos.

—¿De verdad *pensás* eso?

—A Noriega lo atropellaron cuando iba paseando en bici por una carretera comarcal. El conductor se dio a la fuga. En cuanto a Félix, andaba metido en timbas y debía dinero a mucha gente. En la tele dijeron que podrían haberle matado por sus deudas de juego.

—Ya. —Meneó la cabeza—. ¿Y vos? *Decíme*. ¿*Pensás* lo mismo? ¿Una mujer inteligente como vos puede conformarse con la teoría de que esas dos muertes consecutivas han sido fortuitas?

Claudia se tomó una pausa muy larga ahora. Bebió del café con leche, las dos manos alrededor de la taza, y fue entonces cuando le acudió a la cabeza aquel comentario sobre las ideas de invernadero.

—No.

Y ese «no», de forma paradójica, fue para ella el alivio de una carga. A lo largo de toda esa semana había hablado del asunto con Gustavo, con Alejandra, con Manuel Pastor y habían estado todos de acuerdo en que lo ocurrido bien podía ser una cadena de hechos inconexos. Que eso indicaban todos los datos disponibles. Le había sido fácil así descartar los temores de Carmen Silva. Asumir por fin que esa creencia en una suma de casualidades era algo ridículo, supuso quitarse una venda de los ojos. Encarar lo que estaba ocurriendo. Bassano, que la observaba atento, volvió a agitar la cabeza.

—¿Por qué *pensás* que hablo de peligro grave? Aceptemos por un instante que a esos dos les han matado por andar *chusmeando* en el asunto de los Elegidos. De ser así, el que lo hizo actuó con habilidad, no cabe duda. A uno le atropellaron para simular un accidente común en las carreteras españolas. Al otro le pegaron un tiro en la cabeza, le cortaron las manos y luego tuvieron la sangre fría de trasladarlo en auto para tirarle a un contenedor de basuras, en un polígono industrial. No todo el mundo es capaz de eso.

—Supongo que no.

Claudia mostraba ahora una expresión casi ausente, la taza aún entre las manos. No se le había ocurrido plantearse las cosas desde esa óptica. Al recordar lo que

contó Gustavo sobre los dos hombres que le siguieron hasta Alcorcón, se preguntó estremecida si no andarían mezclados en todo aquel asunto profesionales, de los de los países del este que tanto menudeaban en los últimos años por España.

—Requiere planificación y sangre fría —proseguía Bassano, que debía de estar pensando algo parecido—. Esas muertes, si tienen alguna relación con los Elegidos, son muy distintas de un ataque cuchillo en mano, en plena calle.

—Y, para seguir con los juegos de palabras de hace un momento, crees lo más acertado es que yo salga de escena.

—Sería recomendable, pero no sé si ya podrás. De no ser posible, tendrás que interpretar el papel que te ha tocado en suerte, lo mejor que puedas. He estado haciendo yo también averiguaciones...

—¿Qué? —Claudia salió de su ensimismamiento, con un sobresalto—. ¿Y luego hablas de peligro? Me dices que a Noriega y a Félix los mataron por andar haciendo preguntas. ¿Y te pones tú a hacer lo mismo?

—Ya te lo dije en su momento: sé cuidar de mí mismo. Además, no te preocupes, que no he corrido ningún riesgo. Se puede decir que la información ha venido a mí. La muerte de Andrés Noriega causó bastante revuelo en ciertos círculos. No era un hombre muy apreciado pero sí bastante conocido en su profesión. Y en las últimas semanas, estuvo muy activo, visitando archivos, consultando a distintos especialistas.

»A la gente le impresiona mucho enterarse de que alguien con quien estuvo conversando hace pocos días ha muerto, sobre todo si ha sido de forma trágica. Y, como eso le ocurrió a unos cuantos con Noriega, el tema ha dado bastante que hablar. Algo de lo que estuvo investigando ha llegado en estos últimos días a mis oídos, a través de distintas fuentes.

—¿Algo interesante?

—Noriega andaba trampeando. —Bassano se permitió una mueca casi de desdén—. A unos les contaba una milonga y a otros otra. Creo que quería sacar información sin revelar nada a cambio. Propio de él. Se interesó por edificios de los años cincuenta y sesenta. Fábricas, viviendas y, atenta, chalés construidos en esa época en la sierra de Madrid.

—Encaja. —Claudia se llevó el pulgar cerca del labio.

—Sí. Noriega iba tras la pista de Elegidos concretos, con nombres y apellidos, a partir de edificios que mandaron levantar. Muy astuto al enfocar el asunto de ese modo. Lo que no podía a sospechar era que el círculo podía seguir activo y que, por tanto, estaba metiendo un palo en el avispero.

—O que puede haber quien no desea que se sepa que su abuelo, por poner el caso, pertenecía a una especie de secta.

—Es posible. Pero mucho esfuerzo me parece. Creo que se acercó demasiado a alguien o algo, y que por eso lo han matado. Me temo que eso mismo le ocurrió a Eduardo y en su día a Jacobo. Por eso te digo que, hagas lo que hagas, tengas mucho cuidado.

Marfil era de la misma opinión que Bassano, aunque con bastante más fundamento, ya que tenía sobre la mesa una montaña de informes. Félix Alcalá había muerto de un único disparo en la cabeza, en efecto. Pero, en contra de lo que se podría suponer a simple vista, lo habían matado a distancia con un rifle de caza del calibre 22. Ese dato en sí ayudaba poco, ya que hay decenas de miles de armas de ese calibre en España, con las que hace años que ya no se permite cazar pero sí el tiro al blanco. Los golpes en la cara los había recibido antes de la muerte y, aunque le habían cortado las manos —sí, con una gran hoja afilada— se apreciaban rozaduras en las muñecas por encima del corte, lo que indicaba que estuvo atado y que se debatió tratando de liberarse. Eso último casaba mal con el hecho que le hubiesen matado desde una distancia de varios metros, estando por lo visto él de pie.

Todo eso no era sino reflejo de la niebla que envolvía el asunto y a través de la cual Marfil no acertaba a ver nada. El caso ya se había desparramado por toda la telaraña de las distintas unidades policiales: Judicial, Científica, Personas Desparecidas, Información, incluidos los Grupos de Sectas y Grupos Violentos que, por cierto, no tenían constancia de la existencia de un grupo llamado los Elegidos.

Cuando el comisario en persona le requirió información sobre todo aquel asunto, Marfil optó por ser prudente en sus opiniones.

—Creo que está claro que, detrás de todo esto, hay un grupo más o menos organizado. Los Elegidos de marras, o unos que usan ese nombre, tomado de siglos pasados. Eso no lo sé. Pero lo que sí tengo claro es que se me cae cada vez más la idea de que todo esto tenga algo que ver con drogas místicas.

—¿Por qué?

—Porque si estuviese actuando un grupo que se reuniese para tomar alcaloides exóticos, procedentes de Sudamérica o África, estarían fichados. Son sustancias difíciles de conseguir y ni Narcóticos ni Sectas y Grupos Violentos han oído hablar de unos tipos que se hacen llamar los Elegidos y que andan experimentando con drogas.

—Buena apreciación. —El comisario aprobó con la cabeza. Sólo había en Madrid dos grupos dedicados a Sectas, dentro de la Unidad Central de Información Interior, y su campo de acción era en exceso amplio, desde sectas destructivas a bandas de gamberros del fútbol. Pero hubieran debido tener algo en sus archivos, de andar metidos los Elegidos en actividades así. Al hilo de eso, meneó la cabeza—. No estamos ante la típica secta, dedicada a captar, programar y explotar a incautos.

—Más bien lo contrario. No captan. Al que se acerca demasiado, lo matan.

—Muy bien. Supongamos que son los responsables de la muerte de esos dos. Que han simulado un atropello y un ajuste de cuentas, para encubrir sus asesinatos. Volvemos a la pregunta de siempre. ¿Por qué?

—Porque los Elegidos no quieren que se sepa de su existencia.

—¿Y por qué no quieren que se sepa de su existencia? Ahí quería yo llegar. Muy importante tiene que ser esa necesidad de secreto. Los esotéricos normales no matan a los que se acercan a ellos. Los satanistas tampoco suelen hacerlo.

—En los Elegidos pudiera estar metida gente bastante importante.

—Gente bastante importante, o importante con mayúsculas, está metida en toda clase de temas raros, desde magia negra a sexo radical. Y no necesitan matar para proteger su lado oscuro.

—¿Entonces?

—Entonces, manos a la obra. —Sonrió sin ningún humor—. Aquí soy yo el que hace las preguntas. Sois vosotros los que tenéis que traerme respuestas.

* * *

Claudia pasó una noche más que agitada, en todos los aspectos. Primero, cerca de las diez le llamó Gustavo para contarle que pudiera ser que hubiesen localizado a su ex. Aunque no respondía a las llamadas, Ofelia había mandado esos días algunos SMS a sus padres y a algunos allegados, siempre con la cantinela de que estaba bien y de que no iba a regresar de momento. Ocurría que su propio padre tenía contactos en su operadora de móvil —había trabajado ahí y por eso el contrato de Ofelia era con esa compañía en concreto— y alguien le averiguó bajo mano desde dónde enviaba los mensajes. Asturias. Algo más que factible, ya que ella tenía amigos tanto en Gijón como en Oviedo, y no era descabellado pensar que hubiese recurrido a alguno de ellos.

El padre de Ofelia avisó a Gustavo, que sacó billete de avión para el día siguiente. Todo eso se lo conto este último a Claudia por móvil, con su calma de casi siempre, cosa que a ella no la tranquilizó sino más bien lo contrario. Gustavo tenía que estar preocupado por su hijo y esa serenidad la interpretaba ella como algo artificial; un muro que la excluía y, que, por tanto, los separaba. Hubiera preferido verle más vulnerable o, lo que es lo mismo, más próximo y humano.

Lo que al principio creían pasajero, una escapada por arrebato, fruto de la inestabilidad nerviosa de Ofelia, se había convertido en una fuga en toda regla. Por eso viajaba Gustavo a Asturias, para hablar con los amigos de ella y tratar de poner fin a esa situación absurda. Claudia, cada vez más temerosa de que tras todo eso hubiera más de lo que parecía —algo que se cuidaba de mencionar a nadie— no pudo por menos que preguntar a Gustavo, como de pasada, si era normal que su ex anduviese mandando SMS a diestro y siniestro.

—No —contestó él sin darle importancia—. La verdad es que no le gustan nada los mensajitos. Es una suerte, porque si no andarían friendo con ellos a medio mundo.

—¿Y por qué los usa ahora?

—Para no tener que dar la cara. Mi ex suegra la llama veinte veces al día y nunca descuelga. Si lo hiciera, la otra le pondría de vuelta a y media. No sabes lo agobiados

que están sus padres con este tema. Sobre todo por Mihái.

—¿Mihái?

—A lo de su hija hace tiempo que se resignaron. Pero piensa que, como viven en su casa y tal como está Ofelia de los nervios, los que están criando al chico son prácticamente ellos.

Claudia había intentado contentarse con esa explicación sobre los SMS en vano. Es más; esa misma noche volvió a dolerle la espalda como no lo había hecho en meses. Consciente de que era producto de la tensión, de que estaba somatizando esos temores que no podía compartir con nadie, procuró serenarse por el método de sentarse a ver series en televisión. No logró vaciar la cabeza y, al final, buscó los folios que había imprimido y garabateado para desparramarlos sobre la mesa, leerlos, escribir más y dar vueltas y más vueltas al asunto.

Claudia era de las que necesitaban tenerlo todo en papel, ante los ojos, y trazar esquemas. Subrayados, flechas, círculos que acababan por formar una especie de mapa, como si eso pudiera guiarla a alguna meta. Así le dio más de la una de la noche y, con un ojo en la tele y otro en esos papeles, se adormiló en el sillón.

Dicen que, durante el sueño y la duermevela, es cuando solemos encontrar respuesta a problemas que parecen insolubles, que pueden habernos atormentado durante largo tiempo. Que la mente, libre de las cadenas de la razón excesiva, se lanza a jugar con las distintas piezas que componen esos problemas, les da vueltas y, suelta de trabas, hace que por fin encajen. Quizá eso le ocurrió a Claudia. Así como se hundió poco a poco en la somnolencia, dándole vueltas a todo —los Elegidos, las desapariciones, las muertes, la escapada de Ofelia— regresó de golpe a la vigilia con un sobresalto.

Acababa de caer en la cuenta de algo que quizá llevase tiempo en los fondos de su mente, bullendo y fermentando, inquietándola pero sin querer salir a flote. Puede que el empujón final se lo hubiese dado aquel comentario de Bassano sobre las investigaciones de Noriega acerca de chalés en la sierra.

Se enderezó en el sillón con el corazón desbocado en el pecho. Seguía la misma serie en la tele, así que no podía haberse adormilado más que unos minutos. Suficiente. Buscó la lista de apellidos de Elegidos: Santos, Jordán, Coronado, Rey, Reino. Al pasarse la mano por la frente, la notó húmeda. Luego, como si quisiera dar un mínimo de solidez al disparate que acababa de ocurrírsele, añadió bajo el último de los apellidos, entre interrogantes: *¿Pastor?*

Sintiendo latir la espalda, se puso en pie para dar paseos por la sala con el papel en la mano. Tenía que ser un desatino, una especulación loca, más que traída por los pelos. Pero no era sólo que Pastor fuese un apellido que podía muy bien encajar en la lista. También el propio nombre, Manuel... ¿No significaba algo así como El que Vendrá, en el sentido de Mesías?

Mientras iba de un lado a otro de la sala, papel y boli en la mano, quiso plantearse algunos interrogantes, más que nada para que las respuestas disipasen por sí solas, esa

suposición. Pero cada pregunta y cada respuesta no hicieron sino que la sospecha echase raíces cada vez más profundas.

¿No mantuvo contactos Pastor con Jacobo en su día y sabía lo que iba averiguando? ¿No ocurrió después lo mismo con Eduardo? ¿No había estado, aún luego, al tanto de todo gracias a Gustavo y a ella misma? Lo peor de todo era que esa idea de que Pastor fuese un Elegido daba de repente bases al temor de que la escapada de Ofelia con Mihái fuese algo más que un ataque de paranoia. ¿No mantenía Pastor excelentes relaciones con ella? ¿No se había ganado su confianza? ¿Y si fue él y no el chico quien le reveló que habían seguido a Gustavo? ¿Y si había atizado sus temores? ¿Y si la había alentado a marcharse? ¿Y si la había ofrecido dónde refugiarse?

Así estuvo largo tiempo, dándole vueltas a todas esas preguntas, tratando aún de convencerse de que no eran más que insensateces. Al cabo, le ocurrió lo que a muchos tras una gran impresión y la tensión consiguiente: que el bajón fue igual de fuerte y brusco. De repente sintió mucha fatiga, un sueño tremendo. Apagó la tele, dejó los folios sobre la mesa y se fue a la cama con la cabeza agotada. Y se durmió al instante.

* * *

Gustavo se presentó en casa de Claudia a la mañana siguiente, para que ésta le llevase luego a Barajas. Estaba refugiada ella en un piso de la plaza de la Cebada y a él no acababa de hacerle gracia que residiese en un barrio tan populoso, aunque reconocía que eso era aprensión, que era difícil que fuera a cruzarse justamente con el o los que la buscaban para matarla. Y además a ella, por alguna razón, la multitud le daba seguridad, aunque sólo fuese anímica.

El piso era desangelado, con apenas los enseres justos y muebles sólo en salón y un dormitorio. En las demás habitaciones faltaban hasta las bombillas y a ella le gustaba así, pues le servía para recalcar lo provisional de esa vivienda. Se refugiaron en la alcoba y, aunque tuvieron algo de tiempo, no tocaron los temas que más les preocupaban. Pasaron el rato disponible en la cama. Claudia tenía la cabeza llena de preocupaciones, lo mismo que Gustavo. Y una vez más, para ella, hacer sexo con él fue una explosión que le dejó agotada, que la sumió en una bendita nada que debía ser como ese vaciar de la mente que buscan los adeptos de algunas técnicas orientales. O eso se le ocurrió, recordando cómo le instaban a probarla algunas conocidas, durante su etapa más negra de dolores y depresión.

Pero esa paz duró poco. Mientras agotaban los postreros minutos juntos y ella le mordisqueaba un hombro, volvieron a martirizarla las sospechas de la noche antes. Varias veces estuvo a punto de confiárselas a Gustavo, pero no llegaron a salir de sus labios. No era cuestión baladí señalar con el dedo a un conocido. Visto de forma objetiva, Pastor no había hecho nada malo ni dado motivos para dudar de él. El miedo

a equivocarse, a acusar de forma injusta, a preocupar de manera irresponsable a Gustavo, el pudor en suma, acabaron por contenerla.

Pasó el momento, llegó la hora de llevarle al aeropuerto y ella se guardó sus temores, con un nudo en el estómago. Él no llegó a darse cuenta de nada.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —Recordaría luego ella que le preguntó él, mientras dejaba las llaves de su 4x4 sobre la mesilla de noche.

—Voy a pasarme para ayudar al montaje del documental.

—¿Un aburrimiento?

—¿Qué dices? Me gusta bastante más que trabajar de productora. —Consultó su reloj—. Oye, vamos, no sea que lleguemos tarde.

Y así fue como dejó pasar la última oportunidad de contarle algo.

Toda la tarde del 18 la pasó Claudia enfrascada en el montaje y al menos durante esas horas logró vaciarse de otros pensamientos. Pero más tarde, a la noche, no fue capaz de alejar todo aquello de su cabeza. Así que el alba del día 19 —la fecha que marca la llegada de la primavera y por tanto del Año Nuevo agápeto— la sorprendió desvelada, esta vez no por el dolor de espalda y sí por darle vueltas a la cabeza. Harta de estar tumbada sin dormir, se había asomado al balcón y, pese al frío, se había quedado largo rato contemplando el mar de tejados antiguos, torres de iglesias, azoteas, las cúpulas del mercado de la Latina bajo la luz gris de esa primera hora.

Un poco más tarde bajó a desayunar a uno de los bares de la zona. Luego, en un impulso repentino, se acercó hasta el Jardín del Príncipe de Anglona, en la parte baja de la Plaza de la Paja. Ese vergel diminuto entre tapias de ladrillo era para ella un lugar casi mágico y además aquel día, puede que porque acababan de abrirlo y porque amenazaba lluvia, no había nadie dentro. Así que deambuló un minuto por entre los árboles y parterres, sintiendo bajo las botas los desniveles del pavimento, hecho de ladrillos puestos de canto —gracias a sus lecturas sobre arquitectura, sabía ya que eso se llamaba «a sardinel»— y desgastados por dos siglos de paseantes.

Fue a instalarse en uno de los bancos con la intención de reflexionar con más calma. Puso los ojos en la pequeña fuente central del jardín, de pileta sobre columna salomónica, y de repente se dio cuenta de que se había sentado con las piernas cruzadas; algo que sólo unos meses antes había llegado a pensar que nunca volvería a hacer por culpa de su espalda. Se quedó así largo rato, en la soledad de ese jardín pequeño, abstraída en el saltar de agua en la fuente, oyendo el susurro de las plantas, sintiendo la caricia del aire frío. Pasaban nubarrones negros sobre su cabeza y, como siempre que visitaba ese rincón, le resultaba increíble estar en pleno centro de Madrid, a metros de la calle Segovia.

Cuando regresó al piso fue sólo para cambiarse y tomar las llaves del 4x4 de Gustavo. Condujo sin titubeos hasta Bustarviejo, rebasó su casco urbano y, si se detuvo en el merendero situado ya en la carretera que baja al fondo del valle, fue

porque no sabía qué dirección tomar.

Había un par de coches a la puerta y dentro ningún cliente en barra, por lo que supuso estarían en el comedor pese a lo temprano de la hora. En la zona de bar no estaban sino el camarero y una tórtola gris en su jaula, junto a la puerta. Estaba tomándose Claudia una caña, entretenida con los arrullos de la tórtola, cuando entraron tres hombres que debían ser del lugar, a tenor de los saludos que cambiaron con el camarero. Claudia, al advertir sus miradas de reojo, aprovechó para preguntarles.

En las horas desveladas de la madrugada, y más tarde en el Jardín del Príncipe, luego de asumir que jamás se perdonaría el quedarse de brazos cruzados, se había estrujado la memoria, tratando de recordar cuanto pudiera haber contado Pastor sobre su casa en la sierra. Esfuerzo casi vano. No guardaba sino recuerdos sueltos. Que tenía un chalet en el Valle de Bustarviejo. Que la finca era un coto de caza del que era copropietario. Que estaba allí tan aislado que ni cobertura de móvil había y que eso le gustaba, porque le permitía alejarse de todo y trabajar sin ser molestado.

Pocos datos de partida, pero Bustarviejo es una población pequeña y su valle está casi despoblado. Así que, clientes y camarero, tras discutir entre ellos, acabaron por darle algunas indicaciones y, al verla aún confusa, uno le dibujó un plano rudimentario para ayudarle a llegar al lugar del que suponían estaba ella hablando.

Al salir al exterior, en vez de subir al todoterreno, cruzó la carretera para dar un paseo por una senda que arrancaba al otro lado. Subió la cremallera del anorak, porque bajaba viento de las montañas manchadas de nieve. Desde las recurvas del sendero se tenía a la vista el valle entero. El invierno se despedía con una jornada de frío y aire, con cielos azules y nubarrones oscuros. Con las manos en los bolsillos del anorak, paseó los ojos a lo largo del valle, antes de ponerlos más allá, en las laderas montunas. En aquel día despejado, se distinguía a la perfección el límite entre los robledales desnudos de hojas y los pinares altos de verde muy oscuro.

El valle daba sensación de despoblado. Era un gozo tender la mirada sin tropezar apenas con construcciones. Sólo en el fondo se veía una vivienda, antiguo piso piloto de una colonia de adosados que por suerte nunca llegó a levantarse. Ahora es base del SerCam, con helipuerto circular a las puertas. Un golpe de viento le echó el pelo rubio sobre el rostro y, molesta, se lo sujetó a la nuca con una goma. Pasaban las nubes para ocultar el sol a intervalos, de forma que las sombras corrían por el fondo del valle. Sacó el móvil para llamar a Gustavo, que contestó al segundo toque. Estaba en Gijón, a punto de encontrarse con una conocida de Ofelia.

—¡Te oigo de pena! —Se quejó él—. ¿Pero dónde estás?

—Cerca de Bustarviejo. Me he parado a dar un paseo y hace mucho viento.

—¿Bustarviejo? ¿Vas a visitar a Manuel?

Ella suspiró, aunque el susurro del viento impidió que el otro la oyese. Por enésima vez, estuvo a punto de confiarle sus temores y de nuevo no fue capaz. Pero sí podía al menos decirle a dónde se dirigía.

—Sí. Si encuentro dónde vive, claro. Como no tiene cobertura, no puedo llamarle. Oye. Te he cogido el 4x4. Espero que no te moleste.

—No seas tonta, mujer. Tengo que dejarte. Llego tarde. Recuerdos a Pastor.

—Claro. De tu parte.

Con el móvil en la mano, oteó de nuevo sobre el valle. Allí, en las laderas que lo cerraban al norte, según el mapa, debía de estar el coto de caza. Se apoyó una uña roja sobre el labio inferior, pensando qué hacer. Llamó a Alejandra.

Se resguardó del viento tras una peña y, en cuanto la otra respondió, se desahogó con ella. Le explicó todo lo que había callado hasta ese momento. La hipótesis de que muchos Elegidos usaban nombres y apellidos simbólicos. Su sospecha creciente de que Manuel Pastor pudiera ser uno más en esa lista. Cómo todo encajaba. Cómo Pastor había estado siempre cerca de todos, desde Jacobo a Ofelia. Por qué no podía ella contar nada a Gustavo, ya que sus temores no tenían base sólida y sentía miedo, tanto de hacer ridículo como de echar una sombra sobre alguien que pudiera ser inocente.

Alejandra, aunque tuvo que darle la razón en eso último, puso el grito en el cielo al saber dónde estaba en esos instantes.

—¡Tú estás loca! Sospechas que Pastor sea un Elegido y ¿no se te ocurre otra cosa que ir a meterte en la boca del lobo?

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Para qué has ido? ¿Qué esperas conseguir?

—No lo sé. —Tenía que admitir que estaba confusa y sin un plan concreto—. Tal vez comprobar, con mis propios ojos, si tengo o no razón.

—¡Qué tontería! Peor. Qué locura.

—Estoy muy preocupada por Mihái. Estamos a 19 de marzo. Diecinueve, Alejandra. Víspera del año nuevo agápeto. Cuando mataban a gente. Gente especial. Tengo que hacer algo, algo...

—Me estás asustando. Si te empeñas en seguir, lleva por lo menos el móvil encendido y a mano.

—En esa parte del valle no hay cobertura. —Negaba con la cabeza, como si su amiga pudiera verla.

—¿Dónde estás ahora?

—Cerca del merendero, en la carretera que va del pueblo al valle. Me paré a preguntar y, más o menos, han podido indicarme.

De golpe, cayó en la cuenta de que estaba dando explicaciones prolijas a Alejandra, como si no fuese a regresar de su excursión al lado norte del valle, y sintió un nudo en la garganta. Se obligó a controlarlo. Alejandra seguía insistiendo y, al final, Claudia cortó con excusas.

—Se te oye de pena —gritó—. Hay mucho viento. En cuanto tenga cobertura, te llamo. ¿Vale? Oye, que casi me pesa haberte llamado. Ahora te vas a quedar preocupada...

Le habían dicho que no tenía pérdida, que se llegaba al coto de caza desde la carretera de Canencia, pero le costó lo suyo dar con el desvío. Tanto, que estaba ya pensando si no sería mejor dar la vuelta y bajar al puesto de la SerCam a preguntar, cuando vio el arranque de un camino que tenía que ser el que andaba buscando. Era fácil no verlo, ya que formaba ángulo con la carretera y, de hecho, lo rebasó. Tuvo que frenar y retroceder unos metros, atenta al retrovisor, para poder meter el todoterreno por lo que no era más que una pista forestal en mal estado, llena de baches, cantos y barro.

Condujo un buen trecho cuesta arriba, dando botes entre pinos agitados por el vendaval. Aquella fue, de forma paradójica, la parte más agradable del viaje. Disfrutó de la sensación de ir monte arriba, al volante de una máquina poderosa, capaz de remontar pendientes mucho más empinadas que aquélla.

La rodadura remató ante una puerta formada por dos pilares de granito y cancela metálica, ésta cerrada con cadena y candado. A ambos lados de los pilares y, hasta donde llegaba la vista entre los pinos, había un verja de dos líneas de alambre espinoso, sujeta con postes a los propios árboles, que servía más como aviso que para detener por sí misma. Un letrero descolorido rezaba: Vedado de Caza. Prohibido el Paso.

Condujo marcha atrás para aparcar el 4x4 en un recodo, oculto a la vista desde la alambrada. Volvió a cerrar el anorak, se echó la mochila al hombro y subió a pie por el camino. Las nubes seguían velando el sol a ratos y el viento soplaba, por lo que fue un paseo entre ir y venir de luz y sombras, y el rumor agitado de las frondas.

Se coló por entre los alambres de espino, como han hecho toda la vida los excursionistas. Si se topaba con alguien, siempre tenía la excusa de haber ido a visitar a Pastor; que en el pueblo le habían indicado cómo llegar; que si había invadido así era porque, al no haber cobertura, no había podido llamar. Al hilo de esa última idea, sacó el móvil de la mochila. En efecto, no había señal. Luego, como un pensamiento lleva a otro, buscó aquel espray de defensa que le diese Gustavo y se lo pasó al bolsillo del anorak, para tenerlo más a mano.

El camino subía con grandes curvas; algo lógico, ya que debían haberlo abierto todoterrenos a fuerza de circular por los puntos más accesibles. A veces la trocha se entrecruzaba con otras sendas, pero la única que tenía rodadas era aquella, así que Claudia no se desvió. Confiaba en no llegar a cruzarse con nadie, aunque, si sus temores eran fundados, quizás al cabo de no muchas horas hubiese por allí bastante gente. Giró a la derecha por un tramo más llano, entre el rugir del viento y el agitar de las ramas. Los pinos eran allí muy altos y gruesos, y crecían juntos. Hacía frío y olía a resina, de forma que la atmósfera trasmitía esa sensación tan fresca propia de los pinares. Y fue en esa zona, en la rellana, cuando divisó una casa de piedra por entre los troncos rugosos.

Aminoró el paso sin salirse de la pista forestal. El sol asomó entre cúmulos negros, para inundar el bosque de reflejos dorados. Luego llegaron más nubes y todo

volvió a ensombrecerse. Por entre las copas verde oscuro, Claudia echó un vistazo a ese cielo muy azul, a medias nublado, antes de abandonar la cobertura de los árboles para acercarse a la casa. Un chalé muy hermoso, una construcción de antaño, de una planta, bloques de granito y tejas negras, con porche y balaustrada. Bien ubicado, con una explanada al frente y sin duda muchas horas de luz en la fachada.

No se veían coches, aunque sí muchas rodadas en el barro. Tampoco se apreciaba movimiento alguno en el interior. Las contraventanas metálicas estaban abiertas, pero las cortinas echadas. No salía rastro de humo por la chimenea. Al acercarse, Claudia pudo apreciar que, sobre los dos pilares de balaustrada que flanqueaban la entrada al porche, había pequeñas esfinges. Las observó desde unos metros, mientras se le venía a la cabeza la curiosidad que sentía Jacobo, tanto por esas figuras mitológicas en sí como por lo que abundaban por todo Madrid.

Se detuvo al pie de los escalones del porche. Un chalé a la antigua usanza, sí. En las antípodas de esos adosados de ladrillo visto y varias plantas, propios del entresiglo. La baranda de granito estaba salpicada de líquenes, lo que aumentaba su encanto. Las esfinges de piedra blanca no mostraban en cambio sombra de mácula, como si alguien las limpiase a menudo. Claudia paseó la mano por el granito, sin saber qué hacer. Se movió dos pasos en ángulo para observar mejor las ventanas cortinadas. Otra vez se abrieron las nubes para llenar el bosque de luz. Arreciaba el viento, de forma que el bramido de las copas era tremendo. Casi molesta con su propia indecisión, subió los dos escalones de piedra. Podía llamar a la puerta. Así de fácil. Después, según si respondían o no, ya vería qué hacía.

Nunca picó en la puerta. Ni tan siquiera llegó a ella, sino que se quedó clavada en el último escalón. Porque, al subir, sus ojos se toparon con el dintel de granito, sobre la entrada: uno de esos caprichos de la arquitectura serrana, tallado en un bloque de más de dos metros de longitud. Y, cincelados en el centro de esa piedra, tres símbolos: un sol flanqueado por una esvástica y una gamada.

Las dudas, el miedo a hacer el ridículo, el temor a que todo fuese fruto de su imaginación y de temores excesivos... todo estalló como una pompa. Allí, con la mochila al hombro, sola en mitad de aquellos pinares de montaña, estuvo largo rato con los ojos puestos en ese dintel sin dar crédito a lo que veía. El sol no era estilizado sino florido, con resabios medievales, y los brazos de las dos cruces estaban en diagonal, tal como las representaban los nacionalsocialistas alemanes. Pero no había duda de lo que esos tres símbolos juntos implicaban.

Fue a marcharse, cambió de idea y sacó antes varias fotos con el móvil. Comprobó de paso que seguía sin cobertura. Luego se dio la vuelta y, con una última mirada por encima del hombro, para asegurarse de que no había movimientos tras las cortinas echadas, echó a buen paso por el camino.

No llegó muy lejos. Manuel Pastor, con su aspecto entre patriarcal y de lobo de mar, la estaba esperando entre los primeros pinos, y le acompañaban tres hombres, dos de ellos casi de su edad y el tercero más joven. Vestían todos ropas cómodas de

campo y los dos mayores llevaban escopetas de dos cañones en la flexura del codo, como los que van de caza. El tercero iba con las manos vacías pero, al reparar en sus ojos, tan claros, Claudia sintió una flojera en las piernas, un brote de pánico que a duras penas logró reprimir. Se detuvo. Se abrieron las nubes, se cerraron. Pasó una ráfaga de aire tan violenta que les arrojó encima una lluvia de pinaza. Pastor se sacudió las agujas de pino de las mangas del chaquetón, al tiempo que echaba una ojeada meditabunda a los cielos.

—Claudia. —No había asomo de burla en su voz—. No hay que entrar sin avisar en cotos de caza. Los cazadores tiran a bulto y después comprueban cuál es la pieza. Así es como se producen luego las desgracias.

—No hay cobertura de móvil —repuso Claudia con soltura, pese al miedo que le inspiraba el hombre de los ojos claros y sabiendo que no iba a salir con facilidad de ésta.

Su interlocutor valoró de nuevo el cielo nublado.

—Mal momento has elegido para visitarme. Un día de perros. Pero en fin. Ya que estás aquí, vamos dentro. Creo que tenemos que hablar bastante.

* * *

Apenas Claudia colgó, Alejandra llamó a Ana Marfil y, por suerte, ésta respondió al segundo toque. Le soltó en chorro la conversación que acababa de tener, mientras la otra le escuchaba sin comentarios y con las preguntas justas. Eso era lo normal en ella y Alejandra no esperaba otra cosa. Sólo cuando su amiga acabó de contarle todo — desde dónde estaba Claudia, a sus sospechas y qué pensaba hacer—, se permitió Marfil un apunte personal.

—No te enfades con ella, mujer, que no está en una situación muy agradable. Ponte en su lugar. Imagina que sospechas que un conocido pueda estar metido en una especie de secta, implicado en varios asesinatos y desapariciones, incluidos los de la ex y el hijo de la persona con la que sales. Y, además, sabes que no son más que sospechas, que no puedes aportar prueba alguna...

—Se está buscando un problema serio.

—Supongo que no acaba de creerse ella mismas sus sospechas. Y, a la vez, no puede quedarse quieta, teniendo esa duda.

Hubo un silencio. Luego, Alejandra no pudo dejar de preguntar.

—¿Qué te parece a ti todo esto?

—No sé. Pero quédate tranquila. Voy a ver qué se puede hacer. ¿Vale?

Más imprecisa no podía ser la respuesta, pero Alejandra sabía de sobra que no iba a sacarle más. Así que tuvo que conformarse, sabiendo al menos que no iba a quedarse de brazos cruzados.

Y no se quedó. Se fue derecha a ver qué tenían sobre aquel Manuel Pastor. El grupo había estado recopilando información sobre cualquiera que tuviese relación

con las diligencias abiertas, y había material abundante sobre Pastor. Lo que en el informe constaba, inocuo a simple vista, dio que pensar a Marfil, a la luz de lo contado por Alejandra.

Manuel Pastor había nacido en 1948 en Ciudad de México, de padres españoles que emigraron a comienzos de los 40, más por razones económicas que políticas. Regresaron a España cuando Manuel tenía doce años y el padre, Gabriel Pastor, que había hecho en América negocios provechosos, amasó en esos pocos años una fortuna considerable. El retorno se produjo, de hecho, con los primeros signos de liberalización del régimen franquista, e invirtió con provecho todo ese dinero.

Pastor hijo era doctor en Historia, en efecto, especialista en Historia de las Religiones, en concreto cristianismo antiguo. Daba clases y era autor de monografías muy respetadas. Gozaba de buena reputación académica y no pocos se asombraban de que no hubiese destacado más, aunque algunos lo achacaban a su carácter estudioso, a que era más amigo de investigar que de camarillas.

Pero, aparte de todo eso, había desarrollado algo así como una segunda carrera más discreta e ignorada. Había estudiado Económicas y Empresariales, sin licenciarse, como si sólo hubiese asistido a las clases que le interesaban. Era inversor y no de los de unos pocos miles de euros. No era tampoco un desconocido para los archivos de la Unidad. No frecuentaría conciliábulos universitarios, pero sí círculos financieros. La Unidad recopilaba todo tipo de datos, inocuos o no, que más tarde podían servir en todo tipo de casos, incluidos los tocantes a delitos económicos. Y su nombre aparecía varias veces relacionado con reuniones de personalidades del mundo económico. Era además dueño de un coto de caza en Bustarviejo, por el que habían pasado gran número de figuras de las altas finanzas, con las que se codeaba.

Con ésas, Marfil habló primero con el comisario y, una vez obtenido su permiso, fue a ver con quién podía contar. El único miembro de su grupo presente en esos momentos en las oficinas era Fernando Balbuena, así que le puso al tanto lo más rápido que pudo. El otro se acarició el mentón, cariacontecido.

—Habrà que subir a Bustarviejo, a echar una ojeada. ¿No?

—Claro. —Se encendió un cigarrillo, justo bajo un cartel que recordaba a los funcionarios la obligación de no fumar dentro de las instalaciones—. ¿Qué podemos perder? En el peor de los casos, un paseo por la sierra nunca puede sentarnos mal.

La cafetera era de aluminio con base poligonal, de las de toda la vida, y Manuel Pastor servía el café con tal precisión de gestos, como si ejecutase algo único, que Claudia no podía por menos que observarle fascinada. No sabía ella que así le había enseñado a comportarse el anterior Maestro: a poner el alma hasta en las acciones más nimias, como homenaje a la obra del Creador. Mientras vertía con esmero leche tibia de una jarrita de cerámica antigua, había comentado:

—En más de un aspecto, soy un hombre escindido. Estoy entre dos mundos que, si no antagónicos, sí pueden a veces entrar en conflicto. —Le tendió casi solemne la taza—. Soy un creyente, un hombre de fe. Pero al mismo tiempo soy un historiador de formación sólida, educado para aplicar una visión crítica a las cuestiones intelectuales. Y eso hace que lo vea todo desde dos ángulos distintos a la vez.

Se hallaban en el salón principal del chalé, conversando con tal naturalidad que, de haber podido verles alguien a través de las ventanas, hubiese creído estar ante una sobremesa en la montaña. Ambiente no faltaba, porque la estancia era amplia, rústica y acogedora, de decoración anticuada, acorde con ese exterior de granitos rudos, porche, líquenes, tejas negras. Muebles castellanos y paredes blancas de las que colgaban óleos, viejos aperos de hierro, cornamentas de ciervo y cabezas disecadas de jabalíes. Mesa de centro baja, de hierro negro y cristal, tresillo de terciopelo color burdeos, chimenea de piedra con el fuego encendido.

Claudia en una de las butacas, la taza en la mano, agradecida del calor de esas llamas. Pastor de pie, dando paseos cortos por la sala mientras se explicaba. Y nadie más, porque los otros no habían entrado con ellos, tal vez para permitirles un mínimo de intimidad.

Claudia se daba perfecta cuenta de que, si Pastor la había invitado a sentarse, en tanto que él permanecía de pie, era para colocarse en ventaja psicológica. Pero, al margen de eso, asistía casi atónita al sosiego con que ella misma sobrellevaba el apuro en el que se había metido. Tal vez porque había confirmado sus sospechas y eso en cierta forma había sido como una liberación, la descarga de tanta tensión

acumulada, pese a que el precio era verse en situación delicada. Había confirmado ya que Pastor estaba implicado. Que desde el comienzo no había buscado otra cosa que sonsacarles y saber por dónde se andaban.

Se sentía tan en calma que era antinatural, aunque quizá contribuía a ello el aplomo de Pastor. Autoridad, serenidad, una sensación de fuerza interna y de seguridad en las afirmaciones que hacía, que en boca de otro pudieran haber sonado artificiosas.

—Como estudioso, diría que el pueblo elegido, que es como preferimos llamarnos, es el resultado de una evolución histórica. El fruto de una existencia secreta durante siglos. El resultado de vivir en comunidades reducidas, de éxodos, persecuciones y, también, de contacto con pueblos arcaizantes de las montañas del Asia medieval. Esa suma de factores habría producido una deriva atípica en los rituales. O mejor dicho, involución. El pueblo elegido siguió el camino inverso a la mayor parte de las religiones occidentales: fue de lo simbólico a lo real y no al revés.

»La Eucaristía cristiana, que es el origen último de nuestras ceremonias, es un acto de canibalismo simbólico durante el que los fieles se alimentan de algo que representa la carne y la sangre de una deidad. En nuestros ágapes, evolucionamos hacia un canibalismo real. Pero como creyente no he de ver en todo eso sino la senda tortuosa que ha llevado a la perfección de nuestra fe. Como dicen los cristianos, los caminos del Señor son inescrutables. Y no lo digo en broma. Nada más lejos de mi ánimo.

—Pero estás hablando de sacrificios humanos. —Claudia se sorprendió de la frialdad con que dijo eso. Quizá porque ese asunto de pesadilla llevaba meses rondándole la cabeza. O tal vez se encontraba aún bajo los efectos del *shock* de ver cómo, por fin, el fantasmal círculo de los Elegidos se volvía consistente.

Pastor estaba sonriendo con benevolencia. Ahora, más que un capitán de barco de los de antes, con esa tez morena y la barba blanca, recordaba a un profeta antiguo.

—¿Sacrificios humanos? No. Nuestros ritos son justo lo contrario. En un sacrificio humano, los devotos ofrecen a sus dioses la vida y el alma de la víctima. Pero en nuestro caso es al revés. Como en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, la inmolación de un ser superior, la destrucción de la envoltura carnal de la divinidad, sirve para la elevación espiritual de los creyentes. Es más bien un sacrificio divino... sí. Sería una buena forma de definirlo.

—¿Eso es la ceremonia del joma? —Claudia estaba procurando alargar la conversación, en parte para ganar tiempo, pero también por curiosidad verdadera.

—No debo desvelar mucho de nuestro rito más sagrado. Aún los detalles están vedados a profanos. Pero, sin violar los misterios, te diré que uno de los mayores pesares que nos afligen al pueblo elegido, y ahora hablo como creyente, es que, cada vez que hemos entrado en contacto con los no-iniciados, sólo hemos recibido rechazo, odio, persecución. Se nos ha tratado como dementes o perversos. Es parte de la carga que hemos de llevar, pero es pesada.

—Matáis gente.

Pastor la observó durante unos segundos, al tiempo que asentía despacio.

—Te veo muy entera. Lo aplaudo. Pero soy consciente de que, tras esa máscara de tranquilidad, estás horrorizada, aparte de que sigues sin entender. Y eso que no sólo eres una mujer inteligente, sino que has tenido a tu alcance datos suficientes. Pero, como a todos los profanos, te ciegan tus prejuicios; tu visión sobre el Mundo y la Creación. No te lo reprocho. Es lo común. Por eso muy pocos son los elegidos.

»En su día, me oíste comentar hasta qué punto eran complejas las doctrinas gnósticas. Os expliqué a Gustavo y a ti, de forma somera, que muchos grupos gnósticos creían en la existencia de varias clases de seres humanos. Desde los más bajos, los *materiales*, a los *espirituales*, que están animados por el Thelema, el soplo divino. Fue gracias al Primer Maestro, Eugenio, que algunos espirituales se hicieron, además, del todo conscientes de su condición. Nosotros somos sus seguidores, un pueblo elegido, despierto a su naturaleza divina dentro del cuerpo mortal.

»Hay espirituales que, aun no sabiendo lo que son, llevan muy a flor de piel su naturaleza divina. Es como si la envoltura carnal fuese en ellos especialmente tenue. Eso se manifiesta en diversos signos: en una inteligencia superior y distinta, en actitudes, en hábitos. Para el que sabe mirar, el Thelema es en ellos como una luz que irradia por todos los poros de su envoltura. Y es a hombres así a los que seleccionamos para nuestras ceremonias del joma. Su cuerpo humano es destruido, sí, pero de igual manera que lo fue el de Jesucristo y sirviendo al mismo fin básico: alcanzar a los adeptos la inmortalidad.

»Tus suposiciones eran en lo básico correctas. Sacrificamos a la víctima sagrada. Mezclamos después su sangre y una pizca de su carne con alcaloides. Así se prepara el joma. El Maestro lo consagra y los fieles lo consumen en los ágapes. Nadie que no haya participado en la ceremonia puede entender lo que eso implica, los efectos que produce. Es entrar en comunión con la Deidad, fundirnos con Él, alcanzar el estado perfecto...

Suspiró, como poniendo los pies en la tierra.

—La ceremonia del joma es propia de los Elegidos. No tiene parangón alguno, por más que sea un derivado muy, muy lejano, de ritos cristianos y persas, más que de gnósticos, que creían en la intelectualización para llegar a aprehender a la Divinidad.

—¿Para eso atrajisteis a Ofelia hasta aquí? ¿Para usar a Mihái en la ceremonia del joma?

—En efecto.

—¿Y qué vais a hacer conmigo?

—No temas. —Cabeceó, con amabilidad un tanto sombría—. Decidir quiénes son espirituales y, luego, quiénes son adecuados para el joma es un proceso complejo. Sin embargo a veces se hace patente a simple vista. Es el caso, por ejemplo, de Mihái. En cuanto a ti, en ese aspecto, quédate tranquila. Nunca serías adecuada para la ceremonia. Nuestras tradiciones sagradas establecen que el Thelema sólo encuentra

acomodo en los varones. Las mujeres son, sin excepción, materiales: barro sin alma.

Claudia, la taza de café con leche entre las manos, se le quedó observando, sorprendida por la rotundidad de esa afirmación. No replicó, pero Pastor debió advertir la chispa que pasó como un cometa por sus ojos verdosos, porque volvió a agitar la cabeza con esa expresión benevolente suya, propia del maestro ante el neófito que nada sabe.

—Te asombran mis palabras. Es lógico. Choca de lleno con las teorías igualitarias de nuestra época. Sólo diré, como creyente, que son verdades heredadas de nuestros antecesores a través de una larga sucesión de maestros. Verdades y doctrinas que yo he recibido, preservo y a su vez he trasmitido.

—Eso como creyente. ¿Y como académico?

—Diría que, en tal cuestión, la secta de los agápetos se decantó por posturas más propias de cristianos primitivos y judíos, que tenían a la mujer por algo bajo, fuente de todo mal. Los gnósticos solían sustentar doctrinas bien distintas y algunas de sus ramas daban una importancia crucial a lo femenino. Quede claro que eso no significa que te tenga a menos. Eres una mujer inteligente y te respeto. Pero tales son las verdades del pueblo elegido. No eres portadora de thelema, eres sólo cuerpo mortal y has de volver al polvo para no levantarte. Es todo.

—Ya. ¿Y vuestras mujeres aceptan sin rechistar ese papel?

—No es un papel, sino una Verdad. Un dogma de fe de mi pueblo. En todo caso, nuestras esposas e hijas nada saben de todo esto. Como tampoco lo saben aquellos hijos varones que nacen sin Thelema. A aquellos de nuestra sangre que no pueden ser elegidos, les educamos como a gente vulgar, ignorantes de nuestras verdades.

Claudia le observó casi boquiabierta. Hermanos creciendo juntos, unos educados como elegidos y otros no, sin que los segundos conociesen el secreto de los primeros. Pastor asintió.

—Te asombra. Pero recuerda nuestra conversación en Lozoya/Pelayos de la Presa. ¿Por qué crees que me sorprendió tanto que Mihái mencionase a los judaizantes del siglo XVIII? Para mí fue una señal. Nosotros hacemos lo mismo; aunque en nuestro caso es el thelema el que hace que uno sea o no elegido.

—Y eres tú quien lo decide.

—Quien lo determina. Sí. Es responsabilidad del Maestro establecer quiénes son espirituales, dignos de ser iniciados como Elegidos. También quiénes son adecuados para la ceremonia del joma.

—Y elegiste a Mihái.

—Y a Jacobo en su día.

Claudia se quedó de piedra. Tuvo que hacer un esfuerzo para que el tazón no le bailase en las manos. Siempre supuso que Jacobo había desaparecido por culpa de sus investigaciones sobre los Elegidos, pero las palabras de Pastor no daban a entender eso, sino que la razón última era que había sido destinado a una ceremonia de joma. Aturdida, recordó su inteligencia fuera de lo común, los derroteros extraños que a

menudo seguía su mente.

—Nunca salió de España. ¿No? —musitó.

—No. Ni Eduardo tampoco. En su caso, otra persona pasó con su DNI por los controles del aeropuerto. Nada más fácil. Ahí se comprueban las cosas muy por encima.

—¿Y yo? ¿También tengo que desaparecer?

—Temía que vinieses por aquí, pero tu llegada me ha pillado por sorpresa. No tengo decidido...

No terminó la frase, porque alguien picó en la puerta y, al cabo de un instante, asomó uno de los acompañantes de Pastor, uno de los de más edad. Pastor se acercó al umbral para cambiar con él unas palabras en voz baja. Claudia les observó de soslayo. No creía la última afirmación de Pastor. No podían dejarla marcharse, y esa contestación debía haberla dado para mantenerla tranquila. Sopesó la idea de revelar que una amiga sabía que estaba en el coto, pero la descartó, porque lo único que podía hacer con eso era precipitar acontecimientos. Provocar que la asesinasen de inmediato para deshacerse del cuerpo, por si se presentaba en la finca la Guardia Civil. Así que, mientras apuraba el café con leche, se decidió a tener la boca cerrada y a esperar acontecimientos.

* * *

Sin más demora que cambiarse la ropa por otra más apta para el campo y conseguir un todoterreno, Ana Marfil y Fernando Balbuena siguieron la misma ruta que Claudia sólo unas horas antes. Primero hasta Bustarviejo por la carretera de Colmenar, para pasar de largo y detenerse en el merendero, donde, sin ni siquiera exhibir su condición de policías, pudieron sonsacar hacia dónde se había dirigido la mujer a la que seguían. Así pues, siguieron luego por la carretera de Canencia, en busca también del acceso al coto de caza.

A ellos les costó menos encontrarla, puede que porque eran dos a ir mirando. Fernando Balbuena, que era el que conducía, metió el todoterreno con un giro brusco y también ellos subieron dando tumbos por la pista, entre pinos. Marfil fue la que vio el Terrano, aparcado entre los árboles a un lateral y se detuvieron, igual que Claudia, ante el portón candado.

Dejaron el coche ahí mismo, sin los disimulos de la otra. Fernando Balbuena agitó la cancela, haciendo resonar a la cadena entre los barrotes, como si quisiera asegurarse de que estaba bien cerrada. Un golpe de viento le provocó un escalofrío. Alzó los ojos a aquel cielo de invierno.

—Vaya día de perros.

—¿Pero qué dices? —Marfil se estaba subiendo la cremallera del anorak—. Hace una mañana preciosa.

—Para estar en casita, con los pies calientes. ¿Vamos?

Ellos dos también pasaron por entre los alambres, lo mismo que Claudia, para seguir como ella el ascenso a pie.

* * *

—Un círculo como el de los Elegidos es casi una unidad de supervivencia. Los adeptos viven a tumba abierta, pues comparten algo que la moral mundana considera uno de los crímenes más execrables: el canibalismo. Eso es algo que nos une con mucha más fuerza que los intereses materiales, que admito que existen.

Claudia escuchaba sin opinar. De hecho, para no tener que contestar, optó por subirse la cremallera del anorak, ya que recorrían una senda que subía aún más por entre los pinares, entre el viento y el frío. Algo tenía que haber ocurrido, aunque no podía saber el qué. Pero, después de conferenciar unos instantes, aquellos dos salieron y en el umbral se quedó el hombre de los ojos claros, vigilándola. Ella no había sido capaz de sostener su mirada, y no sólo porque era el que había tratado dos veces de matarla, sino también porque había algo en esos ojos descoloridos que ni entendía ni le gustaba.

Cuando regresó Pastor fue para ponerse el chaquetón, al tiempo que le indicaba que, ya que estaba tan inquieta por la suerte que pudiera haber corrido Mihái, iba a llevarle a su lado. Y por eso caminaban ahora entre pinos de alta montaña. Claudia metió las manos en los bolsillos y, al hacerlo, sintió el espray de defensa entre los dedos. Se alegró de haberlo pasado ahí desde la mochila, porque de lo contrario su única arma se hubiese quedado atrás. Así al menos podía aferrarse a la ilusión de tener un cartucho que gastar.

Pastor proseguía su discurso.

—Nos consideras unos monstruos. No puedo recriminarte por ello, es cultura. Y te juro que odio haber tenido que causar esas muertes. La ceremonia del joma es sagrada y la víctima por tanto está santificada. Pero lo otro... lo aborrezco. Tanto de Noriega como de Alcalá se ocupó gente externa a nuestro círculo. Vamos a llamarla así. Lo prefiero, aunque sea un riesgo recurrir a gente de esa clase. Pero es mejor no mancharse las manos más de lo necesario. Degrada, arrastra a lo material. El pueblo elegido ha tenido que matar a menudo, a lo largo de su historia, pero siempre para protegerse. A cambio, han sido tantos los nuestros que han muerto a manos de los profanos...

—¿Se ocupó esa *gente externa* de Eduardo? —Casi le cortó ella.

—No. Yo mismo le atraje a este coto de caza y aquí se hizo lo necesario. Esa muerte me pesó y mucho. Noriega y Alcalá eran dos vividores y, aunque hubiera preferido no tener que causarles mal alguno, tampoco me costó tanto hacer que los quitasen de en medio. Pero Eduardo... era un espíritu sensible. Un hombre curioso, inteligente, al que movían además sentimientos nobles, ya que lo que buscaba era saber qué había sido de un buen amigo. No como ese par de granujas, que sólo

buscaban el lucro.

—¿Por qué no los hicisteis desaparecer a ellos también?

—Tantas desapariciones hubieran llamado demasiado la atención. Justo lo contrario de lo que queremos. Por eso preparamos el atropello de Noriega.

—Y por eso le cortasteis las manos a Félix. ¿No? Para simular un ajuste de cuentas.

—No. Eso fue un golpe de suerte. Deploro la crueldad. Envilece. Juro por mi fe que Eduardo murió sin enterarse. Pero teníamos que saber qué había descubierto Félix. Tuvimos que interrogarle y, por desgracia, había que asegurarse de que lo contaba todo. Los que le interrogaron le rompieron un par de dedos, justo para asegurarse de que no ocultaba nada. Si le cortaron las manos luego, fue para ocultar esas lesiones. Cuando vi por televisión lo de las deudas de juego y que se especulaba que a eso obedecía la amputación de la manos, no pude por menos que dar gracias al Hacedor.

Claudia torció el gesto, recordando cómo Carmen Silva había salido a toda prisa del país, temiendo que Félix la hubiese delatado. Había hecho sin duda lo correcto. Pastor, tal vez malinterpretando la mueca, abundó:

—La madre de Mihái tampoco sufrió.

—¿También está muerta? —Claudia se arrebujó en su anorak, estremecida.

—No quedó más remedio.

—Ya. Entonces, supongo que alguien tiene su móvil y está mandando todos esos SMS... —Tuvo el buen criterio de morderse la lengua y no revelar que habían localizado la zona concreta.

—Supones bien.

Pasó otra nube ante el sol. Todo se volvió oscuro de repente y ahora fue el propio Pastor el que se abrigó en su chaquetón, como si hubiera sentido frío, o el roce de un mal presentimiento.

—Bueno. Ya estamos casi. Son sólo unos metros más.

No mentía Pastor. La senda iba a morir a no muchos pasos, a la boca de una mina — se notaba a simple vista el origen artificial de la abertura— cerrada con cancela. Uno de los compañeros de Pastor sacó un manojito de llaves del bolsillo y, mientras abría, Claudia examinó con algo más de atención al par de más edad. Rondarían ambos los sesenta antes que los cincuenta, vestían ropas cómodas y sobadas, y el aspecto de los dos era el de hombres acomodados que hubieran salido a pasar el fin de semana en la sierra. No tenían aspecto de locos, alucinados o de fracasados captados por una secta. Pero justo por eso mismo, por su aspecto tan normal, causaban en Claudia más inquietud.

Abrió el de las llaves y la mente de Claudia se alejó de esos pensamientos. Al otro lado de la cancela, arrancaba un túnel de no más de siete u ocho metros, de suelo cochambroso, paredes rezumantes de humedad y sin más iluminación que la claridad que se colaba por la boca de mina. Claudia, no bien pisó esa galería malsana, se encrespó.

—¿Habéis encerrado al chico aquí?

—Por favor, Claudia. —Pastor se permitió un ademán casi regio—. Está bien. No puedes pensar en serio que yo sería capaz de meter a Mihái en una especie de calabozo.

Al fondo de ese túnel había una segunda puerta, ésta de hierro, pesada y antigua, de bordes remachados y con picaduras de óxido sobre la superficie.

—Esto fue en tiempos una mina. —Explicó Pastor mientras su compañero abría—. Hubo algunas explotaciones mineras por la zona, hace décadas. Al otro lado del valle se conserva una mina de plata y cobre que lleva muchos años abandonada. Ahora la quieren convertir en museo. Ésta tuvo menos éxito y la abandonaron al poco de abrirla. Por la longitud total de las galerías, me parece que no debieron pasar de los trabajos iniciales.

»Estuvo abandonada durante años hasta que, al poco de acabar la Guerra Civil, algún grupúsculo de los vencedores quiso acondicionarla como refugio o base, o algo

así. Fascistas, carlistas, apostólicos, qué se yo. No conozco los detalles, pero esa ocupación tampoco duró mucho. El grupo no tardó en desaparecer y esto volvió a quedarse vacío.

Más allá de la puerta remachada, que a Claudia le trajo a la cabeza viejas películas bélicas, proseguía el túnel, aunque ahora las paredes estaban revocadas de cemento y con algunos plafones en el techo, lo justo como para alumbrar de forma mortecina el camino. Fueron a desembocar en una caverna amplia, de suelo nivelado y paredes también de cemento. Había luces bastantes como para mantener aquella gruta en una penumbra amarillenta y los muros de cemento gris estaban adornados con trofeos de caza, varios armeros con escopetas y rifles, y un par de panoplias repletas de sables largos y curvos, supuso Claudia que antiguos. Hacía mucho frío, la sensación que daba el lugar no podía ser más desangelada y, pese a su amplitud, parecía no ser sino un nudo de galería, ya que desde allí partían otros tres túneles.

—Esto data de finales de los años 30. Hicieron obra aquí y ensancharon ese túnel —señaló hacia una de las bocas— para convertirlo en galería de tiro. Para eso mismo lo usamos nosotros. Somos un club de caza y eso es la excusa perfecta para tener abierto todo esto sin que nadie se extrañe de ello.

Claudia había puesto los ojos en la galería que le indicaba Pastor pero, como sus luces estaban apagadas, no pudo ver más que una boca negra. Supuso que, más allá de ella, habría un túnel ancho y recto, con blancos contra los que disparar al fondo. Pastor hizo otro gesto.

—Nosotros vamos por aquí.

Tomaron por otro de los túneles. Cada nuevo tramo parecía más cuidado, ya que las paredes de esa galería estaban pintadas de gris claro y la luz era más limpia. El pasadizo era esta vez largo, de unos veinte metros de longitud por unos dos de ancho, y se veía que al fondo estaba cerrado con una cancela.

—Esta parte la abrimos ya nosotros. Uno de los nuestros compró los terrenos a mediados de los cincuenta y años después se los vendió a mi padre. Él construyó el chalé y mandó poner ese dintel de granito. —Sonrió casi nostálgico—. En realidad, lo rescató de una vivienda anterior, edificada por el que compró la finca. Cuando los visitantes ven las esvásticas, basta con explicarles esa circunstancia y sacar a relucir cuantos partidarios de los nazis había en la España de los años 30 y 40. Con eso se conforman todos.

Se detuvo más o menos a mitad del túnel, y, sólo entonces, advirtió Claudia que había allí otra puerta, ésta de madera, encastrada en la pared. Pastor fue quien abrió, no tenía cerradura, y fue tanteando hasta dar con el interruptor. Del otro lado había una estancia pequeña y tan sobria como una celda monástica: paredes blancas y desnudas, un lecho, una mesilla, una silla, un calefactor eléctrico para mantener tibio el lugar. Mihái estaba dormido en esa cama. Claudia, tras un primer suspiro de alivio, se revolvió furiosa contra Pastor, al darse cuenta de que no era normal que siguiese durmiendo, luego del ruido de la puerta y las voces.

—¿Qué le habéis hecho? —Casi chilló—. ¿Qué le habéis hecho?

—Por favor, Claudia. Serenidad. Está sedado. Es lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Para quién?

—Para todos. Ya te dije que tuvimos que ocuparnos de su madre.

—Ocuparos... —Bufó, harta ya de tanto eufemismo.

—Sí. Ocuparnos. Al principio, todo fue como la seda. Fue una jugada maestra y no lo digo con orgullo. Conseguí que la idea de marcharse saliese de ella. Yo sólo tuve que sembrar, alentarla y, llegado el momento, ofrecerle alojamiento por unos días. Con la excusa de un fin de semana en Córdoba, cogió al chico y se vino sin decírselo a nadie.

—Lo tenías planeado todo desde el principio.

—No. Pero, cuando Gustavo se dio cuenta de que le seguían, cambié de planes y cacé la oportunidad al vuelo.

—Pensabas hacer secuestrar al chico.

—Más o menos. —No parecía ni avergonzado ni ufano de ello—. En fin. El carácter inestable de Ofelia, que tan útil me fue al principio, hizo que las cosas se torcieran luego. Le di todo el carrete que pude. Yo mismo la llevé un par de veces en mi coche, hasta algún punto del valle con cobertura, para que telefonease a sus padres o a alguna amiga. Nunca me alejé de ella y por eso estoy seguro de que no reveló dónde estaba a nadie. Pero era cuestión de tiempo que se le escapase algún dato, o que cambiase de opinión y quisiera volver a casa.

—Y la mataste.

—No se enteró. Uno de los nuestros, que es médico, la estaba suministrando ansiolíticos. No tuvo más que darle ración extra de calmantes. Se durmió para siempre. Un tránsito sin dolor. Al chico le dijimos que su madre había salido a buscar unas cosas que necesitaba, pero era un engaño que no podía durar. Le sedamos. Tenía pensado mantenerle así hasta la ceremonia. De esa forma, ni se enteraría. Ya te lo dije: era lo mejor para todos.

Ella ni contestó a eso y él, tras echar otra ojeada al niño dormido, se dirigió a uno de sus acompañantes.

—Despábilale lo suficiente para que pueda andar y lo traes. —Se encaró luego con Claudia—. Sigamos. No nos sobra el tiempo.

Más allá de la cancela se abría una gruta irregular, de paredes de roca viva, sin otro mobiliario que un gran retablo dorado de tres cuerpos, con una Virgen sobre lienzo en el central. Sin cruzar palabras, los dos acompañantes que le quedaban a Pastor, se adelantaron a tantear por los bordes del retablo, cada uno en un lateral. Pastor, al advertir la curiosidad con que Claudia seguía esos manejos, asintió como para sí mismo, como uno que de repente cayese en la cuenta de algo.

—Sé que hay una cuestión que te intriga sobremanera. Por qué los Elegidos, que hemos hecho todo lo posible, durante siglos, para mantenernos en las sombras, hemos ido dejando huellas en la arquitectura y la decoración.

—Arquitectura, decoración... apellidos.

—¿Has descubierto eso? Felicidades. —Ahora Pastor sí parecía de veras sorprendido—. Pero nunca has llegado siquiera a intuir el motivo de esa aparente incongruencia.

—Es algo que no puedo entender.

—Sin embargo, la explicación no puede ser más sencilla. Hay una razón psicológica, antropológica también. Somos el Pueblo Elegido: aquellos de entre los Espirituales que, por la gracia del Primer Maestro, somos conscientes de nuestra dualidad divina-humana. Y, pese a ser los más elevados, nos vemos obligados a escondernos como los más bajos de los criminales. Nosotros, como cualquier otro grupo humano, sufrimos de un anhelo básico e irrenunciable de identidad. Identidad. Sí.

—No entiendo.

—Un colectivo sin símbolos no es nada. Es un fantasma transparente, condenado a desvanecerse. Y nosotros hemos luchado durante siglos por mantener nuestras señas de identidad, lo mismo que cualquier otro grupo humano.

—¿Hasta el punto de poner en peligro vuestra existencia?

—Claudia. Sin identidad no hay existencia. Ésa es una verdad universal. ¿Por qué los cristianos primitivos, sometidos a persecución en la vieja Roma, grababan sus símbolos en las catacumbas? Preservaban su identidad aun a riesgo de perder por ello la vida. Podría darte miles de ejemplos y la razón es siempre la misma. Antes muertos que perder la identidad.

Mientras ellos hablaban, los otros dos habían dado con los resortes que habían estado buscando. Sonaron varios chasquidos metálicos, tal vez de frenos al quedar sueltos porque, luego, uno empujando y el otro tirando, comenzaron a desplazar con suma lentitud el retablo, como si hubiesen liberado ruedas ocultas.

—Ya te dije que esta parte la excavamos nosotros. Esta capilla falsa es un artificio sencillo. Efectivo. Y, además, todo esto refleja muy bien nuestra visión del Cosmos. Se hizo así a conciencia.

»Las galerías exteriores son como el mundo de los hombres materiales: frío, árido, sin alma. Esta capilla sería la esfera intermedia de aquellos que, al menos, han sido rozados por el soplo divino. También simboliza la mentira en la que nos vemos obligados a camuflarnos para sobrevivir. Más allá de ese retablo, simple fachada, hay una cámara llena de frescos que representan el mundo de los espirituales. Y, después de ella, salas sagradas donde celebramos nuestros ágapes y la ceremonia del joma. Esas salas últimas son lugares secretos, reservados sólo a los nuestros. Aún más, representan también los lugares secretos del alma. Nuestra arquitectura es el reflejo de lo que los Elegidos somos. Lo mismo que edificios, en apariencia vulgares, han ocultado durante siglos nuestros sagrarios, así nuestros cuerpos, simple barro, son la morada oculta del soplo divino.

De golpe, cambió de discurso.

—En cuanto despabilen lo bastante a Mihái, entraremos con él a nuestras cámaras más secretas. Tú tendrás que quedarte aquí. No puedes pasar. Esos lugares están vedados a los profanos.

—¿Y por qué me habéis traído entonces?

—Cuando entraste en la finca, decidí que no saldrías viva de ella. Puedo explicártelo ahora, sin rodeos. Iba a dejarte marchar y, cerca de la verja, uno de los míos iba a pegarte un tiro. Ya te dije que, si uno entra en un coto de caza sin ser invitado, puede recibir un disparo por accidente. Y eso es lo que iba a ocurrir.

—¿Y crees que la policía iba a aceptar sin más esa explicación?

—No. Pero no podrían probar nada y, después de todo, fuiste tú la que entró donde no debía. Por desgracia, esa solución ya no es posible.

—¿No? —Sintió cómo se le encendía una llama muy leve de esperanza.

—No. Han llegado dos personas más y, lo mismo que tú, se han colado por la cerca. Supongo que vienen buscándote. Seguro que a su vez hay otros que saben que ellos han venido y, de todas formas, no podemos preparar un accidente para tres. — La observó como un profeta antiguo—. Es hora de encarar lo inevitable. Que, una vez más, hemos sido descubiertos.

Hizo una pausa larga, como hombre que reflexiona.

—Hace meses que veo aproximarse el desastre, paso a paso, sin que mis esfuerzos hayan podido evitarlo. Me duele haber causado la muerte de varias personas para nada. Todo ha sido en vano. Quizás estaba escrito. Tal vez así es como debía ser. Pero, al menos, me dio tiempo de tomar mis medidas, por si todo se venía abajo.

»Hace tiempo que ungué a un nuevo Maestro y que le trasmití todas las tradiciones de nuestro pueblo. Puedo por tanto irme en paz. Y eso es lo que va a ocurrir. Antes de que acabe el día, habré vuelto al Creador. Mi cuerpo morirá y, con esa muerte, se borrarán todas las huellas. Guardo en estos túneles unos cuantos cartuchos de dinamita viejos, de los de antes. Viejos, caducados, peligrosos. Los haremos estallar y todo se vendrá abajo. Los profanos no hollarán esta vez nuestros lugares sagrados. Ni tan siquiera pondrán sobre ellos sus ojos. Y nuestro secreto quedará a salvo.

—Pero quedarán restos —quiso refutar Claudia que, aunque sentía la cabeza clara, tenía que hacer esfuerzos para que no le temblasen las piernas—. Encontrarán...

—No conoces los efectos de una explosión en una mina. —Sonreía casi paternal—. Le llaman efecto túnel. Se propagan con efectos catastróficos; lo arrasan todo porque la onda expansiva, constreñida por todos lados por millones de toneladas de piedra, sólo puede descargarse a lo largo de las galerías, de forma que su fuerza destructiva se multiplica. No quedará nada, las galerías se vendrán abajo. Será un accidente fruto de la imprudencia, la consecuencia de guardar dinamita de forma ilegal, algo que tampoco es tan raro en nuestro país, sobre todo entre gente relacionada con la minería.

»No moriré solo. Esos amigos se quedarán conmigo, por propia decisión. El número dará credibilidad a la hipótesis del accidente desgraciado. Y tu camino también acaba aquí. Serás una visita que tuvo la mala suerte de presentarse en el peor de los momentos posibles. —Sacudió la cabeza—. Claudia. No te cuento esto por crueldad. Al contrario. Creo que todos tenemos derecho, de ser posible, a saber que vamos a morir, para poder así prepararnos para el tránsito.

—Manuel, habrá una investigación.

—Adelante. Sospecharán, sin duda. Pero no encontrarán nada, porque nada quedará. Dudo incluso de que se planeen siquiera excavar para llegar al foco de la explosión. Eso supondría mucho tiempo y dinero, sin contar con el riesgo de nuevos derrumbamientos.

—¿Y Mihái?

—También acabará aquí. Pero nunca nadie sabrá que su madre o él estuvieron en este lugar.

—¿Cómo puedes condenar a un niño de nueve años a una muerte así? —Le espetó son súbita pasión Claudia, sin reparar en que, de haber sucedido todo de otra forma, hubiera muerto bajo un cuchillo empuñado por el propio Pastor—. Es horrible, horrible.

—Así te lo parece a ti. Tu óptica, tu forma de entender la Creación, no tiene nada que ver con la de los Elegidos. Para nosotros, la vida y la muerte son muy poco, por no decir nada. La propia existencia no es más que un ir y venir, como el de las olas del mar. Ese mar, que es el Thelema, deja, al retirarse, charcos en la arena. Y esos charcos pueden creer que tienen existencia separada, que son algo. Pero no son sino escisiones transitorias del gran mar, y a él regresan con el siguiente golpe de olas.

—Mis amigos no se van a conformar. Removerán Roma con Santiago...

—Y los míos harán cuanto esté en su mano para que nada se mueva. —Sonrió—. Y no hablo necesariamente de devotos. Por este coto de caza ha pasado mucha gente, una importante, otra no tanto. Aquí, en el transcurso de las monterías, se han cerrado muchos negocios. Aunque la policía pudiese reunir todos los nombres de los que han estado en estos terrenos, pegando escopetazos, no podrían distinguir quiénes son de nuestro círculo y quiénes no. Pero te aseguro que todos, sin excepción, harán lo indecible para que esto se tape. Cierta clase de personas tiene horror a que su nombre salga a la luz pública, sobre todo mezclado con incidentes desagradables.

Los otros habían, por fin, desplazado el retablo para revelar una entrada oculta detrás. Claudia llegó a entrever, en la penumbra provocada por las luces de la capilla al colarse, una sala con paredes cubiertas de frescos. Pastor se la indicó con un ademán, para cambiar una vez más de tema.

—La misma disposición de las cámaras y túneles refleja también nuestra idea de la Existencia. Desde cada área es posible entrever la siguiente, de igual forma que cada uno de los pueblos inferiores no puede tocar, pero si intuir, al que le es superior en la escala de lo espiritual. Pero, en fin, el tiempo corre y no veo que mi buen amigo

traiga a Mihái. Supongo que le estará costando despabilarlo. Quizás hubiera sido mejor no hacerlo. Traerlo dormido. Total... —Se dirigió al más joven—. Entremos. Vamos a prepararlo todo. Claudia, te veo más tarde.

Se colaron los dos por la entrada tras el retablo. El otro hombre se llegó a la cancela ignorando a Claudia, al tiempo que se frotaba las manos, para librarlas de la suciedad cogida al trastear entre el muro y la madera. Ésta reparó en lo sereno de su actitud, casi demasiado. Cayó en la cuenta de que ni a él ni al otro hombre de su misma edad les había oído articular palabra. O habían tomado algo —lo que tampoco era tan descabellado, visto el gusto de aquella gente por los alcaloides y sedantes— o estaban en una especie de trance, tras haberse preparado mentalmente para una muerte próxima.

Con el rabillo del ojo, advirtió que el tercer hombre llegaba al fin por el pasillo, conduciendo a Mihái del brazo. Lo había vestido de forma desmañada y los faldones de la camisa le salían al chico por debajo del jersey. Aunque le habían sacado de la inconsciencia de los sedantes, era obvio que seguía en estado de estupor. Llevaba el cabello en desorden, el rostro sin expresión y la mirada tan vacía como la de un sonámbulo.

En cuanto cruzaron la cancela, Claudia se echó sobre el chico y el que lo llevaba del brazo reculó un par de pasos, pillado por sorpresa. Le miró al fondo de los ojos azules, ahora enrojecidos. Ni siquiera parecía haberla reconocido. Al advertir que los dos Elegidos iban de un momento a otro a separarlos, aprovechó sin pensar aquella oportunidad única. Se giró de improviso y con el espray de pimienta, que ocultaba en la palma de la mano desde hacía rato, roció en abanico a la altura de los ojos.

El sosiego casi místico en el que parecían instalados aquellos dos se quebró. Se llevaron las manos a los ojos, al tiempo que gritaban y se retrocedían a ciegas. Uno tropezó con los pies de otro y cayó de espaldas, de forma aparatosa. En el suelo quedó revolcándose de dolor, porque Claudia les había rociado a menos de dos palmos de distancia del rostro. Aprovechando esos primeros instantes de dolor ardiente e indefensión, de un salto, se llegó hasta el de las llaves y se las sacó del bolsillo. Como el otro hiciese amago de defenderse, tratando de atraparla a ciegas, le derribó de un empujón sin miramientos.

Tomó luego por los hombros a Mihái y, jadeando de angustia, lo sacó de allí, sin demorarse más que lo preciso para echar la llave a la cancela. Luego se apresuró a alejarse de aquel lugar, con el chico del brazo. Aquellos dos estaban fuera de combate para un buen rato, porque la pimienta dejaba ciego hasta dos horas. Pero aún quedaban Pastor y el asesino de ojos claros, que debían haber oído los gritos de dolor y que tal vez tenían llaves. Podían perseguirles. O hacer estallar la dinamita.

Había subestimado el estupor en el que se encontraba Mihái. Se le cayó cuan largo era, a los pocos pasos. Agobiada, temiendo oír en cualquier instante cómo se abría la cancela a sus espaldas, o sentir el golpe ardiente de la explosión, lo incorporó de un tirón para seguir alejándose lo más rápido que permitiese el estado del chico,

que casi no coordinaba los pies.

Un paso detrás de otro, hasta llegar al final de ese túnel. Allí, ya en la boca, sintió un hormigueo en la nuca, una comezón. Se dio la vuelta y, al resplandor de los plafones, vio a Pastor al fondo, tras los barrotes de la cancela, vuelto hacia ella e ignorando a los dos que se revolcaban aún rugiendo de dolor en el suelo de la capilla. Se observaron un instante muy largo pero, como estaban lejos y las luces eran tenues, Claudia no pudo leer qué había en sus ojos. Fue él quien dio primero la espalda, para volver a sus cámaras secretas, y ella, comida de ansiedad, abandonó el pasadizo remolcando del brazo al chico, aterrada ante la idea de que había ido a hacerlo estallar todo.

Cruzó la gruta de paredes de cemento desnudo con sus armeros, panoplias de sables y trofeos, envuelta en el vaho de su respiración, oyéndose respirar con fuerza. A punto estuvo varias veces Mihái de caerse de nuevo, porque tropezaba cada dos por tres. Cada paso era una lucha contra el pánico y tenía que obligarse a no ir demasiado rápido. Así cruzaron esa sala y enfilaron la galería que conducía al exterior. Paso a paso. Un pie detrás de otro. Atravesaron por fin la puerta de bunker, sin detenerse.

Claudia sólo respiró de veras cuando salieron al aire libre. En ese preciso instante, se disipó buena parte del terror. Entre el suspiro el viento y el rumor de ramajes agitados, cerró la cancela exterior. Tuvo que correr acto seguido en pos de Mihái que, como un zombi, ya se iba dando traspiés cuesta abajo.

No estaban todavía a salvo. Así que, tras inspirar un par de veces con avidez de ese aire fresco, tomó a Mihái por el codo y, siempre atenta a que no tropezase, comenzó a apartarle de la boca de la mina. Fueron ganando un metro detrás de otro. La entrada quedó atrás, oculta tras los pinos. Claudia había optado por una senda que bajaba y no por la que iba hasta el chalé. Lo único que tenía en la cabeza era alejarse, alejarse de ahí. Llegar a las puertas del coto de caza, subir al Terrano y salir a escape. Llegar a algún lugar con cobertura de móvil y llamar a la policía, a Gustavo, a Alejandra.

En esas ideas iba embebida cuando la sorprendió un fragor sordo, al que siguió un temblor leve de tierra. Se detuvo desconcertada. Tardó varios segundos en comprender que Pastor debía de haber detonado por fin la dinamita en el corazón de la mina. Que el temblor tenía que ser consecuencia del derrumbe de galerías y cámaras.

Manuel Pastor y los suyos habían muerto. La certeza le llenó de alivio y ahora sí que se permitió hacer un alto, respirando agitada, más por el miedo pasado que por la fatiga física. Se quedó en mitad del sendero, una mano sobre el hombro de Mihái, casi agradeciendo el azote del viento. Se arrodilló luego junto al chico, que parecía no percatarse de nada. Fuera lo que fuese que le habían dado, se comportaba como un zombi. Tenía un codo del jersey roto y los vaqueros manchados por las caídas. Pero aparte de eso, algunos arañazos y ese estado de estupor que sin duda era pasajero, se encontraba en buen estado. Claudia le acarició la mejilla, le llamó por su nombre sin

obtener reacción alguna.

Desistió por último, con un suspiro. Se puso en pie y, como se le habían escapado mechones de pelo, se quitó la goma para volver a hacerse la coleta. Un gesto pequeño, cotidiano, que la devolvía a la normalidad. En ello estaba cuando, al abrirse las nubes, captó un destello entre los pinos, cuesta arriba.

Giró la cabeza, intrigada, con la goma del pelo entre los dientes y las manos sobre los cabellos, en la nuca. Por entre los árboles de troncos rugosos y rectos, bajaba el más joven de los acompañantes de Pastor, el de los ojos claros, con el rostro ahora oculto tras una máscara de rasgos clásicos que Claudia recordaba demasiado bien y con uno de aquellos sables de las panoplias en la diestra. Había sido esa hoja larga y curva la que centellease al roce del sol, un momento antes.

La goma se le cayó de los labios. De nuevo al borde del pánico, casi más aterrada por verse otra vez ante aquella máscara que por el propio sable, tomó a Mihái de los hombros y lo arrastró sendero abajo con la mayor rapidez posible. Y aún eso fue apurarse demasiado, porque se le desplomó antes de una veintena de pasos. Rodó un trecho cuesta abajo y ella, que llegó corriendo detrás, lo levantó sin dilación, todo lleno de tierra y rasguños.

Las nubes se cerraron, se oscureció todo. Una mirada a la espalda le mostró que aquel espectro de máscara y sable ya no estaba a la vista, lo que la llenó aún más de pavor, porque ya ni sabía por dónde podía aparecer. Siguió el descenso, sujetando con fuerza a Mihái, que ni siquiera se había quejado de esa última caída por la cuesta. Su perseguidor surgió de improviso entre los pinos, más cerca. Era obvio que, puesto que conocía aquellos andurriales, iba atajando para ganar terreno. Ahora Claudia podía apreciar cómo sus cabellos negros se agitaban a impulsos de las ráfagas de viento, y ver esos ojos tan claros que, desde las ranuras de la máscara, parecían mirar a través de ella. Llevaba el sable como si estuviese acostumbrado a blandirlo y su abrigo, desabotonado, se abría mientras corría por el pinar, de forma que los faldones aleteaban a sus espaldas provocando casi una ilusión de alas.

Todo eso lo advirtió ella con una ojeada fugaz, un instante, antes de tomar a Mihái por los sobacos y echar a correr, llevándolo medio en volandas. Sabía que era inútil, que le fallarían las fuerzas al cabo de unas docenas de pasos y que el otro les alcanzaría mucho antes de que pudiesen llegar al Terrano. Era consciente también de que su spray de poco iba a servirla contra esa hoja afilada.

Y así fue como la divisaron Marfil y Fernando Balbuena, mientras subían por un sendero colateral. Habían salido de la pista forestal, alertados por los ecos de una explosión que parecía subterránea, el temblor de tierra y una columna de humo que vieron alzarse arriba entre pinos, producto de la salida de polvo a través de la boca de mina. Boquiabiertos, vieron cómo una mujer corría a través de los árboles llevando a un niño casi en vilo, y cómo, a pocos metros por detrás, bajaba un hombre con abrigo negro abierto y aleteando, y una máscara como de plata vieja sobre el rostro, con un sable de aspecto atroz en el puño. Los dos policías, tras cambiar una mirada

estupefacta, sacaron sus pistolas y echaron a correr también por el pinar, para atajar y salir a la otra senda.

Desembocaron a sólo unos metros por delante de Claudia, dando voces de aviso. Ella se paró por un instante desesperada, al creer que se trataba de otros dos Elegidos. Pero luego recordó lo que dijese Pastor acerca de dos visitantes que habían llegado a las puertas de la finca. Se acordó también de que los Elegidos no iniciaban a mujeres y, con un esfuerzo final, volvió a tomar en volandas a Mihái para correr hacia ellos. Como acudían a la carrera, se encontraron en cuestión de segundos y, estando ya casi al alcance de la mano, reparó Claudia en que traían pistolas. Los rebasó tan desfallecida que Mihái se le volvió a caer. Se arrodilló a su lado, antes de girarse a medias para ver qué ocurría, al tiempo que se apartaba los cabellos del rostro.

No bien pasó Claudia con el niño por su lado, los dos policías se detuvieron, quitando los seguros de las armas. Como el hombre de la máscara y el sable no parecía haberse amilanado al verlos, ni mostraba intención de detenerse, gritaron el consabido «¡Alto, policía!», acompañado de un par de disparos al aire. Fue como si el otro no los hubiese visto, ni oído. No redujo la velocidad de su carrera y Marfil comprendió que no iba a parar. En aquellos instantes fugaces, reparó en el semblante bello y trágico de la máscara, y en los ojos claros que había detrás. Oyó que Fernando Balbuena gritaba.

—¡Hostia! ¡Tira! ¡Tira!

Comenzó a disparar una fracción más tarde que él. Ninguno de los dos era un devoto de las armas, así que ambos portaban las HK reglamentarias del cuerpo. Suficiente. Disparaban a bulto, sin atender a otra cosa que a esa hoja curva y filosa. Dos, cuatro, siete disparos cada uno, entre detonaciones que reverberaban a lo largo del bosque. Alguna bala debió perderse, pero casi todas le dieron. Marfil, que jamás había disparado contra nadie de esa forma, cerca estuvo de sucumbir al pánico, porque parecía que dos cargadores completos no iban a bastar para detener a esa aparición. Que llegaría hasta ellos para despedazarles con el sable.

Lo tenían casi encima cuando se desplomó de repente; no abatido por ningún tiro en concreto, sino como si el alma se le hubiese escapado por tantas heridas. Dio un traspié y se fue de bruces al suelo. Llegaba corriendo con tanto impulso que el cuerpo derrapó sobre la tierra varios palmos, para quedar muy cerca de los policías.

Marfil bajó despacio su arma. Cambió una mirada anonadada con Fernando Balbuena, que parecía perplejo pero algo más sereno. Observaron los dos el cadáver, aturdidos por el hecho de haber tenido que vaciar la mitad de sus cargadores sobre un hombre. Más tarde lo racionalizarían. Argumentaría el propio Balbuena que ése era el defecto de las balas blindadas, que atraviesan los cuerpos de lado a lado, con mucha menos capacidad de parada que los proyectiles blandos. El precio a pagar para que no se encasquille un arma, como suele ocurrir cuando se usan balas de plomo.

Pero, en esos momentos, en el bosque, Marfil sólo atinó a echar el seguro del arma con dedos torpes. Se pasó la mano por el rostro como si quisiera despejarse, al

tiempo que se preguntaba cuántas veces había tenido que disparar.

El hombre de negro y máscara estaba bien muerto, sin duda. Fernando Balbuena le alejó el sable con el pie, antes de guardar su arma. Marfil contempló al caído, que tenía la cabeza vuelta de medio lado. La máscara era de belleza notable, con un toque terrible y, sin motivo aparente, imaginó que el rostro bajo la misma debía de ser igual de hermoso. Recordó después esos ojos claros que parecían mirarlos sin verlos, mientras los atacaba. Se estremeció y se apartó de ahí para atender a la mujer y al niño.

Claudia, entretanto, se había despojado de su anorak para abrigar con él a Mihái, temerosa de que cogiese frío. Marfil se llegó a ellos.

—Tú eres Claudia.

La aludida asintió. Fernando Balbuena también se acercó, intrigado.

—Oiga. ¿Le pasa algo al chico?

—Le han dado una droga. Está ido. Pero, por lo demás, creo que está bien. — Volvió a apartarse el pelo de la cara—. Hay que atenderle. Y tengo que llamar a su padre. Que sepa que está bien...

—Sí, sí. Pero cálmese, mujer. Vamos abajo, a llamar. Deje. Ya lo llevo yo en brazos. ¿No quiere mi anorak?

Sobre sus cabezas se había nublado del todo. Retumbó un trueno, con un eco que se alargó de montaña en montaña. Marfil echó una mirada a lo alto, luego al cadáver caído en el sendero.

—Vamos a darnos prisa, no sea que nos pille tormenta. —Se dirigió a Claudia, que se incorporaba, mientras Fernando Balbuena tomaba al chico en brazos—. ¿Puede haber alguien más por las proximidades?

Claudia observó el cadáver, caído a unos pasos. Meneó despacio la cabeza.

—No creo. Ya no.

1882 a. D.

A veces, el desánimo cala hasta en los espíritus más fuertes y, en momentos así, tiene que acudir la Fortuna a refloatar lo que la voluntad ya no puede. Porque la suerte no había dejado de dar reveses al joven Agustín Querol. Y quizá por eso aceptó tomarse un vaso de vino con aquel desconocido que le abordó cuando salía de la sala de disección del hospital de Santa Cruz, en Barcelona, ya que no era dado a amistades casuales ni a frecuentar tabernas. Pero tenía el ánimo por los suelos y el hombre aquel —acento de Madrid, traje bien cortado, bastón de caña, grandes bigotes y sombrero elegante— que se presentó como Aníbal Santos, se había dirigido a él por su nombre,

antes de cubrirle de lisonjas y asegurar que había viajado de forma expresa para tener unas palabras con él.

En la primera taberna que pudieron encontrar, sentados a una mesa, codo con codo con obreros industriales y albañiles, Santos le reitero que amigos y socios de Barcelona le habían hablado con elogios de él. Que todos aseguraban que llegaría a ser un grande como escultor. El joven Querol se había encogido de hombros.

—Yo sin embargo no sé si llegaré a nada. —Afirmó con cierta amargura tranquila que era a su carácter lo que los posos a ese vino áspero que estaban bebiendo.

—¿Duda de su valía? Ni se le ocurra. —Santos se atusó los espesos bigotes negros.

—De eso no. Sé que soy bueno. Lo que digo es que no se si llegaré a hacerme un nombre. ¿De qué sirve tener talento? ¿De qué sirve esforzarse? Al final siempre se encuentra uno las puertas cerradas.

Santos, que había dejado bastón y sombrero sobre la mesa, contempló al otro con simpatía. Sus amigos, además de elogiar su trabajo como escultor, le habían dado algunos pormenores de su vida. Querol era un luchador al que nunca nadie había regalado nada. Hijo de panadero, había emigrado con 18 años desde Tortosa a Barcelona, dispuesto a hacerse escultor y comerse el mundo, y allí sentó plaza de aprendiz en un taller, sin escatimar sacrificios. Trabajaba, estudiaba en la escuela de Bellas Artes de la Lonja y, no contento con eso, acudía también al hospital a aprender anatomía.

La suerte no le iba pareja con la voluntad, no, y había sufrido no pocos reveses. Decían incluso que aquel joven incansable, a falta de recursos, había alquilado una caseta junto a las vías del tren de Sarriá para habilitarla como taller. Allí, en horas robadas al descanso, había esculpido una estatua con destino a exposiciones. Su mala fortuna quiso que, estando ya casi acabada, las trepidaciones de los trenes al pasar hicieran caer a la efigie, de forma que el pobre Querol se encontró en pedazos aquella obra en la que había depositado sus sueños.

—Las puertas cerradas pueden abrirse. —Reclamó con un gesto que les rellenasen los vasos—. Y yo, a lo que he venido, es a ofrecerle un negocio provechoso.

—Usted dirá.

—Su talento es incuestionable y su futuro brillante. Pero sé que pasa en estos momentos por ciertos apuros. Por eso quiero encargarle una estatua. Yo se la pagaré ahora y usted la esculpirá dentro de unos años, cuando haya alcanzado la plenitud como artista.

—¿Cómo? —Le observó estupefacto.

—Lo que oye. Yo le pago ahora. Algún día, yo en persona o alguien en mi nombre le pedirá que haga la estatua. Se compromete, claro, a realizarla sin dilación, no importa cuán ocupado esté en ese futuro.

—¿Pero está hablando en serio?

—Totalmente. Soy un hombre de negocios. Considere todo esto una inversión. Sí. Una inversión en talento. ¿Qué me dice?

Querol, desconcertado, bebió un poco más de vino que, como era peleón y él estaba en ayunas, comenzaba a subírsele a la cabeza.

—Me halaga su confianza y no me vendría mal algo de dinero. Pero no quiero engañarle. Quizá no se da cuenta de que, sin padrinos, es difícil llegar a nada. Veo cómo premios, becas, se los llevan hombres no ya con menos talento, sino, a veces, sin ninguno, pero con influencias de las que yo carezco.

—¿Eso desea? ¿Una beca?

—¿Le parece poco? He estudiado con Talarn y los hermanos Vallmitjana, pero deseo progresar más.

—¿Qué beca le gustaría?

—Puestos a soñar... Italia. Sin duda.

—Eso puede arreglarse. Yo tengo esas influencias de las que usted carece.

Querol contempló a aquel burgués bigotudo. Hablaba en serio, sin duda. Negó muy despacio con la cabeza.

—No, gracias. No deseo ser como éstos a los que tanto desprecio. Quiero abrirme paso por méritos propios.

Santos volvió a atusarse los bigotes, sonriendo con rudeza.

—Lo que es mérito, le sobra. Es usted joven y arrogante. Me parece bien. Va sobrado de ganas y de fuerzas. Y yo voy a cambiar los términos de mi oferta. No moveré influencias a su favor, pero si impediré gracias a ellas que otros, usando las suyas, le aventajen de manera injusta.

—¿Es posible eso?

—Délo por hecho. —Observó la luz que ahora se había encendido en los ojos del otro—. ¿Está de acuerdo?

—Veamos. En cuanto a la estatua...

—Ah, sí. No se preocupe. No será nada indecente o estrafalario. En su día, tendrá que esculpir un ángel, que se ubicará en un lugar que aún no tengo decidido.

—Un ángel. ¿Eso es todo?

—No. Hay ciertas condiciones. Se esculpirá siguiendo instrucciones precisas en cuanto a dimensiones, postura, símbolos añadidos... No se ofenda. Recorro a usted para que su arte le insuffle vida. No vaya a pensar que le estoy tratando como a un cantero.

Querol bebió despacio, como dando vueltas a todo eso en la cabeza. Habló después de forma pausada.

—Acepto, pero pongo yo también una condición. Puesto que el diseño no será mío, no firmaré esa obra. No asumiré su autoría.

El que ahora guardó silencio unos instantes, fue Santos. También habló luego él, despacio, con expresión pensativa.

—Me parece bien. De hecho, si lo pienso, es hasta mejor.

—¿Por qué?

—Esa estatua será el reflejo de una forma de ver la vida, de plantearse la existencia. Usted, que es joven, ambicioso y con toda una vida por delante, sin duda no piensa en la muerte. Cuando llegue su hora se irá, como todos los mortales, pero seguirá vivo en sus esculturas. Sobrevivimos en lo que dejamos detrás. Por eso construían los faraones sus pirámides. Por eso, en buena medida, los filántropos adinerados financian escuelas y hospitales.

»Todos deseamos trascender. Y también es posible hacerlo perpetuando nuestras propias creencias. Por eso deseo plasmar las mías en piedra y no me vale cualquier cosa. Deseo que un gran artista dé grandeza a esa estatua, de la misma forma que el Señor insufló vida al barro. Ambiciono, sí, prolongarme en cierta forma en ella. Cuando el cuerpo de un hombre regresa al polvo y su espíritu vuelve con su Creador, él, como tal, se extingue. Así ocurre también con la gota, al volver al océano. Cuando la parte se reúne con el todo, se reduce a la vez ella misma a nada.

Querol bebió, pensando que quizá su interlocutor se había vuelto algo locuaz, por obra y gracia del vino barato. Se encogió de hombros.

—Las estatuas caen. Hasta las pirámides se convertirán algún día en polvo.

—Cierto. Pero también sabemos que hemos de morir y sin embargo nos aferramos a la vida con todas nuestras fuerzas. ¿No obramos como si fuéramos a vivir para siempre? Alargar los plazos, joven, es cuanto tenemos.

Hizo una pausa como a punto de añadir algo. Pero pareció hacerse de repente otra cuenta. Apuró el vino.

—En fin. ¿Qué me dice?

—Que acepto.

Se estrecharon la mano. Santos se puso en pie, recogiendo ya sombrero y bastón. Se pasó la diestra por última vez por los grandes bigotes.

—Tenemos un trato. Le enviaré a alguien para que ajuste con usted la suma exacta. No sea modesto, que no deseo escatimar a un gran artista. Y usted recuerde que va a pedir dinero por lo que llegará a ser en el futuro, no por lo que es ahora.

Cuando, unas semanas después, el comisario se interesó por los protagonistas de toda aquella historia, Marfil vio la oportunidad de plantearle algunas dudas. El tema surgió de manera informal, casi por un giro fortuito de la conversación, mientras estaban en el garito de siempre, cerca de las once. Marfil, copa en mano, había asentido.

—En Centroamérica. Se han ido los tres: Claudia, Gustavo Ungría y su hijo...

—¿Unos días de relax?

—A resarcirse de los apuros pasados. Sí. Pero también algo más. Estarán cerca de un mes en Santo Domingo y Costa Rica. Luego tienen pensado irse a Uruguay por unos cuantos meses, puede que por un año entero.

—Bien largas para ser vacaciones. —El comisario tenía entre los dientes un puro más que mediado—. ¿Por qué Uruguay?

—Se lo recomendó un amigo argentino de Claudia. Es un país muy tranquilo, el cambio de moneda es favorable ahora para nosotros y, además, como ese amigo tiene familia en Buenos Aires, siempre pueden echarles una mano si les surge algún problema.

—Pero ¿tienen esos dos dinero para vivir un año sin dar golpe?

—Él juega en fondos y Claudia recibió un buen montón de dinero por un accidente de coche que tuvo hará año y medio. Además, él parece que es algo aventurero. Ya vivió en África un tiempo y ahora por lo visto tiene pensado hacer alguna escapada a Chile, a ver si hay oportunidad de negocio allí.

—Eso suena a mudanza definitiva.

—En principio, parece que lo que quieren es tomarse un tiempo de descanso, que el chico también se reponga. Es superdotado, ya sabes, y eso siempre da problemas. Y, después de todo, su madre ha muerto en malas circunstancias. Pero sí. Yo también creo que puede que tarden unos años en volver por España.

—Quizá sea lo mejor.

—Sí. En vista de lo que hay...

—¿Y qué es lo que hay? —Le echó una mirada atravesada.

—Nada. Eso es lo que hay. Nada de nada.

Aquello era lo que la recomía. La cobertura informativa de los sucesos de la mina había sido menos que escasa. Los medios dieron la noticia muy de pasada. La explosión que había matado a cuatro personas en una mina abandonada — oficialmente, a Ofelia se la daba por perdida en ese accidente— había merecido el mismo espacio que alguna de esas muertes en pozo negro que se producen cada cierto tiempo en la España rural. E igual atención habían prestado al episodio del hombre armado que había sido abatido en mitad de un bosque por la policía. Unas líneas en los periódicos, menciones de pasada en radio y televisión. Se habló de «incidente poco claro», sin que luego nunca ningún medio llegase a entrar en detalles.

El comisario se sentó con pesadez en un taburete. Dejó el puro en el cenicero, para limpiarse las gafas de pasta negra.

—Tú crees que lo han tapado.

—Por supuesto.

—No supongas con tanta alegría, que a todos nos gustan las conspiraciones.

—A mí no.

—Pues a mí me encantan. Si hay conspiraciones, hay conspiradores. Y a los conspiradores les podemos trincar. Contra lo que no podemos nada es contra esas fuerzas ciegas que a veces se ponen en marcha y luego no hay manera de pararlas.

Sonrió como un buda malhumorado.

—Pregúntate a quiénes podía molestar que se diese demasiada importancia a esa noticia y verás como no hace falta creer en conspiraciones. ¿A quién perjudica? Ésa es siempre la Gran Pregunta. En esa finca ha estado cazando gente a la que no le gusta nada que su nombre salga en las noticias, y menos mezclado con asuntos turbios. Mucha gente. Todos se ponen a hacer llamadas, a tocar los resortes adecuados, cada uno por su cuenta, y al final todo se para. Así de sencillo. No hace falta que se pongan de acuerdo para lograrlo. A eso me refería yo al hablar de fuerzas ciegas.

—Peor me lo pones. —Huraña de repente, bebió de su Matusalén con cola—. Según la declaración de Claudia, precisamente de eso se jactaba Pastor.

—Lo que demuestra que son unos cabrones muy listos.

—¿Son?

—Aquí hay una logia de poderosos conchabados. Eso lo tengo yo más claro que el agua. Y que no todos han muerto en la mina. Y que, con ese truco de las monterías, no podemos saber quiénes podrían pertenecer al grupo y quiénes no. Llevan cincuenta años organizando cacerías, y por ahí ha pasado casi todo Dios.

Marfil asintió, copa en mano. Tanto los dos muertos con Pastor, un dentista y un joyero, como el hombre del sable, sin ocupación conocida, eran dueños de fortunas más que considerables. Los tres las movían mucho en fondos de inversiones internacionales, lo que daba peso a las declaraciones de Claudia.

—Oye, jefe. —Se permitió ese trato, porque estaban en un bar, con copas de por

medio—. Si te fijas, esos cuatro tenían mucho dinero, pero ninguno llegaba a ser lo que llamaríamos un multimillonario.

—¿Y qué?

—A los Elegidos les gusta pasar desapercibidos. Se me ocurre que amasan fortunas, pero no hasta el punto de que éstas sean tan grandes que llamen la atención. Eso concordaría con tanto ir y venir, y tanto cambio de identidad. —Fumó pensativa—. De ser así, podríamos descartar de la lista de asiduos al coto a los demasiado ricos y poderosos.

—Muy buena apreciación. —El comisario frunció los labios—. Vamos a tenerla en cuenta para lo que pueda pasar en el futuro.

—¿El futuro? ¿Y el presente? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Fin del asunto?

—Ana. La palabra *fin* vamos a dejársela a las novelas. Nosotros siempre podemos escribir un capítulo más. Tenemos una lista pero está incompleta. No sabemos quién es quién y figuran en ella nombres de gente a la que es mejor no incordiar en vano. Los Elegidos lo saben. Se estarán quietos. No importa. Eso no durará para siempre. Tarde o temprano se moverán. Esa panda de esotéricos cree perpetuarse en sus símbolos y lugares. ¿No decía eso Claudia? Pues nosotros también nos perpetuamos a nuestra manera, gracias a nuestros archivos. Y por eso les trincaremos tarde o temprano. Pero habrá que esperar. Esperar es una inversión rentable a largo plazo.

Se caló las gafas, al tiempo que observaba malhumorado que se le había apagado el puro.

—A corto plazo, lo que haré será pedirme otro copazo.



JOSÉ ANTONIO ÁLVARO GARRIDO, que escribe bajo el seudónimo de LEÓN ARSENAL (Madrid, 1960), es un escritor español que ha cultivado los más variados géneros narrativos. También es traductor y director de revistas literarias.

Nació en Madrid y años más tarde residió en La Coruña, ciudad donde cursó estudios en la Escuela Superior de la Marina Civil. Tras navegar durante varios años, desempeñó varios oficios en tierra. A principios de los años 90 comenzó a escribir relatos pero, hasta el año 2000 no publicó su primera novela, *El hombre de la plata*, narración de corte histórico, ambientada en el siglo VI a. C., en Tartessos.

A partir de ahí siguió publicando en los más diversos géneros: desde el histórico (que es el que ha cultivado con más asiduidad) al ensayo, pasando por el fantástico o el *thriller*. Dirigió también durante tres años la revista *Galaxia*, que obtuvo el premio a la mejor publicación de literatura fantástica en el año 2003, otorgado por la Asociación Europea de Ciencia-Ficción, en Turku, Finlandia.